ISSN Nº: 0327 649 X

Sumario ▼



**Simplemente amo la historia**
Entrevista a Robert Darnton

**Grendi y Revel: la microhistoria para pensar la historia**

**La idea del verde en la ciudad moderna**
Diego Armus

**Historia y experiencia**
Jsé Sazbón

**Repensar a Jorge Sábato**
J. M. R. Palacios y F. Rocchi

**La historiografía en la democracia**
Luis A. Romero

▶

)ENTREPASADOS(
REVISTA DE HISTORIA
AÑO V- NUMERO 10- COMIENZOS DE 1996
10

)ENTREPASADOS(
REVISTA DE HISTORIA
AÑO V- NUMERO 10- COMIENZOS DE 1996

# )ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA

AÑO V- NUMERO 10- COMIENZOS DE 1996

10



**La idea del verde en Bs. As.**

**Historia y experiencia.**

**La historiografía en la democracia**

Entrevista a Robert Darnton
Grendi-Revel y la microhistoria
Dossier: Repensar a Jorge Sábato

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

# )ENTREPASADOS(

## REVISTA DE HISTORIA

AÑO V - NUMERO 10 - COMIENZOS DE 1996

**Consejo de Dirección**
Ema Cibotti
Silvia Finocchio
Patricio Geli
Mirta Zaida Lobato
Lucas Luchilo
Gustavo Paz
Leticia Prislei
Fernando Rocchi
Juan Suriano

**Director**
Juan Suriano

**Diseño Gráfico**
Mabel Penette

**ENTREPASADOS** es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El comité de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite

**Suscripciones:** En Argentina U$S 24 (dos números)
En el exterior, vía superficie U$S 30 (dos números); vía aérea U$s 40 (dos números)

**Entrepasados** recibe toda su correspondecia, giros y cheques a nombre de Juan Suriano, Casilla de Correo N° 28, (1657) Loma Hermosa, Buenos Aires. Tel.: 769-9013.

**Distribución Internacional:** Cochabamba 248, D. 2, Tel.: 361- 0473, Fax: 361-0493, E-mail: cambeiro@cnea.edu.ar. Bs. As., Argentina.

**Las ilustraciones** de este número son de la artista plástica María de los Angeles Spinelli.

**Foto de tapa:** Berisso, 1947. (Gentileza de la familia Matkovik, 1995)

**Composición y armado:** Omega Laser Gráfica, Callao 157, P. B. "C", Capital Federal.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ISBN N° 0327 649X

# Indice

**Presentación** 5

**Artículos**

La idea del verde en la ciudad moderna.
Buenos Aires 1870-1940 9
*Diego ARMUS*

Historia y experiencia 23
*José SAZBON*

**Dossier**
**Repensar a Jorge Sábato** 45

Jorge Sábato y la historiografía rural pampeana:
el problema del otro 46
*Juan Manuel R. PALACIO*

En busca del empresario perdido:
Los industriales argentinos y las tesis
de Jorge Federico Sábato 67
*Fernando ROCCHI*

**En Debate**

La historiografía argentina en la democracia:
Los problemas de la construcción
de un campo profesional 91
*Luis Alberto ROMERO*

**Entrevista**

"Simplemente amo la historia"
Entrevista a Robert Darnton 109
por *Jeremy ADELMAN*

**Galería de textos**

¿Repensar la microhistoria? 131
*Edoardo GRENDI*

Microanálisis y construcción de lo social 141
*Jacques REVEL*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

**Fuentes de Archivo**

El Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam 163
Modelo para armar
*Patricio GELI*

**Reseñas y Comentarios de Libros**

Jorge Myers
Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista 171
*Reseña de Elías José PALTI*

Lila M. Caimari
Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955 177
*Reseña de Hernán González BOLLO*

Claudia Atamiya y Guillermo Terze
Tras los pasos de una época. Un estudio de la inmigración en la Argentina (videos no convencionales) 180
*Reseña de Diego SUAREZ y Juan QUINTAR*

# Presentación

Difícilmente hubiéramos pensado hace cinco años en la posibilidad, tan remota entonces, de publicar el emblemático número 10 al que cualquier revista cultural pretende arribar.

Cuando comenzamos esta empresa intelectual con sabor a aventura, el futuro era particularmente incierto para nosotros. Por su carácter independiente no teníamos posibilidad de acceder a la financiación de las instituciones académicas. Este tema se convirtió en un verdadero obstáculo puesto que las ventas de los primeros números no cubrían ni remotamente los costos de producción. En esas circunstancias debimos recurrir al aporte personal al que se sumó la generosa colaboración de algunos colegas. Además fue notoria, sobre todo al comienzo, cierta indiferencia y apatía de una parte del campo historiográfico que no terminaba de aceptar el lugar que ***Entrepasados*** pretendía ocupar.

Sin embargo, una serie de factores convergieron para el buen crecimiento de la revista. En primer lugar, es indispensable señalar que un esfuerzo de este tipo sólo es posible por la vigencia de la democracia que, aunque imperfecta, brinda el marco necesario para una libre creación intelectual. Por otra parte, es de destacar que nuestra publicación, al crear secciones y espacios no existentes en otras revistas, canalizó preocupaciones hasta entonces dispersas y sin voz. Sumado a ello fue importante que muchos colegas comenzaran a considerar a ***Entrepasados*** como un espacio legítimo de socialización de su producción intelectual. No menos importante ha sido el esfuerzo de los miembros del Consejo de Dirección quienes, a pesar de sustentar en ocasiones posturas historiográficas y políticas diversas, no abandonaron una especie de verdadera "militancia" que hacía posible la aparición de cada número.

No caben dudas de que hemos cumplido hasta aquí con algunos de los objetivos planteados originalmente. Así, no sólo se publicaron una buena cantidad de artículos originales que representan el fruto de una investigación de numerosos colegas sino que también hemos desarrollado secciones novedosas. Una de ellas es la destinada a presentar los problemas derivados de la enseñanza de la historia en los diversos niveles extrauniversitarios. Otro tanto puede decirse de la Galería de Textos en donde se han traducido sugerentes artículos que representan importantes aportes en diferentes campos de la historiografía.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

No menos estimulante ha resultado la instalación, desde el primer número, del género "entrevistas" –por suerte hoy transitado por otras publicaciones–. Allí no sólo desentrañamos las posturas historiográficas y hurgamos en el oficio de historiador sino que también logramos a través del diálogo intelectual entablado con figuras como Adolfo Prieto, Carlos Ginzburg, Reyna Pastor, Antonio Anino, Tulio Halperín Donghi, Roger Chartier, Eugene Genovese, Paul Thompson y Robert Darnton generar y sacar a la luz vertientes que no siempre aparecían en forma explícita en sus textos.

Sin embargo, lejos de la autocomplacencia, queremos manifestar que también pensamos que la revista presenta algunas secciones que no cubren nuestras expectativas. No hemos podido articular aún una verdadera sección de crítica bibliográfica, conformándonos hasta la fecha con reseñas generalmente descriptivas. La sección "Archivos", con ser importante por el mero hecho de plantear el problema de nuestra memoria histórica, no ha podido hasta el presente formular propuestas políticas que apunten a resolver algunos de los tantos problemas planteados. Por último, tampoco estamos conformes con nuestra sección "En Debate". El debate requiere de más de un participante y con sólo recorrer los temas de la sección veremos que esto ocurrió excepcionalmente. En la mayoría de las oportunidades se publicaron artículos de tono más o menos polémico sin que se produjera a posteriori ningún tipo de discusión. Los límites de esta experiencia, inscripta en una sociedad donde la simbolización del conflicto sigue siendo problemática, señalan uno de los dilemas aún irresueltos en el interior del campo intelectual argentino.

Como suele suceder, queremos agradecer a los que ayudaron a hacer "Entrepasados" y a todos los lectores que nos acompañan ■

*Entrepasados*



# Artículos



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

# La idea del verde en la ciudad moderna. Buenos Aires 1870-1940*

*Diego Armus* **

El tema del verde en la ciudad moderna no es una preocupación nueva ni reciente. Desde 1870 fueron muchos los que alentaron una agenda que encontraba en los parques y plazas una bandera a agitar frente a los problemas traídos por la urbanización acelerada y la incipiente industrialización. Espacios abiertos y aparatos para jugar, agua y césped, árboles y aire puro, fueron algunos de los recursos llamados a resolver nuevas urgencias de la vida en la ciudad.

Las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX estuvieron marcadas por la ilusión del progreso y los desafíos del orden, el bienestar y la higiene. Esas ilusiones y desafíos nutrían una ideología urbana que tuvo que lidiar con la multitud, un fenómeno que en la Argentina moderna fue esencialmente urbano. Desde la política primero –en particular los horizontes de utopía y modernidad forjados por Sarmiento o Alberdi– y, más tarde desde nuevas disciplinas como la higiene, la sociología o el urbanismo, los problemas de la ciudad moderna irán progresivamente ocupando el centro del debate y de la acción. Allí, en la ciudad, fueron tomando forma los discursos de la reforma profunda y el cambio radical; a su modo, y entre el pesimismo y la esperanza, estos discursos se propusieron no sólo responder a las evidencias reales o imaginarias de la degeneración, pensada como locura, como tuberculosis, como sífilis, como alcoholismo, sino también anunciar ideas y expectativas moduladas en torno de la idea de la regeneración social.

La reflexión sobre la ciudad moderna y el tratar de dar cierta forma y contenido a la experiencia urbana no fueron, naturalmente, una originalidad argentina. En clave utópica o pragmática el pensamiento occidental del siglo pasado y del actual ha sido prolífico al momento de imaginar escenarios urbanos alternativos que anunciaban los rasgos de una ciudad higiénica ideal, capaz de armonizar la ilusión de un mundo sin enfermedad y las fuerzas desatadas por las novedades del industrialismo y la tecnología modernas[1].

En el marco de estas ideas sobre la ciudad higiénica se fue perfilando el discurso más específico del verde urbano destinado a enriquecer la vida cotidiana, suavizar los trajines, facilitar el fortalecimiento de los cuerpos y hacerlos más saludables y resistentes a la enfermedad. Pero al igual que las ideas sobre la ciudad, las del espacio verde se fueron construyendo de a poco, de adiciones. Vistas con la ventaja que ofrece el tiempo, revelan un ecléc-

* Premio *La Nación* 1995 de Ensayo Histórico. Una versión reducida de este trabajo apareció en el *Suplemento Cultural* de *La Nación* el 17 de diciembre de 1995

** Kean College of New Jersey.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tico panorama forjado con retazos del urbanismo reformador europeo y norteamericano, del pragmatismo de los reformadores locales y de los modos cotidianos de quienes hacían uso de los parques y plazas.

Las ideas del verde urbano, y también de su búsqueda, descubren entonces una densa trama donde se fueron tensionando las razones del control social y el mejoramiento de las condiciones de vida, la moralización de las masas y los temores a las enfermedades urbanas, las visiones pastoriles e igualitarias de la vida en la ciudad y el negocio inmobiliario, el orgullo cívico y la reafirmación de la nacionalidad, el lugar de la recreación y el espacio de la contemplación y el placer. Ostensible unas veces, sutil otras, estas razones estaban presentes al momento de abordar el impacto que las enfermedades –la tuberculosis en primer lugar– estaban haciendo en la ciudad moderna. Firmemente ancladas en esas razones, cuatro imágenes fueron recurrentes: el verde como pulmón, el verde civilizador, el verde para la recreación y el verde de los niños.

## 1. El verde como pulmón

La imagen del parque como pulmón urbano y ámbito de recomposición física estaba definida en el último tercio del siglo XIX. En 1869 un médico afirmaba que "las plazas deben ser grandes depósitos donde se purifique el aires, para esparcirse después por esas arterias que se llaman calles y que llevan la vida o la muerte a las poblaciones según el aire vaya puro o viciado"; allí deberían ir "el jornalero, el artesano, el empleado y el comerciante en las horas de descanso a dar expansión a sus pulmones, cansados de respirar un aire tantas veces malsano y a recibir los beneficios de la luz del sol"[2].

En años en que el azote epidémico aparecía de modo recurrente –la epidemia de fiebre amarilla de 1871 fue la más patética evidencia de una precaria infraestructura sanitaria– la idea de los espacios abiertos en una ciudad con calles estrechas se revelaba como una suerte de compensación. Por eso, en 1873 la ciudad se asimilaba a "un enfermo de asfixia, necesitado de luz y aire para vivificar sus pulmones"[3]. Este tipo de asociaciones perdurará en el tiempo, aún cuando el cólera, la fiebre tifoidea y demás enfermedades infectocontagiosas empezaban a ser un dato del pasado. En el entresiglo, mientras se insistía con la metáfora del verde como pulmón y la ciudad como un cuerpo humano, comenzó a pensarse los espacios abiertos como "apéndices de las viviendas modernas, carentes de patios, huertas y corrales" y poco expuestas a la luz exterior[4]. En la década del veinte se hablaba de un cinturón boscoso periurbano "que beneficiaría la atmósfera de la ciudad, ahorrándose mucho dinero en hospitales y gastos para enfermos de pulmones y bronquios" o del balneario municipal –en realidad un espacio verde recostado sobre el río– "como uno de los pocos pulmones que tiene la ciudad"[5]. Veinte años más tarde Ezequiel Martínez Estrada disecaba el Buenos Aires moderno y encontraba en la falta de espacios verdes una argumento, entre otros tantos, sobre el cual construyó su pesimista visión de la vida en la ciudad: "los pulmones de la metrópoli están fuera del cuerpo", dice en *La Cabeza de Goliat,* "la ciudad respira por la periferia"[6].

La imagen del pulmón estaba estrechamente ligada a la de la recomposición física, individual y social. En 1922, cuando "las colonias municipales para niños débiles" funcionaba a pleno en varios parques de la ciudad, no faltó quien se regocijara por el he-





cho de que los pequeños colonos tuvieran "al menos un mes de campo", en una síntesis bien representativa de esa idea del verde que además de crear la ilusión de un entorno rural era un recurso tonificador de los organismos infantiles[7]. Y no sólo de ellos, toda vez que el parque asociaba al mejor o peor estado de salud de la población urbana en general: "La tuberculosis es mucho mayor en las zonas o circunscripciones menos favorecidos en espacios libres. Los vecindarios que no cuentan con una plaza donde respirar un poco de aire puro y donde sea posible descansar lejos de la asfixiante atmósfera de la vivienda insalubre o libre del tráfico amenazador, serán sin duda vecindarios predispuestos a que la tuberculosis alcance cifras poco gratas"[8].

Desde fines del siglo XIX este discurso biológico del verde urbano quedó enlazado a otro decididamente financiero. Buenos Aires no tiene, se decía, los paseos y parques que necesita; especialmente en las áreas más densamente pobladas "ha habido indiscutiblemente imprevisión y debe hacerse un esfuerzo para salvar ese error, tratando de adquirir espacios que tanto se necesitará en el futuro"[9]. Se trataba entonces de "comprometer dineros" y evitar que "todo se edifique; cada terreno baldío que se entrega a la especula-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ción será necesario pagarlo en un futuro a precios exorbitantes cuando la densidad reclame estos pulmones imprescindibles para el combate exitosos a las enfermedades más peligrosas"[10].

Ya entrado el siglo al crecimiento horizontal de la ciudad comenzaron a sumarse los problemas de la edificación en altura. La proliferación y amontonamiento de "rascacielos" transformaron el viejo centro, reactualizando las preocupaciones que circulaban en la década de 1870; así, en 1940 un diario denunciaba que "el reino de las sombras va invadiendo zonas enteras de la ciudad; las plazas pequeñas se van convirtiendo en ambientes perfectamente antihigiénicos donde la acción del espacio libre urbano es detenida totalmente por esas cortinas de edificación"[11].

Mientras tanto, por fuera del centro el "amontonamiento de casas sin solución de continuidad" daba argumentos que llevaban a descubrir al Buenos Aires de loa barrios como un "conglomerado sin huecos,... una ciudad con una tremenda insuficiencia pulmonar"[12]. Era el resultado, decían, de la conocida negligencia e imprevisión del poder municipal en materia de descongestión urbana y también de una curiosa "noción de espacio libre" levantada desde la sociedad civil, en particular por las organizaciones fomentistas: de una parte, la plaza de barrio como un recurso decisivo en la lucha contra lo que se dio en llamar "la sofocación"; de otra, un celebrado "progreso barrial" que reclamando más y más pavimentos e infraestructura no dejaba terreno sin edificar[13].

## 2. El verde civilizador

Esta persistente asociación del parque con el sistema respiratorio de la ciudad, del verde como pulmón, estaba enlazada a otra que subrayaba sus cualidades civilizatorias. Así, el verde no sólo reconstituía y fortificaba los cuerpos sino también educaba el espíritu y los modos cotidianos. El verde permitía experiencias que la grilla urbana y la vida en la ciudad negaban, incitaba al ejercicio de la percepción en materia de espacios, volúmenes, sonidos, secuencias. Era un verde que mientras oxigenaba los pulmones estimulaba los sentidos, refinaba la sensibilidad y brindaba la ilusión de un entorno pastoral que podía sorprender al visitante con la sensación de infinito, especialmente cuando el parque se localizaba en los bordes de la ciudad y junto a un río. En 1881 Sarmiento –uno de los primeros y más fogosos animadores del verde civilizador– invitaba a participar del goce espiritual que permitía una recién inaugurada sección del Parque de Palermo: "Las gentes que no han visto bosques, y cuéntanse por millares, deben recorrerla y penetrar sus espesuras. (...) Para muchos este paseo debía darles el espectáculo de la naturaleza embellecida, de que tan pocos accidentes se muestran los alrededores. Cuanto más encerrado se siente uno entre aquellas enramadas sombrías, el bosque hace una abertura y el río aparece como una página en blanco del mundo; y desaparece luego como una visión"[14].

La idea del parque civilizador estaba bien definida en los años veinte: "el continuo contacto con jardines cuidados o la contemplación frecuente de una arboleda majestuosa son notas que algo dejan en el espíritu, serenándolo unas veces, elevándolo otras", decía *Vida Comunal,* una revista preocupada por el futuro de Buenos Aires. Por eso, las humildes casas del Bajo Belgrano, "construidas con cajones de auto o de lata pero todas ellas adornadas con flores", eran visitadas como una muestra de buen gusto que se atribuía a "la beneficiosa influencia estética que en sus modestos pobladores han tenido las Barrancas de Belgrano, uno de los más hermosos paseos del municipio". En contraposición se mencionaba a Nueva Pompeya –en el sur de la ciudad– donde la ausencia de un parque supuestamente explicaría la sordidez reinante en el barrio y, a un mismo tiempo, brindaba la oportunidad de insistir en la necesidad de hacer realidad, de una vez por todas, el "Gran Parque del Sur" que debía equilibrar las ventajas que Palermo había traído para el norte de la ciudad"[15].

Tanto en los barrios –elegantes u obreros– como en las cercanías de los talleres y fábricas se asumía que el verde estaba destinado a satisfacer una necesidad del espíritu y "cultivar el buen gusto"[16]. En tiempos de la inmigración masiva Sarmiento proclamaba que una de sus funciones era facilitar al inmigrante que lo visite un lugar donde un árbol o un escultura –"por asociación de ideas y plácidas reminiscencias"– pudiera transportarlo "sin abandonar el país" a "la herencia cultural de sus antepasados europeos". Asociaba el verde civilizador a un escenario democrático: "en una sociedad que (...) se compone de muchas sociedades superpuestas pero sin vínculo de cohesión, (...) sólo en un vasto, artístico y accesible parque, el pueblo será pueblo: sólo aquí no habrá extranjeros, ni nacionales, ni plebeyos"[17]. Se trataba entonces de un escenario abierto, donde era posible imaginar un espacio capaz de apagar los conflictos de la ciudad en crecimiento., Al menos en este tópico coincidieron Sarmiento y el político y médico higienista Guillermo Rawson, "Ante la luz y el aire todos somos iguales y es preciso darlos en abundancia a todos" decía Rawson, lanzado a criticar el proyecto sarmientino de un gran parque urbano y defender con las razones de la higiene y la accesibilidad la alternativa de las plazas pequeñas –"*squares*"– alejadas de la costa y esparcidas por una trama urbana que él ya veía en franco proceso de expansión hacia el oeste"[18]. Por su parte Sarmiento, empecinado con levantar el *Central Park* porteño en el hasta hace unos años rosista Palermo de San Benito –donde, decía, "se atrincheró contra toda idea de libertad y progreso el hombre de la época pampeana, el tirano de ejecuciones a lanzas y cuchillo"– armará un argumento que anudaba el discurso refundador de la nacionalidad con el de una suerte de nuevo e incipiente derecho social: "el verdor de las plantas son, como el aire y la luz que las vivifican, propiedad de todos...; para gozar de su encanto no hay que pedir permiso"[19].



De modo que parques centrales y plazas barriales se ofrecían como artefactos metropolitanos que debían for-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tificar la salud, educar el espíritu e insinuar un ámbito igualitario. Por eso, desde su aparición, el verde de la ciudad moderna se nacionalizaba haciendo lugar a las estatuas de los muertos ilustres, situando en su centro el inevitable mástil para la bandera y nombrando a las plazas con acontecimientos o personajes evocativos del pasado patrio[20]. Y aún en 1931, cuando el flujo masivo de inmigrantes había perdido intensidad, el verde y las plazas seguían siendo percibidas como recursos que facilitaban la mezcla y argentinización de los recién llegados del extranjero[21].

### 3. El verde para la recreación

El verde urbano era una imagen polivalente modelada en gran medida en torno de la reconstitución del cuerpo y el espíritu. Junto a las imágenes del verde como pulmón y el verde civilizador, la del verde para la recreación se perfiló como el lugar donde era posible hacer uso del tiempo libre. En 1879 Juan de Cominges, un técnico contratado por el gobierno nacional, encontraba en Palermo –un parque que él mismo estaba ayudando a construir– un factor compensador no sólo de la "vivienda insana" sino también de la "falta de espacio, de salud y de alegría"[22].

Pero desde sus inicios Palermo fue un espacio que la elite buscó hacer propio. Las plazas, mucho más modestas, parecen haber nacido populares, a tal punto que en 1890 un viajero colombiano no se apiadaba de "las personas aseadas y delicadas impedidas de frecuentarlas porque las muchedumbres de inmigrantes se instaban allí para airearse y conseguir trabajo"[23]. En Palermo la elite armó un ritual que duró hasta entrado el siglo y del que Adolfo Bioy dejó un vivo retrato en su *Antes del 900:* "todos sabían quienes eran los otros; (...) en los días comunes poca gente iba de paseo, (...) pero los domingos y los jueves el corso se colmaba. (...) Cuatro hileras de coches llenaban la avenida; (...) el asunto se reducía a dar vueltas durante una hora larga, al paso de los caballos, alternando cada vez las hileras centrales con las laterales a fin de que nadie dejara de encontrarse. La primera vez de la tarde que se cruzaban los conocidos entre sí se saludaban ceremoniosamente, con inclinación y sonrisa y gran sacada de sombrero. Las veces siguientes que se encontraban no debían saludarse; cuanto más podían mirarse de reojo. Se admitía un saludo de despedida, en la última vuelta"[24]. En Palermo la elite porteña ejercitaba la mirada. El ver y ser visto no era un ritual cultivado exclusivamente por los hombres; de él también participaban las mujeres, a quienes, o queda claro si con envidia o con sorna, "las señoras que vienen de Europa llaman domingueras"[25]. Palermo era el lugar donde era posible exponer "a la admiración pública la exuberancia de la riqueza"[26].

Pero incluso desde la década de 1880, y por muchos años, hubo quienes celebraron las virtudes de Palermo –devenido en el espacio verde por excelencia– desde una perspectiva distinta y menos atenta a esos rituales de figuración que cultivaba la elite porteña. Sarmiento vio en el verde una posibilidad de la que sacarían provecho los médicos dispuestos a recetar "dos o cuatro vueltas alrededor del parque (...) a las damas y señoritas de Buenos Aires decididas a combatir la obesidad"[27]. Ese mismo utilitarismo fue el que llevó a las organizacions étnicas y los gremios obreros a pensar el verde –el de Palermo a fines del siglo pasado y también, más tarde, el de la costa y el delta– como el ámbito más apropiado para sus picnics donde los juegos campestres se combinaban con el baile y las conferencias educativas.

En tanto espacio público, el acceso y uso del verde ponía al descubierto que la ciudad moderna se había transformado en una arena de conflictos muy diversos, generales u puntuales. En 1901, durante "un corso de las flores" organizado con fines caritativos por las "damas de la beneficencia, jóvenes que pagaron su correspondiente entrada fueron obligados a retirarse por parte de los vigilantes cuando notaron que no usaban botines de charol, ni guantes ni galera"; se trataba de una 200 personas –"lustrabotas que creían poder ganarse unos centavos, muchachas pobres que se figuraban tener derecho a respirar un poco de aire oxigenado, obreros desocupados aburridos"– que terminaron en la comisaría local[28].

Los conflictos sobre la apropiación del verde también dejaban su marca en la prensa; en 1898 *El Diario*, una publicación afín a la elite, no ocultaba su disgusto por la "invasión del parque por gentes ajenas a la alta sociedad porteña" y La *Vanguardia,* el diario de los socialistas, aprovechaba la ocasión para retrucar y abrir el debate con una irónica nota titulada "El monopolio del aire"[29].

Apenas entrado el siglo XX la idea del parque como espacio recreativo tomaba aún más forma y médicos e higienistas encontraban en "las plazas el lugar ideal para la práctica de ejercicios" que permitían "fomentar el desarrollo físico de la juventud"[30]. El verde se recortaba así como un recurso eugenésico positivo que apuntando a incluir a toda la población debía sumar esfuerzos en la tarea de construir la "raza nacional". Se trataba de un empeño que, otra vez, motivaría disputas sobre cómo y quién podía hacer uso de las ventajas del verde; así fue



como en 1914 la Asociación de Bibliotecas y Recreos Infantiles denunciaba "que los niños que frecuentaban los parque y jardines de Palermo para robustecer sus organismos han sido echados de las hamacas y otras diversiones porque son para los niños de familias bien; incluso se les ha impedido el uso de los baños"[31].

Pero más allá de estos conflictos y disputas lo cierto es que no sólo la asociación entre las posibilidades del verde y la construcción de la raza sino también el progresivo equipamiento de la ciudad con nuevas plazas ampliaban –y en algún sentido democratizaban– el acceso al verde. Un anticipo de lo que vendría a partir de la década del veinte se anunciaba en el Jardín Zoológico. Conocido como "el paseo de lo pobres", el zoológico se ofrecía a la manera de recurso "para educar el espíritu de las masas y vulgarizar amenamente el estudio de las ciencias naturales". Como resultado de estos esfuerzos educativos pero fundamentalmente porque Buenos Aires ofrecía muy escasos entretenimientos diurnos este paseo fue realmente popular. En 1909, año en que lo visitaron más de un millón de personas, se decía con orgullo que en el



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

zoológico porteño "la afluencia de público superaba con creces a cualquier similar europeo o norteamericano"[32]. En los años treinta la democratización del acceso al verde urbano era indudable. Además de Palermo, ya estaban en pleno servicio los parques de Lezama, Patricios, Avellaneda y Saavedra. También el número de plazas equipadas con juegos había aumentado, en parte por la prédica de los técnicos y urbanistas del municipio y en parte también por las demandas de las sociedades de fomento que sólo en 1929 presentaron 45 solicitudes de espacios libres al Concejo Deliberante, en algunos casos ofreciéndose a sufragar los gastos de la compra de hamacas, toboganes y demás aparatos de juego[33]. Sin embargo, los contemporáneos denunciaban no sólo su despareja distribución en la trama urbana –siendo el centro y los barrios de viejo asentamiento los más perjudicados– sino también la escasez de espacios verdes pasibles de uso: Buenos Aires, decían, ha devenido en una metrópolis con sólo un 4,5 por ciento de superficie total dedicada a parques y jardines, paupérrimo cuando se lo comparaba al 20 por ciento de Londres o el 15 que en promedio tenían las ciudades norteamericanas[34].

La idea del espacio verde como servicio público y recreativo ya estaba perfilada desde el último tercio del siglo XIX. En la década de 1890 bebederos, mingitorios y baños públicos aparecían asociados a las plazas en una muestra de la variedad de servicios que el verde urbano estaba destinado a ofrecer en una ciudad en rápida expansión. Durante las primeras décadas del siglo XX a esos servicios se sumarían los aparatos para jugar, canchas para la práctica de deportes, pileta de natación y solarium[35]. En ese contexto todo barrio aspiró a tener su plaza, un espacio verde destinado a servir de referencia par el ordenamiento del territorio, responder a las demandas familiares de esparcimiento y compensar las nefastas consecuencias de la vivienda estrecha, hacinada y con un precario equipamiento que hacía muy difícil incorporar los nuevos valores de la higiene en la vida cotidiana. Todavía en los años veinte y treinta se pensaba la piscina del barrio –y para el caso también el balneario municipal, junto al río– acompañada de baños públicos, una combinación que revelaba cuán mezcladas estaban la posibilidad de una buena y poco frecuente higienización personal y el ideal de mantenerse en buen estado físico o simplemente divertirse[36].

En cualquier caso todas estas funciones del verde que facilitaban la recreación y brindaban servicios eran la culminación de un proceso donde convergían el crecimiento físico de la ciudad, el diario vivir en los barrios populares, el desarrollo de las organizaciones fomentistas y clubes deportivos barriales, la reducción de la jornada laboral y sus efectos en el uso del tiempo libre, la significativa disminución del trabajo infantil y la generalización del sábado inglés y del descanso dominical. En ese contexto el verde de las plazas y parques quedó firmemente asociado al tema de la recreación de los sectores populares, en primer lugar de los niños, pero también de los jóvenes y los adultos. "Nada debía limitar el acceso del pueblo al ejercicio físico y la recreación", se decía a mediados de la década del treinta[37]. Desde comienzos de siglo esa suerte de derecho se corporizó en la rápida difusión de la práctica de deportes; el fenómeno fue tan impactante que en los años veinte hubo quien propuso transformar las plazas ornamentales en espacios de recreación y práctica de deportes[38]. Estos cambios armonizaban bien con el discurso que asociaba el



verde y el fortalecimiento de los cuerpos. Por eso, y con sugestiva frecuencia, las concesiones de usufructo temporario de terrenos fiscales por parte del poder municipal tendían a fundamentarse en los "propósitos eugenésicos" de los clubes deportivos o sociedades de fomento barrial[39].



### 4. El verde de los niños

La plaza destinada a la recreación no sólo descubría una visión actualizada de un moderado discurso antiurbano sino también canalizaba preocupaciones de muy diversa índole, en primer lugar las relaciones con la niñez. Frente al crecimiento de la ciudad y el aumento de su densidad la plaza debió salir a cubrir la falta de lugares de esparcimiento. Devino en un recurso que debía facilitar "la autorrevelación del ser físico del niño" y permitir un contacto estrecho con "el campo en la forma de parque"[40].

Desde fines del siglo XIX los niños fueron vistos como parte integrante de una preocupación vinculada al futuro nacional. En ese marco se fue prefigurando un discurso en pos del fortalecimiento de la salud de los niños que señalaba las ventajas de la gimnasia escolar en las plazas, las colonias diurnas de verano o las escuelas del aire libre. Prácticamente todas las propuestas de renovación educativa –desde los proyectos oficiales a los más alternativos y libertarios– bebieron en ese discurso; y si cuestiones como el conocimiento práctico, la importancia de aprender divirtiéndose, el criterio de autoridad o el valor de la solidaridad podían generar discrepancias, todos invocaban –con matices apenas significativos– la relevancia del contacto con la naturaleza, los paseos, las caminatas instructivas y los picnics en los parques[41]. Se trataba de la versión local de un movimiento internacional, con congresos periódicos y comités permanentes, que apuntaban a "cambiar la escuela común, tuberculógena, infanticida, puberticida, por una escuela abierta y revivificadora, (...) donde además de la enseñanza de la higiene práctica, personal y popular, se den lecciones al aire libre, en los parque y plazas, y se haga diariamente gimnasia. Es la escuela a *plein air*, en perfecta y autónoma relación con el aire, con la luz y con el sol"[42].

Fue en ese contexto que desde 1900 médicos, funcionarios municipales,



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



arquitectos, asistentes sociales y educadores se lanzaron a promover en la ciudad plazas con juegos infantiles. La idea –de raigambre norteamericana pero que para estos años también hacía impacto en Europa– apuntaba a facilitar su uso frecuente mediante un acceso simple y rápido. Destinadas primordialmente a los niños –y a través de ellos también a sus madres– estas plazas, mucho más modestas que el Parque de Palermo, debían tener hamacas y toboganes para así cumplir sus ampliadas funciones educativas[43].

En el caso de los niños de origen humilde estas preocupaciones fueron especialmente evidentes. Por eso, y haciendo referencia a iniciativas que databan de la década de 1890, el director de *La Higiene Escolar,* una publicación oficial, señalaba que el entonces proyecto de las colonias de vacaciones en las plazas debía ser una posibilidad "sólo para los escolares pobres, realmente pobres, aquellos en quienes un examen médico minucioso los descubra dotados de un organismo débil o con signos de predisposición a la tuberculosis"[44]. Más tarde, en los años veinte, circularon propuestas de parques y plazas con bibliotecas y oficinas médicas, Estas iniciativas prefiguraban la idea de un espacio verde que, a la manera de una continuación del hogar, debía compensar las estrecheces de la vida de los niños que habitaban "conventillos y departamentos donde faltaban el espacio, la luz, el verde y la higiene"[45]. Y al igual que el hogar, el verde debía moralizar: "el parque reúne diariamente en su seno a una caravana de niños, en su mayoría de familias obreras, que careciendo de otros recursos para asegurarles un mínimo de expansión y entretenimiento les envían al parque. No basta proporcionar a la niñez arboledas frondosa, luz y sol sino que es menester abrirle perspectivas más amplias y generosas, hacerles acariciar nuevos incentivos que a la par que signifiquen vigorizarlos física y moralmente los sustraiga a la influencia perturbadora de la calle"[46].

Mientras proveía servicios el verde de los niños debía regular sus actividades. De ese modo fue desplazando a los espacios públicos de la ciudad, donde, de modo improvisado o menos estructurado, la gente común jugaba o gastaba su tiempo[47]. Los cambios, además de traer novedades en materia de ornato, permitieron a los reformadores sociales definir las actividades recreativas que se juzgaban más apropiadas. Sus efectos fueron curiosos. Un cronista ofrecía un ejemplo con lo ocurrido en lo que con el tiempo sería la Plaza Irlanda: antes de normalizarse como plaza "era un vasto solar, baldío, utilizado por la chiquillería de la vecindad para jugar al fútbol"; una vez parquizado y definidas las áreas de uso fue "cosa rara encontrar un niño jugando a la pelota"[48]. Por décadas, entre el fútbol y las plazas se fue desarrollando una incómoda relación. Las estadísticas municipales de los años treinta son en ese sentido bien reveladores; de un parte ignoraron el fútbol infantil –no reglamentado– practicado en las plazas; de otra celebraban la presencia de los niños que, por miles, hacían uso de las facilidades recreativas debidamente supervisadas[49].

En ese contexto el fútbol infantil terminaría poniendo de un lado al guardián de la plaza –un personaje nuevo, encargado de hacer cumplir aquello que estaba permitido hacer en el verde urbano según el código educativo-higiénico impulsado por el poder municipal y los reformadores sociales– y, del otro. a quienes devendrían en sus más persistentes usuarios, los chicos del barrio. El cuadro resultante fue un clásico de la escena porteña: los chicos siempre listos a improvisar un arco, tirar penales o jugar un "picado", corridos por un guardián en uniforme dedicado a la magna tarea de mantener el césped en forma y hacer cumplir los nuevos reglamentos.

Pero la cuestión del uso del espacio verde y el fútbol anticipó la aparición del guardián de la plaza. Imposible de ignorar en la vida de los niños y adolescentes en los barrios porteños de comienzos de siglo, la práctica del fútbol alimentó cierto malestar en las ámbitos educativos. Lejos de ser percibido como un recurso, el fútbol generó desconfianza; en 1906, uno de los animadores de la renovación educativa y modernización de la secuela proponía la realización de un "concurso para premiar una nueva clase de ejercicios al aire libre, que en forma de juego escolar, venga a sustituir al anacrónico, bárbaro, malsano y violento fútbol"[50]. Cuatro décadas más tarde se seguía viendo en este deporte, que "ha nacido casi espontáneamente y con el tiempo ha ido adquiriendo el volumen y el arrastre de un alud", una desgraciada consecuencia de "la inacción de la escuela y el colegio en materia de deportes"[51]. Quejas, reclamos y resistencia aparte, es indudable que la prédica de los reformadores fue inútil y, jugando en las plazas cuando se podía y cuando no en la calle o la vereda, el fútbol se hizo un lugar en la vida de los niños y adolescentes porteños.

* * *

Con el tiempo el discurso del verde en la ciudad se fue haciendo cada vez más complejo. Mantuvo viejos temas, incorporó otros nuevos y supo combinar el utilitarismo en clave deportiva –cubriendo así demandas sociales y eugenésicas– y la oferta de un lugar que podía facilitar el descanso y el paseo. Sin duda en este proceso de adición de funciones la idea del verde para la recreación y del verde de los niños fueron paulatinamente confinando a la del verde civilizador, que apuntaba a estimular los sentidos y serenar los espíritus.

La elite porteña, que encontraba en el verde civilizador un espacio para la figuración debió reconsiderar sus relaciones con los espacios públicos. Tal vez porque ya no era la misma o porque sus modos en la ciudad moderna cambiaron y tendieron a buscar un nuevo tipo de privacidad, lo cierto es que hacia fines de la década del treinta, y tal como lo dijera un agudo observador de la realidad argentina, Palermo había devenido en "una zona neutral" de Buenos Aires, donde "el lujo y la pobreza acuden juntos, sin enfrentarse ni contraponerse, como miembros de una numerosa familia (...) su grandeza le es dada por los concurrentes, que van al parque como a un recreo sobre el que se sienten con



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cierto derecho de propiedad de casta y rango. Todos nos sentimos de algún modo accionistas de esa posesión ancestral (...) que no debe ser censada entre los bienes del patrimonio municipal sino entre los bienes espirituales de la población"[52].

Tanto el verde civilizador como el verde recreativo y el de los niños se construyeron con los mismos recursos. Vistos a lo largo de siete décadas sólo difería su puesta en uso. Si se pensaba en el agua no era para invitar a la contemplación sino para facilitar la práctica de la natación en una piscina o del remo en un lago. La vegetación –plantas y árboles– era instrumental en la delimitación de zonas y perímetros de campos de juego. Y mientras en los parques grandes –como el Parque Chacabuco– la irrupción de cierta edificación tenía más y más que ver con la instalación de un gimnasio – dando un nuevo y paradójico sentido a la idea de espacio abierto–, en las plazas barriales aparecían bien demarcados los areneros, las canchas de básquet y las áreas de juegos infantiles con argollas, toboganes, hamacas y pasamanos. En cualquier caso esta irrupción del verde como parque de servicio no terminó con el parque del placer puesto que, como lo afirmaba un informe oficial de mediados de los años veinte, los parque y plazas podían tener "céspedes, círculos, arboledas para juegos (...) pero su misión no era únicamente la práctica y aprendizaje regular de los deportes sino también el paseo y la distracción de los concurrentes"[53].

Como sea, hacia la segunda década de ese siglo este parque recreativo parece haber actualizado la agenda que en el pasado se asociaba a las funciones civilizatorias del verde. Así fue como el parque devino en sede de eventos culturales que, se suponía, contribuían a la educación de las masas urbanas. Si al terminar el siglo XIX los conciertos al aire libre eran primordialmente una actividad de la elite, luego del Centenario y especialmente en la segunda década de este siglo se transformarían en una frecuente oferta aprovechada por más y más sectores de la sociedad[54]. Para esos años la gran novedad vino con la proyección de películas. Tanto la municipalidad como diversas organizaciones políticas u obreras ofrecían programas que, a su modo, revelaban cómo y cuánto la cultura comercial y, de manera muy incipiente, la cultura de masas empezaban a instalarse en la vida de la ciudad. Así, "películas cómicas o comedias que recrean y ayudan a pasar un buen momento" se combinaban con otras que, se suponía, eran educativas y agitaban la cartilla eugenésica e higiénica. Los programas podían incluir "proyecciones luminosas" que acompañaban la conferencia de un médico sobre "cómo evitar el contagio de la tuberculosis" o películas como "Baluarte de la Raza" o "Maternidad" –cuando las preocupaciones por el lento crecimiento de la población, en las décadas del treinta y cuarenta, estaban a la orden del día[55].

Este proceso de sostenida ampliación de los servicios que se brindaban desde el parque y la plaza tendió a relativizar la idea del verde como un ámbito que facilitaba la ilusión de la excursión pastoril, la ficción de tener la naturaleza en la ciudad. Sin embargo, y aún con su dominante perfil recreativo, tonificante de los cuerpos y robustecedor de las inmunidades individuales, el parque –decía un defensor de los espacios verdes– "debe seguir brindando un servicio espiritual, estético y cultural comparable al que ofrecían las catedrales a las poblaciones de la edad media"[56]. No en vano los debates del Concejo Deliberante mostraban no sólo un cierto consenso al momento de tomar medidas en pos de "la reforma de la plaza" y su "transformación en lugar de sano entretenimiento" sino también fortísimas discrepancias entre católicos y laicos cuando se trataba de aprobar o no el uso del parque para ceremonias religiosas o la erección de una cruz en el centro de una plaza[57].

En cualquiera de sus formas, y más allá de que sus resultados hayan sido objeto de muy discrepantes evaluaciones, la idea del verde urbano fue parte del esfuerzo por repensar la ciudad moderna, facilitar su "respiración", redefinir las relaciones entre lo público y lo privado y brindar a los niños un espacio para su recreación educativa y a la población en general un ámbito pretendidamente natural y compensador de las rutinas urbanas ■

---

**Notas**

1. Lewis Mumford, *The Story of Utopias* (New York, 1954); René Dubos, "Medical Utopias", *Daedalus, summer* (1959); Bronislau Baczko, *Lumières de l'Utopie* (París, 1978); Krishan Kumar, *Utopia and AntiUtopia in Modern Times* (Oxford, 1987); Diego Armus, "La ciudad Higiénica entre Europa y Latinoamérica", en Antonio Lafuente (ed.) *Mundialización de la Ciencia y Cultura Nacional* (Madrid, 1995).

2. *Revista Médico Quirúrgica*, 1969, 6, p. 350, también en *Escritos y Discursos del Doctor G. Rawson* (Buenos Aires, 1891), tomo II, p. 87-134 y en Juan de Cominges, *Obras Escogidas* (Buenos Aires, 1892), p. 345-6.

3. *Memoria de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires Correspondiente al Año 1873* (Buenos Aires, 1874), p. 6.

4. Municipalidad de la Capital, *Memoria Presentada al Honorable Concejo Deliberante, Año 1896* (Buenos Aires, 1897), p. 56.

5. La Vanguardia, 25-4-26; Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, *Actas del Concejo Deliberante Enero-Mayo 1923*, (Buenos Aires, 1923), p. 195.

6. Ezequiel Martínez Estrada, *La Cabeza de Goliat*, (Buenos Aires), p. 135.

7. La Vanguardia, 12-12-1922.

8. Vida Comunal, 1-9-1929.

9. Municipalidad de la Capital, *Memoria Presentada al Honorable Concejo Deliberante, por el Intendente Municipal Año 1897* (Buenos Aires, 1898), p. 34.

10. Municipalidad de la Capital, *Memoria de la Intendencia Municipal de la Ciudad de Buenos Aires Año 1906* (Buenos Aires, 1909), p. xxvii.

11. *La Nación*, 10-4-1940.

12. *La Nación*, 20-1-1936.

13. Carlos Della Paolera, *Buenos Aires y sus Problemas Urbanos* (Buenos Aires, 1946), p. 39, 48, 49.

14. Domingo Faustino Sarmiento, *Obras Completas* (Buenos Aires, 1951), tomo XLI, p. 197.

15. *Vida Comunal*, 1-9-1929.

16. Intendencia Municipal, Comisión de Estética Edilicia, *Proyecto Orgánico para la Urbanización del Municipio. El Plano Regulador y de Reforma de la Capital Federal*, (Buenos Aires, 1925), p. 412.

17. Domingo Faustino Sarmiento, *Obras Completas...*, XXII, p. 14.

18. Guillermo Rawson, Escritos y Discursos.... p. 123.

19. Domingo Faustino Sarmiento, *Obras Completas...*; tomo XXII, p. 13, 14; tomo XLII, p. 77.

20. Congreso de la Nación. Cámara de Diputados, *Diario de Sesiones*, 1-6-1874, p. 88; Carlos Urien y Ezio Colombo, *La República Argentina en 1910. Estudio Histórico, Físico, Político, Social y Económico* (Buenos Aires, 1910) tomo I, p. 29; *Versiones Taquigráficas de las Sesiones del honorable Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, Septiembre-Noviembre de 1935* (Buenos Aires, 1935), p. 2200; Vicente Rotta, *Los Espacios Verdes de la Ciudad de Buenos Aires* (Buenos Aires, 1940). p. 42.

21. Manuel Zuloaga, *Nuestra Raza. Condición del Extranjero en la Argentina* (Buenos Aires, 1931), p. 168.

22. Juan de Cominges, *Obras Escogidas...*, p. 345, 346.

23. Antonio Samper, "La República Argentina vista por un colombiano", en Julio Cortázar y otros, *Buenos Aires: de la Fundación a la*



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

*Angustia* (Buenos Aires, 1968), p. 63.

24. Adolfo Bioy, *Antes del 900* (Buenos Aires, 1958), p. 264-266.

25. *El Nacional*, 9-4-1883.

26. Municipalidad de la Capital, *Memoria Municipal Correspondiente al Año 1890* (Buenos Aires, 1891), p. 172.

27. Domingo Faustino Sarmiento, *Obras Completas...;* tomo XLI, p. 355; tomo XLI, p. 195.

28. *La Vanguardia*, 7-12-1901; 21-12-1901.

29. *La Vanguardia*, 19-5-1894.

30. *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, 1904, III, mayo-junio, p. 347; *La Vanguardia*, 25-1-1908.

31. *La Vanguardia*, 7-12-1914.

32. Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, *Memoria Municipal 1909* , p. 393; *Memoria Municipal 1910* , p. 391; *Memoria Municipal 1935*, p. 320.

33. *Versiones Taquigráficas de las Sesiones del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, Correspondientes a Agosto-Noviembre de 1929...*, p. 1317-1318.

34. *Vida Comunal*, 1-11-1942, p. 5.

35. Municipalidad de la Capital, *Memoria Municipal Correspondiente al Año 1895* (Buenos Aires, 1896), p. 46; *Versiones Taquigráficas de las Sesiones del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, Correspondientes a Julio-Septiembre de 1933* (Buenos Aires, 1933), p. 1998.

36. *La Vanguardia*, 30-5-1915, 25-1-1925; *Versiones Taquigráficas de las Sesiones del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, Correspondientes a Julio-Septiembre de 1933* (Buenos Aires, 1933), p. 1998.

37. *Versiones Taquigráficas de las Sesiones del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, Correspondientes a Septiembre-Noviembre de 1934* (Buenos Aires, 1934), p. 2163.

38. Vicente Rotta, *Los Espacios Verdes de la Ciudad de Buenos Aires* (Buenos Aires, 1940), p. 41.

39. *Versiones Taquigráficas de las Sesiones del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, Correspondientes a Septiembre-Noviembre de 1934* (Buenos Aires, 1934), p. 2868.

40. *Boletín del Museo Social Argentino, 1913*, p. 241.

41. *El Monitor de la Educación Común. Publicación Oficial de la Comisión Nacional de Educación*, 31-1-1891, 30-11-1901, 31-12-1902; *La Higiene Escolar, Revista Mensual Suplementaria de "El Monitor de la Educación Común"*, 5, 6, 7,-1906; *L'Avvenire. Periódico Comunista-Anarchico*, 13-1-1908; *La Semana Médica*, 27-5-1909; *El Azote*, 22-10-1911; *Boletín de Educación Racionalista*, mayo 1915; *Acción Obrera*, diciembre 1925; *La Vanguardia*, 28-6-1926; *Boletín del Museo Social Argentino*, XXII, septiembre-octubre 1934, p. 147-148.

42. Francisco Súnico, *La Tuberculosis en las Sierras de Córdoba*, (Buenos Aires, 1922), p. 371; Carlos Octavio Bunge, *La Educación Contemporánea*, (Madrid, 1903), p. 354; *Boletín del Museo Social Argentino, septiembre-octubre 1934*, XXII, 147-148, p. 266-267.

43. *Actas de la Comisión Municipal. Año 1905* (Buenos Aires, 1906), p. 187; *Actas del Concejo Deliberante. Año 1912* (Buenos Aires, 1913), p. 546; *Memoria Municipal, Año 1909* (Buenos Aires, 1910), p. 531; Intendencia Municipal. Comisión de Estética Edilicia. *Proyecto Orgánico para la Urbanización del Municipio. El Plano Regulador y de Reforma de la Capital Federal...*, p. 396, 404.

44. *La Higiene Escolar...*, 1906. p. 6.

45. *La Vanguardia*, 30-7-1922; *Actas del Concejo Deliberante Correspondientes a Agosto-Diciembre de 1924* (Buenos Aires, 1924), p. 125, 2094; *Versiones Taquigráficas de las Sesiones del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, Correspondientes a Agosto-Noviembre de 1929* (Buenos Aires, 1929), p. 1445

46. *Versiones Taquigráficas de las Sesiones del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, Correspondientes a Mayo-Julio de 1936* (Buenos Aires, 1936), p. 171.

47. John Jackson, *Discovering Vernacular Landscape*, (New Haven, Connecticut, 1984), p. 127-130.

48. *Vida Comunal*, diciembre 1930, p. 7.

49. Municipalidad de la Capital Federal, *Memoria Municipal 1926* (Buenos Aires, 1927), p. 347; *Memoria Municipal, 1935* (Buenos Aires, 1936), p. 561.

50. *La Higiene Escolar...*, I, 6, 1906, p. 68.

51. *Viva Cien Años*, 1940, VIII, p. 552.

52. Ezequiel Martínez Estrada, *La Cabeza de Goliat...*, p. 65.

53. Intendencia Municipal. *Comisión de Estética Edilicia*. Proyecto Orgánico..., p. 395.

54. Municipalidad de la Capital Federal, *Memoria del Departamento Ejecutivo. Año 1916* (Buenos Aires, 1919), p. 333; *La Vanguardia*, 4-1-1913.

55. *La Vanguardia*, 16-2-1922, 15-11-1923, *Boletín del Museo Social Argentino*, 1939, p. 214. *Acción Obrera*, 9, 1926.

56. *Vita Comunal*, 1-9-29, p. 13.

57. *Versiones Taquigráficas de las Sesiones del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, Correspondientes al período Mayo-Julio de 1936...*, p. 1727-1740.



# Historia y experiencia

José Sazbón*

La relación entre las determinaciones históricas generales que conforman la unidad de una época y las modificaciones que ellas suscitan en los marcos de la sensibilidad, las formas de conciencia y los lenguajes que articulan el saber de sí de los contemporáneos ha sido un tema frecuentemente tratado en la filosofía, las ciencias humanas, la teoría política, la crítica del arte, la reflexión sobre la cultura. Es normal que ciertas iniciativas intelectuales, aunque orientadas a un presente intransferible, sean dotadas por el observador de una dimensión histórica para explicar su índole más profunda, que es vista entonces a partir de su inscripción epocal, de la elección de modalidades con que se pliegan a las exigencias del tiempo, del contenido y carácter que reviste la conciencia histórica así expresada. En años recientes, el libro del historiador Reinhart Koselleck *Futuro pasado* ha favorecido una dilucidación más sistemática de estas cuestiones al establecer –y documentar– la conexión entre las formas de la temporalidad –las tres dimensiones del tiempo por las que se rige la perspectiva histórica– y las modificaciones de la experiencia, apreciadas éstas tanto en los testimonios más generales sobre la cualidad advenida al tiempo histórico como, más específicamente, en las innovaciones del léxico que, al permitir nombrar los atributos de una nueva época, fundan de hecho su existencia y la vuelven reconocible y operante.

Subtitulado apropiadamente *Para una semántica de los tiempos históricos*, el libro explora, en diversas direcciones, la estrecha imbricación que existe entre las condiciones de cognoscibilidad de una historia y el sustrato experiencial de los conceptos movilizados en esa operación. Cuando se estudia la historia de un concepto, lo que se evalúa y determina, a partir de la tematización de la situación general de una época, es la cualidad respectiva que cabe asignar al "espacio de experiencia" y el "horizonte de expectativa" de la época en cuestión. El autor utiliza asiduamente estas nociones en los estudios particularizados que componen el volumen y las considera sistemáticamente en uno de ellos, en su carácter de categorías gnoseológicas aptas para "fundar la posibilidad de una historia". En su opinión, la expectativa y la experiencia son constitutivas tanto de la historia como de su conocimiento "en cuanto indican y producen la conexión interna entre el pasado y el futuro": ellas remiten a "la temporalidad del hombre y, metahistóricamente, [a] la temporalidad de la historia"[1]. El marco teórico general que permite la elaboración de Koselleck es consonante con el de la hermenéutica filosófica de Gadamer y la hermenéutica literaria de Jauss, ambas a su vez de deriva-

*Universidad de Buenos Aires.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ción fenomenológica (la misma expresión "horizonte de expectativa" tiene su fuente en Husserl). Su amplia pertinencia en el campo de las indagaciones hermenéuticas relativas a la formación y contenidos de la conciencia histórica se ha visto corroborada, por ejemplo, en el receptivo comentario que le brinda Ricoeur en su obra fundamental sobre la temporalidad y las formas de la narración[2]. En cuanto a las investigaciones específicas sobre el léxico que decanta y fija el pensamiento político de la modernidad –contenidas tanto en *Futuro pasado* como en obras anteriores del autor–, ellas constituyen ya una convincente fuente de referencia[3]. Lo que se reconoce así en el esfuerzo teórico de Koselleck es la fecundidad de su enfoque en la indagación de los modos de constitución de la temporalidad histórica a partir de la cambiante configuración de las experiencias de época tal como éstas emergieron y se establecieron en el medio lingüístico por el que la conciencia accede a sus propios contenidos.

En este trabajo me interesa indicar el carácter heurístico que poseen los conceptos de "espacio de experiencia" y "horizonte de expectativa" para ilustrar la relación entre historia y experiencia en nuestro tiempo, mostrando cómo esa conexión aparece –bajo denominaciones y descripciones diversas– en algunos planteos críticos de la filosofía y las ciencias humanas. El propósito más amplio consiste en homologar el alcance más firme de esos conceptos con los atributos de una conciencia de la modernidad y asimismo con su denunciado eclipse en tiempos recientes. La homologación parece admisible tan pronto tomamos en cuenta que, si bien los conceptos en cuestión remiten a una "determinación trascendental de la historia" –en la formulación de Koselleck antes aludida, "las condiciones de posibilidad de la historia real son, al mismo tiempo, las condiciones de su conocimiento"[4]– el ejemplo privilegiado que el autor ofrece es el del juego del espacio de experiencia y el horizonte de expectativa en la Edad Moderna (y la deriva ilimitada que allí se abre). Siguiendo esa inspiración, nos interesará mostrar que esas nociones –"categorías históricas", para el autor– resultan serviciales para describir tanto algunas instancias celebratorias de la modernidad como, en sentido opuesto, algunos momentos críticos que tienden a desmantelar sus presuntas iluminaciones.

La productividad que adjudico a los mencionados conceptos puede ponerse a prueba, creo, en diferentes secuencias de la historia de las ideas. En el marco de esta exposición, elijo dos que ponen de manifiesto la remisión recíproca de la historia y la experiencia: más precisamente, la vinculación que se descubre entre la intelección de la historia y la estructuración de la experiencia. Estas dos direcciones son las que envuelven, respectivamente, postulaciones de índole filosófico-cultural y asunciones de carácter ideológico-político.

Empezaré por esta última orientación, que es la más directamente concernida por los análisis de Koselleck, los cuales, en la mayoría de sus especificaciones, están centrados en las modulaciones que adopta el lenguaje sociopolítico y, por consiguiente, en las refiguraciones teóricas a que esas transiciones dan lugar. Como recordamos hace un momento, cuando Koselleck tematiza el mutuo envolvimiento de las nociones de "espacio de experiencia" y "horizonte de expectativa", desarrolla las condiciones en las cuales los contenidos liberados por esas nociones se responden los unos a los otros en una coyuntura paradigmática: el nacimiento, vivido, experimentado, nombrado y postulado de los tiempos modernos.



Si bien sus signos anunciadores, en la conciencia de la época, provienen de la codificación iluminista del presente histórico, es decir, del desciframiento del mundo de la vida y de la constelación de instituciones vigentes en función de un adjudicado carácter transicional, el acontecimiento que precipita estas experiencias conativas y les otorga una validación irreversible es la Revolución Francesa. Con ésta, se dispara un ilimitado horizonte de expectativa que, en cada una de las fases históricas subsiguientes, será el correlato de esperanzas insatisfechas por el propio desemboque paradójico o contradictorio de ese mismo y dilatado proceso.

Pero, al mismo tiempo y en el orden de la configuración de la conciencia a partir de las nuevas fuentes del sentido que las alteraciones históricas promueven, se produce una rotación semántica que afecta los usos lingüísticos y, en particular, el vocabulario político y sociológico. El texto de Koselleck vuelve definitivamente explícito el concepto moderno de revolución como la fijación epocal y largamente perdurable de las experiencias suscitadas por la Revolución Francesa y su sedimentación en una matriz múltiple de nociones que, ahora, desde nuestro presente, fácilmente se confunden con la obviedad: la "aceleración" de la historia, las asimetrías de desarrollo, las ideas de anticipación y retardo, la alternativa progreso/conservación, etc. Y una, sobre todo, que estaba destinada a una promisoria vigencia: la de la permanencia del movimiento. Esta idea, que en clave iluminista-positivista-liberal fundamenta la inalterabilidad del progreso y un horizonte de expectativa siempre enriquecido por el perfeccionamiento de las instituciones y la dignificación de la condición humana, tiene como *pendant* en la fijación de los medios y en la detección del ritmo histórico, la otra idea, que podríamos llamar su hermana-enemiga, la de la revolución en permanencia, la de una voluntad de cambio radical que –otra vez como una reviviscencia de la paradigmática Revolución Francesa– critica sobre la marcha el languidecimiento de los ideales asumidos y, sobre todo, su realización contradictoria: el particularismo de su encarnación social medido por la universalidad de sus fines y la ilimitación de su promesa humana.



Podemos decir que este último concepto ilustra el paradigma mayor del que deriva: el de la Revolución Francesa como arquetipo de *la revolución* y, a su vez, el de una encarnación siempre deficitaria de la promesa ilimitada que aquel gran acontecimiento anunció como heraldo de la modernidad. Promesa que nadie definió mejor que Hegel cuando señaló que, hasta la Revolución Francesa, nunca en la historia "se había visto que el hombre se apoyase sobre su cabeza, esto es, sobre el pensamiento, y edificase la realidad conforme al pensamiento"[5]. En este sentido, la anticipación de un orden racional y la asignación de un *telos* humanista y latitud universalista a las



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

instituciones y costumbres marcarán un "horizonte de expectativa" que se prolongará durante los dos siglos siguientes. Y un modo de entender la aguda criba de los modos de sustentación de la conciencia moderna es en función del debilitamiento –originado en distintas causas– de las bases de ese horizonte. En la medida en que existen fuertes correspondencias entre el paradigma de la Revolución Francesa, la conciencia de la modernidad y el propio sentido del pensamiento histórico, quisiera ilustrar los ataques a la vigencia de este plexo de nociones sirviéndome de los conceptos de Koselleck. Se trata de unos pocos ejemplos, escogidos en razón de su diversa índole disciplinaria.

A partir de los años cincuenta, se comenzó a poner en cuestión la consistencia historiográfica de la noción que estaba en la fuente de las interpretaciones sobre los comienzos de la modernidad. El revisionismo inglés intentó desacreditar la idea consensual (originada, podemos agregar, en los propios días de la Revolución Francesa)[6], de un grupo social homogéneo y emergente que habría sentado, en esa época, las bases de una transformación estructural e institucional de alcance universal y prolongada posteridad. Dado que era propio del consenso combatido la apelación a conceptos jurídico-políticos y sociológicos como "feudalismo", "aristocracia", "burguesía", etc. , la disolución analítica de su presunta compacidad buscaba diluir también el objeto teórico al que servían. Si este último seguía inspirando tanto el discurso histórico como el discurso filosófico de la modernidad, sólo podía hacerlo, pues, en razón de un equívoco categorial: inauténtica en ese sentido, la unidad conceptual "Revolución Francesa" construida por los historiadores mantenía su prestigio heurístico en virtud de la irradiación incontrolada de las categorías de un *mito*. La propuesta consiguiente tendía a morigerar la inflación conceptual de unos esquemas interpretativos juzgados parasitarios y sesgados por una inflexible filosofía de la historia. Hacía falta, según esta crítica empirista, menos teorías generales y más términos descriptivos: en el límite, no era seguro que hubiera existido una Revolución Francesa[7].

Ahora bien, cuando el revisionismo historiográfico se desplazó de Inglaterra a Francia se pusieron de manifiesto otras facetas de la crítica, pues el cuestionamiento de los conceptos articuladores de la versión consensual se prolongó en una impugnación del tipo de predisposición que la conciencia histórica contemporánea albergaba hacia ella. En trabajos muy difundidos, François Furet acusó a los historiadores "ortodoxos" no sólo de servirse de esquemas acríticamente aceptados y ya vetustos, sino, lo que más importa en nuestro marco de cuestiones, de revivir constantemente el acontecimiento mediante una aproximación empática a sus protagonistas. El mecanismo de la "identificación espontánea con el objeto y los valores" de la Revolución llevaría a esos historiadores a "compartir la imagen del pasado que tenían los propios actores de la Revolución Francesa"[8]. En el límite, Albert Soboul –blanco privilegiado de la crítica revisionista– podría escribir, ironizaba Furet, algo así como "Memorias de un revolucionario".

En síntesis, la demolición de la imagen ortodoxa de la Revolución se basa en una imputación que entendemos mejor con ayuda de los conceptos de Koselleck: es la imputación de vitalizar continuamente, legitimando con ello su alcance y aperturas, el "espacio de experiencia" que estuvo en la base de la empresa revolucionaria; el prolongar, en el presente y con miras a una renovación de sus contenidos, lo que para



los hombres del 89 y del 93 constituía *su* futuro (y para nosotros constituye un "futuro pasado"). No es mi intención evaluar la pertinencia de estas acusaciones (lo que implicaría reconstituir los términos de un debate historiográfico complejo), sino indicar de qué modo las revaluaciones del significado de la Revolución Francesa están estrechamente ligadas a un juicio sobre las apropiaciones actuales de su legado y cómo, entonces, las consideraciones metahistóricas del autor que comentamos contribuyen a la elucidación de ese enlace.

Esa contribución resalta más si pasamos del revisionismo historiográfico al plano más abarcativo de la epistemología de las ciencias humanas y tomamos en consideración la polémica que enfrentó a Claude Lévi-Strauss con Jean-Paul Sartre a propósito de la supuesta subordinación de la razón analítica respecto de la razón dialéctica. También en este caso la complejidad de las respectivas posiciones desafía cualquier simplificación, pero un aspecto de ese intercambio debe retener nuestra atención. Cuando Lévi-Strauss impugna la versión sartreana de la razón dialéctica, rechaza en el mismo movimiento la apelación a la conciencia histórica como garante de sus operaciones. Al situarse en una perspectiva antropológica transcultural que devalúa las certidumbres de la conciencia histórica occidental (junto con el propio concepto de historia del que ella deriva), Lévi-Strauss no encuentra ninguna inhibición para homologar la Revolución Francesa a un mito, en este caso uno específico de nuestra cultura en cierta fase de su desarrollo. (Podemos agrega, entre paréntesis, que años después de que Alfred Cobban la designara de ese modo luego de una reducción empirista, Lévi-Strauss llamaba, también, "mito" a la Revolución Francesa a partir de una derivación estructural).

Ahora bien, en opinión de Lévi-Strauss, se trata de un mito aún eficaz que permite al hombre contemporáneo "desempeñar plenamente el papel de agente histórico", pero cuyo destino de caducidad no tardará en hacerse patente. Pues, en efecto, lo que se encuentra en trance de desaparición es ese "período de la historia contemporánea que [ofrecía] el privilegio de una congruencia entre los imperativos prácticos y los esquemas de interpretación"[9]. La conclusión de Lévi-Strauss es que "quizá esa edad de oro de la conciencia histórica" ha llegado a su fin, lo que, planteado en los términos de Koselleck, significa que el "horizonte de expectativa" a nuestro alcance no puede ya derivar de un "futuro pasado" cuya matriz alimentó en su momento a la moderna conciencia histórica, pero cuya vigencia presente sólo podría sostenerse en las iluminaciones proféticas de un mito y no en una expectativa racional. Se podría agregar que la inclinación a revisar tanto los hechos paradigmáticos como las ideas-fuerza que están en los orígenes de la modernidad, viendo en ellos otras tantas producciones míticas, se extiende también de la Revolución Francesa a la propia idea de "revolución". Agnes Heller y Ferenc Fehér, por ejemplo, analizan varios aspectos de lo que llaman "el mito de la Revolución" tanto en las ideologías políticas corrientes como en filosofías más elaboradas (ellos mencionan la de Adorno), pero es significativo que aquello que consideran el "principio central" de ese mito[10] se inscribe dentro de la temporalización moderna de la historia según Koselleck. Si la revolución traza una "línea divisoria" entre un presente considerado malo y un futuro anticipado como bueno, es porque esa idea, sea o no mítica, deriva de otra mayor, la de "progreso", y de lo que Koselleck indica como tesis de la aceleración: "Que el futuro no sólo cambia a la sociedad sino



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que también la mejora (y cada vez más rápidamente) es una característica del horizonte de expectativa delineado por el Iluminismo tardío" (uno de cuyos exponentes sería el Kant de *Sobre la paz perpetua)*[11].

El blanco, a veces tácito, a veces explícito, de tales revisiones del legado revolucionario es –como aparece muy claramente en la consistente diatriba de un Lévi-Strauss– la conciencia histórica y, detrás de ésta, el apremio (moral, político, intelectual) al que están sometidos los hombres en sucesivos períodos de cambio que, en conjunto, constituyen un horizonte epocal. Por eso, parece oportuno cerrar este recuento selectivo de algunas posiciones características en el terreno de los nexos entre historia y experiencia en una dimensión político-ideológica, con la mención de un autor que ha tematizado las condiciones de aquel apremio y ha extraído de ellas conclusiones antinómicas a su sentido. Es el caso del historiador intelectual y crítico cultural Hayden White, quien ha asumido en su propia perspectiva lo que él entiende como un rasgo característico de la literatura moderna, a saber, la "convicción subyacente de que la conciencia histórica debe ser obliterada" si se aspira a preservar las cualidades más auténticas de la experiencia humana. La conciencia histórica, obsesionada por su compulsiva referencia al pasado, ejerce una tiranía sobre el hombre de Occidente, impidiéndole enfrentar creativamente los problemas del presente. Ahora bien, corresponde al historiador aceptar las lecciones del arte y la literatura modernos y contribuir a que el presente se vea liberado del "peso de la historia". Este es, en realidad, un alegato en favor de una conciencia moral más auténtica y prístina, que supone la aceptación de la responsabilidad individual, como opuesta a la continua recidiva de un mítico pasado, obstaculizador de su libre elección. La "casta conciencia histórica" que promueve White busca "humanizar la experiencia"[12] de un modo que, claramente, disocia el envolvimiento recíproco de experiencia e historia, de conciencia histórica y reasunción del pasado, en cuanto apertura del horizonte de expectativa actual a la incidencia de un sedimento preexistente.

La otra dirección de interés en la que resultan útiles los conceptos de Koselleck, la filosófico-cultural, puede apoyarse en lo que este autor llama su "tesis histórica" y que alude al progresivo distanciamiento entre la experiencia y la expectativa[13]. Aquí me interesa indicar una "experiencia de la modernidad" más global y articulada que la permitida por la anterior discusión, y ella, a su vez, en diferentes momentos históricos, que muestran las divergentes cualidades de tal experiencia en distintos pensadores, testigos de épocas cambiantes. La modernidad distiende los lazos entre las experiencias precedentes y un campo de expectativas continuamente renovado y, por tanto, inédito. Varios ejemplos de esa disparidad pueden señalarse como ilustrativos de lo que cabría llamar los efectos de una crisis de la experiencia en el terreno de la sensibilidad, del saber inmediato de un presente siempre excedido en sus líneas de fuga y en sus significaciones abiertas.

Pocas formulaciones hay tan clásicas de este vértigo de la conciencia como la que figura en un texto célebre por otras razones y confinado, algo parasitariamente, a un linaje de ideas distinto. En efecto, sólo desde hace poco el ensayista norteamericano Marshall Berman pudo rescatar al *Manifiesto comunista* de Marx y Engels para su galería ejemplar de una contemporánea "experiencia de la modernidad"[14]. Si bien el propósito de Berman es anexar a Marx al universo de ideas y sentimientos que conforma la cultura modernista (junto con Baudelaire, Flaubert, Wagner, Dostoievski, para citar sólo a la generación de los años 40 del pasado siglo), también es pertinente –y, en realidad, como una prolongación de esa adscripción– incluirlo entre los testigos reflexivos de la tensión indicada por Koselleck entre la experiencia y la expectativa. Pues el *Manifiesto* no se limita a reflejar o reproducir el vértigo de las transiciones abruptas, esas que tan profundo impacto suscitaron en la sensibilidad victoriana, sino que además historiza sus condiciones y profetiza sus desembocques. Establece y razona el nexo entre historia y experiencia, buscando en la primera la derivación causal de las mutaciones que afectan a la segunda, pero sin vulnerar la plenitud de esta última; y conservando, además, una mirada bifronte que se orienta, por un lado, a una genealogía mediada de la experiencia y, por otro, a una fabricación histórica de la expectativa.

Mientras la exposición discursiva de la experiencia administra, con distancia irónica, la retórica de Carlyle y el pathos del romanticismo agraviado de la Joven Inglaterra, la flexión del presente histórico en un doble movimiento, retrospectivo y prospectivo, recupera críticamente lo que Koselleck denomina "futuros pasados" para establecer, sobre bases mejor fundadas, el horizonte de expectativa posible de una modernidad heterónoma que podría no sobrevivir a sus automatismos destructivos. Ya que, en efecto, el revés ominoso de la expectativa, de la esperanza fundada y racional en una recuperación de la dignidad humana, es el "estado de súbita barbarie"[15] al que empuja la inercia de los mecanismos sociales cuando éstos quedan librados a un juego autónomo que excluye la intervención libre de los agentes históricos. En este sentido,



el *Manifiesto* es, además de una descripción del sentimiento modernista de los cambios acelerados y de la conciencia abismal de la precariedad y la inconsistencia de lo nuevo –recordemos la formulación: "todas las relaciones estancadas y enmohecidas quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse"[16]– además, pues, de lo que fascina a Berman a partir de la percepción marxiana de que "todo lo sólido se desvanece en el aire", también una prognosis de la mutación eventual de la expectativa en pesadilla: la barbarie repentina que cíclicamente sumerge a la sociedad y la retrotrae a estadios anteriores de la escala civilizatoria no se origina en un déficit de civilización sino en un exceso de ella: en una superabundancia de medios de vida que la anarquía de los intercambios condena a la destrucción. No obstante, la expectativa más profunda que late en el texto tiende a descartar ese riesgo, ya que convoca, con aplomo, al sujeto social capaz de conjurarlo. La ilación compacta de la exposición, su exhuberante dinamismo, su retórica del movimiento incesante –el histórico y el social–, el sarcasmo corrosivo con el que enfrenta a una cultura y unos valores juzgados autocontradictorios, incapaces de dar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cuenta de su real contenido, todos estos rasgos hacen del *Manifiesto* una obra de gran expresividad e indicativa de un momento crítico en la reflexión sobre la civilización moderna.

A medio siglo de distancia de tal momento, el siguiente autor que considero, Georg Simmel (1895-1918), parece más directamente asimilable a nuestro tema, aunque sólo después de admitir que esta misma comprobación debe mucho a la reintroducción presente del filósofo en la corriente de estudios sobre la modernidad que, en este caso, comprende sus dimensiones concretas, experimentadas, interactivas. La pertinencia disciplinaria de Simmel se extiende a la metodología y la filosofía de la historia, la sociología comprensiva, la filosofía del arte, la filosofía de la religión, la teoría de la cultura, etc. , pero sus innovaciones analíticas se expresaron en la forma privilegiada del ensayo, género que ejercitó en su aproximación a cierto número de formas y prácticas culturales, en cuyo tratamiento contribuyó a dotarlas de dignidad conceptual: la moda, la sexualidad, la aventura, los hábitos del hombre de la gran urbe (el "urbanita"), la coquetería, los modales de mesa, la cultura femenina, etc. Más tarde, Adorno le acreditó el ingreso de ese tipo de temáticas en la consideración filosófica: "a pesar de todo su idealismo psicológico, Simmel fue el primero que permitió que la filosofía se volcara a los objetos concretos, algo que luego fue canónico para aquellos que no se sentían a gusto con las trilladas crítica del conocimiento o historia del espíritu"[17]. Durante mucho tiempo, el ámbito intelectual asignado a Simmel permaneció estabilizado, dentro de las variedades del historicismo alemán, en los marcos de una filosofía de la vida de derivación diltheyana[18] –recuperada asimismo en la posterior analítica existencial–; ahora es visto y estudiado como un adelantado en la percepción de las transiciones de la modernidad en este siglo. Sólo que, en este caso, menos en una perspectiva filosófico-histórica y sistemática (hay intentos, más bien, de acomodar las dilataciones asistemáticas de sus búsquedas filosóficas en los parámetros actuales del deconstruccionismo y el post-estructuralismo franceses)[19] que como descubridor y analista del *ethos* propio de la vida y la sensibilidad modernas. Más específicamente: de la cultura de la modernidad en todo lo que ésta tiene de estructurante y desestructurante para la inherencia del individuo a la sociedad y para la del espíritu a sus objetivaciones. De allí que el plexo de indagaciones a las que se consagró Simmel en una variedad de ensayos agudos e imaginativos sean otros tantos intentos de recuperación de la experiencia de la modernidad cuya fundamentación más amplia, sin embargo, se encuentra en su influyente *Filosofía del Dinero*, de 1900[20].

En Simmel, historia y experiencia están articuladas por el movimiento de la comprensión, pero la forma paradigmática que él dio a esa conexión es la del trágico distanciamiento entre las significaciones de la cultura objetiva y la precaria interiorización de la que es capaz, en una esfera saturada de contenidos espirituales, la cultura subjetiva. El luckasiano contraste entre el alma y las formas, entre la vida como impulso y la vida como cristalización, proviene de esa pesimista prognosis. La disparidad creciente que indica Koselleck como característica de los tiempos modernos, a saber, el continuo alejamiento del horizonte de expectativa respecto del constituido espacio de experiencia, tiene su réplica, en los términos de Simmel, en el aumento incesante de las posibilidades latentes de la cultura objetiva y la rezagada asimilación de esa virtualidad por parte del sujeto. "Cada día y en todas sus partes –dice Simmel en *Filosofía del Dinero*– se incrementa la riqueza de la cultura objetiva, pero el espíritu individual sólo puede enriquecer las formas y contenidos de su propio desenvolvimiento alejándose aún más de esa cultura y desarrollando la suya propia a un paso mucho más lento". El espíritu y la cultura objetivados inducen en la experiencia un campo de expectativas inabarcable e ilimitado. "Este concentrado trabajo espiritual de una comunidad cultural –se lee en el mismo texto– se relaciona con el grado en que se vuelve vivo en los individuos del mismo modo en que se relaciona la abundancia de las posibilidades con las limitaciones de la realidad"[21].

El contraste entre la cultura objetiva y la subjetiva, desarrollado en los últimos tramos del libro indicado, asume en un artículo posterior de Simmel acentos sombríos. Una y otra manifestación de la cultura se ven envueltas en un extrañamiento recíproco; entre el proceso vital del alma y las creaciones a que el mismo da lugar hay una "profunda enemistad": el primero es un permanente fluir, las otras un continuo petrificarse. En la medida en que los objetos culturales se afirman y despliegan con una lógica propia de desarrollo, esta deriva los aparta de la dirección en que podrían reintegrarse al desenvolvimiento personal del alma. En virtud de ese "destino trágico", el hombre es un "mero portador de la coerción con la que esa lógica domina los desarrollos"; así, las "fuerzas negativas" en que se convierten los productos culturales se vuelven ahora contra el mismo sujeto productor y suscitan en él "el vaciamiento de la vida más íntima y más propia". El horizonte de expectativa creado por la acumulación y diversificación de los elementos culturales resiste su aclimatación en el espacio de experiencia vivido y significado, dando lugar a lo que el autor llama "típica situación problemática del hombre moderno", y que se expresaría en la fórmula paradójica *omnia habentes, nihil possidentes*[22].

Si es patente la herencia de estas consideraciones en la primera filosofía de Georg Lukács (particularmente en *El alma y las formas*, pero también en *Historia y conciencia de clase*)[23], otra dirección de la influencia de Simmel es aquella que se articula en la temática –que hoy llamamos benjaminiana– de la gran ciudad como escenario privilegiado de las transiciones de la sensibilidad modernista. Este es un tópico vasto y proliferante y sólo caben aquí algunas ilustraciones de su pertinencia para nuestro tema. Ante todo, hay que observar que la fórmula metafórica de Koselleck: "espacio de experiencia" revierte en este caso a su significado literal: es en el espacio de la gran ciudad donde tiene lugar la estructuración de la experiencia que analiza Simmel. En ese espacio –a diferencia del propio de la pequeña ciudad o de la campaña– se producen fenómenos específicos: "en la densísima muchedumbre de la gran ciudad –dice el autor–, la cercanía y la estrechez corporal hace tanto más visible la distancia espiritual". Y, sobre todo, ese otro fenómeno experiencial que Simmel fue el primero en señalar: como "consecuencia de la aglomeración de hombres y cosas" –indica éste–, el individuo se ve impulsado "a su más elevada prestación nerviosa". Puesto a analizar el fundamento psicológico sobre el que se basa la individualidad del urbanita, Simmel lo sitúa en el "acrecentamiento de la vida nerviosa", cuyo origen es el rápido y constante intercambio de impresiones y la imprevisibilidad de estas últimas. Así configurados los fundamentos sensoriales de la vida anímica, el resultado es un incremento del "*quantum* de conciencia" del que en



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



cada momento debe disponer el hombre de la gran ciudad. Su experiencia, por consiguiente, está marcada por el predominio del entendimiento sobre el sentimiento, de la facultad adaptativa sobre el hábito rutinario.

Ahora bien, como el dominio del entendimiento está, en opinión del autor, profundamente conectado con la expansión de la economía monetaria –recordemos que la *Filosofía del Dinero* busca penetrar todas las prolongaciones de esta última en las formas de vida y en la conformación de hábitos culturales–, el ascendiente del espíritu calculador en la vida moderna y su requerimiento de predisposiciones impersonales en los intercambios sociales terminan por impregnar el conjunto de las manifestaciones de la vida, eliminando de ella lo que el filósofo llama "las coloraciones e incomparabilidades auténticamente personales", es decir, se puede agregar, las que definen a la experiencia individual[24]. Esta experiencia, pues, en su carácter de integradora de la cultura subjetiva, es la que, para Simmel, se ve constantemente amenazada por el predominio indetenible de las objetivaciones en que se plasma la cultura objetiva. La persistente acumulación y autonomización de esta última redunda en una no menos continua pauperización de la primera, invirtiendo así su destinación profunda: el enriquecimiento del alma y la experiencia humanas.

Algunos años después, otro filósofo berlinés recuperaba los términos de esa correlación. "Una pobreza del todo nueva ha caído sobre el hombre al tiempo que ese enorme desarrollo de la técnica", escribe Benjamin en 1933. Y continúa: "¿De qué valen los bienes culturales si no nos une a ellos la experiencia?". La impronta simmeliana de estas reflexiones –en el texto "Experiencia y pobreza"[25]– no debería sugerir, sin embargo, una mera prolongación de las ideas de aquel autor, y en particular de su filosofía de vida. Walter Benjamin, el último de los pensadores que consideramos en esta recapitulación, si bien recoge varias incitaciones de Simmel –sobre todo, la temática de la gran ciudad y la de la moda en su conexión con la modernidad–, se distingue de él por la decidida subsunción de estos y otros tópicos en una perspectiva histórica (recordemos que cierta paradójica "eternización" de sus objetos de estudio es un rasgo simmeliano frecuentemente observado)[26].

En Benjamin, la intelección recíproca de historia y experiencia alcanza su punto más alto. La propia empresa a la que consagró su (inconclusa) obra de madurez podría ser definida como una crítica de la experiencia histórica. A ella llegó luego de fijar en otros objetos o constelaciones (para usar un término muy propio de él y que heredara Adorno) su búsqueda de una autenticidad de la experiencia. Podemos evocar brevemente las fases sucesivas de esta exploración. Inicialmente, su marco de



discusión provino de la insatisfacción que sentía por la reducción de toda experiencia a la experiencia científica, limitación que él percibía en el neokantismo, la filosofía con la que se formó toda su generación. Ese concepto, de derivación iluminista, le resultaba estrecho para sus necesidades religiosas y metafísicas. "La tarea de la filosofía venidera –decía en el texto del mismo nombre, de 1918– puede concebirse como la de descubrir o crear un concepto de conocimiento que... haga posible no solamente la experiencia mecánica, sino también la experiencia religiosa"[27]. Posteriormente, su asimilación de la sensibilidad y las producciones de las vanguardias artísticas reorientaron sus intereses; su requerimiento, en este caso, fue el de una concepción exotérica, secularizada de la experiencia, algo que el llamó "iluminación profana" y de la que el artículo sobre el surrealismo, de 1929, es el mejor ejemplo[28]. Luego, en la última década de su vida, al mismo tiempo que observaba (a propósito del arte de narrar) que "la experiencia esta[ba] a punto de desaparecer"[29] y contemporáneamente celebraba las nuevas posibilidades perceptivas e intelectivas que brindaba el arte cinematográfico[30], trabajaba en una obra de largo aliento que debía restituir las condiciones culturales y políticas de la experiencia histórica[31]. Esta se define por oposición a la experiencia mítica y a las ideologías del progreso de cuño historicista; en el límite, es una experiencia que sólo puede tener lugar esquivando la repetición o el ciego destino: según la figuración de Benjamin, "bajo el cielo despejado de la historia"[32].

En la medida en que este proyecto contiene, como momentos de fusión problemática, una perspectiva teológica y otra materialista, la penetración de su sentido (que por lo demás sólo puede basarse en los materiales preparatorios de la obra) seguirá abierta a un conflicto de interpretaciones. Desde un punto de vista descriptivo, en cambio, es indudable que, particularmente en lo que habría que llamar el torso de ese proyecto: la Obra de los Pasajes, los términos complementarios del vocabulario de Koselleck se aplican adecuadamente. Si el horizonte de expectativa de Benjamin es político-mesiánico, el espacio de experiencia que lo funda está constituido por los fervores y las frustraciones de los intelectuales radicalizados en los años veinte y treinta. De allí una revaloración del pensamiento utópico que es esgrimida como réplica polémica a una larga tradición cientificista de edificación de programas y estrategias socialistas.

Lo que Benjamin cuestiona es una concepción historicista del desarrollo social basada teóricamente, piensa, en el supuesto de un tiempo homogéneo y vacío como continente del progreso técnico, la expansión económica y el paulatino cumplimiento de las metas progresistas de índole social y cultural. La manera en que estas reservas modulan, a su vez, su recepción del legado marxiano –hay que tener presente que las elaboraciones de la noción de experiencia histórica estaban destinadas a insertarse en el discurso filosófico marxista– puede advertirse en las convergencias y divergencias apreciables entre las ideas de Benjamin y los desarrollos de Marx. Quisiera ilustrar una de las formas de aproximación entre estas dos figuras apelando a un cotejo que pone de relieve no sólo los perfiles distintivos de cada uno de esos pensadores, sino además el margen desigual en que se sitúa la experiencia respecto a la historia cuando es el mismo objeto de análisis el que suscita la reflexión, aunque en dos siglos distintos y a partir de horizontes de expectativa diversos.

Uno de los temas que mueven el interés de Benjamin en la Obra de los Pa-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sajes es un claro escenario de reverberación utópica: se trata de las fantasmagorías del mercado que producen las Exposiciones Universales en su público; y este tema, en efecto, autoriza una confrontación con las apreciaciones de Marx. Claro está que, en este caso, la aproximación al XIX involucra la consideración de dos siglos diversos: el de Marx –contemporáneo, testigo y crítico– y el de Benjamin –arqueólogo, reconstructor, teórico e investigador del pasado–. Y lo que más importa: Marx y Benjamin se sitúan, necesariamente, a diferente distancia de las realizaciones y de las virtualidades de la sociedad burguesa. Marx, desde luego, sólo se refirió ocasionalmente a las Exposiciones Universales, mientras que Benjamin, además de hacerlas figurar en las dos versiones de un ensayo central: "París, capital del siglo XIX", les había asignado, en su proyecto más importante, una nutrida sección, que compartían con los temas de la publicidad y del dibujante Granville.

Aquí, las perspectivas son contrapuestas. Para Marx –que escribe en 1850 para referirse a los preparativos de la Exposición londinense que se abriría en 1851 (la llamada "Great Exhibition" de ese año)[33]–, esa muestra, en su carácter de "gran congreso universal de productos y productores", tenía una importancia mayor que los contemporáneos congresos de los Estados o de los partidos políticos, previstos entonces. Se trata, dice, de "una prueba palpable del poder concentrado con el que la gran industria moderna derriba por doquier las fronteras nacionales" y asimila, a escala mundial, "las relaciones sociales y el carácter peculiar de cada pueblo". Esta es todavía la visión del *Manifiesto*, tributaria de lo que podríamos llamar un modelo puro de transición epocal: la universalización de los intercambios y el imperio pleno del régimen de producción burgués como premisa inmediata de las convulsiones sociales que mutarían el régimen de la propiedad, universalizando también el disfrute de los bienes acumulados. En ese mismo artículo de 1850, Marx postula que en el presente "las modernas relaciones burguesas se ven minadas por todas partes" y que la próxima Exposición de Londres pondrá en evidencia "el material que para la construcción de la nueva sociedad ha surgido ya y sigue apareciendo cada día, en medio de este socavamiento"[34].

Benjamin, que con toda probabilidad no conocía ese texto (de otro modo, parece seguro que lo hubiera incluido en su frondosa recopilación), ve a la Exposición de 1851 como la primera de una serie cuyo rasgo común es el opuesto al profetizado por Marx: lejos de acercar la riqueza de bienes al disfrute común, las exposiciones podían ser vistas como el emblema de la disociación entre necesidades y satisfacciones. Otras diferencias apreciables surgen de las distintas experiencias históricas y los disímiles horizontes de expectativa que están en juego. La perspectiva de Marx, al anticipar el contenido potencialmente emancipatorio de la producción industrial, era la del valor de uso de las mercancías expuestas; la de Benjamin, a la inversa, es la de la fascinación que ejerce su valor de cambio sobre un público compuesto de meros espectadores. Marx ve a la exposición como un gran foro burgués en el que los ingleses someten a examen a las demás naciones; Benjamin, como un vasto escenario que modela hegemónicamente la conciencia del público. "Las exposiciones universales –dice– fueron escuelas en que las masas excluidas aprendieron la empatía con el valor de cambio. 'Ver todo y no tocar nada'"[35]. La mirada de Marx incorpora el reclamo de la restitución de esos tesoros a sus productores; la de Benjamin, pone de manifiesto la re-



fracción entre exhibición y consumo; las masas se atomizan en espectadores pasivos del destello fantasmagórico de la mercancía. A estas fantasmagorías consagra Benjamin análisis penetrantes en su Libro de los Pasajes.

A pesar de eso, uno y otro –Marx y Benjamin– coinciden en percibir a las Exposiciones como teatros de un culto característicamente moderno. "Con esta Exposición –dice Marx–, la burguesía universal erige en la Roma moderna su panteón, en el que entroniza, orgullosamente satisfecha de sí, los dioses que ella misma se ha creado"[36]. Las exposiciones universales –reflexiona Benjamin en la misma tónica– "son los centros de peregrinación de la mercancía-fetiche"[37]. En un aspecto, comparten el mismo horizonte de expectativa: tanto Marx como Benjamin entienden que en la Exposición se aloja un vislumbre de reconciliación, la confirmación de una promesa pendiente. En otro aspecto, ese horizonte se diferencia: el primero cree inminente el cumplimiento de la promesa; el segundo, en cambio, sólo percibe una postergación indefinida que alimenta el ensueño. Precisamente las ensoñaciones míticas suscitadas por la refiguración del espacio urbano en los pasajes es un tema central del libro dedicado a estos últimos. De allí que Benjamin, en ignorado contrapunto con Marx, sustituya una referencia de éste a las "gigantescas fuerzas productivas" destinadas al disfrute común, por su parodia arcaica: la cita de un poema que satiriza al sansimonismo industrialista y que ve en éste al promotor de un nuevo país de Cucaña, con ríos de chocolate y corderos asados cubriendo las praderas. No es extraño, entonces, que Benjamin asocie la Exposición Universal con la percepción de una "edad de oro que renacerá en todo su esplendor" (verso este último que integra la cita mencionada), mientras que Marx, en el mismo contexto, y luego de recordar que "la edad de oro y la edad de hierro ya han pasado a la historia", asevera que es "la edad del algodón" lo que el siglo XIX ha hecho nacer. Es *este* espacio de experiencia, marcado por los ambivalentes prodigios de la industria, la aceleración del intercambio y una expectativa de gestión racional y disfrute compartido, el que no sobrevive en el siglo siguiente para críticos como Benjamin, empeñados en "pasarle a la historia el cepillo a contrapelo", como dice en una sección de su texto "Sobre el concepto de historia" (más conocido como "Tesis de filosofía de la historia")[38].

Así, el contraste mayor en el modo de percibir las Exposiciones Unviersales por parte de Benjamin y de Marx, es que, mientras el observador de 1850 concibe a esas exhibiciones como patentes ejemplos de una reserva civilizatoria en vías de incorporarse a una comunidad de productores asociados, el estudioso del siglo posterior no puede sino verlas como templos de un culto en el que se sublima la impotencia de los consumidores aislados. En el pasaje de "fuerzas productivas" a "mercancías-fetiche", hay una conversión de la mirada y una dislocación del objeto, pues ya no se trata de concebir una alternativa organización de la producción, sino de registrar, alegóricamente, los espejismos de la circulación. Benjamin ve a las Exposiciones Universales como inmensos reductos de valores de cambio generadores de sortilegio en la masa de quienes están necesitados de un suplemento utópico, de una plenitud fugaz. El estudioso del público de cine, el explorador de las imágenes surrealistas, el lector de *El campesino de París* –la obra de Aragon que tanto lo conmoviera y que originó el proyecto de los Pasajes–, el autor de *Calle de sentido único*, el analista de la corriente de pasantes callejeros, no podía menos que inclinarse a examinar las Exposi-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ciones como concentrado imperio de las ilusiones en la conciencia mitificada del transeúnte como espectador.

Esta diferencia de horizontes supone, además, otro desplazamiento. Los materiales para los Pasajes muestran la viva atención con la que Benjamin estudió en *El capital* la temática del fetichismo de la mercancía. No obstante, esa atención no incluye el aspecto constructivo de la noción: tanto el diseño, al que remite, de una recomposición de los intercambios presidida por la transparencia de las relaciones sociales, como, por otro lado, la reconstrucción conceptual de las categorías viciadas de la economía política. Pues lo que le importa a Benjamin es la utilidad del concepto para fundamentar, desde una óptica materialista, una noción, para él, básica: la de fantasmagoría. Noción que, en cuanto descriptiva de imágenes de sueño y fantasía, está asociada con artefactos como los panoramas, dioramas, cosmoramas, etc. , es decir, con una tecnología de la ilusión. Mientras que la eliminación del fetichismo de la mercancía no puede ser en Marx una tarea, sino el resultado mediato de prolongadas fases del desarrollo social, Benjamin entiende la supresión de las fantasmagorías como la anulación brusca de un sueño tenaz. El despertar que disipa las fantasmagorías es la recuperación consciente de las latencias utópicas en la historia de la humanidad y supone, en esa medida, una redención del pasado. Por eso, este despertar es, para él, un "canon de la dialéctica" cuya ejemplaridad recomienda tanto al historiador como al pensador. Y también observa: "toda exposición histórica debe comenzar del mismo modo que Proust comienza la historia de su vida: con el despertar. Esta exposición, pues [alude al manuscrito sobre los Pasajes –J. S. ], trata del despertar del siglo XIX"[39].

Si bien la conciencia plena que Benjamin atribuye al despertar utópico es difícilmente compatible con las censuras que el Marx político hacía recaer sobre las "condiciones fantásticas" de la emancipación, cuando éstas sustituyen sus "condiciones históricas"[40], ella se encuentra, en cambio, en plena sintonía con el impulso inaugural más programático y abarcador que movilizó al Marx filósofo. Pues éste también había apelado a un despertar de la conciencia a sus posibilidades: si el mundo conservaba desde hacía tiempo "el sueño de una cosa" de la que sólo bastaba conquistar la "plena conciencia para poseerla plenamente", entonces –decía aquel Marx– "la reforma de la conciencia sólo consiste en despertar al mundo... de su sueño sobre sí mismo". No es casual que esta última cita encabece, en la Obra de los Pasajes, las proyectadas consideraciones sobre los problemas del conocimiento histórico (la sección N). ¿Pues no son acaso *benjaminianas* tanto la expectativa de Marx de sustituir el sueño por la vigilia como, sobre todo, la contigua exhortación a llevar a cumplimiento efectivo la promesa de una tradición? "Se verá –continuaba– que no se trata de una solución de continuidad entre el pasado y el futuro, sino de la realización de las ideas del pasado [pues] la humanidad no comienza un trabajo nuevo, sino que concluye, conscientemente, su trabajo antiguo"[41]. Pensamos, en efecto, que esta referencia del joven Marx a un "trabajo antiguo" de la humanidad que aún aguarda su conclusión redentora nos devuelve una resonancia benjaminiana por el particular modo en que se imbrican utopía y tradición, futuro pasado y horizonte de expectativa.

Pero las analogías de detalle o las afinidades parciales (entre el joven Marx y el Benjamin maduro) no pueden sustituir el cotejo sistemático de dos proyectos intelectuales, sobre todo cuando ellos están enmarcados por



muy diferentes tiempos históricos. El de Marx suponía una apuesta a la coordinación positiva de ilustración científica y voluntad emancipatoria. Benjamin, en cambio, testigo de la declinación de esa promesa, confió más bien en un brusco despertar mesiánico y en una recuperación de la energía utópica del pasado. Su crítica de la experiencia histórica representó, en definitiva, un esfuerzo por hacer a la memoria contemporánea de la esperanza; un intento de introducir, en la experiencia del presente, destellos activos de expectativas antiguas pero no abolidas (en el vocabulario de Koselleck: buscó repristinar "futuros pasados" disponibles). Así se puede entender su reflexión de que "la historia no es sólo una ciencia sino también, y no menos, una forma del recuerdo". El postulado consiguiente, a saber, que "lo que la ciencia ha 'establecido' puede ser modificado por el recuerdo"[42], asigna a la memoria una función redentora a partir de nociones admitidamente teológicas que son, en tal carácter, indescifrables en la semántica filosófico-política de Marx. Que Benjamin haya aspirado a integrar esas intuiciones fulgurantes en las reglas de método del historiador marxista –como propone en algunas de sus "tesis"[43]– revela tanto el tipo de reconstrucción a que buscaba someter el materialismo histórico (para emanciparlo de la tutela perniciosa y paralizante del historicismo) como la aprensión que lo guiaba: su sombría certidumbre de la precariedad del canon ilustrado en una época de barbarie triunfante.

Se diseña así un marxismo de la adversidad, abismalmente consciente de los espejismos que generaron su parálisis y de las servidumbres que fomentaron su impotencia. Ante el hundimiento del "horizonte de expectativa" que había regido hasta entonces la fabricación del futuro, se imponía, para el filósofo, una crítica de los fundamentos asumidos y un reemplazo de los recursos invocados. La réplica de Benjamin es una demolición de la matriz temporal de aquella expectativa y su sustitución por otra más fiel a los "saltos dialécticos"[44] que en otros momentos habían abierto paso al impulso regenerador. El "materialista histórico" que él reclama es un reconstructor del pasado que no puede no asumir, en su concepción de la historia, la experiencia de los oprimidos que se rebelaron contra su victimadora inercia[45]. La insistencia en exorcizar el tiempo "homogéneo y vacío" sobre el que el progresismo socialdemócrata fundara su teoría y su praxis[46] remite a una denuncia más vasta de la contaminación de la idea de progreso por su instrumentación, funcional a los dominadores. En la estremecedora figuración alegórica de Benjamin, el "ángel de la historia", arrastrado inconteniblemente hacia el futuro por "ese huracán [al] que nosotros llamamos progreso", ve crecer ante él un cúmulo de ruinas que representan, en su impiadosa acumulación, "una catástrofe única"[47]. Esa imagen sombría, inspirada en una experiencia histórica signada por la angustia y un sentimiento de incoercible fatalidad, puede verse también como un epitafio de aquella visión auroral de una época en la que, como puntualiza Koselleck, se impuso la creencia de que el futuro como tal era





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

portador de cambios favorables y las expectativas se guiaban por la meta de una perfección posible. Benjamin pasó a la historia –como recomendaba– el cepillo a contrapelo: mostró que la brecha, abierta por la modernidad, entre la expectativa como plenitud promisoria y la experiencia como carencia colmable, podía también cerrarse: sin una mesiánica intervención redentora, sólo cabía aguardar del futuro un nuevo avatar de lo que ya estaba inscripto en la experiencia como lacerada memoria del sufrimiento.

La anterior revisión, que toma en cuenta ciertas transiciones en las que la intelección del momento histórico está articulada con –e incentivada por– una coetánea refiguración de la experiencia, es tributaria de una dualidad categorial. Mientras que en el caso de Marx, Simmel y Benjamin se trata de pensadores que, a intervalos desiguales, inscribieron reflexivamente una constelación de hechos y procesos en el horizonte abarcador de la conciencia histórica, las demás posiciones mencionadas son de otra índole y se sitúan en un registro diferente. El revisionismo historiográfico (Furet en particular), el reductivismo antropológico (Lévi-Strauss), la crítica filosófica (Heller-Fehér) o la historia intelectual (Hayden White) extienden sobre la conciencia histórica una mirada objetivante desde una perspectiva analítica exterior a ella: su examen se establece, pues, en una dimensión "metahistórica" (para utilizar un término que el último de los nombrados ha hecho operativo). Por un lado, se trata de la elevación de la experiencia a autocomprensión de la época; por otro, de la remisión de experiencia y comprensión a un decurso epocal clausurado, en cuanto figuras de la conciencia afectadas de preterición o agotamiento. Si, en este último caso, pasamos por alto la intención polémica de los autores considerados y retenemos de ellos sólo su ademán metodológico (el reclamo de una generalidad fundante que antecede al juicio que merecerán las manifestaciones de la conciencia histórica), vemos que éste guarda correspondencia con la apelación a las "determinaciones formales" que indica Koselleck como propias de la utilización "metahistórica" de las categorías que propone[48]. En cuanto a la otra instancia de su uso, la de la "aplicación histórica" de las categorías[49], es plenamente congruente con ella el acercamiento que efectuamos a aquellos autores que –cada uno con su óptica particular– asumieron, en distintos momentos, la inherencia mutua de experiencia e historia.

En este sentido, la cuidada selectividad de las citas con las que fundamenta Koselleck la emergencia, en las transiciones epocales, de una forma de sensibilidad y de un tipo de conciencia, puede evaluarse tanto por su ejemplaridad –definitiva, en lo que se refiere al vocabulario de la edad moderna, particularmente en el área lingüística alemana– como por el cotejo que ella suscita con procedimientos análogos de otros estudiosos de las ciencias humanas. Pensamos, en efecto, que la semántica histórica, entendida como perseverante indagación de fuentes serviciales para documentar los esbozos expresivos de una experiencia o un saber inéditos y socialmente significativos que han quedado cristalizados en un giro figurativo, descriptivo o conceptual, ha tenido en Raymond Williams desarrollos que pueden aproximarse a los de Koselleck. Bastaría citar, al respecto, su progresivamente ampliado elenco de *Keywords*, en lo que se refiere al léxico del área que caraterísticamente demarcó como "cultura y sociedad"[50]. Pero además Williams ha razonado e ilustrado históricamente[51] la necesidad de detener la mirada en las fases conativas de la experiencia social,



cuando el presente histórico, en mutación disruptiva, aún no provee la articulación lingüística o nocional que lo fijará establemente en la conciencia de los contemporáneos. Ciertamente, mientras la operatividad de la noción de "experiencia" está respaldada en Koselleck por una elaboración teórica –se trata, como vimos, de una categoría gnoseológica y formal que, en el plano metahistórico, indica la temporalidad de la historia[52]– no hay en Raymond Williams un análogo esfuerzo por establecer el status conceptual que ella tendría en sus propios trabajos, donde prolifera. En efecto, aunque el término "experiencia" es el más recurrente de su vocabulario, Williams nunca intentó controlar su inducida translucidez y hasta cierta plenitud aurática de la que parece revestido cuando, a través de él y en el ámbito de las resonancias y connotaciones de inmediación que suscita, el autor se ocupa de explorar zonas de complejidad adyacentes que sí lo mueven a producir definiciones y distinciones acabadas. (Un índice del carácter aproblemático que tenía para él ese término es el hecho de que el mismo no figurara entre los que, incluidos inicialmente en *Keywords*, se habían "impuesto a [su] atención porque veía que los problemas que planteaban sus significados estaban inextricablemente asociados con los problemas que se discutían utilizándolos")[53].

La experiencia, para él, es una dimensión constitutiva de la conciencia práctica cuya apertura y movilidad, en los casos indicados (de nuevos significados y valores "emergentes"), la hacen tributaria de "estructuras del sentir" apenas formadas y que, por eso mismo, se encuentran aún "en el umbral de la disponibilidad semántica"[54]. En el mismo sentido, Koselleck indica la diferencia "entre una historia que se está cumpliendo y su posibilidad lingüística", pero mientras aquí la atención está volcada a describir el acabamiento de la transición –es decir, cuando "una transformación de la experiencia se convierte cada vez más en objeto de reflexión"[55]–, Williams insiste en preservar la cualidad casi impalpable, la delicada trama del pasaje mismo, "las experiencias sociales *en solución*, distintas de otras formaciones semánticas sociales que, en cuanto *precipitados*, están más evidente e inmediatamente disponibles". De allí que designe a esta estructuración primigenia como una "pre-formación" e insista en resguardar el espesor de "lo realmente vivido", cuando corresponde a un sentimiento o un pensamiento cuyo carácter social o material se encuentra todavía "en una fase embrional antes de convertirse en un intercambio plenamente articulado y definido"[56].



No sería pertinente, en el marco de este trabajo, llevar más adelante el análisis de la noción williamsiana de "experiencia" (o discutir sus dificultades)[57]; el propósito fue sugerir las corresponden-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cias posibles entre los aportes de una obra significativa –y ya influyente– como la de Koselleck y otras direcciones de investigación que, en algunos aspectos, revelan preocupaciones afines. Por lo demás, es el propio vigor de una formulación el que convoca asociaciones paradigmáticas y ecos de fuentes diversas. Si, en el caso de Raymond Williams, el cotejo pudo establecerse a partir del mismo eje temático –la conexión entre el movimiento de la historia y la reformulación expresiva de la experiencia–, no habría por qué descartar otras aproximaciones segmentarias en las que, al menos uno de los términos, es movilizado en la plenitud de su contenido. Bástenos indicar, en este aspecto, que la gravitación de la hermenéutica histórica –en la que se inspira la empresa de Koselleck– se ha hecho sentir asimismo en una disciplina cuyos procedimientos y objetos de estudio son de muy diferente carácter pero que ha integrado en su agenda la preocupación por la experiencia como fuente de conocimiento y autoconocimiento. Entendiendo, en efecto, a la etnografía como "el registro sensitivo del cambio a nivel de la experiencia"[58], la antropología interpretativa también ha insistido en la necesidad de recuperar las dimensiones concretas de la existencia social en un momento determinado, a partir de una comprensión "más rica y más compleja de la experiencia de sus sujetos"[59]. El punto de contacto con las actitudes respectivas de Williams y Koselleck es que el rescate estricto de una experiencia localizada se realiza con la misma acuciosa preocupación por restituir las condiciones contextuales que le dan su sentido; no son en este caso la filología, la semántica o el análisis literario los instrumentos de acceso, pero sí –como señalan estos antropólogos– "un ojo de joyero" capaz de "describir a nivel microscópico el mismo proceso de cambio"[60] ■

**Notas**

1. Reinhart Koselleck: *Futuro passato. Per una semantica dei tempi storici* [orig. 1979] (Génova: Marietti, 1986),pp. 301-304.

2. Paul Ricoeur: *Temps et récit* (1983-85), 3 vol. (París: Seuil, 1991), 4a parte, secc. II, cap. 7,1.

3. Cf., p.ej., Jürgen Habermas: "Derecho natural y revolución", en *Teoría y praxis. Ensayos de filosofía social* (Buenos Aires: Sur, 1966), p. 58 -quien se refiere a la reconstrucción filológica del concepto de "revolución" en R.Koselleck, *Kritik und Krise* (1959), v.cast., *Crítica y crisis del mundo burgués* (Madrid: Rialp, 1965), pp. 288-291- o Peter Osborne, en su reciente *The Politics of Time. Modernity and Avant-Garde* (Londres: Verso, 1995), cuyo apartado "From *Neue Zeit* to *Neuzeit*: Koselleck's historical semantics" (pp. 9-13) incorpora las indagaciones de Koselleck en *Futuro pasado.*

4. R.Koselleck: *Futuro passato,* cit., p. 303.

5. G.W.F.Hegel: *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (Madrid: Alianza, 1980), p. 692.

6. Cf., p.ej., E.Sieyès: *Qu'est-ce que le tiers état?,* de 1789 y el manuscrito de Barnave, de 1792-93, editado ahora como *De la Révolution et de la Constitution* (Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble, 1988).

7. Cf. Alfred Cobban: "The myth of the French Revolution", en *Aspects of the French Revolution* (Londres: Paladin, 1968). El texto, de 1955, reproduce una conferencia que en sus tramos inciales contiene esta frase insidiosa: "Debo confesar que al comienzo pensé en titular esta conferencia: '¿Hubo una Revolución Francesa?'", p. 93.

8. François Furet: *Pensar la Revolución Francesa* [orig. 1978] (Barcelona: Petrel, 1980), pp. 117 y 120.

9. Claude Lévi-Strauss: *El pensamiento salvaje* [orig. 1962] (México: Fondo de Cultura Económica, 1964), pp. 368-369.

10. Agnes Heller y Ferenc Fehér: *Anatomía de la izquierda occidental* [orig. ing. inédito] (Barcelona: Península, 1985), pp. 71-73.

11. R.Koselleck, *op. cit.*, pp. 316-317.



12. Hayden White: "The Burden of History", en *History and Theory,* vol. V, nº 2, 1966, pp. 115 y 134.

13. R.Koselleck, *op. cit.*, p. 317.

14. Marshall Berman: *All That is Solid Melts Into Air. The Experience of Modernity* (Nueva York: Simon and Schuster, 1982). Cf. sobre todo el cap. II sobre "Marx, Modernism and Modernization".

15. C.Marx y F.Engels: "Manifiesto del partido comunista" (1848), en *Obras escogidas* en tres tomos (Moscú: Progreso, 1981), t. I, p. 116.

16. *Id.*, p. 114.

17. Theodor W.Adorno: "Manico, brocca e prima esperienza" [orig. 1965], en *Note per la letteratura 1961-1968* (Turín: Einaudi, 1979), p. 234.

18. Raymond Aron: *La philosophie critique de l'histoire* [1938] (París: Librairie philosophique J.Vrin, 1969), cap. 3; Pietro Rossi: *Lo storicismo tedesco contemporaneo* (Turín: Einaudi, 1979), 3a. parte.

19. Deena Weinstein and Michael A.Weinstein: *Postmodern(ized) Simmel* (Nueva York: Routledge, 1993).

20. Georg Simmel: *Filosofía del dinero* [orig. 1900] (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1976). La versión inglesa de Tom Bottomore y David Frisby trae una importante Introducción, a la que recientemente se añadió un "Prefacio a la 2a edición" igualmente valioso: Cf. *The Philosophy of Money* (Nueva York, Routledge, 1990), pp. XV-XLII y 1-49.

21. G.Simmel: *Filosofía del dinero,* cit., pp. 564-565.

22. Georg Simmel: "El concepto y la tragedia de la cultura" (1911), en *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos* (Barcelona: Península, 1988), pp. 209 y 227-229.

23. Georg Lukács: *El alma y las formas* [orig. 1910] (Barcelona: Grijalbo, 1975); *Historia y consciencia de clase* [orig. 1923] (Barcelona: Grijalbo, 1969).

24. Georg Simmel: "Las grandes urbes y la vida del espíritu" (1903), en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura* (Barcelona: Península, 1960), pp. 247-248, 253, 256 y 260.

25. Walter Benjamin: "Experiencia y pobreza" (1933), en *Discursos interrumpidos I* (Madrid: Taurus, 1973), p. 168. El tema del empobrecimiento de la experiencia es retomado unos años más tarde (1936) en el estudio sobre "El narrador": "La experiencia se ha depreciado. Y todo indica que continúa cayendo a niveles más bajos". Cf. "The storyteller. Reflections on the Works of Nikolai Leskov", en *Illuminations,* ed. de Hannah Arendt (Nueva York: Schocken Books, 1969), pp. 83-84.

26. Cf., p.ej., David Frisby: "Georg Simmel: la modernidad como presente eterno", en *Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin* [orig. 1985] (Madrid: Visor, 1992); Andrew Arato y Paul Breines: *El joven Lukács y los orígenes del marxismo occidental* [orig. 1979] (México: Fondo de Cultura Económica, 1986), pp. 39-40; Kurt Lenk: *Marx e la sociologia della conoscenza* [orig. 1972] (Bolonia: Il Mulino, 1975), cap. I,2.

27. Walter Benjamin: "Sobre el programa de la filosofía futura" (1918), en *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos* (Caracas: Monte Avila, 1970), pp. 12-13.

28. Walter Benjamin: "El surrealismo. La última instantánea de la inteligencia europea" (1929), en *Imaginación y sociedad. Iluminaciones I* (Madrid: Taurus, 1980).

29. Walter Benjamin: "El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nikolai Leskov" (1936), en *Sobre el programa...*, cit., p. 189.

30. Walter Benjamin: "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica" (1936), en *Discursos interrumpidos I,* cit.

31. En el texto nos referimos a ella como "la Obra (o el Libro) de los Pasajes", en correspondencia con la sintética y sólo alusiva denominación –*Das Passagen-Werk*– con la que Rolf Tiedemann, el editor de los manuscritos inconclusos de Benjamin, ordenó y presentó el conjunto de materiales preparatorios de una obra cuya utilización en vista de la elaboración definitiva del libro en el que Benjamin trabajó durante más de un decenio sólo puede ser materia de conjetura. Las remisiones a esa obra que aparecen más adelante se basan en la edición italiana -algo modificada respecto de su fuente- que estuvo a cargo de Giorgio Agamben, investigador y estudioso de Walter Benjamin, a quien se deben algunos hallazgos de trabajos perdidos del autor, así como un empeño filológico congruente con su función de editor de las *Opere di Walter Benjamin* para la casa Einaudi, de Turín. En este marco, pues, apareció *Parigi, capitale del XIX secolo. I "Passages" di Parigi* (1986), el volumen al que remitimos en las n. 35, 37, 39 y 42.

32. Walter Benjamin: "Tesis de filosofía de la historia" (1940), en *Discursos interrumpidos I,* cit., p. 188 (Tesis 14).

33. Puede encontrarse un estudio específico del contexto y significación de la "Great Exhibition" en Asa Briggs: "The Crystal Palace and the Men of 1851", incluido en *Victorian People. A Reassessment of Persons and Themes 1851-67* (Harmondsworth: Penguin Books, 1977).

34. Carlos Marx y Federico Engels: "De mayo a octubre [de 1850]", en *Escritos económicos varios* (México: Grijalbo, 1962), p. 345.

35. Walter Benjamin: *Parigi...* cit, pág. 264 (G 16, 6).

36. C.Marx, F.Engels: "De mayo a octubre...", cit., p. 345.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

37. Walter Benjamin: "Paris, Capitale du XIXe siècle. Exposé", en *Parigi...*, cit., p. 27.

38. Walter Benjamin: "Tesis...", cit., p. 182 (Tesis 7).

39. Walter Benjamin: *Parigi...*, cit., p. 602 (N 4, 4 y N 4, 3).

40. C.Marx y F.Engels: "Manifiesto...", cit., p. 137.

41. "Marx a Ruge. Kreuznach, setiembre de 1843", en Karl Marx: Textos *1837-1847* (Bogotá: Eris, 1978), p. 93.

42. Walter Benjamin: *Parigi...*, cit., p. 611 (N 8, 1). Se trata de una reflexión inspirada (antagónicamente) en una carta de Max Horkheimer del 16 de marzo de 1937. Imputando un carácter "idealista" a la afirmación de una inconclusión de la historia, Horkheimer afirmaba: "la injusticia pasada tuvo lugar, es conclusa. Los muertos están realmente muertos... Si se toma en serio la inconclusión, hay que creer en el juicio universal" *(ibid.)*.

43. W.Benjamin: "Tesis...", cit., pp. 180-181 y 189-190 (Tesis 6 y 17).

44. Id., p. 188 (Tesis 14).

45. Id., p. 186 (Tesis 12): "La clase que lucha, que está sometida,es el sujeto mismo del conocimiento histórico".

46. Id., p. 187 (Tesis 13).

47. Id., p. 183 (Tesis 9).

48. "Nuestros dos conceptos no están contenidos en el proceso de la realización concreta de la historia sólo porque contribuyen a promoverlo. En cuanto categorías, representan también, para nuestro conocimiento historiográfico, las determinaciones formales que descifran su realización". Su "dimensión metahistórica" explica "en qué medida la experiencia y la expectativa son condiciones de posibilidad de la historia en cuanto constituyen un dato antropológico preliminar". R.Koselleck: *Futuro passato,* cit., p. 304.

49. La "aplicación histórica" de las categorías tiende a mostrar que "la coordinación entre experiencia y expectativa se desplazó y transformó en el curso de la historia". Así, "se pudo concebir a la edad moderna como un tiempo nuevo sólo cuando las expectativas comenzaron a alejarse progresivamente de todas las experiencias precedentes". Id., pp. 304 y 317.

50. Raymond Williams: Keywords. *A vocabulary of culture and society* (Nueva York: Oxford University Press, 1976); *Keywords...,* Revised edition (Nueva York: Oxford University Press, 1983).

51. Raymond Williams: *Marxism and Literature* (Londres: Oxford University Press, 1977), secc. II, caps. 8 y 9; *The Long Revolution* (Londres: Chatto & Windus, 1961), 1a. parte, cap.II; *The English Novel. From Dickens to Lawrence* (Londres: The Hogarth Press, 1984), Introducción; *The Country and the City* (Nueva York: Oxford Univesity Press, 1973), *passim*.

52. R.Koselleck: *Futuro passato,* cit, p.304.

53. R.Williams: *Keywords...,* cit. (1976), p. 13. La edición revisada de la obra (1983) incorpora "experiencia" y otros veinte vocablos.

54. R.Williams: *Marxism and Literature,* cit., p. 134.

55. R.Koselleck: *Futuro passato,* cit., p. 271.

56. R.Williams: *Marxism and Literature,* cit., p. 131.

57. Esas dificultades han sido repetidamente señaladas. La formulación más general es la de Terry Eagleton en su *Criticism and Ideology. A Study in Marxist Literary Theory* (Londres: Verso, 1976), p. 22: "Esta insistencia en la experiencia, esta apasionada valoración de 'lo vivido', provee uno de los temas centralmente unificadores de la *oeuvre* de Williams e indica a la vez la fuerza formidable y la drástica limitación de su obra". Cf. asimismo Stuart Hall: "Politics and Letters" en Terry Eagleton (ed.): *Raymond Williams. Critical Perspectives* (Boston: Northeastern University Press, 1989), pp. 62-63; Bernard Sharratt: "In whose voice? The Drama of Raymond Williams", en T.Eagleton (ed.), *op.cit.,* pp. 130-131. Para una polémica paralela aún más nutrida y animada -referente al concepto de "experiencia" en otro practicante del materialismo cultural, E.P.Thompson-, cf. sobre todo Perry Anderson: *Arguments within English Marxism* (Londres: Verso, 1980), pp. 25-43. Por lo demás, el mismo Anderson (junto a otros integrantes del comité editorial de la *New Left Review)* tuvo oportunidad de dialogar críticamente con Raymond Williams sobre su noción de "experiencia" (entre muchos otros temas): cf. Raymond Williams: *Politics and Letters. Interviews with New Left Review* (Londres: New Left Books, 1979), pp. 120-124.

58. George E.Marcus and Michael M.J.Fischer: *Anthropology as Cultural Critique. An Experimental Moment in the Human Sciences* (Chicago: The University of Chicago Press, 1986), p. 82.

59. Id., p. 43.

60. Id., p. 15. Marcus ha insistido en la necesidad de producir una escritura etnográfica apta para incorporar la perspectiva dialógica en el contacto entre culturas y transmitir la experiencia de los sujetos a los que se acerca el antropólogo: "La sutileza de este uso del ensayo reside en que, se vea o no explícitamente al sujeto como viviendo en un sistema mundial fragmentado, a nivel de su experiencia y la del etnógrafo se evoca indirectamente el mundo más vasto a través del intento, en la escritura etnográfica, de comunicar la experiencia del otro... la cualidad de la experiencia del sujeto, libre de la mediación de costumbres e instituciones". Cf. George E.Marcus: "Contemporary Problems of Ethnography in the Modern World System", en James Clifford and George E.Marcus (eds.): *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography* (Berkeley: University of California Press, 1986), pp. 191-192.



# Dossier

## Repensar a Jorge Sábato



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

# Repensar a Jorge Sábato



*Jorge Federico Sábato ha sido una de las influencias intelectuales que más marcaron a nuestra generación. Hace hoy algo más de una década, sus "Notas" veían la luz en la universidad y al poco tiempo se convertían en un verdadero clásico de las ciencias sociales argentinas. Antes de ser publicadas con otros artículos en un libro de 1988, una versión mimeografiada de este trabajo había comenzado a circular a principios de los años ochenta por los ambientes universitarios y a ejercer una influencia que pocas obras han alcanzado en el ambiente académico argentino. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, fue Hilda Sábato su primer entusiasta y también la principal responsable de su difusión, al incorporar a las "Notas" –por entonces y hasta hoy– como lectura obligatoria de su flamante cátedra de Historia Argentina II. Allí las conocimos nosotros, como alumnos y también como miembros de la cátedra.*

*Jorge Sábato se convirtió desde la recuperación democrática en referencia obligada de las discusiones sobre la Argentina que nació con la incorporación al sistema capitalista mundial. No era para menos. En esos años cambiantes y vertiginosos, su trabajo representó un golpe de aire fresco. Primero, porque sus ideas marcaban bien el contraste que todos esperábamos con las más conservadoras que veníamos leyendo en la bibliografía que nos proponían las cátedras en tiempos del Proceso. Pero, además, porque las "Notas" disipaban con éxito un temor que asociaba la vuelta a la democracia con el retorno sin remedio de una literatura militante que seguramente también iba a alejarnos de la "historia científica": el libro de Sábato era en ese sentido un ejemplo contundente de que el compromiso político no estaba reñido con el rigor académico.*

*A Sábato lo leímos hasta la última coma, lo discutimos en clase y en el café, lo pensamos en el colectivo, lo criticamos sin límite y lo adoramos con admiración y respeto. En fin, Jorge Sábato se había puesto de moda y era imposible ignorarlo. Y para algunos de nosotros, sus tesis resultaron tan provocativas que nos zambullimos a trabajar con ellas, aun cuando hacerlo nos llevara por caminos insospechados. En nuestros casos específicos, que sin mucho exagerar no conocíamos más chimeneas que las que se ven camino de Mar del Plata al cruzar el Riachuelo, ni más vacas que las que se divisan desde la misma ruta unos kilómetros después, la obra de Sábato nos condujo, respectivamente, a la historia de industrias y la historia rural. Desde esos destinos misteriosos, todavía hoy seguimos trajinando con sus hipótesis.*

*Es con todo este bagaje que aquí discutiremos a Jorge Sábato, alguien con quien no tuvimos trato personal, pero que marcó nuestras carreras de una forma que no nos habíamos detenido a pensar hasta hoy. Lo que sigue es de alguna manera un homenaje, que es fruto de ese descubrimiento* ■

Juan Manuel R. Palacio
Fernando Rocchi



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

# Jorge Sábato y la historiografía rural pampeana: el problema del otro*

*Juan Manuel R. Palacio***

El ámbito de la historia rural moderna de la región pampeana es quizás el más influido por el aporte intelectual de Jorge Sábato. Sus ideas constituyen en muchos sentidos una divisoria de aguas en la historiografía, no sólo porque inauguraron un cambio radical de perspectiva en la consideración del tema, sino también porque, al servir de inspiración, directa o indirectamente, a una variedad de nuevas investigaciones, contribuyeron a reabrir un debate que iba camino de extinguirse precisamente por la falta de planteos novedosos.

Lo llamativo de estas ideas no era ni la sofisticación ni la originalidad de cada una de ellas consideradas individualmente, sino más bien la forma en que estaban reunidas y aplicadas a una visión global de la economía y la política argentinas que sí era novedosa. Se trataba de un modelo teórico del comportamiento de las clases dominantes argentinas, desde cuya lógica productiva podía leerse la historia y el destino de la economía del país en general y del sector agropecuario pampeano en particular, en el largo plazo.

Dos características de este modelo resultaron decisivas para su gran difusión e influencia. Por un lado, sus ideas eran de amplio espectro –una lectura atenta de las "Notas" deja la impresión de que no hay área de la historia moderna argentina que no quede tocada por su interpretación– y afectaban no sólo a la historia económica, sino también a la política y social. En segundo lugar, en tanto ensayaba respuestas a grandes preguntas sobre el presente, el modelo era inmensamente atractivo y verosímil, especialmente para la profunda reflexión en que se sumía la Argentina durante la transición de los años ochenta. En particular, los grandes empresarios que describía resultaban muy familiares para cualquiera que sólo leía atentamente los diarios de entonces.

Esta universalidad de sus ideas iba a determinar el modo en que se aprehendieron y adoptaron en el mundo académico, convirtiéndolas en una referencia ineludible. En particular, la influencia de Sábato en la historiografía rural no se manifestó tanto en la proliferación de trabajos directamente encargados de probar sus hipótesis como en algo más profundo y duradero: la historia del desarrollo agropecuario pampeano se empezó a pensar en clave "sabatina", en un fenómeno similar a la adopción de un nuevo paradigma. Es así como rastros más o menos nítidos de sus ideas pueden encontrarse en todos los trabajos de historia rural pampeana moderna que sucedieron a su obra, en especial en los diversos estudios que con renovada energía viene realizando una nueva generación de historiadores agrarios –todavía dispersa– desde finales de los años ochenta hasta hoy.



Pero también, como suele ocurrir con la adopción de cualquier ortodoxia, esta aceptación generalizada dio lugar a excesos interpretativos, algunos de los cuales están lejos de las hipótesis del mismo Sábato o, cuanto menos, de sus preocupaciones centrales. Al heredar, junto con las hipótesis concretas, todo un marco de referencia, una forma de pensar y de decir, la reflexión sobre la historia rural pampeana se sumergió en una especie de "aire" o cosmos sabatino desde el que era muy fácil incurrir en errores de interpretación, abusar de hipótesis poco trabajadas o forzar otras hasta límites no previstos en el modelo original.

Es sobre uno de estos legados no esperados que se concentra el presente trabajo. Se trata de la identificación y caracterización de un sujeto social –el chacarero agricultor– que no estaba en el centro de la atención de Jorge Sábato, pero sobre el cual dijo lo suficiente como para que sobre esas bases escuetas se construyera un edificio conceptual tan grande como endeble. La caracterización de este personaje –productor familiar, generalmente pequeño, muchas veces inmigrante y las más arrendatario– se compone de una serie de hipótesis teóricas sobre su comportamiento que en esencia resultan de hacer extensivas las ideas de Sábato sobre los grandes terratenientes a estos otros sujetos sociales. Sin embargo, a pesar de sólo ser el producto de este deslizamiento –del que, según se verá, originalmente es responsable el mismo Sábato– esta caracterización teórica del agricultor ha demostrado tener la misma fuerza que el resto de sus hipótesis. Sin advertir, la imagen pasó simplemente a formar parte del nuevo lenguaje adoptado, filtrándose en la forma de ciertas muletillas persistentes, verdaderos "tics" historiográficos que no son fáciles de erradicar.

Combatir estas ideas importa, por dos motivos principales. Primero, porque la evidencia empírica con que se cuenta en forma creciente indica cada vez con más claridad que los chacare-

*Agradezco a Gustavo Castagnola y Gerardo Serrano sus útiles comentarios a un borrador de este trabajo. Y gracias también a Fernando Rocchi, por haberme invitado a compartir con él este proyecto.

** Instituto Ravignani-PEHESA (UBACYT) y Department of History, University of California at Berkeley.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ros pampeanos tuvieron un comportamiento diferente al postulado por el modelo. En tal sentido, la vigencia que, en esa forma elusiva pero persistente, sigue teniendo aquella caracterización, se parece cada vez más a un obstáculo que a un disparador estimulante para seguir avanzando en el conocimiento de la historia rural pampeana, que tan auspiciosamente reabrió la obra del mismo Sábato. Pero además, porque esa caracterización del agricultor es ingrediente fundamental de una imagen un poco optimista de la sociedad pampeana que transmite el trabajo de Sábato, como consecuencia –probablemente no deseada– del esfuerzo de oponer al mundo rural semifeudal, exageradamente opresivo y flaco en oportunidades que proponía la historiografía que lo precedió, uno más moderno y libre, capitalista y móvil. Esta imagen de optimismo es todavía más difusa que la anterior, ya que no está especialmente trabajada en sus escritos y solamente emana de su obra a través de una serie heterogénea de adjetivaciones, comparaciones, o conceptos dispersos en los márgenes o sencillamente flotando en ese aire que se respira al recorrerla. Pero también más profunda, ya que cala hondo no sólo en tradiciones historiográficas preexistentes, sino en convicciones muy arraigadas y extendidas sobre nuestra identidad y nuestro destino nacional.

Es así como "el otro" –el chacarero, en el que Sábato no había pensado tanto– adquirió a partir de su obra una fuerza inesperada y se convirtió en un doble problema, cuya resolución interesa si se quiere alcanzar una imagen más ajustada de la sociedad rural pampaena. Para esto, el único camino consiste en desarmar su caracterización a través del trabajo lento de la comprobación histórica.

Este trabajo quiere resaltar el importante legado historiográfico de la obra de Jorge Sábato, que sigue sirviendo de marco fecundo para la investigación en historia rural, a la vez que señalar los límites de su modelo y sugerir algunos caminos que nos permitan trascender el "paradigma sabatino". Para esto se ensayará una lectura crítica de su obra y se echará mano a la evidencia que aporta la producción historiográfica reciente y a algunos indicios documentados de una investigación en curso.

## Notas a las "Notas"[1]

Para Jorge Sábato, una de las claves del presente argentino estaba en las características de sus empresarios. En ese sentido, su hipótesis básica era que el carácter altamente especulativo del comportamiento económico de la elite empresarial del país –producto de un largo aprendizaje de las variables circunstancias que había generado la inserción del país en el mercado mundial– fue la fórmula de su éxito económico y su consolidación como clase dominante, a la vez que una causa decisiva del estancamiento económico del país en el largo plazo.

Con su caracterización de los empresarios pampeanos, Sábato quería ponerse enfrente de interpretaciones más tradicionales, que atribuían los fenómenos clásicos de la historia del agro pampeano –concentración de la tierra, producción extensiva y poco especializada, baja tasa de inversión de capital– a un comportamiento rentístico y precapitalista de los terratenientes pampeanos, más preocupados en consumos suntuarios en Buenos Aires y Europa que en la marcha de sus estancias, que rara vez visitaban. Según ese diagnóstico, fueron estos comportamientos antieconómicos los que en definitiva condujeron en el largo plazo al estancamiento de la región y del país.

Sin negar la existencia de estos fenómenos, la preocupación de Sábato era encontrar la lógica económica capitalista detrás de ellos, no tanto en el nivel del sector externo o las políticas públicas, como ya se había intentado, sino especialmente en el nivel de los comportamientos empresariales. En ese sentido, la base de su argumentación consistió en cambiar de signo la caracterización de los terratenientes pampeanos, esforzándose en demostrar que éstos fueron empresarios modernos y capitalistas, la clave de cuyo comportamiento se encontraba en el medio en el que les había tocado producir y crecer. Así, los altos riesgos de mercado a los que, históricamente, se había visto sometido el productor pampeano, lo llevó a diseñar estrategias de producción reactivas, que persiguieron menos la maximización de las ganancias provenientes de cada producto que la atenuación y minimización de esos riesgos a través de una ganancia promedio de toda la producción, probablemente más baja pero también más estable y segura. Esto se lograba combinando un "mix" productivo altamente diversificado con el mantenimiento de una baja dotación de capital fijo, para dar a la empresa la suficiente versatilidad que le permitiera operar en situaciones de mercado tan cambiantes. En consecuencia, los empresarios pampeanos no fueron los típicos productores tradicionales, rentistas y ausentistas, pero tampoco "hombres de campo" netos:

> En otros términos: la mentalidad con la que se está dispuesto a actuar dentro, por ejemplo, de una gran empresa agropecuaria, es más la de un comerciante o financista que la de un productor agropecuario... [estando] mucho más atento a las condiciones de coyuntura del mercado en el que coloca sus bienes o su capital que a los requerimientos productivos internos de la empresa. (p. 45)[2]



Este comportamiento básico fue la clave del éxito en la región pampeana, que siempre benefició "a quienes no se comprometieron demasiado en inversiones que los ataran a actividades determinadas[3]".

La mejor expresión de las estrategias productivas elaboradas con estos criterios la encuentra Sábato en la estancia mixta, empresa que por la calidad de sus tierras podía combinar la ganadería de invernada –menos riesgosa y más rentable que la de cría– con la agricultura, dedicando más o menos tierra a una u otra actividad según dictara la coyuntura del mercado. En la cita que sigue, Sábato explica el funcionamiento de estas empresas:

> En suma, al competir por el uso de las mismas tierras, las fluctuaciones de los precios relativos internacionales de carnes y cereales ocasionarían desplazamientos en su utili-





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

zación por invernadores o agricultores vía variaciones en el precio de la renta de la tierra. Sin embargo, lo relevante de estos movimientos residía en la posibilidad de que se produjeran rápidamente [...] Para que esto sucediera debían cumplirse ciertas condiciones. Una era la disponibilidad de tierras, así como una cierta concentración de la propiedad que facilitara los desplazamientos... [La otra, que] las técnicas de producción más convenientes serían aquéllas que empleasen el menor capital fijo posible. (p. 85)

De esta manera, para Sábato la conocida extensividad de la producción agropecuaria pampeana no se debía, como pretendían algunos, a una suerte de despreocupación productiva, sino que por el contrario constituía la mejor fórmula para operar en la región. En términos más técnicos, la posibilidad de usos alternativos del suelo bajaba el costo de oportunidad de la tierra, en especial frente al del capital, lo cual desaconsejaba invertir en técnicas intensivas en capital fijo, en favor de otras más intensivas en tierra.

Esta fórmula, económicamente sensata en el corto plazo, iba a estar sin embargo en la base del estancamiento productivo de la región pampeana en la segunda posguerra, en tanto operó como un desestímulo estructural para la necesaria innovación tecnológica. En el largo plazo, se tradujo en un retraso tecnológico de nuestros productores respecto de sus competidores en el mercado mundial, que aún hoy es difícil de salvar.

Por último, la teorización del funcionamiento de estas empresas mixtas también sirvió a Sábato para refutar con razonamientos económicos otra tesis básica de la visión tradicional: la concentración de la tierra en manos de los grandes terratenientes, fruto de las trabas institucionales que habría puesto al mercado una clase también poderosa políticamente. Para Sábato, en cambio, "el reparto de tierras hace al funcionamiento directo del poder, mientras el mantenimiento de una estructura de la propiedad se vincula en primera instancia al funcionamiento de una economía" (p. 53). En otras palabras, si los primeros otorgamientos de tierras habían sido de alguna manera "pre-económicos", de lo que se trataba era de dar cuenta de las razones de mercado que permitieron mantener esa concentración de tierras.

Simplificando una explicación técnicamente más compleja, la existencia de tierras de uso múltiple (en lenguaje de Sábato, las tierras "B") y su uso altamente rentable en la combinación productiva descripta de ganadería de invernada y agricultura, habría provocado una lógica suba del precio de mercado de la tierra, que la habría alejado del alcance del chacarero. En palabras de Sábato:

> [L]a tierra habría sido cara para los chacareros (cosa sabida y repetida desde hace mucho) pero no porque los terratenientes le pusieran un precio arbitrariamente alto sino porque la ganadería bovina podía competir perfectamente con la agricultura en rentabilidad por hectárea. (p. 59)

De esta manera, a través de la estancia mixta, Sábato nos transmitía los rasgos esenciales del comportamiento de los grandes empresarios y, con ellos, del funcionamiento productivo de todo el agro pampeano.

## El problema del otro

Los grandes terratenientes –aquellos en los que se encarnó la clase dominante en su faceta empresarial agropecuaria– y su particular comportamiento económico, fueron sin duda el gran hallazgo del modelo de Jorge Sábato. No por nada centraron en ellos su crítica quienes intentaron refutar en forma explícita sus hipótesis[4]. Pero, ¿es igualmente lícito hacer una lectura crítica de la obra de Sábato basada en su caracterización de ese otro sujeto social, el pequeño agricultor o "chacarero"[5], en el que no se concentró con especial atención? Los mismos textos de Sábato contienen algunas respuestas a esa pregunta.



En primer lugar, varios pasajes de su obra se ocupan de señalar que los comportamientos descriptos para los grandes terratenientes eran contagiados, muy eficazmente y como una epidemia, a los demás actores económicos, convirtiéndose con el tiempo en un fenómeno generalizado:

> Debe tenerse en cuenta que la especulación constituyó en Argentina un fenómeno prolongado, con lo cual se convirtió en un dato más o menos permanente *de los comportamientos económicos básicos*. (p. 41)

Y más explícitamente:

> Mucha tierra y poco capital (a excepción del ganado) parece haber sido la fórmula mágica que *en todo el campo pampeano, agrícola o ganadero*, permitía sobrevivir y prosperar. (p. 86)

La vocación universal que tienen las hipótesis sobre estos comportamientos también la revela su aplicación a una diversidad de espacios y tiempos. Así, en las "Notas" Sábato infiere el comportamiento empresarial de los chacareros observando a los arrendatarios medieros que proliferaron sobre todo en las tierras de invernada entre 1890 y 1914, mientras que en *La pampa pródiga* descubre la vigencia de los rasgos básicos de esta caracterización en el comportamiento de los agricultores de la zona maicera entre 1950 y 1978. En este último trabajo –dice Sábato– "el estudio realizado permitió comprobar que ése [la combinación de actividades con el propósito primario de disminuir riegos] es el método principal –*sino el único*– al que se apela en el agro pampeano"[6].

En segundo lugar, concentrarse en los agricultores no es inapropiado, ya que su caracterización ha sido una pieza clave para la construcción de una versión suavizada de la sociedad pampeana que es necesario revisar. Un pi-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lar fundamental de esa versión es la misma caracterización de los comportamientos económicos del chacarero que hace Sábato, en los pocos pasajes que dedica a este tema específico:

> En esas condiciones parece razonable suponer que el chacarero, en tanto empresario, llegara a maximizar sus ingresos en la medida en que optimizara la combinación de su trabajo familiar con una cierta dotación de capital [...] y la disponibilidad de tierras para explotar. La combinación óptima de los tres factores [...] habría de estar en función de los precios y costos de oportunidad de cada uno de ellos respecto del producto esperado, así como de las tecnologías disponibles para combinarlos. (p. 68)

Así, el énfasis en el carácter empresarial capitalista de los chacareros pampeanos, que toman decisiones libres sobre la mejor estrategia productiva para sus empresas y hacen un uso económicamente racional de los factores de la producción a través de cálculos de costos para maximizar sus ingresos, es bastante elocuente de la idea que tenía Sábato de la situación económica de estos empresarios. Porque para ser racional a la manera de Sábato había que ser lo suficientemente libre como para tomar las decisiones empresariales básicas (adquirir o no tal o cual semilla o máquina, emplear un número determinado de trabajadores; comprar o arrendar tierra; vender el producto a tal o cual comprador) sin más condicionamientos que el mercado, libertad que incluía la posibilidad –en el sentido de capacidad económica– de tomarlas. En otras palabras, además de plenamente libres, estos chacareros debían ser relativamente prósperos. Porque en condiciones de mercados altamente inestables e imprevisibles –como bien se sabe en la Argentina– especula el que puede; el que no, sólo padece.

Pero nada ilustra mejor esta imagen del chacarero que la actitud que tuvieron frente a la tierra. Más arriba se analizó la explicación técnica con la que Sábato daba cuenta de la larga concentración de la tierra pampeana. Más adelante la completa:

> Esto fue cierto pero, por sí solo, no alcanza a explicar la expansión de los arrendamientos. Y para ello es preciso entender *las ventajas económicas relativas que, a corto plazo, este sistema ofrecía al empresario agrícola*. (p. 71)

De esta manera, Sábato convertía en virtud lo que hasta él había sido defecto. El arrendamiento no sólo no fue una consecuencia desgraciada de la concentración de tierras –como sugería la visión tradicional– sino que, en las condiciones del mercado de entonces, para el arrendatario fue mejor negocio que la compra y en esto residió su gran difusión y popularidad. En ese sentido, la elección por parte de Sábato de una cita de Scobie –tomada de un texto de Lahitte– para mejor ilustrar esta idea, no es una casualidad:

> El arrendatario era un capitalista rural [...] Con frecuencia era una persona *que poseía suficientes fondos como para comprar una parcela*. La esperanza de aumentar su capital por medio de la agricultura extensiva lo convertía en arrendatario de 200 hectáreas antes que dueño de 20. (p. 73)

En conclusión, "el arrendatario", aún el de doscientas hectáreas, tuvo con frecuencia el dinero para comprar la tierra, pero eligió no hacerlo porque un sereno cálculo de costos y beneficios se lo desaconsejaba. Para los chacareros pampeanos, la tierra era valorada sólo en tanto uno de los factores de la producción y su uso estuvo sujeto a las distintas estrategias empresariales.

El otro pilar fundamental de esta visión optimista de la sociedad pampeana es la ausencia de conflicto social. Entre los grandes terratenientes y los agricultores no hubo mayores conflictos de intereses sino un acuerdo fundamental basado en la mutua conveniencia económica. De hecho, dice Sábato, "pocas veces pudo encontrarse una *complementación tan conveniente* entre los intereses de las dos partes –en este caso propietarios y arrendatarios– en un negocio" (p. 65). Y más adelante amplía el concepto:

> La forma en que se manifestaron los conflictos en el agro pampeano, la manera en que se organizaron y actuaron los intereses corporativos, muestran una debilidad que contrasta con el trascendental papel del sector dentro de la sociedad y la economía argentinas. [...]
>
> Parecería que, en la agricultura y la ganadería pampeanas, la presencia de una amplia gama de productores instalados en las tierras B habría quebrado la unidad sectorial [que exigen las demandas corporativas]. (pp. 89 y 90)

En otras palabras, la ausencia de conflicto en la región pampeana es prueba de la relación armoniosa que existió entre terratenientes y arrendatarios, pero también –debe leerse– de la relativa prosperidad de ambos, que son presentados como socios en un negocio. Esto era especialmente cierto en las tierras más ricas de la región (las "B"), donde se dio con más asiduidad esta convivencia.

Por último, centrar una crítica del modelo de Sábato en su caracterización del chacarero es especialmente pertinente, dada la amplia difusión historiográfica que tuvo. El magnetismo de sus ideas, sumado a su insistencia en la generalidad de unas pautas de comportamiento que afectaban a todos los sectores, se tradujo muchas veces en la reproducción literal de esta imagen del chacarero en la literatura, a pesar de no haber pasado hasta ahora la prueba de la comprobación empírica. Para tomar sólo un ejemplo entre muchos, en un trabajo por demás sugerente sobre el crédito agrario en Buenos Aires, Jeremy Adelman asegura:

> [L]a estabilidad no siempre era el objetivo del arrendatario, ya *que habría preferido una rápida ganancia especulativa*. Tampoco era demasiado afecto a tomar un préstamo, que seguramente habría tenido un alto costo [...]. Al arrendatario, en suma, *no le interesaba el capital fijo* –tierra, alambrados o ganado– que era privativo del terrateniente[7].

Poco interés en la compra de tierra –en tanto objetivo en sí mismo– aversión al riesgo y por lo tanto a la inversión en maquinaria y al endeudamiento, manejo especulativo de sus empresas agrícolas para la obtención de una rápida ganancia y el mantenimiento de una armoniosa relación de negocios con los grandes terratenientes, parecen haber sido las características básicas de los agricultores pampeanos, convertidos así en los *homesteaders* sin tierra de las pampas.

## El Gran Bonete

Como ocurre habitualmente con ciertas construcciones teóricas, la conceptualización del chacarero de Jorge Sábato iba a encontrar sus primeros límites al ser confrontada con los cuestionarios más elementales de cualquier proyecto de investigación histórica. Porque, en efecto, ¿quién era –y dónde exactamente estaba– el chacarero pampeano del que él hablaba?



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



¿Cuáles eran los rasgos básicos de su identidad? ¿Cuándo nació y, si cabe, cuándo murió?

El problema, ciertamente, no se originó con Sábato ni terminaría en él, pero de alguna manera sí se agravó por la fuerte influencia que tuvieron sus ideas en la historiografía. Estas instruían sobre la teoría del comportamiento económico del chacarero pero ayudaban poco a responder los interrogantes planteados más arriba. Sin embargo, esto no obstó para dar la sensación que se avanzaba en el conocimiento del agricultor, en una operación en que lo fenomenológico parecía reemplazar a lo ontológico: a fuerza de repetir lo que se creía saber sobre el comportamiento de los chacareros se empezó a pensar que se los identificaba.

Es un hecho que el historiador que investiga sobre el chacarero pampeano encuentra dificultades para contestar las preguntas más generales sobre este sujeto económico. ¿Era el chacarero siempre agricultor o podía ser un productor mixto o ganadero? ¿Fue siempre arrendatario o podía también ser propietario o ambas cosas a la vez? ¿Era un productor familiar o contrataba –en vez o a la vez– mano de obra asalariada? De acuerdo a las dimensiones de su explotación –y suponiendo un acuerdo sobre estas categorías– ¿era un empresario "grande", "mediano" o "chico" o el tamaño no era relevante a la definición?

El denominador común de todas estas preguntas es que no tienen una respuesta unívoca en la historiografía. En ese sentido, es de lamentar que los esfuerzos que se han hecho desde la sociología rural para clasificar a los agricultores pampeanos en categorías inteligibles no hayan ayudado mucho al historiador en su búsqueda de este verdadero espectro de las pampas[8].

Estas clasificaciones –construidas con fuentes agregadas, entrecruzando datos de tenencia, extensión de la explotación, tipo de maquinaria y mano de obra utilizada– resultaban también muy teóricas y artificiosas, convirtiéndose más bien en nuevos obstáculos que en soluciones al problema. Así, "chacarero grande", "pequeño productor mercantil" "empresario familiar en transición" o "pequeño burgués rural capitalizado medio", para sólo mencionar algunas de esas categorías, pasaron rápidamente del laboratorio del sociólogo al cajón del historiador[9].

La manifestación más clara de este problema puede verse en la construcción de la categoría del "productor medio", un empresario ubicado entre las 100 y las 1.000 hectáreas –y, en algunos autores entre las 100 y las ... 2.000!– que cobró especial fuerza con los cambios en la tenencia que ocurrieron en la región pampeana luego de la Segunda Guerra Mundial y sobre el que suelen inferirse comportamientos productivos comunes en el largo plazo. En particular, estos empresarios medios se han convertido en los mejores representantes de los comportamientos empresariales que describía Sábato[10]. El lógico problema que este concepto encierra para el historiador, es la enorme distancia que separa a un agricultor de 150 hectáreas de otro de 1000 en la región pampeana, especialmente en las zonas cerealeras. Cuando se acerca el foco de la observación histórica, se advierte que el segundo suele contar entre los empresarios más típicamente "sabatinos", que poseen tierras en propiedad, pero a la vez arriendan otras fracciones ya sea para producir o para subarrendar a los más chicos[11] mientras que el primero es sencillamente el otro término de la ecuación. La distancia señalada es en realidad tan grande que la categoría misma pierde todo su contenido útil.

En conclusión, la conceptualización que hacía Jorge Sábato del chacarero hablaba menos de quiénes eran estos productores, sino en todo caso a qué se parecían. Y en este último sentido, el mensaje era claro: los chacareros pampeanos se parecían sobre todo a los *farmers* norteamericanos y canadienses.

## Cuatro tesis desde el sur

Dos cosas se hacen inmediatamente evidentes a cualquier estudioso del mundo rural pampeano que adopte la perspectiva del caso o de la historia local: los grandes empresarios pampeanos suelen comportarse como decía Sábato; la mayoría de los chacareros, no. Las investigaciones que siguieron a la obra de Sábato están demostrando que sus ideas se aplican mucho mejor a los grandes ganaderos pampeanos, que a los pequeños agricultores.

Lo que sigue es un conjunto de evidencias, fragmentarias y dispersas en el tiempo, recogidas de trabajos recientes sobre la zona triguera del sur –el área que más ha concitado la atención en los últimos años– y de una investigación en curso sobre el partido bonaerense de Coronel Dorrego, de la misma región productiva, que aquí se reúnen en la forma de cuatro tesis con el propósito de confrontarlas con la caracterización sabatina del chacarero pampeano.

***1. Precariedad, inestabilidad e inseguridad, jurídica y económica, son los adjetivos que mejor califican la vida cotidiana de la inmensa mayoría de los chacareros pampeanos, en especial durante el período de la gran expansión.***

En primer lugar, eran pequeños. Según el censo de 1914, más del noventa por ciento de los agricultores de la provincia de Buenos Aires poseía chacras de menos de trescientas hectáreas –y una extensión promedio de ochenta– en donde se cultivaba más de la mitad de la tierra agrícola de la provincia. Estos rasgos generales variaron con el tiempo –aunque en el censo agropecuario de 1937 se van a mantener, si no a acentuar– y de acuerdo a las zonas productivas, pero es significativo que en la zona del trigo, tradicionalmente de agricultores más grandes, los promedios siguen siendo bajos[12]. Estos productores eran a su vez mayoritariamente arrendatarios, el 80% del total en la región triguera.

¿Cuáles eran las condiciones de trabajo de estos agricultores? En su libro clásico sobre el trigo en la Argentina, el historiador inglés James Scobie –unas páginas más adelante de la cita recogida por Sábato– nos da los primeros indicios de lo que sería una situación típica de un arrendatario de 200 hectáreas en las pampas:

> En lugar de protegerse de una posible pérdida total distribuyendo el riesgo en varios cultivos e invirtien-





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

do en ganado, el chacarero, con un tremendo impulso de trabajo, sembraba toda la superficie con un sólo cultivo. Luego se retiraba a descansar, y dejaba que la naturaleza decidiese su destino. Con suma frecuencia, el juego se decidía en su contra. Si no caían sobre él los múltiples peligros de la naturaleza [...] y recogía una cosecha abundante, el mercado lo atrapaba con su garra impersonal y lo recompensaba con precios bajos para el trigo, y costos de transporte ferroviarios más elevados o aumentos en los precios de los implementos agrícolas. Para su limitado horizonte mental y psicológico, no quedaba otra solución que volver a iniciar el mismo ciclo al año siguiente y abrigar la esperanza de obtener, quién sabe cómo, una milagrosa ganancia[13].

¿Exageraba Scobie? Una revisión de las causas tramitadas en el Juzgado de Paz del partido de Coronel Dorrego en la década de 1920, habla con elocuencia de las condiciones en que producía un chacarero típico de la zona triguera[14]. Durante esos diez años, más del 90% de todas las demandas que se iniciaron fueron contra arrendatarios, de las cuales las que se trataban de pagarés, prendas agrarias, salarios, primas de seguros, cuentas de almacén y arrendamientos impagos constituían el 85%. Por otra parte, la mitad de las veces que estas causas derivaron en embargos contra los bienes de los agricultores, éstos declararon tener esos mismos bienes afectados por prendas o embargos previos. La forma en que estas deudas se contraían eran descriptas vivamente por los mismos procesados: suponiendo que ya tenía los instrumentos de trabajo mínimos para emprender la tarea (un arado, una rastra y algunos caballos), el agricultor debía hacerse primero del dinero necesario para pagar el primer mes de arrendamiento, como mínimo. Debía además asegurar su sembradío, adquirir la semilla y tal vez contratar algún peón para la siembra, si con los miembros de su familia no bastaba. Todo esto lo obtenía a crédito, firmando pagarés –a la compañía de seguros, al almacenero y a los peones– fechados al momento de la cosecha. Luego de sembrar debía, él y su familia, seguir alimentándose y vistiéndose, pero como no le quedaba dinero compraba al fiado en el almacén, también contra la futura cosecha. Cuando ésta llegaba, paradójicamente, comenzaban los gastos más importantes: los peones –esta vez ineludibles–, el alquiler de la trilladora y las bolsas para el grano, por los que firmaba nuevos pagarés.

Hasta allí, las deudas que un agricultor medio asumía hasta el momento de la cosecha. Si ésta se malograba –algo que, según Scobie, sucedía más de la mitad de las veces– o se desplomaban los precios, estas deudas eran impagables y terminaban en embargos y desalojos. Y si la cosecha había sido buena, restaba lidiar con la "garra impersonal del mercado" a la que se refería Scobie, que, para el típico chacarero de Coronel Dorrego, se personificaba en el almacenero. El era el mercado de artículos de consumo (alimentos y vestido), de insumos agrícolas (semillas, bolsas, repuestos para máquinas y herramientas y a veces las máquinas mismas), de crédito (adelantos en efectivo, prendas agrarias, ventas al fiado) y también el mercado del trigo, pues a él "vendían" su cereal estos agricultores, al cancelar con el grano las deudas contraídas durante la siembra y la cosecha. Finalmente, en muchas oportunidades el almacenero representaba también al mercado inmobiliario, ya que no era extraño que los comerciantes del partido arrendaran extensiones considerables de campo con el sólo propósito de subarrendarlas a agricultores. De esta manera lograban una múltiple sujeción de los arrendatarios, lo que los ponía en una excelente posición para aspirar al producto de su cosecha.

Para muchos de los agricultores de Coronel Dorrego de los años veinte, la vida económica estaba llena de incertidumbres. La aventura del trigo era una apuesta esencialmente insegura, imprevisible y riesgosa, en donde no siempre era fácil tomar decisiones empresariales libres y racionales, basadas en un sereno cálculo económico de costos y beneficios.



***2. La relación entre terratenientes y arrendatarios era por naturaleza una relación conflictiva, en tanto estos actores tuvieron tradicionalmente intereses diferentes, si no opuestos. Esto fue especialmente cierto para las estancias mixtas que combinaron la ganadería con la agricultura en manos de arrendatarios.***

En otro lugar[15] se analizó el papel de los arrendatarios agrícolas en una estancia mixta, a través de un estudio de caso de una empresa en la provincia de Buenos Aires dedicada a la ganadería de cría e invernada, ubicada en típicas tierras "B" de la región pampeana. Allí se advertía que una de las claves para el mantenimiento de una alta versatilidad de la empresa frente a la variación de los mercados residía en el mantenimiento de una buena cantidad de arrendatarios chicos (menos de 100 hectáreas) a los que no se les asignaba tierra fija por más de una cosecha, con el propósito de poder redimensionar en el corto plazo la empresa agrícola. En otras palabras, en la inestabilidad y precariedad de la tenencia de la tierra en manos de los agricultores residía el éxito de la estrategia diversificadora de toda la empresa. En verdad, si se vuelven a pensar las condiciones que postulaba Sábato para el mejor funcionamiento de las estancias mixtas –los "desplazamientos" de una a otra actividad y "cierta concentración" de la tierra que los hacen posibles– la evidencia del caso es perfectamente coherente. Lo que el modelo no contemplaba –y el caso descubría– eran los costos que tenían esos desplazamientos para los desplazados, es decir para familias enteras que iban, venían y seguramente sufrían con la necesidad y la incertidumbre.

En la zona triguera las cosas no eran muy distintas. Una rápida mirada al mismo archivo del Juzgado de Paz de Coronel Dorrego hace desvanecer la idea de una sociedad de intereses entre terratenientes y arrendatarios, igualmente conveniente para las partes. También confirma la idea de que la inestabilidad de la tenencia de la tierra por parte de los agricultores era clave para aplicar las estrategias diversificadoras de las que hablaba Sábato. Allí se hacen carne, por ejemplo, los "desplazamientos" entre una actividad y otra, se conoce por sus nombres a los des-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

plazados y a los que desplazan y los métodos y estrategias que se usan para lograr la buscada elasticidad en la producción. Cada año, con la anticipación prevista en el Código Civil, los terratenientes notificaban judicialmente el desalojo a todos sus arrendatarios, más allá de sus últimas intenciones y al sólo efecto de disponer, llegado el caso, de una herramienta legal si el termómetro del mercado indicaba que era tiempo de practicar alguno de esos desplazamientos periódicos entre la tierra ganadera de la estancia y la agrícola de los arrendatarios. De esta manera, los socios de los terratenientes en el negocio agropecuario vivían acosados por el fantasma del desalojo[16].

La evidencia de las fuentes judiciales habla a las claras de la existencia de conflictos permanentes en la vida de los chacareros de la región del trigo, aunque éstos no se hayan producido de una forma espectacular, sino más bien en el silencio de los tribunales. Si por otra parte no hubo conflictos aparentes en las estancias mixtas de las tierras B –que, como quedó dicho, deberían ser las más conflictivas dado que su propia dinámica de funcionamiento implicaba desplazamientos periódicos de los arrendatarios– no debe inferirse que fue debido a la felicidad de todos sus ocupantes. Es más lógico pensar –en concordancia con los pocos indicios de los estudios de caso que se tienen– que esta quietud se debió más bien a un efectivo control social paternalista que ejercían los terratenientes dentro de sus estancias. En otras palabras, no siempre era fácil para un arrendatario elevar un petitorio, hacer una huelga y mucho menos rebelarse contra quien, además de ser el dueño de la tierra que él trabajaba, era a la vez el financista, el proveedor, el protector, el asesor espiritual, el patrón político y, por si eso fuera poco, el padrino de su boda y de sus hijos, que había venido dando empleo y oportunidades a miembros nuevos y viejos de su familia por tantos años[17].

***3. Siempre que su situación económica lo permitía, los chacareros de la región triguera no rehuyeron ni la adquisición de máquinas, ni el endeudamiento –muchas veces oneroso– que significaba su compra a crédito.***

Que los agricultores trigueros estuvieron tradicionalmente más tecnificados que el productor promedio de la región pampeana es una verdad que se conocía desde hace tiempo, a través de las fuentes censales. Así, en el partido de Coronel Dorrego –que no era el más tecnificado de la región– el valor promedio de la maquinaria agrícola existente en manos de cada productor, triplicaba en 1914 al de la provincia. Esta imagen de los censos fue posteriormente confirmada con otras fuentes más cualitativas. En particular, el estudio de un documento invalorable para el conocimiento de los chacareros de la zona triguera sur, como el relevamiento de chacras y estancias que hizo la editorial Kraft en algunos de los partidos a fines de los años veinte, volvió a demostrar el importante grado de maquinización de los agricultores de la zona[18].

Muchos chacareros accedían a la compra de estas máquinas por medio de facilidades de pago que concedían las oficinas locales de los mismos fabricantes, con sólo prendar la máquina adquirida. Esta posibilidad nace en el año 1914 con la ley 9.644 de Prenda Agraria y desde entonces, con la puesta en funcionamiento de los registros en toda la región pampeana, esta modalidad de crédito se convirtió en el pilar de la financiación de la pequeña empresa agrícola.

Un relevamiento de las prendas registradas en el partido de Coronel Dorrego en la década que va de 1936 a 1945, arrojó que casi el ochenta por ciento de todas las prendas por compras a crédito de máquinas y rodados en esos diez años fueron concedidas a agricultores arrendatarios, entre ellas el 76% de las compras de tractores y el 82% de las espigadoras-trilladoras, máquinas que eran cada vez más necesarias para la producción, pero también las más costosas. La gran mayoría de ellas (65%), por otra parte, fueron adquiridas por chacareros de menos de 500 hectáreas (y un 30% por arrendatarios de menos de 300 hectáreas)[19]. Parecería entonces que los chacareros de Coronel Dorrego, no obstante la precariedad e inseguridad de su vida económica, no sólo no evitaron el riesgo, sino que por el contrario lo asumieron como algo inherente a la producción misma. Para estos chacareros, producir era arriesgar, como lo demuestra esa tendencia a la adquisición de maquinaria, aún entre los más modestos[20].

***4. En la región triguera los agricultores arrendatarios demostraron una inclinación secular a la compra de tierras, aparentemente más constante y estructural que atenta a la oportunidad de la mejor coyuntura del mercado de tierras.***

Si bien la evidencia es por el momento fragmentaria, existen indicios claros como para asegurar que la gran mayoría de los arrendatarios –y especialmente los más pequeños– persiguió la propiedad de la tierra que trabajaba. La preferencia u opción por el arriendo, como resultado de calcular el costo de oportunidad de los factores, se dio –y muy frecuentemente– sólo en los empresarios, agrícolas o ganaderos, de cierta envergadura, paradójicamente aquéllos que sí podían afrontar la compra de alguna tierra. En los más pequeños, lo



que se ve es una especie de compulsión a la compra de tierras, que en términos sabatinos podría considerarse como extra –o incluso anti– económica.

Para Sábato, la mayoría de los chacareros no accedió a la propiedad de la tierra porque, por buenas razones de mercado, ese precio era excesivamente alto, tanto que los chacareros eligieron no pagarlo porque hacerlo habría sido económicamente insensato. La evidencia sugiere en cambio que, más que elegir no pagarlo, la gran mayoría no pudo pagarlo aún queriendo hacerlo, cosa esta última que, parecería, formaba parte de sus sueños cotidianos.

Trabajos recientes, dedicados a estudiar los comportamientos económicos y sociales de las familias de inmigrantes en la provincia de Buenos Aires, muestran cómo, tan temprano como en la década de 1920, los chacareros de los partidos de Tandil y Tres Arroyos compraban tierras como parte de una estrategia de reproducción familiar que tenía su origen en largas tradiciones campesinas que habían traído consigo de sus países de origen[21]. Estos mismos trabajos sugieren la posibilidad de en-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tender estos comportamientos con racionalidades distintas a las que dicta la lógica económica del mercado. Razones como la necesidad de expulsar la mano de obra familiar excedente de la misma unidad productiva, la preservación del patrimonio de la partición por herencia, la inserción productiva de otros miembros de la familia o la comunidad, o la seguridad para la vejez, muchas veces aconsejaban la compra de tierra, quizá con la misma fuerza que aquélla, cuando no contradiciéndola abiertamente.

Esta propensión estructural a la compra de tierras se ve con más claridad en un plazo más largo, cuando se considera la forma en que los chacareros pampeanos se aferraron a sus tierras, primero a través de las sucesivas prórrogas de los contratos de arrendamiento otorgadas por los gobiernos peronistas y luego a través de un vuelco masivo a la propiedad que hicieron posible los Planes de Transformación Agraria de 1957 y 1958. En el partido de Coronel Dorrego, de todos los arrendatarios que firmaron contratos que estaban vigentes cuando ve la luz el decreto 14.001 de 1943 –es decir, arrendamientos que quedaron atrapados en la dinámica de prórrogas que dicho decreto inauguraba– un 40% se habían transformado en propietarios en 1973 –esto es, treinta años después– las más de las veces de las mismas tierras que ellos mismos o sus padres habían cultivado por décadas[22]. Este porcentaje es elevadísimo, si se tienen en cuenta el tiempo transcurrido, las diversas estrategias de recupero que durante ese largo tiempo practicaron los terratenientes –que incluían pagar precios muy altos por las tierras– y, especialmente, los diez o quince años transcurridos entre el momento en que adquieren la propiedad y la fecha de elaboración del mapa, en el que seguramente ocurrieron muchas transferencias[23].

La moraleja es clara: los chacareros arrendatarios de Dorrego, luego de décadas de inseguridad en la tenencia y una vez que se les dio la oportunidad de hacerlo, en una especie de revancha histórica se aferraron masivamente a esa misma tierra de la que la imposibilidad –no la lógica– económica los había privado por tanto tiempo.

Ellos no vieron a la tierra sólo como un factor más de la ecuación productiva, sino como un objetivo en sí mismo, que persiguieron tenazmente durante todas sus vidas. Así lo transmiten con voz unánime los mismos protagonistas cuando se los interroga sobre el punto[24]. Y al escuchar estos relatos, no es difícil verse tentado a razonar como lo hacía Luis González con sus arrendatarios de San José de Gracia:

> Algunos no pudieron comprar tierra por falta de dinero; no habían hecho ahorros. En fin, no faltaron los que tenían con que pagar una tierrita, pero que no supieron oportunamente de la oferta. Tampoco faltó el engañado. Lo que sí puede asegurarse es que *todos los subarrendatarios de Cojumatlán, sin excepción alguna, aspiraban a ser dueños absolutos de los ranchos que tenían en arriendo.* La razón es clara: querían mejorar su condición, ganar casta social, ser tenidos en más. Y para eso era indispensable ser terrateniente. El tener monedas atesoradas era sin duda un símbolo de riqueza y prestigio, pero no el básico. *El principal símbolo del hombre importante a los ojos de aquellos rancheros era la posesión de tierras. Eso daba valimiento y, por añadidura, seguridad*[25].

## Más allá de Sábato

La obra de Jorge Sábato dejó un importante legado a la historiografía rural pampeana, rico en ideas y perspectivas novedosas. Sus aportes fueron decisivos para redescubrir al terrateniente pampeano y para entender el funcionamiento de una de sus empresas más típicas, la estancia mixta. Gracias a su caracterización "moderna" de este sujeto social, empresarios altamente diversificados, poseedores de diversas fracciones de tierra en arriendo o propiedad, que crían, engordan, cultivan o esquilan alternativamente según convenga, venden a crédito semillas, bolsas, animales de trabajo, herramientas, alimento y vestido a sus peones y chacareros –directamente o a través de convenientes acuerdos con los almaceneros rurales–, comercializan el grano de los agricultores de su estancia y los de la zona, y echan mano, según cabe, a arrendatarios, subarrendatarios, contratistas o asalariados, se están convirtiendo lentamente en personajes familiares del paisaje social de las pampas. Pero gracias a la fuerza magnética que tenía el modelo de Sábato, su descripción del chacarero también se ha hecho familiar a los relatos pampeanos, a pesar de haber reunido ya una buena cantidad de evidencia en su contra. En lo que sigue se sugieren algunos caminos para escapar a esta caracterización teórica del chacarero pampeano, muchos de los cuales ya han comenzado a ser transitados.



En primer lugar, es necesario insistir en las perspectivas de la historia local y de los estudios de caso. La historia rural de la región pampeana moderna sigue hambrienta de trabajos históricos. Y, como se pudo ver aquí, las perspectivas más acotadas son muchas veces el único camino para destrabar discusiones demasiado teóricas o ponderar argumentos basados en fuentes agregadas. En particular, hay identidades que sólo se revelan cuando se alcanza el nivel de los nombres propios. Para lograr esta perspectiva, existe una variada gama de fuentes a nivel local que contienen una enorme riqueza informativa. No sólo las más conocidas –aunque aún escasamente trabajadas– como los archivos privados de estancias o las contabilidades de almacenes de campaña, sino también otras como los archivos parroquiales, municipales y escolares, de los clubes y sociedades de fomento, cooperativas agrícolas y de consumo, además de una variada prensa periódica e incluso alguna erudita historiografía, que se encuentran en los pueblos y ciudades cabecera de los partidos de las provincias pampeanas, con sólo un par de días de revolver papeles y conversar con sus habitantes.

En segundo lugar, es cada vez más



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

evidente que la historia rural pampeana se beneficiaría enormemente con la observación de la experiencia histórica de otras sociedades agrarias de Latinoamérica. Así, no es difícil constatar que la comparación con Canadá y Estados Unidos ha llegado a un límite, en especial si de entender la sociedad agraria y su dinámica se trata. La diferencia básica, señalada en todos los trabajos comparativos, entre la organización productiva de la agricultura en esos países, basada en pequeños propietarios independientes, y la de la región pampeana, en manos de arrendatarios insertos en estancias –y por lo tanto menos independientes– se convierte en un obstáculo insalvable a la hora de entender las relaciones sociales y el conflicto. La historia rural latinoamericana, en cambio, con su enorme gama de variaciones regionales, tiene mucho que sugerir a la pampeana sobre éste y otros fenómenos.

En este trabajo se sugirió que el control social paternalista que ejercían algunos estancieros pampeanos sobre sus arrendatarios sirvió para contener el conflicto. Esta hipótesis difícilmente pueda surgir de la observación de un ganadero texano, pero no sorprendería a nadie si se refiriera a un hacendado del Bajío mexicano[26]. Por otra parte, situaciones como la múltiple sujeción que tenían los chacareros de la región triguera pampeana, a través de sus deudas con el dueño de la estancia y el almacenero, o la incertidumbre que tenían respecto de su permanencia en la tierra, difieren poco de los problemas que para la misma época debía enfrentar un inquilino chileno en un fundo de Caupolicán, un enganchado de la sierra en una hacienda peruana del valle de Chicama o un arrendatario colombiano en una finca de Cundinamarca[27]. Los comportamientos económicos de estos últimos, como los de los chacareros de Coronel Dorrego, sólo pueden comprenderse como el resultado de la combinación –fruto de la negociación y muchas veces del conflicto– entre sus propias lógicas productivas y las del propietario de la tierra.

En tercer lugar, en estrecha relación con lo anterior, sería a todas luces provechoso volver a mirar la historia del desarrollo agrario pampeano como una historia de frontera. En efecto, no hay historiador del tema que no se enfrente cotidianamente en los archivos con indicios claros de la frontera: sociedades móviles, violentas y nómades, de hombres solteros y errantes que conviven con familias pioneras de inmigrantes, pero también economías más precarias e inestables, con actores económicos "de frontera", que elaboran estrategias productivas específicas para operar en ese medio. A pesar de esto, es curiosa la poca importancia relativa que le ha dado la historiografía pampeana moderna al tema de la frontera, aún siendo tan decisiva esa influencia en su historia como en la de aquellos países donde sí ha recibido una atención recurrente. Estados Unidos es quizás el caso paradigmático, pero no faltan ejemplos en Latinoamérica, como los del Valle Central costarricense o las tierras cafetaleras de Antioquía y Caldas en Colombia –otros casos de expansión de la frontera agrícola basada en el asentamiento de pequeños productores propietarios– o el de la frontera del oeste paulista que, al igual que en las pampas, avanzó incansablemente gracias al esfuerzo de familias de inmigrantes europeos que no accedieron a la propiedad de sus tierras sino hasta varias décadas después de desembarcar[28].

En todos estos casos, es posible observar rasgos comunes y distintivos de los productores de frontera, que razonan y se comportan de manera diferente a los "de tierra adentro"[29]. Valdría la pena entonces, acercarse al chacarero pampeano con esta óptica y evaluar su potencial explicativo. Y, como de alguna manera todas las fronteras se parecen, esta mirada debería intentarse en forma comparada[30].

El cuarto camino a recorrer es el estudio del conflicto rural. La relativa ausencia de grandes conflictos agrarios, de estallidos sociales sangrientos y recurrentes en las pampas (nada que se equipare con la Revolución Mexicana o las guerrillas rurales centroamericanas) ha servido de alimento ideal para la construcción de una imagen suavizada de nuestro desarrollo agrario, a la vez que para alejar una vez más a nuestra historia de la de Latinoamérica. Es indispensable entonces volver a definir el conflicto y empezar a indagar sobre aquéllos que, siendo más silenciosos y menos espectaculares, son los más frecuentes y cotidianos en la vida agraria, y por lo mismo los más elocuentes sobre la dinámica de las relaciones sociales[31]. Como ya lo ha demostrado una extensa literatura, manifestaciones de estos conflictos pueden encontrarse en los archivos judiciales y policiales, poco trabajados hasta ahora en nuestra historiografía rural[32]. Estos archivos no sólo permiten evaluar cuestiones como los motivos y actores más frecuentes de los conflictos, la mecánica de su resolución y la suerte que corrían los reclamos, sino además plantearse preguntas muy sugestivas acerca de la difusión y percepción de la ley y la autoridad y los usos de la justicia por parte de los diferentes actores sociales. A su vez, las causas correccionales y criminales permiten preguntarse por la naturaleza y el origen del delito y –especialmente en situaciones de frontera– en qué medida representaba una estrategia de resistencia o impugnación del orden establecido[33].

Antes de concluir, una última reflexión sobre el propósito de este trabajo. La de Sábato era una sociedad incompleta. Su modelo describía, muy convincentemente, el funcionamiento de un mundo rural en el que no había lugar para el fracaso y hablaba sólo de los que de alguna manera u otra prosperaron. Pero, según se vio aquí, su cometido no era retratar la sociedad pampeana, sino entender a la clase dominante argentina. Sin embargo, insistir con una historia de la región que no contemple a los muchos que intentaron pero no llegaron ni siquiera a plantearse una estrategia como las que postulaba Sábato, puede tornarse una operación peligrosa. Porque seguir generalizando la imagen del chacarero pampeano como un agricultor relativamente exitoso, empresario, capitalista, socio del terrateniente, especulador y reacio a la inversión –comportamiento que por otra parte es la clave de su éxito– alimenta dos mitos muy arraigados en la conciencia colectiva. Uno alude a esa imagen sin tiempo de la Argentina como tierra generosa y hospitalaria, la verdadera "América" que buscaban los inmigrantes y que sin duda encontraron, todos y en todo momento. El otro, a ese personaje sin escrúpulos que buscó siempre el camino del menor compromiso y el mínimo esfuerzo para extraer los frutos que esa tierra ofrecía, personaje con el cual el argentino de las últimas décadas se ha acostumbrado a distinguir –y por lo tanto a identificar– quizás con una severidad exagerada.

Pero la idea de que el inmigrante agricultor gozó en general de buena salud económica, tanto más cuanto más especulativo y reacio a la inversión fue su comportamiento, no hace justicia a los chacareros pampeanos, más reales, que según se vio aquí la historiografía reciente está descubriendo. Parecería que, junto a los terratenientes-financistas, por el camino del "progreso argentino" transitaron también esforzados agricultores, en buena parte inmigrantes, que tuvieron la intención de



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

radicarse, compraron tierras cada vez que pudieron, invirtieron a riesgo y muchos de ellos (¿la mayoría?) fracasaron en el intento.

Pero los mitos son resistentes, tanto más cuanto están basados en buenas razones históricas de las que nada más se ha abusado. Y es sólo con más historia que puede pensarse en combatirlos. Por fortuna, aquellos que afectan a los sujetos sociales pampeanos no pasan por su mejor momento[34]. Mayor razón para sumarse a un necesario revisionismo, que pueda ensayar tácticas comunes o, quién sabe, revelar continuidades hasta ahora impensadas ■

---

**Notas**

1. La lectura de Sábato que aquí se ensaya se hará fundamentalmente a través de su obra troncal, las "Notas sobre la formación de la clase dominante en la Argentina Moderna (1880-1914)" (Buenos Aires, CISEA, 1979 y luego incluídas junto con otros dos trabajos en Jorge F. Sábato, *La clase dominante en la Argentina moderna: formación y características,* Buenos Aires, CISEA/Grupo Editor Latinoamericano, 1988). Allí están presentes en forma orgánica todas sus hipótesis y es la mejor expresión de su modelo interpretativo. Pero además, es ése el trabajo que circuló ampliamente por los ambientes universitarios a principios de la década de 1980 y tuvo la repercusión historiográfica que también es tema de este trabajo. Su otro libro, *La pampa pródiga: Claves de una frustración* (Buenos Aires, CISEA, 1980) fue menos difundido y, a pesar de ser en muchos sentidos la continuación y comprobación de sus hipótesis, por tratarse de un periodo más contemporáneo influyó menos en la historiografía que en la sociología y la economía rural contemporáneas.

2. Salvo indicación contraria, todas las citas corresponden a las "Notas...", en la edición de 1988, indicándose la página entre paréntesis. También en todas las citas, salvo aclaración, los énfasis han sido agregados.

3. Jorge Federico Sábato, "Sobre la clase dominante argentina y el estancamiento económico. Réplica a Larry Sawers", Buenos Aires, *CICLOS,* vol. 5 N° 8, 1995, p. 215.

4. Larry Sawers, "Agricultura y estancamiento económico en la Argentina: a propósito de las tesis de Jorge F. Sábato", Buenos Aires, *CICLOS,* vol. 4 N° 7, 1994, pp. 215-231.

5. El problema analítico que presenta este concepto será discutido más adelante. Al sólo efecto de establecer un concepto unívoco para este trabajo –y sin que ello signifique ningún esfuerzo de clasificación o categorización– se considerará en términos generales "chacarero" al productor agrícola "pequeño" (1 a 200 has.) y "mediano" (201 a 500 has.), aclarándose en cada caso si se refiere específicamente a alguno de estos dos subgrupos.

6. Jorge F. Sábato, *La pampa pródiga...,* p. 44.

7. Jeremy Adelman, "Agricultural Credit in the Province of Buenos Aires, Argentina, 1890-1914", *Journal of Latin American Studies,* vol. 22 N° 1, 1990, p. 78.

8. La expresión es de Waldo Ansaldi, en un trabajo dedicado a problematizar la posible identidad de clase de los chacareros y los trabajadores pampeanos. Véase Waldo Ansaldi, "El fantasma de Hamlet en la pampa: chacareros y trabajadores rurales, las clases que no se ven", en María Mónica Bjerg y Andrea Reguera (comps.), *Problemas de la historia agraria. Nuevos debates y perspectivas de investigación,* Tandil, IEHS, 1995, pp. 275-95 y también "La pampa es ancha y ajena: la lucha por las libertades capitalistas y la construcción de los chacareros como clase", en Marta Bonaudo y Alfredo R. Pucciarelli (eds.), *La problemática agraria. Nuevas aproximaciones,* Buenos Aires, CEAL, 1993, pp. 71-101.

9. Para algunos ejemplos de estos esfuerzos de clasificación dentro de la sociología rural pampeana, véase Alfredo Pucciarelli, *El capitalismo agrario pampeano, 1880-1930,* Buenos Aires, Hyspamérica, 1986 y, más recientemente, Javier Balsa, "La conformación de la burguesía rural local en el sur de la pampa argentina, desde finales del siglo XIX hasta la década del treinta: El partido de Tres Arroyos", en Bonaudo y Pucciarelli, *La problemática...,* pp. 103-31.

10. En verdad, uno de los primeros en usar esta categoría fue el mismo Sábato en *La pampa pródiga...,* aunque también su primer crítico (véanse pp. 34-37 y la nota de p. 36 de ese trabajo). Para una teorización más reciente del productor medio véase Javier Balsa, "La lógica económica de los productores medios: expansión y estancamiento en la agricultura pampeana. El partido de Tres Arroyos", en Bjerg y Reguera, *Problemas...,* pp. 323-52.

11. Así por ejemplo, el caso de la familia Martínez en diversos partidos del sur de Buenos Aires. Véase Andrea Reguera, "Arrendamientos y formas de acceso a la producción en el sur bonaerense: el caso de una estancia en el partido de Necochea, primera mitad del siglo XX", en Raúl Mandrini y Andrea Reguera (comps.), *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense,* Tandil, IEHS, 1993, pp. 241-74.

12. Según el mismo censo, en los partidos de la zona triguera del sur (Nechochea, Lobería, Tres Arroyos y Coronel Dorrego), el 88% de las explotaciones agrícolas tenían menos de 500 has. y el 64% de la tierra, con un promedio de 197 has.

13. James Scobie, *Revolución en las Pampas. Historia social del trigo argentino, 1860-1910,* Buenos Aires, Solar, 1968, p. 89.

14. Archivo del Juzgado de Paz de Coronel Dorrego, Fuero Civil, 1920-1930.

15. Véase Juan Manuel R. Palacio, "La empresa agropecuaria en la provincia de Buenos Aires: el caso de la estancia 'Cruz de Guerra', 1920-1940", Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Tesis de Licenciatura en Historia, 1989. El tema de los arrendatarios agrícolas en la estancia fue especialmente tratado en "Arrendatarios agrícolas en una empresa ganadera: el caso de 'Cruz de Guerra', 1927-1938", Buenos Aires, *Desarrollo Económico,* vol. 32 N° 127, 1992.

16. Esta circunstancia pone de alguna manera en cuestión la fuerza argumental de la continuidad de los arrendatarios en sus predios –evidencia por otra parte incontestable– que se utiliza para contrarrestar la imagen tradicional del arrendatario nómade, con contratos de corto plazo que desalentaban la inversión. La sola circunstancia de recibir anualmente estas notificaciones de desalojo –que, al menos en Coronel Dorrego, se hicieron todos los años en las estancias grandes hasta la sanción de la ley de arrendamientos rurales de 1932– operaría eficazmente como desincentivo y suficiente elemento de incertidumbre para los arrendatarios, más allá de que los desalojos se concretaran o no.

17. En muchos sentidos, ésta era la situación de José María Garciarena en el caso citado de la estancia "Cruz de Guerra" (Véase Palacio, "La empresa...", Cap. 3). Pero lo mismo sucedía en Coronel Dorrego con José María Perez Bustos, abogado de Bahía Blanca que por décadas administró los campos de la familia de Glorialdo Fernández –residente en España– que con algo más de 30.000 hectáreas albergaban a cerca de doscientos arrendatarios. Así lo expresan quienes lo conocieron personalmente, describiéndolo como un verdadero caudillo del partido. (Entrevistas realizadas durante 1995 y 1996 a Nicolás Staniscia, Alfredo Rasmussen, Esteban Bernat, Nicolás Berenguer, Vicente Rostoll, Jaime Ripoll, entre otros).

18. Francisco Stannius (dir.), *Estancias y chacras de nuestra tierra,* Buenos Aires, Guillermo Kraft Ltda., 1929-. Esta fuente –un verdadero fichero con datos detallados de los productores y sus posesiones– ha sido trabajada por diversos investigadores. Para un procesamiento bastante exhaustivo, en donde se analiza la posesión de máquinas por estrato de tamaño, véase Balsa, "La conformación..."

19. Ministerio de Justicia de la Nación, Registro de Prenda Agraria, Partido de Coronel Dorrego, Provincia de Buenos Aires, 1936-1945. Los datos sobre tenencia en Juzgado de Paz de Coronel Dorrego, Legajos de Contratos de Arrendamiento, años 1933-1970.

20. Esto es confirmado por las entrevistas. Para los agricultores, poseer todas la máquinas y herramientas necesarias para la producción era una prioridad. En casi todos los casos, los entrevistados recordaron aquellas cosechas excepcionales que les permitían comprar máquinas.

21. Blanca L. Zeberio, "El estigma de la preservación. Familia y reproducción del patrimonio entre los agricultores del sur de Buenos Aires, 1880-1930", en Bjerg y Reguera, *Problemas...,* pp. 155-81. Véase también, de la misma autora, "La utopía de la tierra en el Nuevo Sud. Explotaciones agrícolas, trayectorias y estrategias productivas de los agricultores (1900-1930)", *Anuario IEHS* N° 6, pp. 81-112.

22. Esto resulta de confrontar los datos de los contratos de arrendamiento citados, con el mapa catastral de 1973. Véase *Mapas Rurales - Coronel Dorrego,* La Plata, 1973.

23. También hay que considerar los muchos casos en que los chacareros decidieron no comprar la tierra con los Planes de Transformación Agraria, no por no quererla, sino porque confiaron en que las prórrogas de los contratos de arrendamiento continuarían indefinidamente. Gran parte de estos chacareros pagaron caro este mal cálculo y fueron posteriormente desalojados, una vez que la ley 17.253 del gobierno de Onganía pusiera fin a la dinámica de prórrogas en 1967.

24. En las entrevistas citadas a ex-chacareros de Coronel Dorrego, cuando se les preguntaba por las razones por las que fueron arrendatarios ("¿por qué arrendaba la tierra que trabajaba?"), todos sin excepción contestaban que fue por no haber tenido el dinero suficiente como para ser propietarios.





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

25. Luis González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia,* México, El Colegio de México, 1968, p. 94.

26. La literatura sobre las relaciones clientelísticas en el ámbito rural es, por lo extensa, prácticamente inabarcable. Algunos ejemplos clásicos pueden extraerse de la historiografía de la Revolución Mexicana. Así, la compilación de David A. Brading, (*Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana,* Mexico, FCE, 1985) abunda en ejemplos claros de la importancia del control social que ejercían los hacendados como barrera de contención del conflicto. El mismo fenómeno había sido advertido por Arturo Warman, al observar la actitud pasiva de los peones acasillados en las haciendas azucareras de Morelos, en el epicentro de la Revolución (*Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el estado nacional,* Mexico, SEP, 1976, pp. 124-26).

27. Los casos citados corresponden a Arnold Bauer y Ann Hagerman Johnson, "Land and labour in rural Chile, 1850-1935", en Kenneth Duncan e Ian Rutledge (eds.), *Land and Labour in Latin America,* Cambridge, Cambridge University Press, 1977, pp. 83-102; Michael González, "Capitalist Agriculture and Labour Contracting in Northern Perú, 1880-1905", *Journal of Latin American Studies* vol. 12 N° 2, 1980, pp. 291-315; y Malcom Deas, "A Colombian coffee estate: Santa Bárbara, Cundinamarca, 1870-1912", en Duncan y Rutledge, *Land and Labour...,* pp. 269-298. Trabajos más clásicos para cada una de esas regiones son, respectivamente, Arnold Bauer, *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930,* Cambridge, Cambridge University Press, 1977; Peter Klarén, *Formación de las haciendas azucareras y orígenes del APRA,* Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1976 y Marco Palacios, *El Café en Colombia, 1850-1970; una historia económica, social y política,* México, El Colegio de México, 1983.

28. Para Costa Rica, véase Ciro F.S. Cardoso, "La formación de hacienda cafetalera costarricense en el siglo XIX", en Enrique Florescano (coord.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina,* México, Siglo XXI, 1975, pp. 635-67 y Carolyn Hall, *El café y el desarrollo histórico-geográfico de Costa Rica,* San José, Editorial Costa Rica, 1976; para la colonización antioqueña, el trabajo clásico de James J. Parsons, *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia,* Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979 [1950] y una revisión más reciente en Keith Christie, "Antioqueño Colonization in Western Colombia: A Reappraisal", *HAHR* vol. 58 N° 2, 1978, pp. 260-283. Para el caso de San Pablo, Michel M. Hall, "The Origins of Mass Immigration in Brazil, 1871-1914", Ph.D. Thesis, Columbia University, 1969; Warren Dean, *Rio Claro: a Brazilian Plantation System, 1820-1920,* Stanford, Stanford University Press, 1976; y Thomas H. Holloway, *Immigrants on the Land. Coffee and Society in Sao Paulo, 1886-1934,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980.

29. Buenos ejemplos de estas actitudes diferenciadas de los productores agrícolas en algunas de las fronteras citadas se pueden encontrar en Mario Samper, *Generations of Settlers. Rural Households and Markets on the Costa Rican Frontier, 1850-1935,* Boulder, Westview Press, 1990; Lowell Gudmunson, "Campesino, granjero, proletario: formación de clase en una economía cafetalera de pequeños propietarios, 1850-1950", *Revista de Historia* (San José), N° 21-22, 1990, pp. 151-206; y Thomas H. Holloway, "The coffe colono of Sao Paulo, Brazil: migration and mobility, 1880-1930", en Duncan y Rutledge, *Land and Labor...,* pp. 301-21.

30. Un esfuerzo aislado de tratamiento comparado de este tema en la historiografía argentina es el de Hebe Clementi (*La frontera en América,* Buenos Aires, Leviatán, 1986-88, 4 vols). En la historiografía sobre Latinoamérica producida en los Estados Unidos la temática es mucho más prolífica. Para una revisión reciente, véase David J. Weber y Jane M. Rausch, *Where Cultures Meet: Frontiers in Latin American History,* Wilmington, S&R, 1994.

31. Para una teorización de este punto, véase James C. Scott, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance,* New Haven, Yale University Press, 1985.

32. Dos excelentes ejemplos del uso de estas fuentes –y de esta perspectiva– para la historia rural latinoamericana son Catherine Legrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia 1850-1950,* Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1988 y Florencia E. Mallon, *The Defense of Community in Peru's Central Highlands,* Princeton, Princeton University Press, 1983.

33. Los estudios más recientes sobre los conflictos rurales pampeanos son los de Waldo Ansaldi ("Hipótesis sobre los conflictos agrarios pampeanos", Buenos Aires, *RURALIA* No.2, junio, 1991, pp. 7-27 y, como compilador, *Conflictos obrero-rurales pampeanos (1900-1937),* Buenos Aires, CEAL, 1993, 3 vols). Para una análisis crítico de los límites de estos estudios, apoyado en una revisión historiográfica de los nuevos acercamientos al tema del conflicto, véase Juan Manuel R. Palacio, "¿Revolución en las pampas?", Buenos Aires, *Desarrollo Económico,* vol. 35 N° 140, 1996, pp. 677-83.

34. Jorge Gelman, "El gaucho que supimos construir. Determinismo y conflictos en la historia argentina". Buenos Aires, *Entrepasados,* N° 9, 1995, pp. 27-37.



# En busca del empresario perdido: Los industriales argentinos y las tesis de Jorge Federico Sábato*

*Fernando Rocchi***

## 1. Una especie en vías de extinción

Hubo un tiempo en que la vida económica argentina fue liderada por los capitanes de la industria, un grupo de empresarios nacionales al que el futuro parecía pertenecerles. El plan de convertibilidad y la apertura económica, sin embargo, cambiaron radicalmente ese escenario y llevaron al empequeñecimiento del empresariado industrial argentino como resultado de la venta de numerosas firmas de capital nacional a compañías extranjeras[1]. No es la primera vez que este proceso amenaza el horizonte argentino; ya en 1967 la socióloga Ruth Sautu había vaticinado el reemplazo de los empresarios nacionales por los extranjeros en los nuevos y más modernos sectores que el devenir industrial estaba desplegando[2]. Su predicción, realizada en medio de una apertura económica que hoy consideraríamos modesta, fue ampliamente sobrepasada por lo que está ocurriendo en nuestros días, pues la transferencia de propiedad se ha vuelto un fenómeno común aun en las empresas nacionales más antiguas. No sabemos las consecuencias que estos cambios puedan implicar para el futuro argentino aunque podemos bucear en el pasado para comprenderlos. Estudiar las raíces históricas del empresariado industrial nacional surge, frente a esta incógnita, como una empresa tan apasionante como reveladora. En esta tarea resulta ineludible repensar el trabajo interpretativo que Jorge Federico Sábato realizara sobre la élite económica en sus "Notas sobre la formación de la clase dominante en la Argentina moderna", esfuerzo que, aunque aparentemente limitado en el tiempo al período de auge agroexportador, presenta hipótesis que se extienden hasta el presente[3].

Si bien Sábato no analizó a los industriales en particular, el empresariado en general ocupó en su obra un lugar preeminente. Justamente, el eje de sus "Notas..." gira en torno al estudio del comportamiento de la élite que lideró el proceso de auge económico que la Argentina experimentó entre 1880 y 1914. Según Sábato, este grupo –que él denomina "clase dominante"[4]– se caracterizó por su diversificación o multiimplantación en una amplia gama de actividades económicas que incluian tanto las productivas (el agro y la industria) como las de servicios (el comercio y las finanzas). Estas últimas habrían sido el verdadero centro de actividad de la clase dominante que así habría enca-

* Este trabajo ha sido realizado gracias a una beca de la "Fundación Antorchas". Agradezco los comentarios y sugerencias de María Inés Barbero, Alma Idiart, Mirta Zaida Lobato y de mi compañero de ruta en este homenaje a Jorge Sábato, Juan Manuel R. Palacio.

** Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires y Department of History, University of California at Santa Barbara.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rado sus emprendimientos económicos con una mentalidad netamente comercial que la llevaba a mantener la mayor liquidez posible para aprovechar al máximo las distintas oportunidades de hacer dinero que la inestable economía argentina ofrecía. Este comportamiento habría llevado a evitar las inversiones en capital fijo, estrategia tan beneficiosa para la clase dominante como dañina para el futuro desarrollo de la sociedad en su conjunto.

Este artículo estudia el comportamiento del empresariado industrial en los años del boom agroexportador a partir del análisis crítico de las tesis centrales de Sábato. Tiene tres partes bien diferenciadas. En la primera, con el objetivo de brindar el contexto intelectual en el que surgió la obra de Sábato, planteo una discusión global de las perspectivas que tuvieron al empresariado como centro de interés. Allí presento el marco general de los estudios sobre el empresario como factor de desarrollo y el creciente papel que la historiografía fue ocupando en ese campo. En la segunda, trabajo sobre el terreno de la verificación empírica de las tesis de Sábato apoyado en mi propia investigación. En particular, me concentro en dos de sus hipótesis acerca del empresariado: 1. la que postula su implantación en múltiples actividades económicas y 2. la que sostiene que desplegaba una estrategia que evitaba las inversiones en capital fijo. Muestro que el caso del empresariado industrial argentino ofrece un excelente campo de aplicación de la primera tesis mientras que contrasta fuertemente con la segunda. Finalmente, en la tercera parte del artículo señalo que el análisis de Sábato nos plantea, más allá de la intención del autor, un fructífero trabajo de historia comparada que aún está por hacerse. Por una parte, se observa la necesidad de estudiar sus conclusiones dentro de un contexto comparativo de similitudes, en el cual América Latina ofrece un marco privilegiado. Por otra parte, se señala cuán enriquecedor resultaría un análisis histórico comparado entre la Argentina y otras áreas del mundo de la relación que los empresarios mantenían con el estado.

## 2. El rescate de un debate moribundo

Con su análisis del comportamiento económico de la clase dominante, Sábato reabrió un debate que mostraba entonces signos de entusiasmo decreciente: el del empresariado como factor de desarrollo. Este debate había conocido sus años dorados en las décadas del cincuenta y del sesenta, cuando la existencia de empresarios locales innovadores y dinámicos –al estilo schumpeteriano– se consideraba como una de las condiciones necesarias para que un país subdesarrollado pasara al club de las naciones ricas, lo mismo que su ausencia aparecía como una barrera infranqueable hacia el desarrollo[5]. Planteada la cuestión, surgieron varias interpretaciones brindando sus análisis y, a veces, hasta sus soluciones. La que más entusiasmo recogió en un principio fue aquella que, en vena sociológica e influida por la teoría de la modernización, explicaba la falta de dinamismo del empresariado de las áreas subdesarrolladas por su apego a valores "culturales" que chocaban con los del capitalismo moderno[6]. La existencia de estos empresarios nativos –una verdadera contracara de los Padres Peregrinos– llevaba a un atraso endémico del cual sólo podía salirse si producían un cambio radical en su cosmovisión e imitaban a sus congéneres de los países económicamente más exitosos. Una interpretación alternativa, más economicista, dio vuelta el problema y pasó de echar las culpas al empresariado mismo a endilgarlas al contexto en el que debía desenvolverse. De acuerdo con esta perspectiva, la dificultad en lograr el desarrollo no radicaba en la ausencia de un empresariado dinámico, que en realidad existía, sino en las características del mercado (e indirectamente en las del estado que influía sobre el mismo). Un mercado imperfecto hacía que el espíritu innovador desperdiciara sus energías, que en otro contexto hubieran servido para producir más y mejor, en lidiar con tales imperfecciones (o a presionar sobre el estado). De esta manera, los empresarios se volvían verdaderos actores perversos –a conciencia o muy a su pesar según la menor o mayor simpatía que recogieran entre los académicos–, mientras la salida se encontraba en un replanteo de las reglas de juego de la economía para que pudieran encauzar su dinamismo a favor y no en contra del desarrollo[7].

El amplio debate a que podrían haber dado lugar estas perspectivas fue, sin embargo, desvaneciéndose por falta de entusiasmo. Las explicaciones culturales cayeron en el descrédito por su uso exagerado y arbitrario mientras que las económicas no motivaron el interés de quienes podían desarrollarlas mejor –los economistas– dada la enorme dificultad que implicaba cuantificar el problema empresarial. En medio del desgano, la tabla de salvación de un tema que iba inexorablemente a la deriva llegó de la mano de la historia.

La historiografía ya había venido avanzando en el estudio del empresariado con la sólida compañía de su evidencia empírica, con lo que realizó un aporte notable al bajar a la tierra una cuestión donde había abundado la discusión etérea. Los latinoamericanistas aportaron, en esta corriente, uno de los ejemplos más fructíferos de análisis histórico del tema[8]. Sorpresivamente para



una cuestión que se había centrado en el devenir de la segunda posguerra, los mayores hallazgos se realizaron en la historia colonial, embarcada en un profundo revisionismo de las hipótesis que habían explicado hasta entonces el origen del subdesarrollo en la región. A la vieja y profundamente arraigada imagen que presentaba a los empresarios del mundo colonial como hidalgos ociosos y antiburgueses, se contrapuso otra que mostraba su alta racionalidad y espíritu de empresa. El empresario colonial fue entonces descripto como desplegando este dinamismo a través de la diversificación económica, estrategia exitosa inaugurada por el mismísimo Hernán Cortés, poseedor de una empresa tan vasta como multiimplantada. El trabajo de David Brading sobre la Nueva España borbónica fue la obra clave de esta nueva perspectiva. Para Brading, la élite económica colonial no sólo era dinámica, sino que basaba la clave de su éxito en el comercio y no, como tradicionalmente se había pensado, en la hacienda o la minería. Con su eje puesto en el comercio, esta élite se afianzaba al diversificarse en distintas



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

actividades económicas y, para aprovechar las cambiantes oportunidades que cada sector ofrecía, procuraba mantener la mayor liquidez posible. La tesis de Brading generó tal impacto en el mundo de la historia que pronto otros colonialistas se obsesionaron por probarla con más evidencia o para otros casos, tarea en la que lograron un éxito notable. Para los fines de este artículo basta con mencionar a John Kicza, quien aplicó el esquema de Brading al caso específico de la ciudad de México en la era borbónica. Como resultado, este autor aseguraba que los clivajes en los que se dividía la sociedad colonial no eran verticales sino horizontales; es decir, no había conflicto entre comerciantes, mineros y hacendados sino entre la gran élite diversificada y un grupo de pequeños empresarios, ellos también dedicados a varias actividades aunque con mucho menos capital[9]. La historiografía colonial latinoamericana pronto inspiró trabajos sobre períodos más recientes y mostró con claridad el valor de los análisis empíricos en los estudios sobre el empresariado.

En la Argentina el interés por estudiar a los empresarios era escaso cuando Sábato lo rescató de la penumbra a fines de la década del setenta. La atención despertada por el tema había conocido mejores momentos en la década anterior cuando los seguidores de las teorías del desarrollo y de la modernización habían producido una serie de trabajos y generado un modesto debate. Como se consideraba que la industria era la condición *sine qua non* para que el país pudiera desarrollarse, el nudo de la atención fue puesto en los empresarios industriales. En un artículo reciente, María Inés Barbero ha reseñado la trayectoria del tema empresarial en el mundo académico argentino, mostrando cómo las discusiones de la época se desplegaban en una dialéctica de augurios entre optimistas y pesimistas al discutirse la posibilidad de contar con industriales dinámicos que lideraran el proceso de modernización del país[10].

La visión pesimista, sin embargo, primaba cuando los análisis se realizaban en clave histórica. En esta perspectiva, el influyente trabajo de Oscar Cornblit obró como modelo del análisis sombrío. Este autor presentaba a los industriales del período de auge agroexportador como un grupo débil –en gran medida por estar compuesto por extranjeros carentes de poder político– que nada podía hacer contra los poderosos terratenientes que controlaban la economía y el estado[11]. Esta perspectiva era parte de un paradigma más general, ampliamente aceptado dentro y fuera del campo académico, que asimilaba a los terratenientes con la élite económica y los mostraba comportándose de manera parasitaria y estática[12]. Sábato reaccionó contra este paradigma y brindó uno alternativo que señalaba la falsedad de ambas afirmaciones (aunque no librando por ello a la élite de haber encarnado las causas del estancamiento argentino)[13].

Si Sábato reaccionaba contra la versión de la élite como exclusivamente terrateniente y parasitaria, también retomaba la vibrante tradición intelectual de Milcíades Peña. Una de las mayores ventajas de este ensayista, además de su brillantez y frescura, era su heterodoxia. Desde el troskismo, Peña rechazó la búsqueda de una burguesía nacional modernizadora por la que otras corrientes de izquierda se obsesionaban. Gracias a esta posición iconoclasta, se lanzó a un desafiante trabajo empírico y reflexivo, mostrando el funcionamiento de una burguesía que se diversificaba en el agro, la industria, el comercio y las finanzas, tanto como se ligaba al capital extranjero. Aunque Peña se refería a un período mucho más reciente que el del auge agroexportador, no por eso dejó de rastrear las raíces históricas de sus



conclusiones. De esta manera, la burguesía industrial argentina no habría evolucionado desde el siglo XIX al estilo de la de los países centrales, pasando del pequeño taller a la gran fábrica, creciendo autónomamente y oponiéndose a los intereses agrarios. Por el contrario, según Peña, "[l]a burguesía industrial argentina ha nacido estrechamente ligada a los terratenientes". Si bien consideraba que no habían sido históricamente los mismos actores, sostenía que la burguesía industrial y la clase terrateniente habían compartido sus intereses. Sábato avanzó, por su parte, donde Peña se había detenido y mostró a una clase dominante unificada desde los mismos comienzos de la Argentina moderna, llevando el desafío de una perspectiva tan novedosa a límites todavía más amplios[14].

En el contexto de la discusión de entonces sobre el tema empresarial, Sábato adhirió en gran medida a la interpretación económica y rechazó por completo la cultural. Su trabajo resultó contemporáneo al realizado por Nathaniel Leff, un estudioso de la historia económica brasileña. En el caso de los países en vías de desarrollo, Leff resaltaba el dinamismo del empresariado y su implantación en distintas actividades económicas a la vez que invitaba a estudiar su comportamiento como inversor, dados el riesgo y la incertidumbre a los que debía enfrentarse[15]. El marco explicativo de Sábato fue más allá que el de Leff al profundizar en el andamiaje teórico de la interpretación económica del empresariado. En efecto, Sábato señaló que, paradójicamente, no había sido la existencia de un mercado lleno de trabas lo que impidió el desarrollo futuro del país sino la gran facilidad con que podía llevarse a la práctica el planteo teórico de la igualación de las tasas de ganancias entre diferentes actividades (que mostraba un capitalismo funcionando a pleno en el corto plazo)



. Aparte de un enfoque común, Leff y Sábato compartieron la obsesión por buscar en la historia los orígenes –en un sentido similar al señalado por Marc Bloch y que implica a la vez principio y causa– del subdesarrollo. Si Sábato rescató un debate del desgano con su interpretación, la historia debía proveerlo de la contundencia de su evidencia empírica. Es dentro de la confluencia entre interpretación y empiria en la que se van a desarrollar las próximas dos secciones.

### 3. Los industriales importadores: una confirmación de las tesis de Jorge Sábato

El caso de los industriales se ajusta de manera notable a la tesis de Sábato del empresariado implantado en múltiples sectores económicos. Es tan cierto que en su ensayo no se ocupó de los industriales en particular como que en sus hipótesis dejó abierto un espacio en el que insertaban con facilidad. En



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

este sentido, creo que es equivocada una crítica reciente que se ocupa de la manera en la que Sábato trató la temática industrial. En primer lugar, allí se lo inscribe dentro del enfoque culturalista que, como se ha visto en la sección anterior, le era ajeno. En segundo lugar, se le hace decir que la manufactura era evitada por la élite por lo que esta actividad quedaba en manos de pequeños inversores que poco pudieron hacer para industrializar el país. Si la élite fue lo suficientemente dinámica para transformar las pampas, se pregunta el crítico aludido, "¿por qué la clase dominante no invirtió en la industria aunque hubiera llevado tiempo obtener esas ganancias?"[16]. Esta mala lectura fue replicada por el mismo Sábato con claridad:

> "oponiéndome a una tradición interpretativa basada en la existencia de un supuesto sesgo cultural 'anti-industrial' de los grupos social y económicamente dominantes, insistí en que estos grupos no tenían prejuicio alguno contra lo que diera buenas ganancias, fueran industrias, obras públicas, vacas, trigo, prostíbulos o conventillos"[17].

Sábato, en efecto, atacó el paradigma que mostraba a los grandes terratenientes enfrentados a industriales débiles y subordinados. Si bien las industrias estaban, para él, desarticuladas, esto no implicaba que se encontraran en una posición secundaria. Y si no existían conflictos entre ambos sectores, esto obedecía a "la ausencia de un clivaje social que correspondería a la especialización económica sectorial", por lo que no descartaba que "el afianzamiento de la industria haya sido mucho menos ajeno a los intereses de la clase dominante que lo que habitualmente se imagina" (p. 35).

La tesis del empresariado multiimplantado se verifica en el caso de la industria a través de una hipótesis que desarrollé hace unos años con timidez pero de la que me encuentro cada vez más convencido: la identidad de industriales e importadores en el período de auge agroexportador[18]. Se ha afirmado hasta el cansancio que, por tener intereses económicos contrapuestos, industriales e importadores eran dos grupos en pugna. Incluso una mente preclara como la de Milcíades Peña se aferraba a esta idea al decir "hace falta pertenecer a la increíble especie de los Jorges Abelardos Ramos para afirmar públicamente que la Unión Industrial Argentina tenía o tiene intereses comunes con ...los importadores"[19]. La idea de Ramos (por lo menos esta idea de Ramos) no era, sin embargo, nada descabellada.

La identidad entre industriales e importadores fue un fenómeno lo suficientemente extendido como para suscitar comentarios en la misma época en que ocurría. Uno de ellos, proveniente de una fuente "industrialista", resulta tan revelador que merece una extensa reproducción. Decía el *Boletín de la Unión Industrial Argentina,*

> Personas perfectamente intencionadas pero demasiado celosas a nuestro parecer, nos han manifestado en ciertas ocasiones su extrañeza de ver figurar en la lista de socios de la UIA negociantes introductores (...)
>
> En nuestro concepto, ese exclusivismo es exajerado (sic) y no creemos que un gremio de Industriales deba entrar en guerra tan abierta con el de Introductores.

El autor de este artículo encontraba lógica la lucha de los industriales contra las mercancías extranjeras a las que pretendían sustituir mediante el proteccionismo,

> (...) pero querer elevar una barrera social, creemos, entre los introductores y nosotros, no podría sino causar un verdadero perjuicio a la misma industria nacional.
>
> Cierto es que, en principio, los industriales tienen intereses diametralmente opuestos a los de los introductores, pero estudiando detenidamente la cuestión y entrando en los pormenores de ella, tiene uno que reconocer que el antagonismo entre ambos gremios es mucho más aparente que real.
>
> Primero, casi todos, por no decir todos los industriales importantes son más o menos introductores de ciertos accesorios de sus respectivas fabricaciones, artículos que no produce el país todavía.
>
> No introducen para vender, pero introducen.
>
> Por otro lado, pocos introductores son, hoy, los que entreverados con sus artículos extranjeros, no venden productos de las fábricas.
>
> El Introductor es primo hermano del Industrial, déjenlos juntarse que se han de entender[20].



En realidad, industriales e importadores eran más que primos hermanos; en muchos casos eran las mismas personas. Aunque no todos, un gran número de industriales –entre los que se encontraban muchos de los más importantes– realizaba tareas de producción y de importación del mismo tipo de mercaderías (es decir, importaba no sólo materias primas o maquinaria sino también productos terminados similares a los que fabricaba para destinarlos a la venta). La afirmación, motivada seguramente por el prurito industrialista, que los fabricantes "[n]o introducirán para vender", resulta en realidad falsa. Cuando analizamos toda la gama de productos vendidos por los industriales vemos que generalmente incluye mercancías importadas. Esta variedad de oferta aparece con claridad en un ámbito donde los fabricantes no sentían desenfado alguno en mostrar su combinación productiva: el de los avisos comerciales. Estos avisos desplegaban textos como "Kulcke, Frankel y Cía. Fábrica de Ropa Blanca, Corbatas y Tiradores. Importadores de Artículos Generales para Hombres", "Ernesto Dell'Acqua. Importadores y Fabricantes de Tejidos", "Eugenio Noé y Cía. Los especialistas en artículos rurales. Alambres, Importación, Fabricación, Galvanización", "R. N. del Sel. Introductores y consignatarios. Fábrica a vapor de bolsas. Tejeduría de lonas y lonetas de algodón", y así podríamos seguir. En otro artículo he mostrado numerosos ejemplos de esta identidad, lo que aquí me releva de la responsabilidad de brindar más casos particulares[21].

La figura del industrial-importador es un caso particular del empresario diversificado de Sábato. En primer lugar, aquellos que eran sólo fabricantes e importadores –y no a la vez estancieros o financistas –seguían la lógica de los que estaban multiimplantados, por más



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que su esfera de negocios se redujera a dos sectores. En efecto, el industrial-importador, que tenía un ojo puesto en la producción y otro en el comercio, procuraba el éxito de su empresa en su conjunto y no el de un solo sector en particular. En segundo lugar, los casos de ampliación de intereses a otras actividades económicas no faltaron, aun entre quienes no pertenecían a la élite, lo que indicaría cierta imitación de los grupos económicamente menos poderosos del comportamiento de la clase dominante. Existían unos cuantos casos como los de Agustín Raimondi, quien tenía establecida una fábrica de botones y había decidido ampliar su negocio a una industria nueva "que no desmerece nada a la anterior; es la fabricación de *tallarines* en cuyo trabajo coopera con buen éxito su distinguida esposa (...)". O como el de la gran firma textil "Gerino Hnos" que se había ampliado a la producción de harina y de pastas alimenticias y hasta incursionaba en la propiedad de una sala cinematográfica[22].

La figura del industrial-importador no es extraña a la historiografía latinoamericana. Hace ya muchos años, Warren Dean la había planteado en su estudio sobre la industrialización de San Pablo al marcar que muchos importadores se transformaban en fabricantes sin dejar su negocio original. En este proceso los importadores brasileños (el fenómeno ocurría tanto en San Pablo como en Río de Janeiro) tendían cada vez más a entregarse a la fabricación[23]. Una evolución similar ocurrió en la Argentina, donde los industriales-importadores fueron sustituyendo lo que introducían del extranjero en un largo camino que alcanzará en las décadas del treinta y cuarenta su transitoria culminación. El caso argentino muestra, sin embargo, una peculiaridad que acentúa la validez de la tesis de Sábato. Muchos industriales-importadores realizaron el camino inverso al señalado por Dean: empezaron como fabricantes, y recién después se dedicaron al negocio de la importación. Para los industriales argentinos, entonces, resultaba necesario avanzar desde el lado de la producción hacia el comercio para poder consolidarse. Y aun cuando más tarde se transformaron en "industriales puros" no dejaron de usar la estrategia de importación cuando las circunstancias así lo aconsejaban, como se ha visto en los últimos años[24].

El caso argentino era, por otra parte, inverso al de los Estados Unidos. Los industriales estadounidenses también miraron al comercio con atención aunque con intenciones distintas. Para ellos resultaba necesario controlar el comercio desde la industria ante el desafío que les presentaba la distribución de sus mercancías en un mercado gigantesco. El objetivo era la integración de la distribución con la producción y no la diversificación para afrontar mejor el riesgo por lo que el comercio se transformó en un instrumento que la industria necesitaba utilizar para expandirse[25]. En la Argentina ocurrió todo lo contrario. El mercado parecía que sólo podía controlarse desde el propio comercio por lo que los industriales avanzaban sobre el mismo no para vender más de su propia producción sino para iniciarse en un negocio alternativo y complementario como era el de la importación; en otras palabras, se diversificaban pero no se integraban. Mientras en los Estados Unidos la producción avanzaba sobre el comercio, en la Argentina el comercio avanzaba sobre la producción. Se verificaba, en el caso argentino, el funcionamiento de la economía descripto por Sábato donde "el eslabón central sobre el cual descansaría el crecimiento capitalista no estaba dado por una actividad productiva entre cuyas fases se dan procesos de intermediación; por el contrario, el sistema operaba basado en una actividad de intermediación entre cuyas fases se dan procesos productivos" (p. 99).



El otro punto en el que se prueban las tesis de Sábato es en la ausencia de conflictos sectoriales. La influencia que la figura del industrial-importador ejerció sobre las asociaciones empresarias resultó clave para producir este fenómeno. Así como la UIA no sentía ninguna contradicción por contar con importadores entre sus filas, las asociaciones que nucleaban a estos últimos tampoco se sentían molestas por tener industriales entre sus miembros y hasta entre sus autoridades[26]. No resulta sorprendente, entonces, que al tratarse los aranceles al calzado en 1890 "la Cámara de Comercio, que en su discusión de tarifas de aduana, representa genuinamente a los importadores, ha tenido que nombrar como delegado suyo a un industrial argentino (...)"[27]. Tampoco parecía atípica una asamblea realizada en 1900 y liderada por los principales industriales del mueble. En ella, según señalaba el diario proindustrial *El País*,

> [l]os fabricantes e introductores de muebles y tapicerías han celebrado anoche una reunión en el local de la UIA para cambiar ideas respecto de la actitud que les conviene adoptar en vista de la reciente resolución del ministerio de hacienda no haciendo lugar a la solicitud que le presentaron pidiendo el nombramiento de un vista especial para el despacho aduanero de los artículos de mueblería y tapicería[28].

Otra asociación de importadores –el "Centro de Comercio"– que ha sido tradicionalmente considerada como la antítesis de la UIA en las luchas sobre proteccionismo y librecambismo a fines de siglo, mostraba matices que no han sido señalados[29]. El "Centro", en efecto, estaba dirigido en el momento



culminante del aludido conflicto por una comisión directiva donde figuraban notorios industriales[30]. La "Liga de Defensa Comercial", que supuestamente debía enfrentarse teóricamente con los industriales pues estaba "compuesta de las principales casas importadoras y casas bancarias del país", también incluia entre sus autoridades a prominentes fabricantes[31]. El mismísimo "Centro de Importadores" contaba entre sus principales asociados a empresas industriales de importancia: la textil "Gratry", las metalúgicas "Viuda de Francisco Merlo", "TAMET" y "Vasena", la productora de máquinas agrícolas "Reta, Lis y Cía"[32]. Como resulta fácil de imaginar, los fabricantes que integraban estas asociaciones eran a la vez importadores.

A esta altura alguien podría preguntarse por qué existían asociaciones diferenciadas de industriales y de importadores en medio de un contexto donde los intereses se entremezclaban de tal manera. Su existencia, sin embargo, se debía a varias razones, de las cuales dos me parecen especialmente relevantes para este artículo. En primer lugar, no todos los industriales eran im-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

portadores ni todos los importadores eran industriales, lo que hacía necesario preservar un espacio para los que se movían en un solo sector. En segundo lugar, la diferencia sectorial entre fabricación e importación se mantuvo siempre vigente. La unión de actividades se daba sólo al nivel de la empresa, donde confluían los distintos sectores, y del empresario, que podía ser a la vez miembro de una asociación de importadores y de otra de industriales. De esta manera, las contradicciones macroeconómicas se resolvían en el plano microeconómico, sin dejar de existir como conflictos potenciales.

Hasta aquí, las tesis de Sábato se aplican con gran éxito al caso de los industriales, diversificados en una actividad comercial que a nivel teórico aparecía nada menos que como la contracara de la manufactura. Menos evidente es, sin embargo, la hipótesis que liga a esta diversificación con el fracaso económico argentino. Aunque los países de industrialización temprana muestran diferencias sectoriales bastante marcadas[33], la multiimplantación no sólo fue una característica común en los de industrialización tardía sino que no impidió (es más, para algunos estudiosos promovió) el desarrollo. Los grandes conglomerados económicos del sudeste asiático que explotan una gran variedad de actividades económicas inconexas –como el *zaibatsu* y *keiretsu* japonés y el *chaebol* coreano–, resultan un claro ejemplo[34]. Abordar este tema implica, para usar palabras de Sábato, pasar de la anatomía a la fisiología de la diversificación, es decir, estudiar la forma en que la misma se desplegó en la economía argentina. Sábato mismo nos provee de una hipótesis al respecto, al señalar la estrategia comercial de la clase dominante que la llevó a mantener la liquidez y a evitar las inversiones en capital fijo. Pero esta hipótesis, como veremos en la próxima sección, contrasta con la realidad empírica.

## 4. La falta de inversiones: una hipótesis reñida con la evidencia

Según el análisis económico, los empresarios cumplen con tres roles: 1. el de entrepreneurs que inician el proceso de producción, 2. el de capitalistas que proveen y arriesgan su capital, y 3. el de managers que buscan la eficiencia de los negocios. Para Sábato, las tres funciones empresariales se concentraron en un mismo grupo en la Argentina de 1880 a 1914, lo que no es sorprendente pues así ocurría contemporáneamente en casi todo el mundo[35]. Pero lo que resulta característico de la clase dominante argentina fue la forma en que los empresarios cumplieron con esas funciones. Si el rol de entrepreneurs llevó a los extraordinarios cambios productivos que posibilitaron la gran expansión, el de capitalistas y el de managers trajo, dado el contexto de una economía inestable, un éxito tan grande para el corto plazo como dañino para el largo. Según Sábato, la raíz del problema estuvo en la estrategia de la clase dominante de evitar inversiones a largo plazo. Con ello se hipotecaban las posibilidades de desarrollo pues al privilegiarse la disponibilidad de capital líquido sobre el fijo,

> lo producido en el pasado se canaliza sólo en pequeña medida bajo su forma productiva y amputa su papel como multiplicador de la capacidad de producción presente; el desarrollo de la capacidad productiva de una sociedad se retarda y la organización capitalista no alcanza a crecer en profundidad (p. 141).

¿Podemos suponer que las conclusiones a las que llegaba Sábato basadas en la observación de la combinación



**Tabla N° 1**
**Yield 1906-1919 (en porcentajes)**

| Empresa | Rama industrial | Yield |
|---|---|---|
| Bagley | galletitas | 6,4 |
| Bilz | bebidas sin alcohol | 7,6 |
| Cerv. Buenos Aires | cerveza | 8,3 |
| Cía. Gral de Fósforos | fósforos, gráfica, sebo | 7,9 |
| Fábrica "Casati" | papel | 9,3 |
| Fundición "La Unión" | metalurgia | 8,3 |
| Fca. de Alpargatas | alpargatas, lonas | 7,5 |
| La Argentina | papel | 8,6 |
| La Primitiva | bolsas | 13,4 |
| Salinas | bolsas | 8,3 |
| The Standard | dulces | 6,2 |
| Tasa de descuento | | 6,9 % |
| Bonos de la deuda interna argentina | | 4,5 a 7 % |

*Fuente:* Elaboración propia en base a los balances y datos de cotizaciones del *Boletín Oficial de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires*, 1906-1919. Los dividendos son los pagados en el año; la cotización es el promedio de los doce meses del ejercicio[37].

productiva agricultura/ganadería –el verdadero eje de su análisis– puedan trasladarse a la industria e implicar que la clase dominante evitó también en este sector las inversiones en capital fijo? Sábato afirma claramente que sí pues "lo ocurrido en el agro pampeano es sintomático de lo que sucedía en el conjunto de la economía argentina" (p. 142). Entonces, deberíamos encontrar que la clase dominante invertía en la industria si ésta era rentable, sostenía una política empresaria que evitaba los gastos en maquinaria, edificios y construcciones y, por ende, prefería que su dinero fuera a aquellas compañías donde el componente de capital fijo era menor. Para analizar si este escenario fue el que realmente existió es necesario ir paso a paso, analizando primero hasta qué punto la industria era una actividad rentable y, a continuación, si es cierto que la élite invirtió en el sector manufacturero.

Si bien la rentabilidad (y no sólo la industrial) resulta un tema complicado que requiere comentarios mucho más extensos que los que pueden realizarse en este artículo[36], para lo que aquí me interesa demostrar basta con establecer un marco comparativo de las ganancias industriales de algunas empresas líderes de entonces. Con ese fin, probablemente no haya mejor "medida" de la rentabilidad que el *yield* o rendimiento (la razón entre los dividendos de una acción y su precio en el mercado) de los valores de empresas industriales (Ver Tabla Nº 1). Si bien este cálculo sólo puede realizarse para sociedades anónimas que cotizaban en Bolsa, justamente eran éstas las que permitían una inversión más fácil y flexible y, por ende, una aplicación más fácil del comportamiento empresarial descripto por Sábato. Para que estas cifras adquieran relevancia se las debe contrastar con otras in-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

**Tabla N° 2**
**Nivel de reservas**

| Empresa | Reservas/patrimonio (%) | período considerado |
|---|---|---|
| Bagley | 23,2 | 1909-16 |
| Bilz | 22,2 | 1907-16 |
| Cerv. Buenos Aires | 19,2 | 1905-16 |
| Cía. Gral. de Fósforos | 33,3 | 1906-16 |
| Fábrica "Casati" | 8,8 | 1912-6 |
| Fundición "La Unión" | 15,9 | 1906-16 |
| Fca. de Alpargatas | 31,6 | 1911-6 |
| La Argentina | 13,4 | 1905-16 |
| La Primitiva | 37,0 | 1905-16 |
| Salinas | 23,9 | 1913-6 |
| The Standard | 6,1 | 1913-6 |

*Fuente:* Elaboración propia en base a balances del *Boletín Oficial de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires.*

versiones posibles. Un buen parámetro es tomar como eje de referencia aquellas más seguras como las operaciones bancarias o de compra de valores gubernamentales (expresadas mediante la tasa de descuento y los porcentajes que pagaban los bonos de la deuda interna argentina).

Los datos de rentabilidad de la Tabla Nº 1 deben ser tomados como el piso de la ganancia industrial. En efecto, junto con el pago de dividendos ocurría un proceso de valorización de acciones que aumentaba notablemente el capital del inversor. Casi siempre los valores se cotizaban sobre la par, y muchas veces lo hacían muy sobre la par (acciones que tenían valor nominal de $100 como las de la "Cía General de Fósforos", "Salinas", "La Primitiva" y la "Fábrica Argentina de Alpargatas" llegaban a cotizarse en 1919 a $570, $420, $360 y $250!). Por ende, la industria ofrecía una muy tentadora oportunidad de hacer dinero. En el contexto de Sábato, la clase dominante no debería haber perdido la ocasión de diversificar sus intereses en una actividad que permitía realizar tan buenos negocios.

Resta ver hasta qué punto ese grupo hacía uso de esta oportunidad. El tema se vuelve más complejo que en el caso de la rentabilidad en la medida en que no es posible cuantificarlo. Siguiendo la metodología inaugurada por Milcíades Peña y continuada por Sábato, podemos bucear en los nombres de los mayores accionistas de las empresas industriales tratando de individualizar en ellos a miembros de la clase dominante. La conclusión es que sus miembros poseían cantidades apreciables de acciones en las compañías industriales. La variedad de situaciones, sin embargo, era amplia. Existían empresas en las que la élite controlaba la mayoría del paquete accionario. En la firma de productos enlozados "Ferrum", el "Grupo Tornquist" poseía casi 12.000 de las 15.000 acciones circulantes mientras el viejo propietario de la fábrica –Oscar Schnaith– sólo conservaba 900. En otras firmas, la clase dominante sólo se insertaba débilmente. En la compañía de tabacos "Manufactura Piccardo", por ejemplo, el mismo "Grupo Tornquist" poseía 550 de las 80.000 acciones emitidas, quedando el resto en manos de sus antiguos dueños –los hermanos Piccardo y otros dos socios–. Por fin, en algunas firmas los miembros de la élite compartían por partes iguales la propiedad con individuos menos favorecidos económicamente. Este era el caso de la metalúrgica "Fundición y Talleres La Unión" en la cual el antiguo dueño Pedro Chientelassa conservaba 2.200 de las 4.800 acciones emitidas mientras el resto pertenecía a personajes ligados al gran capital comercial[38]. Es decir, la clase dominante invirtió en la industria, aunque la industria sólo a veces estuvo en manos de la clase dominante (aquí debemos aclarar que individuos como Chientelassa, Schnaith y los hermanos Piccardo estaban en esos años tan lejos de ser pobres como de pertenecer a la élite económica). De esta manera, la industria muestra un caso de asociación entre estratos, un fenómeno de confluencia más que de desplazamiento, que se inscribe bien en la lógica de Sábato. En efecto, para la clase dominante no parecía ser una mala estrategia invertir parcialmente en, y no controlar totalmente, una de las actividades económicas a las que se dedicaba. De esa manera, habría compartido riesgos con quienes podrían ser caracterizados como los industriales más "puros", aquellos que habían logrado con su esfuerzo pasar de un pequeño taller a una gran fábrica[39].

Si hasta aquí el comportamiento de la clase dominante en la industria parece ajustarse a las tesis de Jorge Sábato, la falta de inversiones en capital fijo que habría derivado del mismo resulta una hipótesis que no se condice con la evidencia empírica. Si se analizan los niveles de reservas que poseían las empresas industriales (esto es dinero inmovilizado para gastar en el futuro) se observan altos porcentajes (Ver Tabla Nº 2). Aunque cuento con datos de dos docenas de compañías –algunas como la "Cervecería Palermo" con niveles de reservas del 42 %, la "Cía Gral de Envases" del 50 % y "La Vascongada" con 34,5 %– para no abrumar al lector he tomado las mismas empresas de la tabla anterior.

Altas ganancias y alto nivel de reservas son la condición *sine qua non* para el autofinanciamiento de una empresa, práctica que era moneda corriente en la industria argentina de la época. Las inversiones, por otro lado, no escaseaban cuando eran necesarias para aumentar la capacidad productiva o reducir los costos. Citemos algunos ejemplos a





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

manera ilustrativa. La fábrica de papel "La Argentina" realizó en vísperas de la Primera Guerra Mundial un gran cambio en los procesos productivos al comprar nuevas máquinas que trajeron un sensible abaratamiento de los costos de producción. La compra de estas máquinas fue financiada por utilidades no distribuidas –en 1915 fueron el 70 % de las ganancias– que pasaron a fondos de previsión. Las "Cristalerías Rigolleau" estuvieron años sin repartir dividendos ante el traslado de sus talleres a Berazategui por el alto nivel de inversiones que los nuevas instalaciones significaron. La productora de bebidas "Bilz" constituyó desde 1910 a 1915 reservas por una suma similar al capital total de la empresa para poder hacer frente a la ampliación de su fábrica. La firma de galletitas "Bagley" incrementaba sus fondos de previsión de manera notable para construir sus hornos. Las fábricas de bolsas "La Primitiva" y "Salinas" destinaban grandes sumas a reservas. La primera llegaba, en algunos ejercicios, a separar nada menos que el 60 % de sus ganancias para estos fondos. La segunda construía un edificio propio con ellos. Tan alto era el nivel de reservas de las empresas industriales que los analistas económicos del momento no dejaban de llamar su atención sobre el fenómeno[40].

Por otro lado, la política empresaria respecto de la acumulación de reservas era especialmente conservadora. Años de ganancias excepcionales eran aprovechados para aumentar estos fondos, mientras que cuando los beneficios eran malos no se hacía uso de ellos para compensar a los socios. De esta manera, la estrategia de la "Fundición y Talleres La Unión", al aumentar mucho sus ganancias por las fiestas del Centenario y fortalecer sus fondos de reserva en vez de hacer derroche de un buen año financiero, se convertía en el patrón general de comportamiento. Contra todo lo que pudiera pensarse (si tenemos en cuenta a Sábato), la inestabilidad no sólo no llevaba a la liquidez sino que incentivaba ese conservadurismo. Cuando surgía un problema en el contexto económico, como puede verse con claridad durante la crisis iniciada en 1913 y continuada con la guerra, el conservadurismo financiero se acentuaba. Ante la crisis, las empresas industriales decidieron reducir el pago de dividendos con el fin de engrosar las reservas frente a los eventuales vientos desfavorables. Inclusive hubo casos como el de la "Cervecería Buenos Aires" o el de los "Talleres Metalúrgicos ex-Rezzónico-Ottonello" (futura "TAMET") en los que, a pesar de tener una interesante utilidad, decidieron no repartir dividendos "en previsión de contingencias que pueden presentarse por la situación europea" y pasar todas las ganancias a fondos de previsión[41].

Una interpretación sutil de Sábato podría señalar que la élite habría invertido en la industria liviana que producía ganancias rápidas y no requería capitales a largo plazo (con lo que habría hipotecado el futuro desarrollo argentino que estaba en la industria pesada). Esta idea, sin embargo, no es cierta. Llamativamente, era en aquellas industrias donde el capital fijo era menor donde la élite menos invertía, mientras lo hacía generosamente en las industrias que requerían grandes inversiones a largo plazo. En la fabricación de bolsas –la mejor inversión industrial de la época que además contaba con un capital fijo que no superaba el 8 % del total del activo–, la clase dominante se encontraba casi ausente. En cambio, prefirió poner su dinero en ramas como la metalurgia, donde el porcentaje de capital fijo sobre el total era mucho más alto –en los "Talleres Metalúrgicos ex-Rezzónico y Ottonello", por ejemplo, era el doble que en las compañías de bolsas– y donde las ganancias necesitaban un tiempo mucho mayor para madurar[42].

Es que la industria tenía características propias que hacían a su producción y que volvían muy difícil la aplicación del principio de máxima liquidez. En gran medida por ello el panorama presentado en los párrafos anteriores dista mucho de la falta de inversiones que Sábato mostrara como inherente al funcionamiento de la economía argentina del período. Sin embargo, la alta rentabilidad industrial nos lleva a plantearnos por qué la industria no atrajo aún más capital y posibilitó que la Argentina tomara otro rumbo económico. La respuesta está, en gran medida, en un aspecto que Sábato no trató en profundidad: la demanda.

Más que inestabilidad, la falta de un mercado apreciable llevó a que el capital dirigido a la industria se limitara y así evitara caer en el fantasma de la capacidad ociosa –una desgracia que las firmas mejicanas del período sufrieron extensamente, por lo que trabajaron a pérdida a diferencia de las mucho más rentables compañías argentinas–[43]. El mercado se amplió de manera impresionante en la Argentina de 1880 a 1914, sustentando las fuertes inversiones del período. El cambio, con ser cualitativamente impresionante, era cuantitativamente limitado. Argentina había pasado entre 1880 y 1914 de ser una nación casi inhabitada a otra de más de siete millones de personas que incluía un creciente número de consumidores. Sin embargo, la dimensión del mercado no era entonces (aún parece no serlo hoy en día) suficiente como para sostener una industria en la escala de los países más desarrollados.

Teniendo en cuenta el marco comparativo de los "países nuevos" (es decir, aquellos de reciente poblamiento) que utilizó Jorge Sábato, resulta interesante indagar sobre la cuestión de la demanda industrial dentro de ese contexto. Sábato había señalado que

> [l]o paradójico es que una flexibilidad muy alta para proceder a las colocaciones de capital –tal como la que aparentemente rigió en la Argentina– se ajustaba a las necesidades teóricas de funcionamiento de una economía capitalista. En cambio, una mayor rigidez en la circulación de los capitales parecería menos propicia, desde un punto de vista teórico, para asegurar el crecimiento de ese tipo de economía. Lo curioso es que aparentemente es esto último lo que habría ocurrido de acuerdo a su evolución posterior en regiones parecidas a la pampeana en países como Australia, Canadá y los Estados Unidos, zonas donde se logró finalmente un mayor crecimiento que en Argentina (p. 129).

Esos tres países presentaron una evolución industrial muy diferente. Estados Unidos se industrializó abas-







Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



enorme mercado vecino de los Estados Unidos[44]. Por otro lado, varias empresas norteamericanas se instalaban allí para después exportar al resto del Commonwealth británico[45]. La Argentina, en cambio, no tuvo ni mercado interno ni externo donde vender a escala masiva sus productos industriales. Sus vecinos limítrofes contaban con un escaso número de consumidores (poco podía aportar que la mayor parte de las importaciones paraguayas viniera de la Argentina) que aún en los casos más atractivos, como el del Brasil, siempre era menor al del mercado argentino. Para empeorar el escenario, muchos de estos países establecieron barreras arancelarias para proteger sus propias industrias[46]. Así, mientras Canadá se dedicó a incrementar sus exportaciones industriales, la Argentina se sumergió en una estrategia unilateral de sustitución de importaciones con los resultados poco felices que están a la vista.

Con todo, quedaba para la Argentina la posibilidad de haber tenido un desarrollo similar al australiano. Porqué esa alternativa no se realizó tiene tantas respuestas como interpretaciones ha habido sobre el declive argentino. Tales respuestas, obviamente, señalan el contraste entre una y otra experiencia[47]. Un marco comparativo completo requiere, sin embargo, trabajar sobre el terreno de las similitudes; y es en este ámbito donde surge con fuerza la referencia a América Latina. En efecto, cuanto más se estudian las raíces históricas del empresariado argentino, más semejanzas observamos respecto de la experiencia de la región. Y es justamente en las conclusiones de Sábato –que no intentó explicar el caso argentino en clave latinoamericana– donde encontramos un fructífero camino para sumergirnos en ese marco.

teciendo su enorme mercado interno; Australia, que no lo tenía, contó con una industrialización mucho más superficial y aún hoy basa su prosperidad en la exportación de commodities; Canadá, que tampoco tenía ese mercado interno, se industrializó profundamente. Una de las claves que llevó a Canadá a evolucionar de la manera que lo hizo (tanto como a diferenciarse de la Argentina) fue la posibilidad de producir en gran escala para un amplio mercado que no era el propio. En efecto, como ha señalado Roberto Cortés Conde en un trabajo comparativo, Canadá comenzó, a partir de la primera posguerra, a exportar productos no tradicionales hacia el



## 5. A partir de Sábato

La motivación de Sábato al escribir sus "Notas" provino de la perplejidad que le producía la decadencia argentina y continuó con la búsqueda de las raíces históricas de tan desgraciada evolución. Su pregunta, "¿Qué pasó en la Argentina? ¿Por qué se produjo ese estancamiento y ese deterioro que intrigan cuando los observamos comparativa o retrospectivamente?" (p. 17), ha permeado los análisis de varios estudiosos que vieron en nuestro país un caso atípico en la historia del desarrollo mundial. Existen varias interpretaciones de las causas de la decadencia argentina, aunque las más interesantes, entre las que se inscribe la de Sábato, son aquellas que explican tanto la fase de estancamiento como la de esplendor[48].

Para comprender las causas de la debacle argentina, Sábato eligió como marco comparativo de análisis a los "países nuevos"[49]. Esta comparación, como se ha visto en las secciones anteriores, posee una interesante fuerza explicativa. Presenta, sin embargo, los límites que impone el modelo contrafactual, la idea de lo que Argentina pudo ser y no fue. Cuando cambiamos nuestra mirada y pasamos de la posibilidad a la realidad, viendo lo que la Argentina realmente fue y es, nuestros ojos se posan en un terreno más cercano, en América Latina.

La similitud entre el comportamiento de la clase dominante argentina y latinoamericana es tan evidente como sugestiva. Las élites económicas de los países de la región tenían intereses económicos tan diversificados como la argentina. No resulta sorprendente, entonces, que las historias de vida de Adolfo Prieto y Alvarez en Méjico, del Conde Matarazzo en Brasil, de Mariano Prado en Perú o de José María Sierra en Colombia (sólo para mencionar algunos nombres) sintonicen a la perfec-



ción con aquellas que nos brindara Jorge Sábato en su obra[50]. Todavía más impactante resulta ver la semejanza en cuanto a la permanencia de ese comportamiento, que va más allá de la descripción de empresarios que vivieron contemporáneamente la inserción en el mundo capitalista para hundirse en las raíces históricas más profundas de la



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

clase dominante, en su génesis durante el mundo colonial. Esto no quiere decir que debamos entender las causas del subdesarrollo argentino –al estilo de los Stein– en algún pecado original cometido durante la conquista[51]. Pero sí podemos preguntarnos qué circunstancias comunes habrán tenido ambas épocas para producir comportamientos tan similares.

Sin duda parte de la respuesta está en el contexto internacional que, a pesar del paso del tiempo y de los sistemas económicos, mostraba ciertas permanencias. Esta explicación, sin embargo, resulta lo suficientemente limitada como para obligarnos a movernos hacia fenómenos que ocurrieron dentro de cada país. Entre ellos resulta clave una temática esbozada por Sábato (aunque lamentablemente no desarrollada *in extenso* por él): la relación entre la clase dominante y el estado[52]. Plantear este tema puede llevarnos a un marco comparativo aún más amplio que el latinoamericano y que incluye a una importante parte del Tercer Mundo (comparación todavía más odiosa que la de nuestro subcontinente en tiempos en que el voluntarismo hace creer a algunos que estamos en el Primero). Estudios sobre los países de industrialización reciente muestran el rol clave que ocupó el estado en los casos de éxito económico como Corea o Japón[53]. Otros trabajos sobre países menos afortunados, aunque también lejanos a nuestra experiencia como Kenia o Pakistán, señalan cómo el dominio o la influencia sobre el estado resulta una función clave para desplegar el dinamismo (muchas veces convertido en presión) de sus empresarios[54]. Cumpliendo un rol fundamental en la economía de ambos grupos de países –los más y los menos exitosos– el estado se comportó de manera distinta y llevó a resultados dispares. Por lo tanto, el estudio de la relación entre empresariado y estado podría revelar varias de las claves que llevan al éxito o fracaso económico de una nación. Aunque una comparación seria requeriría de un estudio que no se ha hecho, algunas similitudes entre los fenómenos que conocemos resultan, por decir lo menos, intrigantes. Sin entrar en las grandes generalizaciones, sería interesante realizar un trabajo comparativo a partir de cuestiones que sólo una mirada rápida podría considerar como menores. Para dar sólo un ejemplo, las razones por las que el empresariado industrial del naciente Pakistán se obsesionaba por localizarse en Karachi –entonces la capital del país– se asimilan de manera cerrada a las que tenían los industriales argentinos para localizar sus oficinas en Buenos Aires a principios de siglo pues ambos grupos sabían que estar cerca (en términos físicos) del lugar de toma de decisiones del estado implicaba una crucial ventaja en la elaboración de la casuística y caótica política industrial[55].

El marco comparativo de las similitudes y del análisis del estado nos brindará explicaciones más concretas de las razones de nuestro atraso. Las comparaciones siempre tienen un elemento de utilidad, aunque la perspectiva varíe de acuerdo con el esquema elegido. Cuando miramos el contexto latinoamericano para estudiar a la Argentina de los años de auge económico, no vemos un ejemplo "desviado" de un modelo de éxito –como resulta del marco de los "países nuevos"– sino el caso particular de un país al que le fue coyunturalmente bien dentro de un conjunto mucho menos afortunado. Pero si tomar como comparación a los "países nuevos" nos causa tristeza por un sentimiento de impotencia ante lo que ya no podemos cambiar, mirar hacia América Latina (que no nos llenará tampoco de alegría) nos puede brindar más herramientas para enfrentar mejor los desafíos del futuro ■



**Notas**

1. Ver Ricardo Rosales y Alberto Sigliocolli, "¿La clase empresaria argentina es una especie en vías de extinción?", *El Economista*, 3/5/96, pp. 14-5.

2. Ruth Sautu, "Poder económico y burguesía industrial en la Argentina, 1930-1954", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. IV, N° 3, 1968, especialmente la conclusión "¿Qué nos depara el futuro?", p. 338.

3. Las "Notas sobre la formación de la clase dominante en la Argentina moderna, (1880-1930)", policopiadas por el CISEA en 1979, se reproducen en Jorge Federico Sábato, *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características* (Buenos Aires: CISEA/GEL, 1988). Salvo indicación especial, cualquier referencia al texto de Sábato remite a la edición de 1988. Que la intención del autor fue la de extender las hipótesis de las "Notas" hasta nuestros tiempos puede verse en su trabajo conjunto con Jorge Schvarzer "Funcionamiento de la economía y poder político en la Argentina: trabas para la democracia", escrito en marzo de 1983 y también incluido en *La clase dominante*.

4. Con esta denominación, Sábato astutamente se insertó y a la vez evitó los riesgos de una definición ortodoxa en la larga discusión latinoamericana en torno al significado de la "burguesía". Para una breve descripción de este debate ver Ciro F. S. Cardoso, "Introducción" en Enrique Florescano, *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina 1700-1955* (México: Nueva Imagen, 1985).

5. Esta perpectiva puede verse con claridad en el planteo de Everett Hagen donde se muestra, como condición del desarrollo, a la "élite subdominante", una especie de minoría tan emprendedora como dispuesta a apropiarse del futuro, desafiando a la élite dominante. Ver su *On the Theory of Social Change: How Economic Growth Begins* (Howewood, Illinois: Dorsey Press, 1962).

6. Ver, por ejemplo, B. F. Hoselitz, "Economic Growth and Development: Non-Economic Factors in Economic Development", *American Economic Review*, vol. XLVII, N° 2, 1957 y Tomás Fillol, *Social Factors in Economic Development: the Argentine Case* (Cambridge, MA: M.I.T. Press, 1961). Una variante de la interpretación cultural consistió en dejar de tomar al comportamiento empresarial de los países desarrollados como modelo y encontrar el éxito en la adaptación a la cultura local. Así, William Fleming descubría que los empresarios mendocinos que produjeron el boom del vino exhibían características tan "calvinistas" como los de Nueva Inglaterra, aunque desarrollando estrategias que se aplicaban mejor a su medio. Ver su "The Cultural Determinants of Entrepreneurship and Economic Development: A Case Study of Mendoza Province, Argentina, 1861-1914", *The Journal of Economic History*, vol. XXXIX, N° 1, 1979. En la misma clave, Thomas Cochran y Rubén Reina mostraban que el uso por parte de Torcuato Di Tella del supuestamente atrasado paternalismo en la relación con los obreros había sido una de las claves del éxito de su empresa. Ver su *Entrepreneurship in Argentine Culture: Torcuato Di Tella and S.I.A.M.* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1962).

7. Ver H. G. Aubrey, "Industrial Investment Decisions: A Comparative Analysis", *Journal of Economic History*, vol. XV, N° 4, 1955, G. F. Papanek, "The Development of Entrepreneurship", *American Economic Review*, vol. LII, N° 2, 1962 y Alexander Gerschenkron, "Review of Hagen", *Economica*, vol. XXXII, N° 125, 1965. Otra interpretación aseguraba que los problemas del empresariado, al que suponían emprendedor, estaban dentro de los impedimentos institucionales que resultaban de la dinámica social. Ver Gino Germani, *Social Modernization and Economic Development in Argentina* (United Nations Research Institute for Social Development, Report N° 70.6, Ginebra, 1970). Por fin, una visión señalaba la necesidad de crear una "oferta" de empresarios para poder salir del subdesarrollo, tarea que quedaba asignada al estado. Ver P. Kilby, "Hunting the Heffalump" en su *Entrepreneurship and Economic Development* (New York: Free Press, 1971).

8. Otra área con resultados valiosos fue la "business history", que con su torrente de casos concretos aportó una bocanada de aire fresco a la historia económica de los Estados Unidos y Europa. El gran trabajo de Alfred Chandler, *The Visible Hand: The Managerial Revolution in American Business* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1977) es una muestra de este interés. Como ejemplo de un debate sobre el tema empresarial en la "business history", en este caso la británica, ver Charles Harvey, "Business History and the Problem of Entrepreneurship: the case of the Río Tinto Company, 1873-1939", *Business History*, vol. XXI, N° 1, 1979.

9. David Brading, *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810* (Cambridge: Cambridge University Press, 1971) y John Kicza, *Colonial Entrepreneurs: Families and Business in Bourbon Mexico City* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1983). Louisa Hoberman mostró la validez de la tesis de Brading para la Nueva España del siglo XVII, con comerciantes innovadores que, lejos del parasitismo, en términos sociales no se diferenciaban mucho de sus contemporáneos burgueses europeos. Ver su *Mexico's Merchant Elite, 1590-1660. Silver, State, and Society* (Durham and London: Duke University Press, 1991)

10. María Inés Barbero, "Treinta años de estudios sobre la historia de empresas en la Ar-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gentina", *CICLOS*, vol. V, N° 8, 1995. Ver especialmente la pág. 185. Para el surgimiento del tema dentro del debate sobre los orígenes de la industrialización ver Juan Carlos Korol e Hilda Sabato, "Incomplete Industrialization: An Argentine Obsession", *Latin American Research Review*, vol. 25, N° 1, 1990.

11. Oscar Cornblit, "Inmigrantes y empresarios en la política argentina", en Tulio Halperín Donghi y Torcuato Di Tella (comps.), *Los fragmentos del poder* (Buenos Aires: Jorge Alvarez, 1969). Una visión también negativa aparece en Dardo Cúneo, *Comportamiento y crisis de la clase empresaria* (Buenos Aires: Pleamar, 1967). Para el planteo general del tema del empresariado industrial ver María Inés Barbero, "Empresas y empresarios italianos en la Argentina" en Maria Rosaria Ostuni (a cura di), *Studi sull'emigrazione. Un'analisi comparata* (Milán: Electa, 1991).

12. Para este paradigma general ver Jacinto Oddone, *La burguesía terrateniente argentina* (Buenos Aires: Líbera, 1954) y Sergio Bagú, *Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina* (Caracas: Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Central de Venezuela, 1969). Un firme opositor a este paradigma es Jorge Schvarzer. Ver su Empresarios del pasado. *La Unión Industrial Argentina* (Buenos Aires: CISEA/Imago Mundi, 1991), especialmente las páginas 30-3, y *La industria que supimos conseguir* (Buenos Aires: Planeta, 1996).

13. Ya Adolfo Dorfman había mostrado que existía una fragmentación entre industriales, tesitura que profundizaron Roberto Cortés Conde y Eduardo Jorge. De esta manera, los industriales ligados al agro habrían formado un grupo fuerte frente a los "verdaderos" industriales que no lo estaban. Ver Adolfo Dorfman, *Historia de la industria argentina* (Buenos Aires: Losada, 1942), Roberto Cortés Conde, "Problemas de crecimiento industrial (1870-1914)" en Torcuato Di Tella, Gino Germani, Jorge Graciarena y colaboradores, *Argentina sociedad de masas* (Buenos Aires: Eudeba, 1965) y Eduardo Jorge, *Industria y concentración económica* (Buenos Aires: Hyspamérica, 1986, editado originalmente en 1971).

14. Milcíades Peña, *Industria, burguesía industrial y liberación nacional* (Buenos Aires: Ediciones Fichas, 1974) p. 23. En *Industrialización y clases sociales en la Argentina* (Buenos Aires: Hyspamérica, 1986) se reúnen los artículos aparecidos en *Fichas*. Peña también brindó elementos de tipo metodológico, como el análisis biográfico de los sectores dominantes, que Sábato utilizó con maestría.

15. Nathaniel Leff, "Entrepreneurship and Economic Development: The Problem Revisited", *Journal of Economic Literature*, vol. XVII, N° 1, 1979.

16. Larry Sawers, "Agricultura y estancamiento económico en la Argentina: a propósito de las tesis de Jorge F. Sábato", *CICLOS*, vol. IV, nº7, 1994, pp.215 y 227.

17. Jorge Federico Sábato, "Sobre la clase dominante argentina y el estancamiento económico. Réplica a Larry Sawers", *CICLOS*, vol. V, N° 8, 1995, p. 215.

18. El argumento se esboza en la ponencia presentada, junto con Michael Johns, con el título de "Capital industrial y espacio urbano: Buenos Aires durante el auge del proceso agroexportador", a las Jornadas del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas Mario J. Buschiazzo, Buenos Aires moderna. Historia y perspectiva urbana (1870-1940), 1990. Está más desarrollado en la última parte de mi artículo "La armonía de los opuestos: Industria, importaciones y la construcción urbana de Buenos Aires en el período 1880-1920", *Entrepasados*, Año IV, N° 7, 1994. Casos de fabricantes que eran a la vez importadores habían sido señalados en otros trabajos como el de María Inés Barbero, "Empresas..." (1991), p. 312.

19. Milcíades Peña, *Industria...* (1974) p. 88.

20. El artículo se denomina "Introductores e industriales". Ver *Boletín de la Unión Industrial Argentina* (de aquí en adelante *BUIA*), 18/9/90, N° 180, p. 1 .

21. Estos avisos están tomados en dos fechas distantes para mostrar la continuidad del proceso. Ver *El País*, 1/1/00, p. 8 y *Hombres del Día*. 1917 (Buenos Aires: Sociedad Inteligencia Sud Americana) pp. XLIX, LXXXIX y XCIV. El artículo referido es Fernando Rocchi, "La armonía..." (1994).

22. *BUIA*, 15/11/92, N° 250, p. 2. (itálica en el original) y *Almanaque La Razón* 1917, p. 108.

23. Warren Dean, *A Industrialização de São Paulo* (São Paulo: Editora Pensamento, 1971) pp. 28-39.

24. El libro de Manuel Chueco, *Los pioneers de la industria nacional* (Buenos Aires: Peuser, tomo I 1886 y tomo II 1896) describe los orígenes de la actividad de varios fabricantes, muchos de los cuales devienen después importadores (etapa no tratada por Chueco).

25. Ver Alfred Chandler, *The Visible...* (1977) y Glenn Porter y Harold C. Livesay, *Merchants and Manufacturers. Studies in the Changing Structure of Nineteenth-Century Marketing* (Chicago: Elephant Paperbacks, 1989).

26. Empresas grandes y diversificadas figuraban entre los socios de la UIA. Ver María Inés Barbero y Susana Felder, "Industriales italianos y asociaciones empresariales en la Argentina. El caso de la UIA (1887/1930)", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 6-7, agosto-diciembre 1987 y Jorge Schvarzer. *Empresarios...* (1991).

27. *BUIA*, 18/9/90, N° 180, p. 1.

28. La comisión estaba integrada por Luis Descotte y H. C. Thompson, dos de los principales industriales -e importadores- del mueble. Ver *El País*, 23/2/900, p. 5.

29. Para la visión tradicional de conflicto esencial entre asociaciones de fabricantes y de importadores ver Eugene Sharkey, "Unión Industrial Argentina, 1887-1920", Ph.D. Thesis, Rutgers University, 1977.

30. Los industriales del "Centro de Comercio" eran Juan Mignaquy (galletitas), William Paats (textil) y Tomás Devoto (varias industrias). Ver Centro de Comercio, *Informe de la Comisión Especial* (Buenos Aires: 1897) p. 15.

31. Reginald Lloyd, *Argentina in the Twentieth Century* (London: Lloyd ed., 1911) pp. 461-2 y Liga de Defensa Comercial, *Informe leído por el presidente Sr. Antonio León Lanusse en la asamblea general ordinaria del 29 de diciembre de 1913* (Buenos Aires: Imprenta Alsina, s/f) p. 4. Entre los que dirigían la "Liga" estaban los empresarios textiles Angel Braceras y de la compañía "Enrico Dell'Acqua", el fabricante de calzados Fernando Martí y el de galletitas Juan Mignaquy.

32. *El Centro de Importadores en su Cincuentenario* (1907-1957) (Buenos Aires: Imprenta López, 1958) pp. 11 y 257-270.

33. La diversificación también fue una práctica común en estos países, pero como estrategia defensiva más que como ofensiva (en otras palabras, los empresarios invertían en varias industrias afines con el fin de mejorar su posición "dentro" de un mismo sector económico en vez de multiimplantarse en varias actividades no relacionadas con el sólo objetivo de aprovechar las ganancias que los distintos sectores ofrecían). Para los casos de Estados Unidos y Europa ver, respectivamente, las grandes obras interpretativas de Alfred Chandler, *The Visible...* (1977) y *Scale and Scope. The Dynamics of Industrial Capitalism* (Cambridge: Harvard University Press, 1990). En cuanto a las diferencias sectoriales, el caso alemán resulta paradigmático pues hasta hace poco se lo consideraba, dentro de los países que se industrializaron con la primera y segunda revolución, como uno de los casos en el que los intereses económicos más se entremezclaban. Sin embargo, frente a la tesis de una burguesía débil y asociada a la nobleza terrateniente, la nueva historiografía ha encontrado que las diferencias son mucho más marcadas que en otros casos de Europa occidental. Ver Jürgen Kocka "Borghesia e società borghese nel XIX secolo. Sviluppi europei e peculiarità tedesche" en su compilación *Borghesie europee dell'Ottocento* (Venezia: Marsilio editori, 1989). Los distintos sectores podían formar coaliciones, como la famosa y también alemana del centeno y del acero, para imponer una política económica, pero en ellas cada uno mantenía sus intereses y reclamos. Ver Ronald Rogowski, *Commerce and Coalitions: how trade affects domestic political alignements* (Princeton: Princeton University Press, 1989).

34. Ver Takashi Hikino y Alice H. Amsden, "La industrialización tardía en perspectiva histórica", *Desarrollo económico*, vol. 35, N° 137, 1995.

35. La diferenciación entre capitalistas y managers, por ejemplo, recién comienza a ocurrir en los Estados Unidos -país donde el fenómeno se desarrolla más tempranamente a fines del siglo XIX. Ver Alfred Chandler, *The Visible...* (1977).

36. Una discusión sobre la rentabilidad industrial se encuentra en el estudio de caso realizado por Leandro Gutiérrez y Juan Carlos Korol, "Historia de empresas y crecimiento industrial en la Argentina: el caso de la Fábrica Argentina de Alpargatas", *Desarrollo económico*, vol. 28, N° 111, 1988.

37. Para la tasa de descuento ver Instituto de Economía Bancaria. Facultad de Ciencias Económicas. Universidad de Buenos Aires. *Análisis estadístico y económico de algunas series bancarias y afines en el período 1901 a 1927*. Primera parte (Buenos Aires: Imprenta de la Universidad, 1929) p. 38. Para los bonos de la deuda interna argentina ver Roberto A. Ramm Doman. *Manual de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires* (Buenos Aires: 1912).

38. *Monitor de Sociedades Anónimas* (de aquí en más *MSA*), XII, 1911, pp. 164-5; XVI, 1913, pp. 63-4. En los "Talleres La Unión" sobresalía el gran comerciante y financista Diego Agar. Ver *MSA*, XII, 1911, p. 113.

39. Esta idea de "industrial puro" se acerca a la vieja caracterización del empresario en la revolución industrial inglesa y resulta el más opuesto a la imagen de Sábato. Parta esta idea ver T. S. Ashton, *The Industrial Revolution* (Oxford: Oxford University Press, 1948).

40 .Ver *MSA*, XVIII, 1914, p. 224; XIX, 1915, pp. 192-3; XX, 1916, pp. 59-60; IX, 1910, p. 229; XX, 1915, p. 146; XIII, 1912, p. 267; XIII, 1912, p. 43; IV; y 1907, pp. 231/2.

41. La cita corresponde a la "Cervecería Buenos Aires" Cf. MSA, XII, 1911, p. 113. Para el caso de la metalúrgica ver XVIII, 1914, p. 188; XIX, 1915, p. 125.

42. *MSA*, VI, 1908, p. 187; VII, 1909, pp. 243-5.

43. Ver Stephen Haber, *Industry and Underdevelopment. The Industrialization of Mexico, 1890-1940* (Stanford: Stanford University Press, 1989) pp. 65-6.

44. Roberto Cortés Conde, "Some Notes on the Industrial Development of Argentina and Canada in the 1920s" en D.C.M. Platt y Guido Di Tella (eds.), *Argentina, Australia, and Canada: Studies in Comparative Development, 1870-1965* (New York: St. Martin's Press, 1985)

45. Agradezco esta información a María Inés Barbero.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

46. El caso del Uruguay, un mercado al que por razones naturales hubiera sido sencillo exportar, resulta ejemplificador. Ante el cierre del mercado, las firmas argentinas abrieron sucursales allí –"Campomar", "Cía. General de Fósforos"– como lo hicieron en Brasil –caso de "Alpargatas Sao Paulo"–. Ver Alicia Morón Jacoel y Alcides Beretta Curi, "Industriales argentinos y uruguayos: ¿hacia la era fabril? (1875-1930)" en *El reformismo en contrapunto. Los procesos de modernización en el Río de la Plata (1890-1930)* (Montevideo: CLAEH y Ediciones de la Banda Oriental, 1989).

47. Existen varios trabajos que comparan a la Argentina con Australia. Además del volumen mencionado en la nota 44 también merecen mencionarse los trabajos de John Fogarty, Ezequiel Gallo y Héctor Diéguez, *Argentina y Australia* ( Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella, 1974) y de Tim Duncan y J. Fogarty, *Australia and Argentina: on Parallel Paths* (Melbourne: Melbourne University Press, 1984).

48. Carlos Díaz Alejandro aseguraba que la Argentina representaba "una de los historias más enigmáticas y malentendidas en la literatura sobre el desarrollo. Ver su "No Less Than One Hundred Years of Argentine Economic History plus Some Comparisons", en Andrés Velasco, ed. *Trade, Development, and the World Economy: Selected Essays of Carlos Díaz Alejandro* (Oxford: Oxford University Press, 1988) p. 230. En torno a las causas del declive argentino se ha desarrollado un debate que ha atraído mucho más al mundo académico norteamericano que al argentino. En este debate el citado Díaz Alejandro atribuye tales causas a las políticas de estatismo e intervencionismo económico del primer peronismo -planteo que ha sido retomado por Paul Lewis-, David Rock lo hace con elementos estructurales de la sociedad y la economía argentinas, Carlos Waisman con la reacción autoritaria de la élite frente a una supuesta amenaza comunista en la década del treinta y Alan Taylor con la enorme inmigración que conllevó una caída de la tasa de ahorro en la Argentina durante el período 1880-1914. Ver Carlos Díaz Alejandro, *Ensayos sobre la historia económica argentina* (Buenos Aires: Amorrortu, 1975), Paul Lewis, *The Crisis of Argentine Capitalism* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1990), David Rock, *Argentina 1515-1987* (Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1985), Carlos Waisman, *Reversal of Development in Argentina* (Princeton: Princeton University Press, 1987), y Alan Taylor, "External Dependence, Demographic Burdens, and the Argentine Economic Decline After the Belle Epoque", *Journal of Economic History*, vol. 52, N° 4, 1992.

49. Sobre los alcances de esta comparación ver E. Gallo, "El método comparativo en historia: Argentina y Australia" en su trabajo con J. Fogarty y H. Diéguez, *Argentina...* (1979) y Juan Carlos Korol, "El desarrollo argentino y la historia comparada", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"*, N° 5, 1992.

50. Para Méjico ver Mario Cerutti, *Burguesía, capitales e industria en el norte de México* (México: Alianza/Universidad Autónoma de Nuevo León, 1992), Stephen Haber, *Industry and Underdevelopment...* (1989) y María Teresa Huerta, "En torno al origen de la burguesía porfirista: el caso de Isidoro de la Torre" en Enrique Florescano, *Orígenes...* (1985) ; para Brasil, Warren Dean, *A industrializaçao...* (1971), José de Souza Martins, *Conde Matarazzo. O empresário e a empresa* (Sao Paulo: HUCITEC, 1976) y Eulalia María Lahmeyer Lobo, "La burguesía comercial de Río de Janeiro, siglos XIX-XX" en E. Florescano, *Orígenes...* (1985); para Perú, Rosemary Thorp y Geoffrey Bertram. *Peru, 1890-1977. Growth and Policy in an Open Economy* (New York: Columbia University Press, 1978) y Ernesto Yepes del Castillo. *Perú, 1820-1920. Un siglo de desarrollo capitalista* (Lima: IEP, 1972); y para Colombia, Carlos Dávila L. de Guevara, *El empresariado colombiano: Una perspectiva histórica* (Bogotá:Pontificia Universidad Javeriana, 1986).

51. Me refiero al primero tan influyente como posteriormetne tan criticado trabajo de Stanley y Barbara Stein, *The colonial heritage of Latin America* (Nueva York : Oxford University Press, 1970).

52. Los excelentes resultados de atender a la política, al estado y al mercado dentro de un análisis de la clase dominante pueden verse en el trabajo del mismo Sábato junto con Jorge Schvarzer, "Funcionamiento..." (1983)

53. Takashi Hikino y Alice H. Amsden, "La industrialización..." (1995). Para esta cuestión resulta ineludible acudir a Peter Evans quien ha realizado numerosos y excelentes trabajos comparativos, aunque con enfoque más sociológico que histórico. Ver "El Estado como problema y como solución", *Desarrollo económico*, vol. 35, N° 140, 1996. Una interpretación tradicional justamente señala el rol de la élite comercial controlando al estado como el disparador de la industrialización canadiense. Ver Judith Teichman, "Businessmen and Politics in the Process of Economic Development: Argentina and Canada", *Canadian Journal of Political Science*, vol. XV, N° 1, 1982.

54. Ver N. Snowden, "Company Savings in Kenya's Manufacturing Sector", en W. T. Newlyn (ed.), *The Financing of Economic Development* (Oxford: Oxford University Press, 1977) y Zafar Altaf, *Entrepreneurship in the Third World: Risk and Uncertainty in Industry in Pakistan* (London: Croom Helm, 1988).

55. Ver Zafar Altaf. *Entrepreneurship...* (1988). Para el caso de Buenos Aires ver Fernando Rocchi, "La armonía..." (1994).



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

# En Debate

# La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional*

*Luis Alberto Romero***



Este ensayo se refiere a las condiciones académicas, institucionales, y en alguna medida sociales de la producción historiográfica en los últimos once años, y al impacto que éstas han tenido sobre la producción misma. Esas condiciones han estado fuertemente influidas en primer lugar por la recuperación democrática de 1983 –un hecho ciertamente disruptivo–, luego por la ya larga vigencia de las instituciones democráticas y republicanas, y finalmente por la fuerte reestructuración de la sociedad y la economía, que estamos viviendo y cuyos efectos apenas podemos vislumbrar. Trataré de presentar, en suma, una reflexión sobre el funcionamiento del campo del saber histórico y de sus relaciones más generales con la conciencia histórica de nuestra sociedad.

## I

Para examinar semejanzas y diferencias comenzaré por una caracterización de tres momentos anteriores: los "sesenta" (en rigor, 1955-66), los "setenta" (1966-75) y la etapa del Proceso.

a. Como es bien sabido, en los sesenta emerge, en algunos centros universitarios, una renovación historiográfica que recibió la emblemática denominación de "historia social". En buena medida, era un proyecto de

* La primera versión de este texto fue presentada en el Simposio "Algunas historiografías iberoamericanas en las transiciones democráticas de los ochenta", de las V Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia y I Jornadas Rioplatenses Universitarias de Historia, Montevideo, 27/29 de setiembre de 1995, donde pude aprovechar de los comentarios de Fernando Devoto y Eduardo Hourcade, sus coordinadores, José Pedro Barrán, Jorge Gelman, Eduardo Míguez, Nuria Tabanera y Carlos Zubillaga. El comentario de un asistente a dicho Simposio me ayudó a reflexionar sobre la importancia de la ética y la racionalidad en la constitución de nuestro campo profesional. En buena medida fruto de muchas conversaciones con Lilia Ana Bertoni, Leandro Gutiérrez, Juan Carlos Korol e Hilda Sabato, y de un aprendizaje junto a notables y admirados colegas con quienes compartí experiencias en el CONICET y en la Universidad, no podría precisar cuánto hay en este texto de absolutamente propio.

** PEHESA- Instituto "Ravignani". Universidad de Buenos Aires.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

adecuar las envejecidas prácticas locales a lo que desde hacía ya tiempo eran las formas de hacer historia en los centros académicos del mundo, por entonces muy influidas por la llamada "escuela de Annales". Más específicamente, esta renovación combinaba los aportes de la historiografía francesa, de las teorías económicas del desarrollo, al estilo de la CEPAL, de la sociología de la modernización, y también del marxismo. Estímulos tan diversos e íntimamente contradictorios podían unirse, no solo por su común marginalidad en un campo académico dominado por perspectivas tradicionales, sino por cierta confianza común en la inteligibilidad general del proceso histórico y de su sentido, cierta convicción de que sus claves se encontraban en las estructuras socioeconómicas, y una sólida fe acerca de la relación natural entre un sentido en cierto modo inevitable de los procesos y una acción cívica o política de los intelectuales o académicos, tan ineludible como de seguros resultados. Lo más notable de esos años, hasta mediados de la década del sesenta, quizá haya sido la coexistencia entre una aspiración al ejercicio riguroso del oficio y una aspiración igualmente firme al compromiso político.

Es difícil hacer una evaluación de un proceso bruscamente interrumpido en 1966. Su impacto, sobre amigos y enemigos, fue indudable –a juzgar por idealizaciones y exorcismos posteriores–, así como su capacidad de movilizar inquietudes. Respecto de la producción, el balance es más complejo. De él surgieron algunos grandes libros, que probablemente se hubieran escrito de cualquier modo, y muchos proyectos, de los cuales solo algunos maduraron, y bastante más tarde. Se instalaron muchos temas y cuestiones, como la de la inmigración, que finalmente habrían de incorporarse al sentido común. Pero el impacto de la "historia social" en el conjunto del campo historiográfico fue acotado, y quizá por eso mismo más espectacular. Se redujo a unos pocos centros universitarios, donde también su posición fue marginal, con excepción de Rosario, mientras que en el grueso de las universidades seguía predominando el más tradicional paradigma de la historia, que solíamos llamar "académica", que en lo esencial adhería a las propuestas de la Nueva Escuela Histórica, aunque sin la calidad de sus fundadores. Sobre todo, la historia tenía una posición secundaria en el conjunto de la renovación de las ciencias sociales, donde el mayor dinamismo se hallaba en la economía y la sociología, disciplinas que se acostumbraron a asignar a la historia una posición ancilar, visible tanto en la adjudicación de recursos como en la suposición de que el historiador estaba destinado a escribir un primer capítulo introductorio para las obras realmente científicas. Pero probablemente el mayor problema se encontraba en esa tensión interna, y a menudo subjetiva, entre una práctica más estrictamente académica y otra más definidamente política. La suma de estos factores hizo que los nuevos grupos no lograran constituir un campo propio –por ejemplo alrededor de una revista– ni tampoco que sus miembros pudieran abrir espacios profesionales importantes, a los que tampoco parecía legítimo aspirar, vista la tensión entre actividad académica y política.

b. Es sabido que esa tensión estalló luego de 1966, con la destrucción del marco institucional que contenía al grupo de la "historia social", y sobre todo con el formidable proceso de politización de la sociedad, esa "primavera de los pueblos" que por entonces se inició y que se prolongó por casi diez años. Una de sus características






fue la convicción, de quienes militaban políticamente, acerca de la estrecha relación entre los conflictos contemporáneos y otros que se hundían en el pasado. Se hacía política leyendo la historia, y a la vez se hacía historia pensando en la política, como lo afirmó paradigmáticamente Arturo Jauretche. Como pocas veces, la conciencia histórica lo inundó todo, incluyendo el saber histórico.

Fue en ese contexto que creció notablemente el revisionismo historiográfico, hasta entonces limitado a zonas marginales de la actividad académica. No solo contribuyó a moldear la conciencia de la sociedad –tema apasionante, pero ajeno a este ensayo– sino que se convirtió en paradigma para quienes querían seguir siendo historiadores profesionales, y no veían mayor sentido en tratar de mantener ese difícil equilibrio entre rigor y compromiso de la etapa anterior. El resultado fue que una parte considerable del campo profesional, incluyendo las universidades, fue ocupado por quienes creían que la historia debía hacerse a la medida de la militancia. Quienes adherían al paradigma historiográfico tradicional, más allá de sufrir el desalojo de algunas posiciones académicas, pudieron ignorar este embate, no así quienes intentaban trabajosamente salvar un lugar para la "historia social", afectada por la pérdida de espacios institucionales propios, por la emigración de algunas de sus figuras más destacadas, pero sobre todo por la fuerte competencia con un paradigma que aparecía como exitoso, en tanto desarrollaba hasta sus últimas consecuencias uno de los componentes de la renovación de los sesenta. Para muchos de los buenos cultores de la "historia social", en los primeros años de los setenta el equilibrio entre rigor y compromiso fue casi imposible de mantener. Visto en conjunto, la fragmentación del campo del saber histórico fue máxima.

c. Paradójicamente, los años del



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Proceso aclararon las cosas. Los militares arrasaron con vidas, con lugares institucionales, y hasta con preocupaciones sociales por la dimensión histórica del presente. Los libros revisionistas desaparecieron de las librerías, y su lugar fue ocupado por versiones triviales o pintorescas de la historia. Pero los efectos fueron mucho más complejos. Muchos historiadores marcharon al exilio, y muchos de ellos completaron su formación profesional, escribieron sus tesis, que serían los buenos libros publicados en la década siguiente, se profesionalizaron y se familiarizaron con las prácticas del mundo académico internacional. Otros, que se quedaron en el país, también debieron familiarizarse con ese mundo, convertido en su único punto de referencia; a la vez, ensayaron construir espacios para la "historia social", en los que, precisamente por su carácter *underground*, y su sentido casi misional, las coincidencias primaban sobre las diferencias. En ellos, la "historia social" empezaba a dejar de ser una denominación emblemática.

Conozco bien una de esas experiencias, quizá la más exitosa: el PEHESA (cuyo nombre completo rinde tributo a aquella tradición: Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana). Por una parte, recuerdo el fuerte impacto que un pequeño grupo de historiadores podía tener sobre colegas ansiosos de un punto de referencia para nuclearse. También, la enorme creatividad de esos años, la invención permanente de ideas e hipótesis, así como la dificultad para transmitir y hacer circular los productos. Sobre todo, el carácter vocacional de la actividad y la imposibilidad de vivir de la historia, que apenas encontraba un lugar, naturalmente marginal, en los centros de Ciencias sociales, particularmente prósperos en esos años. Esta situación nos llevó a los historiadores a interiorizarnos a fondo de los debates de estas ciencias (así fuera para gestionar con más eficacia los subsidios de las fundaciones), y a aguzar el ingenio para buscar, en cada uno de ellos, la dimensión histórica. Los temas en los que personalmente he trabajado en esos años –sectores populares, mercado de trabajo, cultura, participación política– están fuertemente influidos por las preocupaciones circulantes en los centros de ciencias sociales.

Igualmente notable del período resultó el vigor institucional de la "historia oficial". El CONICET empezó a dedicar recursos considerables a la historia (dicho, claro está, en el contexto de nuestra habitual modestia), y muchos historiadores obtuvieron becas e ingresaron a la Carrera del Investigador. Por otra parte, la Academia Nacional de la Historia, que presidía Enrique Barba, animó sucesivos Congresos, de concurrencia masiva y de una cierta y significativa apertura. Ciertamente, la renovación historiográfica era escasamente significativa: Tulio Halperin realizó hace no mucho tiempo un balance preciso de la producción presentada en esos Congresos –que refleja aproximadamente la que subvencionaba el CONICET–, que fue de una insanable pobreza. Aunque no se limitaba a la historia política e institucional, pues se incorporaban temas de historia social, y sobre todo de historia económica, ello ocurría dentro del mismo espíritu arcaico y poco imaginativo, ignorante de las técnicas más elementales, carente de preguntas, de hipótesis, y aún de la idea misma de su necesidad. Pese a ello, estos años aportaron una novedad fundamental en el campo del saber histórico: una fuerte profesionalización. Para muchos historiadores, existía la posibilidad de vivir de su profesión, y su actividad misma podía ser encarada, no ya como una combinación de afición amateur y sentido misional, sino como una actividad profesional, de tiempo completo, sujeta a reglas, que incluían tanto la graduación doctoral o la publicación como la obtención de las consagradas "firmas" o recomendaciones que permitían lograr la beca o el ingreso a la Carrera. Toda una nueva generación de historiadores, más allá de sus orientaciones académicas o políticas, se educó en la idea de que había una carrera por hacer, y que ella incluía habilidades y prácticas mal conocidas por quienes se habían formado en el clima más politizado de los sesenta. Fue esa mayor libertad respecto de los principios la que permitió a las nuevas generaciones transitar con alguna libertad entre los distintos segmentos de la profesión, y establecer nexos que, en términos de los principios declarados, hubieran parecido imposibles. Los Congresos de la Asociación de Historia Económica reflejan ese comienzo de hibridación que coincidía, por otra parte, con el otoño del Proceso.

Estos contactos resultaban más llamativos considerando la atomización del campo del saber histórico local. Más allá de los contactos personales, los distintos mundos profesionales mantenían escasos vínculos entre si y carecían de puntos de referencia comunes. Inclusive dentro de quienes, genéricamente, adherían a una historia renovada o actualizada, los debates o las problemáticas comunes eran mínimos, o aparecían organizados por quienes, desde las mejor organizadas ciencias sociales, conocían las claves de los temas que aportaban recursos y financiamiento.

## II

a. Las transformaciones en el campo académico acaecidas con el retorno a la democracia, a fines de 1983, tuvieron cierta similitud con las de 1955, y en menor medida con las de 1973. Hubo una irrupción en las instituciones oficiales –la Universidad, el CONICET, las áreas del gobierno dedicadas a la educación y la cultura– de quienes por mucho tiempo habían estado al margen de ellas, y un cambio que quería ser categórico de criterios de conducción político-académica. Lo específico de esta renovación fue que las convicciones que unificaban y distinguían a los nuevos no se asentaban tanto en lo político como en lo académico. Y no porque la confianza en la democracia fuera escasa, sino porque esa confianza era compartida –quizá con sinceridad diferente– tanto por los que entraban como por los que salían, y porque, salvo casos específicos, los criterios de reemplazo, y las justificaciones aducidas, no fueron políticos sino académicos. Quienes asumían las responsabilidades estaban convencidos de que su misión era convocar a los mejores, y quienes eran convocados aceptaban el llamado con la segura convicción de serlo.

b. Ya se señaló que esa legitimidad







Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se asentaba mucho más en las convicciones de un sector que en criterios globalmente reconocidos y aceptados. Anteriormente el campo del saber histórico, cruzado –mucho más que cualquier otro– por renovaciones historiográficas y por avatares políticos, y absolutamente expuesto a los vendavales ideológicos –al punto que podía parecer plausible el *dictum* acerca del carácter político de cualquier historia–, carecía casi en absoluto de esos criterios compartidos con los cuales funciona una comunidad académica. Creo que la tarea principal de quienes asumieron la conducción político-académica a fines de 1983 fue instituir esos criterios, sobre los que habría de asentarse la legitimidad de la nueva situación y con los cuáles podría funcionar una comunidad académica.

En el caso de la Universidad, esos criterios se sustentaron naturalmente en los concursos, un mecanismo de selección de profesores singularmente democrático, sobre el que existía desde los tiempos de la Reforma Universitaria de 1918 un amplio consenso, pero que en las décadas anteriores se había aplicado escasamente. Lo novedoso no estuvo tanto en los resultados como en los métodos. Visto en conjunto, los concursos no introdujeron cambios fundamentales en las situaciones creadas en 1984: quienes habían sido convocados por ser considerados los mejores, a los que se agregaron sin dificultad los que retornaban del exterior, vieron revalidada su situación. Los concursos con competencia auténtica, pareja y fuerte fueron menos que aquellos con un ganador claro y anticipado, quizá porque la dimensión del sistema universitario, y lo raleado de la profesión en sus niveles más altos, permitió que –excluidos quienes carecían de toda entidad académica– quedara espacio para los muy buenos, los buenos y también los regulares. Lo fundamental, en cambio, fue que ello se hizo a través de dictámenes fundados, lo que implicaba evaluar la producción, así como la exposición pública, en relación con criterios académicos que debían ser explicitados por escrito. Secundariamente, en aquellos casos en que la competencia fue significativa, los concursos fueron dando forma a un ranking de personas, muy necesario en tanto el largo período de extrañamiento y marginalidad respecto de las instituciones dificultaba saber quién era quién. Pero además, el *ranking* implicaba una jerarquización de las formas de hacer historia, pues no solo se evaluaban calidades personales sino maneras de entender la profesión. De ahí en más, el sistema se expandió de una manera notable: becas, subsidios de investigación, informes de tareas de los docentes, todo empezó a pasar por el filtro de la evaluación fundada y pública.

En el caso del CONICET ocurrió algo parecido. A partir de decisiones políticas iniciales –más fuertes dada su directa dependencia del Poder Ejecutivo– se estableció el criterio de que toda decisión académica no solo sería respaldada colegiadamente –lo que requería de un consenso relativamente amplio, dada la dimensión de los órganos de asesoramiento académico de la institución– sino que debía fundarse en evaluaciones, que dejaban de ser secretas o reservadas, podían ser conocidas por los interesados y eventualmente tener un carácter público. Habitualmente, esas evaluaciones tuvieron una dimensión y una envergadura desproporcionada respecto de las necesidades específicamente administrativas: tradicionalmente el CONICET se había satisfecho con que alguien dijera que algo era aceptable o no lo era. En la nueva etapa, esto debía ser demostrado, en términos tales que pareciera que el evaluador, más que





expresar una opinión, simplemente explicitaba una verdad evidente e irrefutable. El propósito iba más allá de fundamentar una decisión administrativa: a través de una suma de dictámenes se intentaba crear un consenso acerca de qué practicas historiográficas eran estimables y valiosas y cuáles no lo eran. Esto resultaba indispensable: el cuerpo académico del CONICET tenía una composición mucho más heterogénea que las universidades, debido a la estabilidad de sus miembros (en 1983, la mayoría de las posiciones en la Universidad estaban ocupadas de manera interina). Ciertamente, más allá del tono apodíctico que con frecuencia tenían estos textos, ellos traducían opiniones. Pero la suma de opiniones fue dando forma a un criterio. Más claramente que en el caso anterior, también fue definiendo un *ranking*.

Finalmente, las revistas académicas se sumaron a esa red de dictámenes y arbitrajes, bien que de manera más lenta e incompleta. La aparición de nuevas revistas de historia fue uno de los signos más claros de la nueva vitalidad de la profesión. La mayoría de ellas quizás a veces de manera más formal que real adoptaron el sistema de arbitraje para la aceptación de los artículos, según los procedimientos habituales en el mundo. En este caso, los dictámenes no eran públicos, de modo que no se sumaban a esta red de opiniones, pero el hecho de que un artículo fuera publicado en una revista indicaba –o debía indicar– que quienes más conocían del tema lo habían juzgado publicable.

En suma, se llegó a una situación de evaluación permanente y cruzada, que le dio al campo del saber histórico profesional una relativa transparencia, aunque más no sea por el equilibrio o el veto recíproco de las arbitrarieda-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



des. Los efectos de esta evolución interna se sumaron a los de la internacionalización de la práctica profesional, derivada tanto de la ya mencionada experiencia del exilio como de la apertura general de la sociedad argentina. Los historiadores argentinos comenzaron a frecuentar los centros académicos del exterior y a publicar en sus revistas. Por esa vía, los criterios de los medios académicos firmemente constituidos fueron incorporados por nuestra comunidad, así como muchas formas de la práctica profesional.

Así fue decantando un conjunto de criterios específicamente historiográficos, aceptados por un mundo que empezaba a ser único, en tanto adoptaba un conjunto de reglas comunes. Las viejas impugnaciones de paradigmas –incluyendo el de quienes negaban cualquier cientificidad al quehacer historiográfico– fueron dejando lugar a un consenso acerca de cuál era la buena historia y quienes eran los buenos historiadores. Es significativo que ese consenso se conformara en torno de los criterios de quienes, a lo largo de dos décadas, se habían identificado con esa bandera tan amplia pero en cierto modo tan precisa que era la "historia social".

c. Esta progresiva aceptación de criterios comunes acerca del quehacer historiográfico se combinó con sustanciales avances en la profesionalización de la actividad: más gente pudo dedicarse de manera más o menos sistemática a la investigación. No me parece que estos recursos hayan aumentado globalmente respecto de la etapa anterior: ya se señaló el incremento de los que utilizó el CONICET durante el proceso. Inclusive se experimentó una reducción del aporte de fundaciones extranjeras, que se había canalizado a través de la redes de centros privados de investigación, y que aunque en mínima medida, también alcanzaban a la historia. Es sabido que un efecto colateral del advenimiento de la democracia fue la pérdida de interés de esas fundaciones en una comunidad académica que –se suponía– podía arreglárselas sola, y en un país que había dejado de ser interesante.

Es probable en cambio que, tanto en el CONICET como en las Universidades, las ciencias sociales en general, y entre ellas la historia hayan aumentado su participación en el presupuesto, a medida que podían demostrar mejor, ante las ciencias más consolidadas, la legitimidad científica de su actividad, avalada por la incorporación de las formas internacionales de validarla. Pero sobre todo, los recursos fueron usados de una manera más inteligente, de modo que los frutos lucieron mucho más. En el caso del CONICET, los fondos dejaron de orientarse a proyectos faraónicos y misteriosos –que en muchos casos encubrían estafas y defraudaciones– y empezaron a asignarse de manera más transparente y democrática, a través de concursos abiertos de becas y proyectos. Las universidades incorporaron ambos sistemas –en momentos en que, luego de 1989, el CONICET empezó a flaquear en su adhesión a esos criterios– lo que se sumó a una mayor fluidez en la disposición de cargos con dedicación exclusiva.

En suma, una cantidad grande de personas –investigadores del CONICET, docentes con dedicación exclusiva, becarios y ayudantes de investigación– empezaron a recibir remuneraciones por lo que debía ser una dedicación más o menos exclusiva a la investigación, en sus diversos niveles. Esta situación permitió a unos dedicarse más sistemáticamente a tareas profesionales diversas, que incluían, junto a la actividad docente y la de investigación, la gestión y administración de ese aparato de magnitud que se estaba creando, y sobre todo el trabajo de formación de los jóvenes investigadores. A otros muchos, les permitió ser subvencionados para formarse, incluyendo la posibilidad de hacerlo en el exterior; esta posibilidad dependía no solo de los fondos disponibles para ello, sino también de las redes que podían establecerse, a partir de instituciones académicas de mejor calidad. La remuneración de unos y otros podía ser juzgada exigua, en relación con lo que legítimamente pretende un profesional, pero su misma existencia resultaba un fenómeno notable para quienes podían recordar la absoluta inexistencia de esas posibilidades en etapas anteriores: en los gloriosos "sesenta", no puedo recordar más que un único becario de historia. En suma, la historia pasó a ser una profesión que excedía ampliamente la docencia.

d. La institución donde se cruzaron profesiones y criterios para constituir una comunidad académica fue la Universidad. Ya señalé el progresivo declinar de los centros privados de investigación, en parte por la reducción de fondos, en parte porque sus miembros optaron en muchos casos por la Universidad. La largas discusiones sobre las relaciones entre una y otros finalmente se resolvieron de manera práctica. El CONICET, por su parte, que entre 1966 y 1984 –de acuerdo con las intenciones iniciales de Bernardo Houssay– había intentado constituir un mundo autosuficiente, alejado de la Universidad y sus conflictos, con investigadores y centros de investigación propios, que incluían varios fantasmagóricos "programas" e "institutos", optó desde entonces por apoyar prioritariamente la investigación hecha en la Universidad, a la que dedicó el grueso de sus recursos. Su función orientadora dentro de la comunidad de historiadores, construida entre 1984 y 1989, declinó luego de esa fecha, cuando los avatares de la política nacional –a la que la institución estaba muy directamente unida– llevaron a su conducción nuevamente







Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a muchos de los que la habían ejercido antes de 1984.

Los Departamentos y Escuelas de historia de la Universidad no solo reunieron lo mejor de la profesión –con excepciones ciertamente notables, como el grupo del Instituto Di Tella– sino que fueron logrando –con más éxito que en otras ciencias sociales– que sus profesores consagraran a la institución sus mejores esfuerzos. Por las universidades empezó a pasar –como debe ser– la enseñanza de grado, la formación de posgrado, la investigación y la circulación intraacadémica de sus resultados, a través de sus revistas y de sus reuniones.

Dentro del conjunto, las orientaciones provienen hoy de aquellas Escuelas y Departamentos donde la "historia social" (denominación que como veremos ya resulta insuficiente), pudo desarrollarse más: Buenos Aires y Rosario, que poseían en esa orientación una tradición acumulada, y centros nuevos, como entre otros Mar del Plata, el Comahue, y principalmente Tandil, que es probablemente el caso más exitoso de formación de una escuela absolutamente renovada, de alta calidad y coherencia, y de notable eficacia para construir todo lo que hace a la actividad académica profesional. Fueron estas escuelas y departamentos los que impulsaron la institución más característica de esta etapa: las Jornadas Inter Escuelas/Departamentos. Estas comenzaron de manera relativamente modesta y han llegado a ser el gran evento profesional, ocupando el lugar que durante el Proceso tuvieron los Congresos de la Academia y ganando mucho del que habían llegado a ocupar los de la Asociación de Historia Económica, que mantuvieron su convocatoria al precio de renunciar a definir estrictamente su especificidad. A través de ellas, esa historia que se identifica, a la vez, por su adhesión a las viejas banderas de la "historia social" y por su inclusión en el nuevo campo profesional que se estaba definiendo, ha llegado a imponerse en el campo del saber histórico.

# III

a. ¿Qué es exactamente lo que triunfó? La cuestión es central si se quiere hacer un balance de los resultados. En cierto sentido, mirando las cosas desde los "sesenta", puede decirse que triunfó la "historia social". Ello se advierte en el peso institucional y profesional de quienes adhieren explícitamente a ella, como puede advertirse –simplemente para ejemplificar– en el caso de la Asociación de Historia Económica, o en el del Programa de Historia Económica y Social Americana, cuyos nombres denuncian la apelación a esa tradición. Se advierte en el amplio consenso acerca de la significación de los grandes referentes de esa tradición: José Luis Romero –manifiesto en las notables Jornadas de homenaje de 1988– o Tulio Halperin Donghi. Se manifiesta en la autoridad reconocida a quienes integraban la segunda línea de aquella renovación y que hoy son el núcleo de nuestros historiadores mayores. El reconocimiento se manifiesta hasta en quienes provienen de otras tradiciones historiográficas, que no pueden esgrimir paradigmas alternativos y cuyas instituciones –como la Academia Nacional de la Historia– han empezado a incorporar a algunos de quienes –vistos desde los "sesenta"– integran la corriente de la historia social. Ciertamente aún hay núcleos que permanecen incontaminados –como el grupo de historiadores del Derecho que invocan la inspiración de Ricardo Leve-



ne– pero su peso en la opinión de la profesión es reducido.

b. Pero miradas las cosas desde los años noventa o aún desde los ochenta, la identidad historiográfica de quienes triunfaron es menos clara. Es difícil encontrar en la producción corriente alguno de los elementos que caracterizaron la "buena historia" de los sesenta: ni el marxismo estructural, ni las teorías del desarrollo económico o la modernización, ni algún otro paradigma que apunte a explicar la totalidad tienen significación hoy. Tampoco la historia económica y social fundada en ciclos, fluctuaciones y coyunturas, a la francesa, ni en general nada que apunte a "estructuras" e "intereses". El tema de la inmigración –que permitiría establecer una continuidad entre las preocupaciones de entonces y las de ahora– se enfoca no desde las consecuencias de la inmigración masiva y el *melting pot* sino desde la de las colectividades y el pluralismo. Los temas hoy en boga son la historia de las ideas y de la cultura y la historia política, poco apreciados en los sesenta, cuando se los consideraba residuos de los enfoques idealista o fáctico (aunque curiosamente eran el terreno preferido de los grandes referentes de entonces, José Luis Romero y Tulio Halperin). La historiografía argentina experimenta el mismo estallido de temas, perspectivas y paradigmas que caracteriza el resto de la comunidad académica occidental, y lo que reina es un generalizado eclecticismo.

Pese a todo, puede afirmarse hoy la existencia de un campo del saber histórico de una unidad reconocible. Nadie podría hoy decir que esa unidad puede expresarse en los términos de la "historia social", ni como contenido o perspectiva, ni siquiera como bandera de lucha, pues aquel combate ha terminado. Mucho menos, que



en esa unidad exista como componente alguna invocación a una función de la historia que trascienda el específico quehacer académico profesional.

c. Creo que esa unidad existe, es consistente y fuerte, y se da en torno de un conjunto de criterios profesionales compartidos acerca de la calidad de lo que se hace y de las prácticas adecuadas para hacerlo. Como son criterios vivos, que no derivan de un principio dogmático sino de la práctica, es difícil definirlos, pero se los ve funcionar eficazmente en cualquier instancia o circunstancia en que algo es evaluado por la comunidad de historiadores, nacional o internacional, pues los límites son cada vez menos relevantes. Ellos incluyen una expectativa de comportamiento racional de los actores, y de aceptación de un conjunto de normas de convivencia que configuran un código ético, no por implícito menos formal. A partir de esos criterios es posible hacer un balance de



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los cambios en la profesión en estos diez años.

En primer lugar este balance indica que, por primera vez en mucho tiempo, tenemos una profesión. Hay una cantidad ciertamente respetable de historiadores –*senior y* sobre todo *junior, si* cabe esta distinción poco simpática– que cubren sobradamente los estándares de calidad internacional media. Hay una producción que en general es aceptablemente buena, según esos estándares, que se vuelca en los medios adecuados de circulación académica. Estos medios existen: hay una buena cantidad de revistas especializadas, por lo menos mínimamente honorables, –y en algunos casos decididamente buenas– cuya demanda quizás excede la oferta de trabajos publicables. Se publica una apreciable cantidad de libros cuyo destino seguramente no excede el ámbito académico, lo que es bastante sorprendente, vistas las crecientes dificultades económicas, y hasta existen casos en que libros que cumplen los requerimientos de la profesión trascienden su público. Existe, en suma, un impulso consolidado, un saber académico constituido, capaz de alimentarse a si mismo, y de subsistir independientemente de las apetencias de la sociedad, de aquellos impulsos de la conciencia histórica que, en otras épocas, dieron a nuestra actividad un estímulo tan fuerte pero de resultados tan contradictorios. El balance es aún más auspicioso si se comparan los logros de nuestra profesión con los de las otras ciencias sociales, aquellas que hace treinta años, seguras de su cientificidad, le señalaban los rumbos a la historia, y que no solo no pueden exhibir hoy una producción comparable, sobre todo en calidad, sino que se debaten en la búsqueda de un objeto de estudio cada vez más huidizo.

# IV

Así constituido, el campo profesional del saber histórico experimenta hoy malestares y tensiones. Existen insatisfacciones por la manera en que funciona, por lo que se cree que debería hacerse y no se hace, y sobre todo por su mismo futuro.

a. Es discutible, en primer lugar, hasta dónde la comunidad de historiadores funciona de acuerdo con las reglas que ella se ha dado. Se trata de una cuestión crucial, pues sobre esas reglas y criterios, y sobre la transparencia que de ellos se deriva, reposa la legitimidad de un sistema institucional que es, a la vez, un sistema de poder académico. Si bien es posible afirmar que este sistema es menos arbitrario y más sólido que sistemas anteriores –mucho más dependientes de poderes externos– no es menos cierto que, como tal, tiene lógicamente una tendencia natural a reproducirse y perpetuarse.

A nadie escapa que no todo funciona de acuerdo con las reglas de la excelencia y el arbitraje, que en zonas más o menos vastas de nuestra comunidad existen sólidas redes informales (denominadas "trenzas", por quienes pertenecen a otras menos exitosas, pero no menos espurias), compañonajes, complacencias y complicidades. Que existen, por ejemplo, universidades donde se han desarrollado eficientes mecanismos para dosificar al máximo la incorporación de personas ajenas a ellas. Que en todas hay una cierta tendencia a la cooptación. Que hay revistas que se conciben a si mismas como el órgano de expresión de un grupo de trabajo o una institución, y son reluctantes a regirse por un arbitraje independiente. Que no ha habido ningún emprendimiento serio de las instituciones académicas para constituir en





conjunto una revista, que sume sus esfuerzos y sea la vez independiente de cada una de ellas. En suma, que todavía hay una gran distancia entre la realidad y la expectativa de la transparencia.

b. Es discutible hasta qué punto un sistema de criterios y de normas asegura, o al menos estimula, la producción académica de calidad. Tal sistema se encuentra imbricado con estructuras administrativas, y termina expresándose en criterios donde lo formal, verificable y computable termina pesando más que la calidad intrínseca, lo que orienta las conductas en primer lugar a la satisfacción de esos criterios formales. El *publish or perish*, hasta ahora reservado a los ámbitos del CONICET, se ha instalado en la totalidad de la comunidad, y alimenta una inflación de publicaciones –no siempre buenas; a menudo duplicadas– que explica la resistencia –en cierto modo legítima, dado este sesgo de la vida profesional– a objetivar el funcionamiento de las revistas.

c. Existe un problema laboral cada vez más serio, particularmente sensible en una comunidad que se ha profesionalizado reciente y profundamente. La extremada fluidez de la situación en 1984 –originada en cierta medida en la ampliación de las universidades, pero sobre todo en los vacíos que la renovación política creó– va llegando a su fin, a medida que las posiciones se van ocupando, mientras, por otro lado, las nuevas camadas –a menudo mejor formadas que las anteriores, debido al éxito mismo de la Universidad– reclaman un lugar cada vez más difícil de conseguir. Si en parte se trata de una situación lógica y esperable, acorde con el funcionamiento de cualquier universo académico, sus efectos son más sensibles no solo porque se comparan con la fluidez inicial sino porque la estrechez se ve agravada por la crisis económica general y la reestructuración y achicamiento del estado. Así, si en los años que siguieron inmediatamente a 1984 la competencia no fue dura –ya se señaló que los concursos realmente competitivos fueron raros– y predominaba una suerte de amable reconocimiento de espacios y jurisdicciones,



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hoy comienza a serlo, y se vislumbra una puja darwiniana para pasar por puertas cada vez más estrechas.

No es esa, sin embargo, la mayor asechanza. El campo profesional aparece hoy cada vez más dividido entre quienes tienen posiciones estables y quienes quieren acceder a ellas. Probablemente aquel consenso en torno de criterios objetivos de excelencia se resienta, en parte por la adecuación que quizá tratarán de hacer de ellos quienes quieren conservar sus posiciones, y en parte por la impugnación de su legitimidad por quienes quieren acceder a las mismas. Es dudoso que el amable y casi autocomplaciente consenso acerca de la excelencia resista indemne. A menudo las tensiones se manifiestan como cortes generacionales, y con cierta frecuencia se apela al argumento de la diferente calidad de la formación de unos y otros. Es posible que vuelva a apelarse al argumento ideológico o político para dar mayor consistencia a las pujas profesionales. Es posible, inclusive, que aumente el número de *outsiders*, que reniegan ostentosamente de la racionalidad y la ética.

d. El contexto político del país agrega otros problemas. El proceso de construcción de criterios de excelencia fundadores de la profesión se correspondió casi exactamente con el de la ilusión con la democracia y sus posibilidades. La fuerte distorsión de las normas republicanas en el país en los últimos seis años, el peso creciente del Poder Ejecutivo y su tendencia al ejercicio arbitrario y hegemónico del poder ha tenido sus efectos en nuestro campo. En primer lugar sobre el CONICET: desde 1989, y en medio de cambios de rumbo erráticos pero violentos, han reaparecido prácticas y personajes tenebrosos. El CONICET prácticamente ha quebrado y ya no cumple un papel importante en el sustento material de la investigación en parte por efectos de su propia conducción (la megalomanía parece haberse constituido en atributo de su presidencia), y en parte por ser la primera víctima de los recortes presupuestarios del estado. Pero sobre todo, los criterios académicos del CONICET han dejado de tener significación para vastos sectores de la comunidad: muchos de quienes se enorgullecían de haber logrado una cierta calificación han dejado de atribuirle a ella cualquier significado.

La situación está empezando a afectar a la Universidad, en parte por ataques directos a su presupuesto, en parte por ataques indirectos, consistentes en la subordinación de sus políticas académicas a los criterios –necesariamente políticos– de la conducción educativa. Estos han consistido hasta ahora, principalmente, en crear fuertes diferencias –de ingresos y de reconocimiento– en el seno de la comunidad académica, lo que, por otro camino, fisura los criterios con que esa comunidad quería funcionar.

## V

Pero más allá de los problemas profesionales, la cuestión principal pasa por indagar hasta dónde el nuevo funcionamiento del campo, además de establecer parámetros compartidos, ha estimulado o no la creatividad y la originalidad, ha contribuido a renovar preguntas y problemas, a construir nuevas imágenes del pasado, a asociar esas imágenes con cuestiones del presente.

a. También aquí se percibe un cierto malestar, especialmente entre quienes señalan que una comunidad académica sometida a la doble regla de la jerarquía y el formalismo se va haciendo excesivamente conformista. Hay un cierto fariseísmo, un excesivo acatamiento a las formas –quizás debería recordarse que los "marcos teóricos" han sido hechos para la investigación, y no a la inversa–, y también una tendencia a aceptar la autoridad de las voces prestigiosas. En suma, corremos el riesgo de que se instale un sistema de "patrones", –tan conocido en otros campos académicos– tanto mayor cuanto más se achique el campo profesional. En ese sentido, muchos extrañan el ambiente, mucho más libre y espontáneo, de los años de la marginalidad, anteriores a 1984.

b. De alguna manera, esto tiene que ver con la pobreza de nuestros debates. Pocas cuestiones han sido discutidas entre los historiadores en los últimos diez años, y ninguna con el apasionamiento con el que algunos lo hicimos en otros tiempos. Más aún, los libros importantes que se han publicado no han recibido la consideración crítica que seguramente merecían: los editores de revistas saben bien qué difícil es encontrar quienes quieran encarar la tarea de la reseña, y que raro es que ella supere la descripción complaciente; secundariamente, también pueden dar cuenta de la escasa predisposición de los autores reseñados a aceptar las críticas, sin considerarse personalmente ofendidos. La vuelta a la democracia parece habernos convencido de que pluralismo significa amable condescendencia, y de que cualquier controversia se asocia inevitablemente con un conflicto personal o una disputa de poder. Esta atonía afecta nuestros criterios fundantes, que para ser eficaces deben reasumirse y renovarse de manera continua, y nuestra investigación, que tiene dificultades para renovar sus preguntas y sus temas.

c. El enorme avance en una serie de campos particulares, y la indudable



calidad de los trabajos que se hacen, no parece apuntar sin embargo a una renovación de la imagen general de nuestra historia. Hemos examinado críticamente distintas imágenes heredadas de nuestro pasado: la así llamada "oficial", la "revisionista" y hasta la de los sesenta, fuertemente influida por los paradigmas de la modernización y el desarrollo. No me parece que estemos construyendo otra, ni siquiera que lo discutamos, o que nos preguntemos dónde y cómo confluyen nuestros estudios sobre los campesinos del Virreinato, las colectividades, las elecciones o la cultura de los sectores populares.

Probablemente se sumen aquí tanto la reacción de la época frente al "gran relato", como los pocos estímulos que un presente angustioso aporta para pensar con profundidad el futuro, y por ende el pasado, pero lo cierto es que hoy los historiadores profesionales, legítimamente orgullosos de nuestra práctica profesional, estamos en deuda con la sociedad. Nuestra tra-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bajosa construcción del campo del saber histórico se hizo merced a un conciente y firme apartamiento de las incitaciones y demandas de la conciencia histórica que –sabíamos– se nutría de otras fuentes: alguna de las vertientes del revisionismo, o la visión más conformista y decididamente integracionista de nuestros grandes divulgadores. Creo que debemos volver a pensar en lo que nuestra sociedad piensa y sabe de la historia. Hay en parte una cuestión técnica, frecuentemente aducida: escribir de modo que nos entiendan los legos; hay también una responsabilidad de los editores. Pero no es la esencial. Para que nos escuchen debemos poder proponer algún tipo de "gran relato": problemático, abierto, plural, contradictorio, pero capaz de ligar los problemas del pasado con los del presente, capaz de justificar la utilidad de nuestro trabajo en la posibilidad de responder a las preguntas



de la sociedad o, mejor, de ayudarla a plantearse las preguntas necesarias.

La palabra "necesarias" introduce la cuestión de las opciones y de los valores, que se ubica con dificultad en el escenario de las prácticas profesionales del que me he ocupado. Me parece que es ineludible, y que los problemas de responsabilidad cívica de los historiadores siguen tan presentes como cuando se los plantearon Bartolomé Mitre, los revisionistas o los historiadores de la "historia social", quienes me parece tienen mucho que enseñarnos acerca de ese difícil equilibrio entre rigor y compromiso. Creo que hemos avanzado mucho en lo que hace a rigor, pero que no podremos consolidar esos avances si no los vinculamos, desde nuestra profesión y con nuestras herramientas, con el compromiso. En ese sentido se nos aparece una última relación entre la historiografía y la democracia, pues es precisamente la construcción de una sociedad democrática el único objeto que hoy puedo imaginar para nuestro compromiso ■





# Entrevista



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

# "Simplemente amo la historia"

## Entrevista a Robert Darnton

*por Jeremy Adelman*

*— Empezaría por preguntarle sobre su educación más temprana. Usted comienza* The Berlin Journal *hablando de la relación con su padre ¿Podría empezar diciéndonos algo sobre el Darnton pre-académico?*

— Siempre tuve inhibiciones para usar la primera persona del singular al escribir historia. Me parecía que yo debía permanecer en la lejanía, que el lector estaba más interesado en lo que yo tenía que decir que en mi propia persona. Por eso nunca intenté hacer algo como el *Berlin Journal*[1] antes. Pero como se trataba de Alemania, de la reunificación de ese extraordinario país que había descargado tanto daño sobre el resto del mundo, tenía que ser sincero con mis propios sentimientos, y éstos eran extremadamente fuertes, en parte por una cuestión generacional. Nací el 10 de Mayo de 1939. Esto significa que en el mismo día de mi nacimiento, Alemania había invadido Bélgica y el mundo parecía venirse abajo. Dos años después mi padre murió en el frente del Pacífico. No lo mataron los alemanes, pero yo trataba de explicar en la introducción a ese libro que en mi mente, la de un niño de tres años de edad, eran los alemanes quienes lo habían matado e incluso el mismo Hitler probablemente lo había hecho. Tenía una sensación muy vívida de los alemanes como gente mala. Me sorprendí mucho al cruzarme con una entrevista o artículo supuestamente escrito por mí a los cuatro años en el cual describía un viaje de un lado a otro de Washington. Todo esto suena bastante raro, pero mi padre fue periodista. Uno de sus amigos tuvo la idea de llevar a un niño de cuatro años a Washington en medio de la guerra y tomar notas de la charla de ese chico que tenía al mito de la ropa del emperador en el fondo de su mente y esto fue luego publicado en la revista del domingo del *New York Times* con el título de "Robert, de cuatro años, se apoderó de Washington". Por lo tanto, tuve mi primera línea en el *New York Times* como Robert Darnton cuando tenía cuatro años. Releer esto me golpea como una experiencia muy rara porque quien me llevó, un famoso periodista llamado Mike Berger, tomó notas de todo a mano. El era uno de esos periodistas fabulosos del East Side de Nueva York en los años veinte, famoso por su escrupulosidad. Así que probablemente lo que dije es en realidad lo que aparece en el artículo. No sé con seguridad si tengo memoria de esto, pero es interesante leer algo que dijo uno mismo hace cincuenta años. Lo que me vuelve siempre a la mente en estos comentarios de la niñez es la obsesión por todo lo relativo a la guerra, a los bombardeos, a los soldados enterrados, a los cuerpos desmembrados y al miedo por la gente mala como yo

* Esta conversación tuvo lugar en Princeton, New Jersey, el 15 de diciembre de 1995.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

entonces los llamaba. Todo eso todavía vuelve a mi mente; literalmente tengo sueños sobre la Alemania nazi. Dos semanas atrás cuando fui a Berlín por una reunión y estuve el día entero hablando en alemán, saliendo del avión hablando en alemán y hablando en alemán a la noche, bastó para tener una pesadilla nazi por lo que estoy convencido que...

*— ... ¿que fue una Gestalt de los años de guerra?*
— Sí, eso. Que para mí, y quizá para otros como yo, hay sentimientos profundos e inconscientes de miedo y odio hacia Alemania y que observar la caída del muro de Berlín durante 1989 y a las dos Alemanias juntándose, estaba haciendo trabajar algunos de esos sentimientos. Bueno, tengo formación en periodismo. Todos en mi familia han trabajado como periodistas para el *New York Times*. Y también yo, después que murió mi padre, estaba predestinado a ser un periodista del *New York Times*.

*— Siento curiosidad por esta predestinación. Conociendo un poco de Vd. y leyendo el comienzo del* Berlin Journal *suena como muy sobredeterminada y creo que lo era. ¿Cómo creció?*
— ¿Quiere decir que yo debí haber sido un periodista?

*— Sí. ¿Cómo creció junto con esta predestinación?*
— Era sobredeterminada. Es decir, aunque mi madre trataba de ser liberal, permisiva, progresista y todas esas cosas, el hecho es que yo crecí convencido que sería un periodista del *New York Times*, que ése era el mundo en el que debía vivir y que ésa era mi vocación. Cuando era pequeño e iba a sexto grado, entré al edificio de un diario local en un suburbio de Nueva York y pedí un trabajo. En realidad, fui a dos diarios. En el primero me dijeron "niño, vete de aquí" y en el segundo "¿quisieras escribir una columna?". Esto fue sorprendente. Entonces, tenía doce años y una vez a la semana escribía una columna para ese pequeño diario. Y desde entonces he estado escribiendo intermitentemente para diarios, pensando que debía hacerlo y sintiendo que la gente del diario era lo mejor del mundo, que los políticos eran despreciables y que los profesores eran aburridos. Mi madre fue muy infeliz el día que dejé el *New York Times*.

*— ¿Por cuánto tiempo trabajó en el* New York Times?
— Bueno, estuve trabajando de manera intermitente. Fui un notero ("stringer") de Oxford de 1960 a 1964. En esos cuatro años estuve en Oxford realizando un doctorado y también trabajaba en la corresponsalía en Londres durante mis vacaciones. El tipo que dirigía la oficina de Londres, Drew Middleton, era un amigo de mi padre. Todo el mundo en el *New York Times* siempre decía, "debes unírtenos rápido, éste es tu diario; debés procurar la formación adecuada", lo que significaba no empezar en el *New York Times* sino en un diario de prensa amarilla. Así empecé en el *New York Star Ledger*, que es un diario muy malo que se especializa en asesinatos, violaciones , asalto con armas, motines y todo eso. Empecé con eso primero así podría después cubrir bien las noticias policiales en el *New York Times*. No toma mucho tiempo aprender las trampas de ese oficio. La idea es que si uno puede cubrir el departamento de policía puede cubrirlo todo, incluyendo la Casa Blanca. Que la Casa blanca sea vista como una extensión del departamento de policía creo que es muy revelador de la cultura o la sociología del periodismo en este país. Al hacer el trabajo de un policía como periodista se aprende la importancia de la especificidad, de tomar los nombres correctos. Hay que saber la edad de cada persona a quien se entrevista, lo que no es fácil hacerlo si eres un niño y tienes que preguntarle a una anciana dama, ¿Qué edad tiene Ud.? Pero el editor va a requerir que uno tenga la edad, la dirección, etc. Entonces sí, fue sobredeterminado. Pues pasé todo ese tiempo con la idea que entraría a trabajar al *New York Times*. No cualquier diario sino el *New York Times*, y que me estaba preparando para eso. En realidad pensé en estudiar historia para obtener una buena base para alguien que probablemente sería un corresponsal en el exterior. Trabajaba los domingos para el *New York Times*, en la sección noticias de la semana en la revista del domingo. Y entonces terminé yendo a Oxford para mi doctorado más o menos por error. Me gustó mucho hacer eso.

*— ¿Obtuvo una beca Rhodes?*
— Sí. Así que tenía ese pedazo de papel certificando que era en algún sentido un historiador. Pero yo pensaba que era un periodista . Y, en efecto, el jefe de la corresponsalía en París quería que empezara allí mismo y que dejara Londres. Pero la gente en Nueva York decía, "no, vuelve, tienes que trabajar más tiempo en los policiales". Y así lo hice. Solía ir a lo que era llamado el West Side Shack[2] que era una pieza miserable en el West Side de Nueva York con un auto afuera que tenía una luz roja para poner sobre el capot. Era un auto de la prensa, pero uno que era casi como los de la policía. Cuando escuchábamos algo en la radio, salíamos y saltábamos en el auto para ir a la escena del crimen. Podías estacionar donde querías pues no podían hacerte una boleta. Fue muy divertido. Por el otro lado, había algo sórdido en todo eso. Hay que estar mucho tiempo en el departamento de policía para entender un ambiente como ése. Amaba a los periodistas, aunque en esto exista el peligro de sentimentalizar a la prensa.

*— ¿Por qué dejó finalmente el periodismo? Porque terminó estudiando en algunos aspectos al periodismo.*
— Me encanta escribir historia. Simplemente amo la historia. Fui malcriado en Oxford porque tenía una pequeña motoneta y cuando no estaba en Londres cubriendo anécdotas con mi motoneta, lo que hice muy a menudo, me iba a Francia para ver archivos. Y entonces me di cuenta que la historia no es escribir libros sobre los libros de otras personas. Pasear por los archivos donde había una innumerable cantidad de manuscritos, especialmente en el caso de Francia que tiene archivos muy ricos, y encontrarse con seres humanos que habían muerto hace doscientos años, e imaginar sus vidas, sus instituciones, el mundo que tenían en la cabeza, fue realmente estimulante. Amaba hacerlo. Entonces volví a Nueva York, al departamento de policía y al West Side Shack. Todos los otros periodistas dedicaban su tiempo a jugar al poker, y la apuesta era de un dólar, que entonces era mucho dinero, simplemente para empezar la partida. Y yo no podía jugar con esas apuestas. Nunca había tenido dinero. Éramos una familia muy pobre. Y la idea de jugar en esa escala era aterradora. Entonces básicamente hacía el trabajo de cadete para todos los periodistas. Porque todos compartían información. No existía la idea de movernos el piso entre nosotros. Era nosotros versus ellos, y ellos eran los editores de nuestros respectivos diarios. Los periodistas simplemente continuarían su juego de poker. Lo que estaba bien. Pero todo eso parecía un poco insatisfactorio después de haber estado investigando en los archivos de



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

París. Y yo ya tenía esa fiebre por la historia. Mi héroe entre los historiadores era Jacob Burckhardt, y para mí su libro *La civilización del Renacimiento en Italia* fue uno de los grandes tratados de antropología, no sólo de historia, que he leído. Por lo que solía llevar de contrabando ese libro a la sala de periodistas del departamento de policía dentro de una revista *Playboy*.

Si ellos hubieran sabido que estaba leyendo a Burkhardt, de quien seguramente nunca habían oído hablar, lo hubieran visto muy mal. Entonces, mientras ellos jugaban al poker yo escondía a Burkhardt detrás de *Playboy*. En cierto momento, me dije a mí mismo que era una locura, que lo que yo quería hacer era escribir historia. Por suerte para esa encrucijada, Harvard me ofreció una posición en la Society of Fellows. Entonces tomé coraje, entré a la oficina de los editores y dejé el diario. Recuerdo muy vivamente cuando salí de esa oficina. El editor se sintió muy mal pues decía que yo habría podido tener una carrera muy valiosa en el *New York Times*. Todos, por mi padre y no por mí, me estaban preparando para ser un gran periodista o un editor de la nueva generación. Y él me dijo "estás perdiendo la oportunidad de una gran carrera, estás cometiendo un terrible error". Salí y tomé por Bryant Park y me dije a mí mismo: eres libre. Y era libre, no solamente de la peculiar sociología del *New York Times –cosa* extraña y especial– sino que era libre de la carga que me había dejado mi padre.

*— Y entonces comienza el camino a* The Business of Enlightenment *¿Qué lo hizo elegir este tema? Usted empieza una larga trayectoria para estudiar la prensa y sus diferentes facetas.*

— Bueno, la mayor parte de la historia que yo había hecho hasta entonces sería lo que yo llamo "high intellectual history" en oposición a la "low intellectual history" que es lo que practico ahora. Por "low intellectual history" quiero decir no sólo poco intelectual y cultura popular, sino la cultura al nivel de la calle, la perspectiva antropológica de la cultura. Mi formación, si se puede llamar así, fue una completa operación hágalo-usted-mismo, intuitiva, que yo amaba. Ud. sabe bien lo que es Oxford; en mi caso, el director de mi tesis nunca la leyó. Era feliz por partida doble. Había trabajado en particular con un hombre llamado Robert Shackelton que era el gran experto mundial en Montesquieu y el iluminismo francés. Antes de eso, en mi último año como estudiante de Harvard, dediqué la mayor parte del tiempo a estudiar filosofía, especialmente a Kant y la *Crítica de la Razón Pura* y la historia de las ideas del pensamiento más elevado y formal. Entonces me impactó la historia social, especialmente la que empezó a desarrollarse en la escuela de los *Annales* y reaccioné contra la "high intellectual history", y me decidí a estudiar la historia de las ideas desde abajo, para entender la forma en que las mismas penetran en la sociedad, la forma en que la gente común tiene vidas intelectuales. Porque estoy convencido que ellos las tenían. Me sentía tan empujado a escribir historia intelectual de los no intelectuales, en parte como reacción a la historia intelectual excesivamente elitista que se había desarrollado hasta entonces, que quizá eso me orientó hacia lo que después fue *The Business of Enlightenement*[3] y los trabajos que le siguieron.

Pero también hay una respuesta particular a su pregunta. Realicé un estudio de Jefferson y de la gente que lo rodeaba en París. Mi orientación en mis estudios de grado[4] había sido historia y literatura de los EE.UU. y pensé que sería interesante seguir al círculo de Jefferson y tratar de reconstruirlo. El representaba la nueva república americana en los meses previos a la revolución francesa. Escribí un pequeño estudio de esto que nunca fue publicado, pero llegué a conocer a los franceses que se sintieron fascinados con la explosión de una revolución y la creación de una república al otro lado del océano. Ellos fundaron el club Société Gaullo American. Uno se llamaba Jacques Pierre Brissot, quien después lideró a los Girondinos en la revolución francesa. Me encontré en Oxford con un libro que indicaba que quizá podría haber algunas de sus cartas en la ciudad suiza de Neuchâtel, justo cruzando la frontera con Francia. Entonces le escribí a la biblioteca de Neuchâtel preguntando "¿tendrían ustedes algunas cartas de Jacques Pierre Brissot?" Y el director de la biblioteca me contestó diciendo "tenemos 119 cartas y aquí va la fotocopia de una de ellas". La fotocopia era un documento fabuloso. Fue suficiente para repensar totalmente su carrera porque, al llegar a Neuchâtel, había sido recién liberado de la Bastilla y no podía pagar sus deudas al editor de esa ciudad. Y trató de explicar por qué no podía pagar sus deudas, diciendo que había sido arrojado a la Bastilla, que su vida familiar había sido arruinada por el poder despótico de la policía de la monarquía francesa, etc., etc. Entonces pensé que sería grandioso poder escribir una biografía totalmente nueva de Brissot. Y así lo hice.

*— ¿Fue publicada?*

— No. Cuando fui a Harvard ése era mi proyecto principal. Tenía tres años para hacerlo y decidí primero escribir un pequeño estudio que había más o menos completado sobre mesmerismo, aplicando lo que estaba apareciendo en Francia como la historia de las mentalidades, usando la historia de la ciencia como una vía para explorar el universo mental de la gente. De ahí salió un pequeño libro sobre mesmerismo[5]. Lo que yo realmente quería era escribir una biografía de Brissot. Inmediatamente fui a Suiza, a la biblioteca de Neuchâtel. Había 119 cartas, junto con 50.000 cartas de cada uno que había tenido algo que ver con libros en los tiempos de la ilustración en los veinte años previos a la revolución francesa. Por cada uno quiero decir la gente que desmenuzaba los trapos, hacía el papel, construía los tipos, ponía la tinta, el tipo de trabajo artesanal que me fascinaba seguir, especialmente el de los obreros en los talleres. Usted puede escribir algo cercano a la labor history de esta manera, puede seguir de manera muy precisa la forma cómo estos hombres trabajaban, cómo les pagaban, en qué áreas se metían en problemas, dónde eran reclutados, cuál era la naturaleza de su trabajo detrás de los libros, y por supuesto, seguir a los vendedores y contrabandistas de libros, a los editores, a los autores. Bueno, había ido allí con la intención de escribir una biografía de Brissot. Fue difícil cambiar de senda cuando se está haciendo algo, por lo que leí las cartas y las transcribí todas, las tipeé, las verifiqué con los manuscritos e intenté publicarlas como su correspondencia. Empecé a escribir la biografía, entonces encontré material por otro lado. Así que tengo un borrador de 500 páginas de esta biografía que ha estado dentro de un cajón por 30 años, desde 1968.

*— ¿Alguna vez pensó en hacer algo con eso?*

— Sí, lo hice. Inclusive ese trabajo es un segundo borrador, muy limpio, pero que termina en 1789 cuando el material nuevo desaparece. Por eso decidí que escribiría la primera parte, explotando con la máxima profundidad el



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nuevo material. Más tarde, haría investigación para la segunda parte. Cuando terminé la primera parte, me entusiasmaba tanto tratar de reconstruir el sistema de publicación y de contrabando de libros que dije, esperemos un momento, la verdadera historia no es Brissot, es la cuestión entera, la historia del libro. Entonces abandoné la biografía en un cajón donde está descansando hasta hoy y decidí que escribiría sobre la historia de los libros. Volví a los archivos, les dediqué 11 veranos y un invierno, y ellos me proveyeron del material para mucho trabajo desde entonces, del cual el más importante es ese libro en gran escala llamado *The Business of Enlightenment.* Es un estudio de cómo la Biblia del Iluminismo, la *Encyclopédie*, realmente fue producido y alcanzó a sus lectores. Es un intento por mirar a la historia entera de la publicación y la difusión de los libros recreando en detalle la historia de un libro.

*— Uno de los aspectos más interesantes de ese proyecto es que usted encuentra en ese negocio algo francamente orientado hacia el mercado en la empresa de publicar y al mismo tiempo una audiencia, el público lector, que está lejos de ser un grupo humano capitalista. Y hay una paradoja aquí. Usted ha usado el término "iluminismo desde abajo" para describir este proceso. Ya que usted era escéptico sobre la alta historia intelectual, es evidentemente escéptico sobre la visión que los Annales tenían del iluminismo, que deja de ser una fuerza causal en la revolución, sobre su reduccionismo en cuanto a los libros. Por eso usted está tratando de manejar dos versiones revisionistas a la vez. ¿Puede hablar sobre su relación con la escuela de los Annales?*

— Seguro, lo que dice es un buen diagnóstico de lo que estoy tratando de hacer, con una excepción quizá. No estoy seguro que la escuela de los *Annales* haya desarrollado alguna vez su propia visión del iluminismo. En realidad su estrategia fue la opuesta, y pienso que fue una estrategia muy fructífera. Lo que, por ejemplo, François Furet empezó a hacer fue reconstruir la cultura de biblioteca del siglo XVIII en su totalidad. Lo hizo de acuerdo con las técnicas de los *Annales,* usando como ejemplos documentos que él pensaba que mostrarían qué significaba la venta de los libros, y entonces fue desarrollando un índice estadístico de esta cultura. Esto me impresionó mucho. Conocí a Furet en 1968. Pasamos un año aquí en Princeton, trabajamos bastante juntos y encontré este ensayo de lo más interesante e innovador en historia cultural porque estaba haciendo lo opuesto a la alta historia intelectual. Estaba tratado la cuestión de una manera más o menos sociológica, usando estadísticas para reconstruir el espacio literario entero. Pensé también que había profundas debilidades por el uso de documentos que no eran válidos y de técnicas erróneas. Pero la ambición era enorme, y continuaba un intenso esfuerzo de historia social de la literatura que ya había empezado en Francia con Daniel Mornet. Hay un artículo famoso publicado por Mornet en 1910 tratando de mostrar la extensión con la cual el *Contrato Social* de Rousseau penetró en el Antiguo Régimen. Básicamente Mornet usó técnicas estadísticas, inventarios de bibliotecas privadas, y encontró una sola copia del *Contrato Social* por lo que concluyó que la Biblia de la Revolución Francesa no había sido leída, no había existido realmente. Sus hallazgos desafiaron una perspectiva común de la Revolución Francesa que la ligaba con el iluminismo. Ese desafío fue tomado por los historiadores de los *Annales,* quienes modernizaron a Mornet al minimizar la importancia de las ideas puras en la



revolución. Por lo que en un cierto sentido mi trabajo continúa el de los historiadores de los *Annales.* Fui inmediatamente invitado a París, presentado a todos, incorporado al círculo y empecé a trabajar muy cerca de Furet y de Chartier... Esa gente que, fuera de París, hizo de la historia del libro una gran subdisciplina. Mientras que antes había sido una especie de rincón bastante elegante y elitista de erudición, de bibliógrafos, de ediciones raras, de libros hermosos, de exquisitas y exóticas encuadernaciones, etc. Este, en cambio, era un intento por entender la palabra impresa como fuerza histórica.

*— Pero al mismo tiempo, había un camino por el cual los Annales tendían a disminuir el poder causal de las ideas. Entonces, lo que usted estaba demandando era un lugar autónomo y vibrante para el mundo intelectual. ¿Cómo pudo manejar todo eso?*

— Bueno, eso se me ha vuelto claro con el paso de los años. No lo entendí de un día para el otro. Decidí escribir un libro entero sobre la *Encyclopédie* simplemente porque la documentación era increíblemente rica. Entonces resultó que a través de la documentación podía seguir la producción y difusión de los libros más importantes del iluminismo con tanto detalle que pensé que podía reconstruir la historia de los libros en general. En el medio de eso apareció una especie de misterio policial. Porque resulta que hay un consorcio de editores, uno de ellos es un hombre de confianza que está estafando a los otros y hay una historia policial en el medio. Por lo que también traté de hacer la sociología de la literatura mientras que al mismo tiempo narraba la historia de un delito, y la posibilidad de juntar ambas cosas se volvió irresistible. No escribí el libro que originalmente iba a escribir, que iba a ser un libro sobre todo, en un solo volumen.

Otro tema que exploré es el de los autores, los intelectuales y la vida intelectual. En el primer artículo que yo escribí sobre Brissot a fines de los sesenta descubrí que él era espía de la policía. Encontré los papeles del Jefe de la policía secreta, quien escribió sus memorias pero murió antes de poderlas publicar. En ellas había una sección entera acerca de Brissot y de varios otros escritores que luego fueron revolucionarios. Me sorprendí al hallar que la policía estaba siguiendo a estas personas antes de la Revolución. Y si Ud. lee los informes sobre ellos obtiene un vívido panorama del medio en que habitaban. A este medio lo llamé luego "Grub Street"[6], aplicando un término inglés a un fenómeno francés. Si Ud. lee los informes sobre ellos tiene un vivo panorama del medio en que vivían. Era el mundo de los escritores de alquiler, de los que había unos cuantos. Los franceses se refieren a ellos como los "Rousseau du ruisseau", los Rousseau de los barrios bajos. Yo creo que había muchos y Brissot era uno de ellos. En ese momento ellos denunciaban al sistema desde una posición social que era completamente opuesta a la de los escritores bien alimentados y establecidos que se conectaban con la Ilustración. Yo encontré que se desarrollaba una suerte de bipolaridad en el mundo de las letras. Una segunda generación de escritores iluministas, la gente que sucedió a Voltaire y Rousseau y que de hecho fueron reclutados por Voltaire para sucederlo y dominar el mundo de las letras en nombre de las Luces, ocupó posiciones de prestigio y de poder, los sitiales de la Academie Française. Ellos habían sido cooptados por el establishment y no eran en absoluto delgados y hambrientos revolucionarios sino que estaban muy contentos de



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

haber negociado una posición dentro del Antiguo Régimen. Mientras que ellos engordaban en la "iglesia de Voltaire", como él la llamaba, otro grupo de escritores luchaba por sobrevivir en Grub Street. Cuando yo presenté esta tesis, publicada en un artículo en *Past and Present* a fines de la década de 1960, había una gran cantidad de escritores críticos de la política exterior norteamericana. Esta interpretación anti-establishment reflejaba una serie de sentimientos, de retórica y de política rebeldes de fines de los sesenta. Yo era parte del movimiento contra la guerra. Recuerdo vivamente que Peter Gay, la gran autoridad sobre el iluminismo, me dijo que mi interpretación parecía más una retórica de 1968 que historia.

*— Pero al mismo tiempo hay algo paradójico sobre esta cuestión, al menos en el conocimiento recibido sobre la relación entre revolución e ilustración, o si Ud. quiere, entre el 68 y el socialismo, pues en ella había también algo pre-iluminista o pre-liberal. Está la discusión acerca de esos lectores, muy tradicionales, que no eran los modernos protocapitalistas. Esto nos remite a la discusión en su trabajo sobre la compleja relación entre escritores y lectores.*

— Realmente creo que es compleja. Ud. ha resumido exactamente lo que yo quiero decir. Bajo el Antiguo Régimen existía ya un sistema de mercado capitalista que se puede ver en funcionamiento al estudiar la publicación y venta de libros. Los editores trataban de ganar dinero y descubrieron que había un formidable mercado de gente que quería leer a Voltaire y Rousseau y otras cosas más corrientes. Por lo tanto satisfacían una demanda. Pero, ¿quiénes eran estos lectores? Uno de mis días más felices en los archivos fue cuando encontré la lista de suscriptores de la Enciclopedia. Así pude mapear precisamente su difusión y elaborar un cuadro sociológico de quienes la compraban. Al leer y analizar el material encontré que no sólo había empresarios, comerciantes y gente vinculada a la llamada revolución industrial. Por el contrario, se encuentran muchos notables de vieja data: muchos profesionales (doctores, abogados), varios miembros de la administración real, un buen número de sacerdotes y muchos aristócratas. Lo que yo percibí fue un mundo bastante más arcaico que el propio de una burguesía industrial. Pienso que éste es el mundo que continúa dominando Francia durante buena parte del siglo XIX, el mundo que se denomina generalmente de los notables. Así la idea de una revolución puramente burguesa no condice con el caso de la Enciclopedia. Mis amigos franceses estaban llegando a conclusiones similares en sus trabajos sobre otros temas.

*— Lo que nos lleva a la siguiente pregunta: ¿Qué significa esto en el gran debate acerca del estatus de la Revolución? ¿Ha encontrado Ud. que la Revolución, si bien violenta, no fue el gran cataclismo social e intelectual que en un momento se creyó?*

— Entiendo su pregunta. Lo que voy a decir puede parecerle paradójico, pero creo que la Revolución fue un gran cataclismo social y la considero un fuerte punto de inflexión en la historia del mundo. Y en cierto sentido la encuentro muy conmovedora, todavía nos habla. Pero no en el sentido osificado, dogmático, con que la hizo hablar en particular el Partido Comunista francés, que tenía un monopolio sobre la Revolución Francesa, cuando Albert Soboul, quien ocupaba la cátedra de Estudios sobre la Revolución Francesa, era el pope del tema. A fines de la década de 1950 y comienzos de la de 1960, cuando yo comencé a estudiar, Soboul era todopoderoso y, a pesar de



que siempre fue muy amable conmigo, aterrorizaba a todo el mundo. Tenía berrinches y les gritaba a todos; tenía todo el poder en este campo de estudio. Cuando François Furet lo atacó e inició la tendencia revisionista todas mis simpatías estuvieran con él y con el grupo de los *Annales* que se oponían a la Universidad y a la vieja interpretación marxista tradicional. Habiendo sido criado en los Estados Unidos, el marxismo ni siquiera existía. Yo era estudiante durante el apogeo del macarthismo, y recuerdo haber leído secretamente un ejemplar del Manifiesto Comunista pensando que estaba haciendo algo verdaderamente perverso. Era muy estimulante tener ese libro y correr a un rincón para leerlo con la sensación de hacer algo maravillosamente subversivo y herético. En verdad yo fui a algunas de las audiencias de McCarthy y vi al ególatra en persona. De todo esto guardo experiencias muy vivas. Por supuesto, mis simpatías nunca estuvieron con los macarthistas pero tampoco con los marxistas. Nosotros no tuvimos una tradición marxista fuerte; tal vez sea más fuerte ahora que entonces.

*— Creo que esto es así desde fines de los setentas y comienzos de los ochentas.*

— En los cincuentas y sesentas no había tal cosa. Así, al revés de los franceses, yo nunca tuve que encontrarme con el marxismo a menos que fuera esa cosa deliciosamente malvada que uno miraba a escondidas. La idea de afiliarme al Partido Comunista y ser un militante a la par que un historiador nunca se me pasó por la cabeza, como tampoco a nadie que yo conozca. Alguien como Furet, que es una generación anterior a la mía, fue miembro del Partido Comunista del cual él, como muchos otros, se separaron debido a Hungría y la Primavera de Praga. Los que permanecieron dentro tenían otra visión del mundo que parecía bastante dogmática.

*— Pero Ud. todavía desea conservar algo. Para aquellos que, como yo, damos clase aún queremos tener un gran relato*, la Revolución todavía permanece como algo central?*

— Sí, por supuesto.

*— Y sin embargo, existe la sensación de que la desmitificación de la Revolución ha revuelto nuestra noción de tiempo histórico mundial. Pero Ud. quiere conservarla.*

— Sí, correcto. Yo no estoy seguro de tener un gran relato. Pero cuando estudio la Revolución me impresiona la liberación de un formidable caudal de energía utópica, la voluntad de crear un nuevo mundo. Y creo que esa energía utópica se corresponde con el proceso que los antropólogos llaman construcción social de la realidad. Aunque había corrientes de la cultura del Antiguo Régimen que continuaron luego de la Revolución, la percibo como un quiebre profundo y donde creo que la violencia es crucial. Literalmente, ver cabezas puestas en las puntas de picas, o alineadas en la Bastilla, o ríos de sangre por las calles fue tan terrible como traumático. Y de ese trauma se le hizo posible al pueblo súbitamente decir "Ha sido destruido, está hecho pedazos, está en ruinas. Ahora nos toca a nosotros recrear el mundo". Y lo hicieron en muchos aspectos. Crearon un nuevo sistema de pesas y medidas, una nueva forma de medir el tiempo, un nuevo calendario, una nueva relación entre los sexos, entre padres e hijos. Yo creo que esa sensación de reconstrucción social de la realidad, del mundo en que vivían, permeaba todo. Pienso que la Revolu-

* "Master narrative" en el original.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ción realmente destruyó el Antiguo Régimen. Los campesinos no pagaron más los derechos señoriales, lo cual marca una diferencia que si bien varía de un lugar a otro, es importante desde un punto de vista económico. También la Iglesia fue destruida como poder económico. Y podría seguir enumerando cosas. Yo veo la ruptura como parte de un proceso del pueblo reconstruyendo el mundo tras un tremendo cataclismo. Y el mundo en que habitaron fue muy diferente de aquel que habían conocido. Por lo tanto esto no tiene nada que ver con la dialéctica o el concepto marxista de contradicciones, sino con una noción antropológica de la realidad como algo que es socialmente construido.

*— Entonces, más que una lógica inmanente, lo que había era una historia de consecuencias no queridas de la acción colectiva.*

— Exacto.

*— Este es un buen momento para discutir su relación con la antropología y los orígenes de* La gran matanza de gatos[7] *y de una forma distinta de microhistoria. ¿Cuál es la genealogía de su relación con la antropología? En el Prefacio, Ud. menciona a Clifford Geertz.*

— Yo creo que estudiar la Ilustración desde abajo, desde la perspectiva de Grub Street, y de encontrar la posición social de los autores y seguir sus carreras es entender cómo la literatura forma parte de un sistema de poder. El hacerlo en forma sistemática me llevó hacia la sociología y la antropología. Pero era una atracción sin conocimiento, nunca había estudiado nada de eso. Cuando llegué a Princeton en 1968 y conocí a Clifford Geertz, él me preguntó sobre qué trabajaba, y le conté que estaba planeando un seminario que introdujera allí lo que los historiadores franceses llamaban "historia de las mentalidades". El me preguntó qué era eso. Yo comencé a describirle el trabajo y me dijo que se parecía mucho a la antropología. Y yo le dije, ¿eso qué es? Inmediatamente se desarrolló una fuerte simpatía entre ambos, y de esa conversación surgió nuestra colaboración. Geertz decidió que deseaba enseñar el seminario de "Historia de las Mentalidades" conmigo. Y así lo hizo. Nosotros hemos enseñado juntos ese seminario de grado[8] por unos 25 años. Yo creo que él disfruta al mantener un debate continuo con un historiador, y sobre todo exponerse a estudiantes brillantes que no temen arriesgarse intelectualmente, ya que no están en su proceso de formación profesional como es el caso de los estudiantes de posgrado. De esta manera comenzamos a colaborar; generalmente tomamos dos trabajos sobre el mismo tema, uno de historia y otro de antropología. Yo creo que esta colaboración con Geertz ha sido la más importante que he tenido en Princeton. Fue todo un hallazgo. Debería haber conocido su trabajo de antemano, pero la verdad es que no lo conocía. Y comencé a leer diferentes trabajos de antropología, así que yo no creo que mis trabajos sean simplemente Geertzismo aplicado. Hay un artículo italiano llamado "Los peligros del Geertzismo"[9] que ataca mi trabajo. Encuentro muy divertido eso de Geertzismo, como si fuera un ejemplo espantoso de...

*— Geertzificacion*

— Sí, eso. Es ver la ruina de la historia cuando converge con la antropología. Sin embargo, Ud. habrá notado que toda clase de historiadores comenzaron a estar fascinados por la antropología casi al mismo tiempo que los antropólogos se interesaban por la historia.

*— Al leer* La gran matanza de gatos *en el contexto de toda su obra aparece el tema de la historia de la lectura. Hay algunos pasajes relevantes para mi propio trabajo sobre el Romanticismo en el Río de la Plata en el siglo XIX. Ud. identifica allí una suerte de momento romántico que se abre con Rousseau y clausura con Madame Bovary. Me pregunto de qué manera la antropología le permitió a Ud. estudiar la lectura en una manera diferente, ya que hacerlo es tan difícil.*

— Es terriblemente difícil estudiar la lectura, y no sé si estamos logrando algún éxito. Pero, por supuesto, leer es darle sentido a las cosas y construir símbolos impresos sobre una página. Yo pude estudiar la difusión de la Enciclopedia muy directamente. Tenía la lista de suscriptores y cartas de los libreros. Pero comprender cómo la gente leía el libro es muy difícil. Sin embargo, los archivos de Neuchâtel que yo trabajé eran muy ricos e incluían algunos legajos, y en particular uno que se plasmó en un capítulo de *La gran matanza de gatos*, en el que pude seguir a un lector del siglo XVIII que era muy corriente, muy de clase media, y que no leía únicamente a Rousseau. Lo pude seguir en detalle al aplicar lo que lee, siente, piensa y usa para dar sentido a su vida personal. Y él lo hace en un lapso de veinte años en los que escribe con regularidad cartas a esa persona a quien llama "L'ami Jean Jacques". Esto para mí es impresionante. Ud. tiene un relato de una lectura hecha de una manera muy intensa. Ahora bien, ¿es esto antropológico? En cierto sentido lo es, ya que la principal cuestión de la antropología reside en el significado: cómo la gente construye las cosas, qué es dar significado a las cosas. El hombre como animal que provee significado, es esa visión de la naturaleza humana la que es central a la antropología, no sólo a la de Geertz. De modo que lo que yo intento es escribir acerca de cómo la gente da significado a su vida, cómo le da sentido a las cosas. Y me parece que al no haber un estado poético interno lo que hay es una afirmación. Quiero decir que se expresa en gestos, verbalmente, se inscribe en documentos que dejan pistas. De este modo esta visión semántica de la cultura trata de seguir estas pistas, de percibir esos signos como indicadores de significado. Esta perspectiva provee gran rigor, y si hubiera muchos signos dejados por lectores comunes se podría hacer una historia sistemática de los modos de leer. Pienso que estamos intentándolo, escribiendo un estudio aquí y otro allá. Tal vez Ud. pueda hacer algo así para el Río de la Plata en el siglo XIX.

*— Pero al mismo tiempo hay algo especial acerca del momento Romántico, acerca de la intensa relación entre escritor y lector. Me pregunto si éste es el único momento en que se da esta situación, si en el momento anterior y el posterior esa relación está demasiado mediatizada.*

— Esto es parte del problema. En otras palabras, la mediación es también muy interesante. Yo voy a comenzar un futuro libro con un capítulo probablemente llamado "La risa de Voltaire". La idea es comprender la peculiar risa volteriana que involucraba distancia más que proximidad como era el caso en la relación escritor-autor en el Romanticismo. Hay algo importante en esta distancia que implica también poder. Creo que esto va a ser importante para reinterpretar la Ilustración. Voltaire siempre usa la frase "debemos tener a los que ríen de nuestro lado". Así que ganarse a la risa es una estrategia, un intento conscientemente elaborado para obtener poder. Bien, este es un tipo de lectura. Por lo tanto, yo estoy de acuerdo con Ud., hay algo peculiar al momento romántico, digamos entre Rousseau y Madame Bovary en el caso de Francia. Entonces se crea una suerte de retórica que establece



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

una nueva relación entre escritor y lector y simula leer un texto como una ventana transparente. A través de ella se puede ver dentro del alma del escritor y esto es muy raro y muy diferente a lo que existía antes. Pero si este tipo de análisis funciona para el Romanticismo debería poder aplicarse a otros períodos también.

— *Ultima pregunta acerca de* La gran matanza de gatos, *sobre política. Una crítica, que personalmente creo errónea, sostiene que la microhistoria oscurece las fuerzas sociales y políticas más amplias, el cambio social macro. ¿Piensa que es una retirada de lo político? Me imagino que Ud. nunca creyó esto último.*

— Me permito dudar porque no sé exactamente como voy a contextualizar mi respuesta. Un camino obvio es Foucault en el cual uno ve el poder encastrado en todo tipo de relaciones. Y si se quiere entender el poder no se necesita comenzar por el trono y las cortes y el poder oficialmente constituido. Yo soy un abierto entusiasta de Foucault. Creo que esa orientación acerca del poder es válida y que el poder existe en las relaciones simbólicas. Pero no creo que los símbolos representen poder, frecuentemente son poder. Y allí reside lo maravilloso de la interpretación de Foucault sobre los sistemas de clasificación. Tan pronto como se coloca a alguien en una categoría y no en otra, esto puede entenderse como más poder. Un libro es mal ubicado, se pierde y desaparece. Una persona a quien se define como homosexual, negro, judío, etcétera, puede encontrarse de pronto expuesto a toda suerte de peligros.

— *Estoy seguro que los argentinos encontrarán este problema muy familiar.*

— ¿No es verdad que un estado gendarme trata de clasificar todo y colocar a las personas en nichos y archivos? Yo mismo trabajé mucho con archivos policiales y los encuentro fascinantes. Bien, éste es un tipo de respuesta: contrariamente a la crítica mencionada, creo que la microhistoria o la historia antropológica ha abordado el estudio del poder de una manera más sustancial que la historia política convencional. Pero, por otro lado, creo que el peligro reside en que hemos hecho demasiada microhistoria. Ha habido tantos estudios similares a la "matanza de gatos" que...

— *Bueno, sobre Francia, no sobre América Latina...*

— Sí, para Francia, pero también para Italia y hasta cierto punto para Inglaterra. Yo pienso que la gente puede preguntarse si la historia es sólo una colección de pequeñas piezas de un mosaico que no pueden ser juntadas de manera tal de ofrecer una visión de conjunto. De este modo podríamos tener una visión macro del poder. Yo creo que podemos hacerlo, pero que será un argumento difícil de desarrollar. Voy a arriesgar lo siguiente: el gran poder, el gran atractivo de algo como la sociología es que mira a los problemas en forma sistemática, lo que no implica entender a la sociedad como un sistema total sin ruptura alguna, sino como un sistema que da cohesión. No hay solamente confusión sino que existen reglas del juego. El sistema se mantiene cohesionado y también se quiebra, por lo tanto si estudiamos una sociedad tan altamente articulada como la del Antiguo Régimen y un quiebre tan violento como la Revolución, creo que esta visión macro es crucial. En este momento nosotros no tenemos ninguna. Estoy de acuerdo en que no hay más un gran relato del Antiguo Régimen que sea tan sólido como el que tenía Tocqueville. Pero aun el de Tocqueville no era del todo adecuado. De todos modos



yo creo que uno podría comenzar con la noción de privilegio o ley privada como principio organizador del Antiguo Régimen, donde el concepto de ley era aplicado de manera diferente a diferentes grupos. Pero todos obtenían algo de ella. Todos gozaban de algún privilegio, aun aquellos campesinos que pagaban menos impuesto a la sal en su pueblo que los del pueblo contiguo, y que defendían esa posición privilegiada a veces con sus vidas. Esto tal vez parezca un poco extravagante, pero lo que yo veo es una sociedad organizada en torno del privilegio, que era enormemente compleja pero donde la ley afectaba de manera desigual a las personas, donde se suponía que la gente era desigual. Eso es lo que Dios planeó, ésa es la forma en que la naturaleza se comporta. De esta sociedad tan compleja en donde el mismo principio organizador se aplicaba a todo (aun los libros tenían privilegios) se pasa a una sociedad en la que se considera a la ley como igual para todos. De la ley privada (privilegio en latín) se pasa a la ley general o "volonté general" de Rousseau y de la "Declaración de Derechos del Hombre" que estipula que la ley es la expresión de la voluntad general. Esto no es esa cosa metafísica que Hegel vio en Rousseau, sino que implica una nueva noción.

— *¿Cómo influyo en su trabajo acerca del periodismo y la cultura pública en Francia del siglo XVIII el haber sido periodista y haber escrito un libro como* The Berlin Journal *sobre política contemporánea?*

— 1989 fue un gran año. Yo salí del siglo XVIII y de las celebraciones del bicentenario de la Revolución Francesa y me introduje en lo que parecía, olía y se sentía como una revolución en Alemania Oriental. Fue increíble, el Muro cayó y de repente también cayeron los regímenes de la Europa Central y Oriental. Yo buscaba que 1989 cayera dentro del modelo de 1789. Allí estaba yo, en el "Instituto de Estudios Avanzados" de Berlín escribiendo otra monografía sobre el siglo XVIII, y no pude soportarla más. Abandoné la monografía y pasé el resto del año recorriendo Alemania Oriental, entrevistando gente y siguiendo los sucesos. Así volví a mi antiguo rol de periodista, pero con mucha experiencia histórica. ¿Esto me hizo ver el siglo XVIII con otra perspectiva? Yo creo que sí. Es cierto que había habido varias oleadas revisionistas de la Revolución Francesa antes de 1989. No habiendo sido nunca marxista no tenía que sacarme de encima viejas cargas ideológicas. No es que yo viera todo más claramente que el resto o que esperara que los regímenes colapsaran en Europa del Este de la manera que lo hicieron. Creo que yo tenía en mi mente una noción de revolución muy diferente, que derivaba completamente del modelo francés tal como había sido transmitido al siglo XIX y eventualmente a los rusos. Y este modelo obviamente no funcionó. Pero lo que me impactó fue el sentimiento profundo y general de falta de legitimidad del régimen, sobre todo en Alemania Oriental. La desafección de la población era impresionante. Muchos episodios me recordaban el siglo XVIII. Por ejemplo, había escándalos tales como que los miembros del Comité Central del Partido Comunista tenían cotos de caza y cosas por el estilo. Se mostraban esas casas en la televisión y había debates en el parlamento. Por supuesto que esas cabañas eran bien modestas comparadas con las casas de campo que poseen muchos altos ejecutivos en los Estados Unidos. Y, sin embargo, esto horrorizaba a los alemanes orientales a quienes les habían dicho que debían ajustarse los cinturones y



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sacrificarse para que el socialismo pudiera triunfar. Por eso creo que la falta de legitimidad que emergía frente a mí era mucho más importante de lo que había considerado.

*— Con respecto a esto, las dos revoluciones tienen cierta homología. El curso y la secuencia de acontecimientos puede diferir, y obviamente la violencia de una contrasta con su ausencia en la otra. Pero la cuestión de la legitimidad ¿era tan clara para Ud. antes de 1989?*

— No. Y en el libro que espero escribir, un estudio en gran escala del estallido de la Revolución Francesa, habrá un análisis de las redes de comunicaciones y de los medios que operaban desde el siglo XVII y en el XVIII, concentrándome en la década de 1780 y los años inmediatos conocidos como la "prerevolución". Cuando escriba este libro, creo que lo haré de una manera diferente a si lo hubiera escrito antes de 1989.

*— Acerca del "métier" del historiador y el del periodista, ¿existe un tensión entre ambos? Ud. hizo esa transición en los sesentas.*

— Creo que son diferentes pero que tienen puntos en común. Me parece que sería tremendamente ventajoso para un periodista saber algo de historia. La mayoría de ellos no sabe nada. También sería deseable que los historiadores pasaran un tiempo trabajando en la jefatura de policía como reporteros. Les daría experiencia de primera mano y les permitiría conocer gente común, dar sentido a los sucesos a medida que se producen...

*— Que está tan ausente de lo que hacemos...*

— Es cierto. Tenemos tanto tiempo para poner distancia y reflexionar que a menudo olvidamos, creo, el modo en que la improvisación tiene lugar, la manera en que los hechos se ligan a consecuencias imprevistas, la ceguera de la gente que anda a tientas en situaciones difíciles. También hay en la experiencia del periodista una cierta integridad. Recuerdo, por ejemplo, la época de los tumultos en New York cuando todo Harlem explotó en 1964-65. Había tumultos en todo el país, en fin la sociedad entera explotó en los sesentas. Yo no cubrí como periodista ningún tumulto pero muchos de mis amigos lo hicieron y yo sentía como si lo hubiera hecho yo. Lo que me impresionaba de su trabajo era la forma en que podían captar un sentimiento y la especificidad de su escritura. Tenían una especie de honestidad al tratar de captar lo que estaba ocurriendo en el medio de una confusión general. Creo que algunos historiadores como Georges Lefebvre y especialmente Ranijat Guha de los Estudios Subalternos lo han conseguido. Ellos discuten los rumores y el carácter improvisado de la violencia.

*— El historiador atribuye demasiada racionalidad a este tipo de hechos.*

— Creo que sí. No es que el periodista entienda a alguien con más profundidad sino que es una cualidad de la inmediatez. Eso es lo que quiero decir con integridad y que creo que es importante. Pero, en mi opinión, el cambio mayor no tiene mucho que ver con el desarrollo impredecible de los sucesos sino con esta noción de cómo crece en una sociedad el descontento con su estructura de poder. Para mí, este es el elemento crucial en el colapso del Antiguo Régimen. Creo que era muy profundo y está evidenciado claramente. El tipo particular de evidencia que yo trabajé eran esos "best sellers" prohibidos que comunicaban una ideología altamente sediciosa pero que llegaba directamente. Y ellos se unen a una suerte de folklore político



más amplio, una forma de contextualizar los hechos a medida que van ocurriendo. Creo que el contexto realmente implica narrativas disponibles en ese tiempo en las que la gente encajaba los sucesos a medida que ocurrían. De este modo los percibían de una manera completamente diferente de la que los historiadores han reconstruido. Este es un maravilloso ejemplo de la colosal disparidad entre la conciencia de los contemporáneos y la "wissenchaft" de los historiadores.

*— Me interesa saber en qué medida era Ud. consciente en* The Berlin Journal *del problema de las múltiples narrativas de un proceso complejo. Tal vez así los historiadores que trabajen sobre 1989 no caerán en esa trampa.*

— Exactamente. Yo traté de captar la atmósfera de los hechos a medida que iban ocurriendo. Por lo tanto mi escritura es muy "atmosférica", y cometí errores que no quise corregir.

*— Que es exactamente lo que les pasa a los periodistas...*

— Sí, exacto. Mis ensayos eran publicados a medida que los sucesos se desencadenaban. Yo los escribía el día después de un hecho importante, y no los junté sino hasta agosto de 1990. Podría haberlos reescrito, especialmente aquellos trabajos en que yo arriesgaba predicciones. Por ejemplo, luego de la caída del muro yo era de aquellos dentro de la izquierda que deseaba que Alemania Oriental sobreviviera, que tuviera un socialismo con una faz humana. Lo que debía ser purgado era el stalinismo; esto proveería un modelo alternativo y otra Alemania. Más aún, yo no tenía ningún apuro en ver una Alemania unificada. Bien, esto fue totalmente equivocado. Yo hablé con demasiados intelectuales y gente de la izquierda socialdemócrata. Pronto fue evidente que la gran mayoría de los alemanes querían lo que ellos llamaban la reunificación, no unificación. Así que yo dejé todo como lo había escrito, y lo hice con la actitud que Ud. mencionó, para que algunos historiadores del futuro pudieran usarlo.

*— Reflexionemos una vez más sobre Francia en el siglo XVIII y 1989. ¿Cuáles son para Ud. las principales diferencias, si existe una tosca homología, en la cuestión de la legitimidad y de la sensibilidad popular acerca de la política?*

— Hay diferencias, seguramente, y son enormes. Déjeme volver a las similitudes por un momento. Aquí el aspecto principal es el proceso de erosión de la legitimidad. Pero hay un aspecto colateral que se relaciona con la importancia de los medios de comunicación y la opinión publica. Y es ciertamente en Alemania Oriental donde el papel que jugaron los medios de comunicación fue realmente formidable: la televisión occidental, también la de Alemania Oriental, y la palabra hablada. Se puede decir que la caída del Muro de Berlín fue un evento para los medios. Y si hablamos de los detalles puedo contar algunas anécdotas sobre la manera en que la gente seguía la televisión y lo hizo tan atentamente que se transformó en un factor de los hechos más que en un relato sobre ellos. Estos dos ingredientes también existían en Francia hacia 1780. Y parte de mi trabajo es reconstruir cómo operaban los medios de comunicación. Si le pregunta a alguien cómo eran los medios en Francia en el siglo XVIII, la gente dirá probablemente que era una especie de país feliz, sin radio ni televisión. Pero de hecho había toda suerte de medios de comunicación que la gente ha olvidado. Había diferentes formas de comunicar mensajes: canciones, rumores, etc. Y mi trabajo es reconstruir la es-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tructura de esos medios, la forma en que operaban y transmitían mensajes.

Estos son los dos aspectos más importantes sobre los que voy a centrar mi interés para comprender el estallido de la Revolución Francesa. Pero, obviamente, las diferencias son más importantes que las similitudes. En Francia hubo una revolución social, un gran estallido social con muchos elementos de lucha de clases. Y yo considero que el ascenso del campesinado es un elemento absolutamente crucial. Me parece que la vieja escuela de historiografía marxista, especialmente Albert Mathiez, Lefebvre y Soboul, más allá de los errores de dogmatismo que cometieron al tratar de atar todo en un prolijo fardo marxista, demostraron el papel central del campesinado (en un país cuya población era en un 85% campesina) en la caída del régimen señorial en el que eran explotados por los propietarios y por la Iglesia. Entonces el levantamiento campesino, el Gran Miedo y la declaración del 4 de agosto de 1789 fueron absolutamente centrales junto con la Declaración de los Derechos del Hombre y otros grandes manifiestos de la que ha sido llamada la revolución "burguesa". Y hay aún otro factor, la guerra. La gente tiende a ver la Revolución Francesa como si fuera un solo bloque, de acuerdo con la famosa fórmula "La Revolution est un bloc", pero esto es dudoso. Es la guerra, que no comenzó sino hasta 1792 después de la destrucción del régimen señorial, de las propiedades eclesiásticas y del antiguo régimen como ordenamiento jurídico, la que transforma la situación. Y Francia debió enfrentar al resto de Europa, una Europa unida que hablaba claramente en documentos como el Manifiesto del duque de Brunswick diciendo que iba a masacrar a cualquiera que le tocara un pelo a los reyes. De ese modo la guerra transforma las cosas: una nación se enfrenta a una colección de regímenes hostiles. La naturaleza de la guerra también se vio transformada: la ideología y el nacionalismo eran centrales en ella. Y era una guerra a muerte.

*— Y redirige el curso de la Revolución.*

— Por supuesto. Yo considero que el terror es impensable sin la guerra. Y estoy totalmente en desacuerdo con los revisionistas, con Furet a la cabeza, que sostienen que el terror estaba implícito en la Revolución desde 1789. Para volver a la comparación: los aspectos de erosión de la legitimidad y la formación de una nación con su propia opinión pública que expresa el sentido de su destino, que toma en sus manos el control de los hechos, todos estos fenómenos existían en Francia en 1789 y en Europa Central y Oriental en 1989-90. Pero las diferencias son abrumadoras. Ello hace posible que las revoluciones de 1989-90 permanezcan esencialmente no-violentas.

*— ¿Hay alguna teoría de las revoluciones implícita en estos fenómenos?*

— Yo enseñaba un curso aquí en Princeton con Lawrence Stone sobre Revoluciones comparadas. Era un curso enorme en el que siempre tratábamos las grandes revoluciones: la inglesa, la francesa y la rusa (a veces incluíamos también la americana y la china) y leímos mucha bibliografía teórica sobre el tema. Lo hicimos durante muchos años, trabajando mucho las comparaciones y la noción de anatomía de la revolución y de un modelo de ley histórica. Debo confesar que lo abandoné. Me parece que cuando un régimen cae hay ciertas similitudes en el concepto de colapso, pero más allá de eso...

*— Pero Ud. tiene cierta noción de crisis de la esfera pública. No sé si eso puede generalizarse en una teoría del cambio social.*

— Pienso que uno puede elaborar generalizaciones que se sostienen bastante bien, por ejemplo las que se refieren al proceso de deslegitimación. Pero también creo que éste tiene que ver con una falla de energía de parte de las autoridades. Y a menudo las revoluciones comienzan con regímenes que se están cayendo solos. Creo que eso es verdad para 1989. La gente salió a la calle, es cierto, pero no atacaba abiertamente al régimen. Este cayó por su propio peso. Los miembros del Politburó, del Comité Central y de la GDR renunciaron. Y durante una semana después de la caída del muro no hubo gobierno.

*— La razón por la que mencioné esto es que tres o cuatro meses antes había ocurrido lo de Tiannanmen en China. Y allí la historia toma un curso diferente a pesar de que en la superficie del régimen había algunas grietas. Diferentes regímenes responden de maneras diferentes, China y Alemania Oriental por ejemplo, y eso tiene múltiples consecuencias no deseadas.*

— En otras palabras, Ud. piensa que el rol de las autoridades en la represión es crucial. Estoy de acuerdo.

*— Y por la razón que fuera, los alemanes decidieron no sacar los tanques, y los franceses en 1789 intervinieron sólo muy tardíamente.*

— Es verdad. Cuando enseño un curso sobre la Revolución Francesa trato de enfatizar los momentos en que las autoridades, especialmente el rey, se enfrentaron a la decisión de intervenir con sus fuerzas. Y se puede ver como esto no ocurrió en muchas ocasiones. Ellos deciden contener sus fuerzas una y otra vez, y eso es lo que los chinos no hicieron. Y creo que muchas revoluciones son abortadas en sus primeros pasos, así que no veo nada inevitable en este proceso. Pero la erosión, la falta de energía, lo que yo llamo proceso de deslegitimación, afecta a los gobiernos. Estoy convencido que los líderes del régimen alemán oriental, aunque creían en el socialismo y todo eso, pensaban que tan pronto como el poder soviético estuviese en retirada, sería su propio fin...y eso fue lo que ocurrió.

*— Existe otra diferencia entre Pekín y Berlín. Pekín era el centro de un poder burocrático y militar, lo que no era Berlín.*

— Si, es cierto. Pero hubo algunos momentos cruciales, justo antes de la caída del muro, por ejemplo. Creo que fue el 4 de octubre en Leipzig. Todos los lunes por la noche había habido demostraciones; la gente caminaba silenciosamente por las calles del centro de la ciudad llevando pancartas. Comenzaron con unas pocas personas y fueron creciendo y creciendo. Muy poco después prácticamente toda la ciudad estaba en las calles, caminando por lo que habían sido los muros de la ciudad, un acto simbólico de posesión, obviamente. Más o menos en la mitad de este proceso se esparció la noticia de que las autoridades no tolerarían más esas marchas, y que si los manifestantes se reunían otra vez serían fusilados. Y efectivamente las fuerzas policiales rodearon la zona de las marchas. La gente creía que iba a haber una masacre. Pero a último momento se dio la orden a las tropas de retirarse. Exactamente quién dio esta orden y como sucedió nadie lo sabe. Hablé mucho con la gente y traté de reconstruir la secuencia de hechos al estilo de la historia "evenémentielle" pero nunca pude encontrar una respuesta. Hay varias versiones acerca de esto. Puede ser que el segundo jefe del Partido Comunista regional haya decidido que eso no podía ocurrir.

*— Ni siquiera podemos tratar a este régimen como algo monolítico, homogéneo,*



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

*que tiene una acción racional intencionada.*
— Sí, y una versión es que Gorbachov había hecho saber que no habría represión. En ese preciso momento este hecho era algo sólo local, pero una vez que la gente ve retroceder al régimen, del mismo modo que retrocedió en 1789, el lunes siguiente había 200.000 personas en la calle en una ciudad de 600.000. Yo mismo fui a las demostraciones, y fue una experiencia impresionante ver a una ciudad entera marchando.

*— Muchos argentinos podrán relacionar estas demostraciones con los días de fines de la dictadura militar y de la crisis luego de la derrota en la Guerra de las Malvinas.*
— Había una marea de gente en Leipzig. Yo había ido a manifestaciones en los Estados Unidos durante las protestas por los derechos civiles y contra la guerra de Vietnam. Pero estas marchas eran diferentes, había un cierto sentido de revolución en el aire. No puedo pensar en otra palabra para describirlo.

*— Hemos hablado de muchas contingencias, de hechos locales, de caminos transitados y no transitados, y de otros que llevan a lugares inesperados. Pero me pregunto cuánto de estructura hay en todo esto. Habermas ha escrito acerca de la estructura de la esfera pública, y éste es el marco dentro del cual Ud. trabaja. No le preguntaré sobre sus reflexiones acerca de la esfera pública en la que vivimos hoy. Pero su preocupación reside en nuestro sistema democrático.*
— A veces como ciudadano debo opinar enfáticamente sobre eso. Una de las cosas que más odio de los Estados Unidos es la baja calidad de su televisión, especialmente de los noticieros. Yo no permito que haya televisión en mi casa porque tengo tres hijos. Eran tratados como bichos raros en la escuela. Las pocas veces que veo televisión, en la casa de mi suegra, es espantosa. No me refiero solamente a las constantes interrupciones de las propagandas, que en el caso de los noticieros ocupan casi la mitad del tiempo, sino a la superficialidad de la información. Algunos de los locutores más conocidos de la televisión fueron a Berlin para cubrir los sucesos cuando yo estaba allí. Enviaron gente que no hablaba alemán, que ni siquiera sabía dónde estaba. Hacían preguntas triviales, no tenían idea de lo que estaba ocurriendo.

*— ¿Ud. cree que la televisión ha terminado con los otros medios de comunicación?*
— No me gustaría unirme a los Jeremías que se lamentan por la muerte del libro y todo eso. Es cierto que en gran medida mi trabajo se refiere a lo que se conoce como historia del libro. A menudo me invitan a conferencias donde todos se quejan de la muerte del libro y profetizan cosas extrañas sobre la era electrónica. No quiero caer en eso. En algún momento yo pensé en escribir un libro sobre el periodismo de la década de 1920 y comencé a investigar un poco. Y encontré que en los años veinte había unos 17 ó 20 periódicos en inglés en New York, sin hacer mención del resto en otros idiomas. Hoy hay sólo dos. Por lo tanto creo que el periodismo escrito ha sido dañado irreparablemente por la televisión. Y creo que el daño es mayor si tenemos en cuenta la gran cantidad de horas que los niños pasan frente al televisor en vez de leer libros. Tenemos un analfabetismo cada vez mayor, especialmente en los sectores más pobres de la población, mucha gente no puede deletrear correctamente. Aun nuestros dirigentes, incluido el presidente, comenten errores gramaticales cuando hablan. Creo que hay una verdadera pauperización con la generalización de los medios electrónicos.



*— La refutación a su argumento es que la gente elige estas cosas. ¿Qué podemos hacer nosotros como personas democráticas?*
— Bueno, yo no abogo por la abolición de la televisión. Pero estaría listo para fundar un nuevo movimiento ludita. Los miembros deberían hachar sus televisores voluntariamente. Creo que los padres deberían sacar los televisores de sus casas hasta que los chicos fueran a la Universidad.

*— Pero, si Ud. quiere enriquecer nuestra cultura pública, si quiere democratizar la televisión, ¿Cómo lo hace? ¿Qué haría Ud. como intelectual?*
— Yo escribí un artículo en *The New Republic* titulado "Carta abierta a un productor de televisión". Es una denuncia de una dramatización sobre el período napoleónico. Me pidieron que leyera el guión y lo hice. Yo esperaba muchas inexactitudes pero eso no me molestaba. Lo que me disgustó fueron la violencia y el sexo innecesarios presentes en él. Por ejemplo, una batalla en la que Josefina se desmaya sobre un cadáver y su mano se posa sobre la cara en descomposición, personas copulando en el medio de un banquete, cosas simplemente exageradas y de muy mal gusto. Y comprendí entonces que los guionistas ponen todo esto para mantener la atención de la audiencia. Este es un ejemplo de lo que puedo hacer, pero no creo que dé muchos resultados. Una vez una cadena de televisión me invitó para discutir lo que ellos hacían. Yo les manifesté mis quejas acerca de la trivialización de la vida pública, pero no convencí a nadie. Y me fui con la sensación de que los ratings son todo, que la televisión es un negocio muy competitivo y que los ejecutivos están decididos a tomar posesión del mundo. Tal vez ya lo hayan hecho.

*— Ud. debe estar muy alarmado por la increíble concentración de los medios de comunicación en los últimos dos años. Esto ocurre no sólo en los Estados Unidos sino en todo el mundo.*
— Es verdad, y lamento la influencia que los medios norteamericanos tienen fuera de los Estados Unidos. Recuerdo haber sido sacudido por el famoso discurso que Jacques Lange, ministro de Cultura francés, dio en México denunciando el imperialismo cultural norteamericano. Cuánto más lo pienso, más creo que él tenía razón. Este imperialismo está impulsado por las fuerzas básicas del capitalismo en el mercado de los medios. Creo que es terrible que en un país como Francia se vean a toda hora películas baratas de Hollywood y copias burdas de programas de televisión norteamericanos. Así que yo simpatizo con las posiciones "gaullistas" de defensa de la cultura mediante legislación europea que impida la penetración norteamericana, aunque esto vaya contra mi rechazo de la censura. Como intelectual yo promovería la defensa de culturas autónomas como salvaguarda contra el monopolio de los medios. Es importante hablar acerca de esto, como también lo es nuestra función de historiadores de entender el pasado y explicar algo acerca de la condición humana. Es una empresa diferente pero ansío que pueda llegar al público general.

*— Ultima pregunta acerca de los libros. Se habla mucho sobre el futuro del libro. ¿Es Ud. pesimista u optimista? ¿Cree que el libro desaparecerá como foro primordial de difusión de ideas?*
— Para decirlo rápido, no. Pero, si doy detalles, debería mencionar algo más. Nosotros pensamos que los libros son esos objetos que están en los estantes y escritorios. Pero no siempre los libros fueron así. Sólo alrededor del siglo II o III de nuestra era la gente dejó de de-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

senrollar los libros para leerlos, para tener lo que llamamos un códice. Se pasó del volumen al códice, que está formado por páginas que pueden hojearse. De manera similar puede ser que los medios electrónicos de almacenamiento y reproducción de información traigan una forma diferente de manejo por parte del lector. Aunque nosotros ya usamos la capacidad tecnológica para saltar de una hoja a otra en la pantalla, siguen siendo libros. Yo creo que vamos a tener muchas publicaciones periódicas electrónicas. Ya está ocurriendo, hay un interesante experimento en la Universidad de Columbia con revistas importantes. Creo que esto trae ventajas enormes, sobre todo para el investigador que puede buscar información desde su escritorio. Pero también creo que la sensación de tener un libro en la mano, hojearlo, sentarse en una silla o posar la vista en una página u otra (esa suerte de formas de lectura ideal que uno asocia con el siglo XIX) no va a desaparecer. El libro electrónico y el volumen encuadernado van a convivir por largo tiempo.

*— Mi preocupación se relaciona con la absoluta ubicuidad de la información electrónica, con la desaparición de la diferencia entre el libro y el mensaje fragmentado en la red global, con que haya cada vez menos posibilidades de discriminar entre una monografía y el chisme en su página de la red.*

— Para decirlo de otro modo, el tema es la autoridad y la integridad de la monografía. Creo que vamos a ser testigos de una crisis inminente en el mercado de las monografías académicas. Ud. sabe que la adquisición de monografías ha caído de manera espectacular. Eso significa que las editoriales universitarias van a ajustar sus prioridades de publicación, lo cual traerá aparejado que los profesores jóvenes y estudiantes de posgrado encontrarán más difícil publicar en la forma tradicional. Por otro lado la publicación por medios electrónicos no tiene la legitimidad que da el libro. Así cuando ellos se presenten a buscar trabajo su carrera se verá perjudicada. Todo está ligado con todo. Es un momento enormemente difícil ■

*Traducida por Gustavo Paz y Fernando Rocchi. Transcripta por Saj Cherian*

---

**Notas de los traductores**

1. Publicado por W. W. Norton and Co en 1991.
2. Choza del lado Oeste.
3. Publicado por Harvard University Press en 1979.
4. El entrevistado se refiere al período de college de la educación anglosajona.
5. Se refiere a *Mesmerism and the End of the Enlightemment in France,* Harvard University College, 1969.
6. Calle de Londres donde nació y se desarrolló la prensa amarilla.
7. Publicado por Basic Books en 1984.
8. Undergraduate seminar en el original.
9. G. Levi: "I pericoli del geertzismo" en *Quaderni Storici,* Vol. 20, N° 1, 1985.



# Galería de textos



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

# ¿Repensar la microhistoria?

*Edoardo Grendi**

*Los artículos de Edoardo Grendi y de Jacques Revel completan la traducción del Dossier publicado por* Quaderni storici, *Nuova Serie 86, N° 2, Agosto 1994 donde se practica un recorrido de las problemáticas historiográficas actuales que se inicia con el trabajo de Carlo Ginzburg sobre "Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella", publicado en el N° 8 de* Entrepasados.



* Departamento de Historia moderna y contemporánea, Universidad de Génova.

El carácter colectivo de la propuesta historiográfica del microanálisis en Italia ha estado sobre todo ligado a una cuestión de estilo: la historia como práctica, fundada en una fuerte conciencia teórica, rebelada, sobre todo, contra los resultados analíticos, contra la visión retórica de la profesión del historiador en un país dominado, desde mucho tiempo atrás, por ideologismos ligados a la herencia idealista y a un arraigado dualismo político, con una indudable propensión a la historia-síntesis. En ese sentido, la propuesta se inscribía concretamente en los desarrollos en curso en la historiografía europea cuyo resultado, la "histoire en miette"[1], creaba una fractura decisiva enfrentando la expectativa de síntesis; la cual había sido asumida como el modelo comunicativo paradigmático, en perfecta coherencia con la dimensión retórica de la figura del historiador, formalmente acreditado como intérprete de las dinámicas seculares de la experiencia humana, comprendidas las presentes, excluyendo así tanto a los científicos sociales como a los "mâitres á penser" de otros contextos nacionales[2]. Aquel "estilo" tomaba cuerpo en la propuesta de una escala de investigación ("micro", entonces a grandísima escala) que por sí misma, casi provocativamente, ratificaba la disolución de la historia-síntesis provocando escándalo en la corporación. En consecuencia, hasta y probablemente también des-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pués de su práctica disolución institucional[3], los "microhistoriadores" han formado *malgré eux* una suerte de "cotérie": circunstancia en parte paradojal, en cuanto no tenían aquella amplitud de cimiento común (bases teóricas, proyectos, etc. ) que les pudiera sugerir una conciencia de escuela, menos que menos encuadrable en aquella etiqueta. En efecto, resulta difícil individualizar los "textos fundantes" del microanálisis histórico, sea en términos de textos teóricos, sea de investigaciones ejemplares. El "discurso microhistórico", que comenzó a circular informalmente en la mitad de los años Setenta, se colocaba conscientemente entonces en un preciso *trend* temático de la historiografía, profundizando el diagnóstico de tendencia con la propuesta, innovadora, de una radical oposición a la escala de observación que se pensaba más que ninguna otra como la variable adecuada para hacer fructificar analógicamente, en el trabajo histórico, la lección de la antropología social; a experimentar, por lo tanto, aquellos procedimientos categoriales que pudieran permitir huir de la lógica entificante del discurso histórico general, por ejemplo: el estado, el mercado, la estratificación social, la familia. La indicación muy general de considerar las relaciones interpersonales como sujeto histórico correcto implicaba precisamente aquella decidida opción de escala.

Probablemente no es demasiado conocido que el *local historian* inglés Hoskins había ya pensado en el término "micro-history", descartándolo en nombre de cierto rigor anti-formulístico; sin embargo, desde su óptica, el referente era la comunidad, encuadrada en la perspectiva topográfico-económica que constituye el elemento distintivo de la *local history* inglesa[4]. El lugar de la centralidad de las relaciones sociales, como una suerte de "prius" imprescindible, corresponde a lo que Phithyan-Adams define, precisamente en una intervención donde se reflexiona sobre la *English local history*, como el "societal point of view", y por lo tanto como una perspectiva historiográfica posterior a la fase clásica de aquella importante experiencia historiográfica[5]. Naturalmente, el elemento más *trendy* de la propuesta microanalítica correspondía a la instancia, entonces corriente, de una "historia desde abajo" –siguiendo, en el entrecruzamiento de las fuentes la huella del nombre propio– y de la "reconstrucción de la experiencia"[6]. El episodio, la historia de caso, tanto más feliz cuanto más densa era la crónica (judicial al menos) que permitía reconstruirlos, se proyectaba en un contexto de tipo histórico-cultural; y en ese sentido su relevancia era por lo menos doble: como ejemplificación de un particular problema historiográfico (por ejemplo la relación entre culturas alta y baja) y en cuanto ilustración de la cultura del tiempo, más que de un específico grupo social. Es evidente que aludo aquí al trabajo de Carlo Ginzburg (*Il formaggio e i vermi* publicado en 1976) que estaba madurando su propio itinerario de investigación. Va de ello que el procedimiento analítico a través de las "historias de caso" podía operar de otro modo, abordando retazos de vida y de experiencia con el fin de posibilitar la reconstrucción histórico-institucional de un grupo social específico[7]. Sobre la otra vertiente del microanálisis histórico –para entendernos, aquella vinculada a la contextualización social (distinta de la conceptualización cultural de Ginzburg)– en vez, se tornaban operativos procedimientos analíticos diferentes, referidos a la reconstrucción de las redes de relaciones y a la individualización específica de la elección (individual y colectiva); de ahí la fortuna ambigua del término "estrategia" que verdaderamente tiene un significado hiperracionalista, pero que, por otra parte, es garante de un protagonismo que la tradición historiográfica solamente atribuía a las *élites*. En todo caso se trataba de una inferencia lógica basada en el reconocimiento de la primacía otorgada a las relaciones interpersonales. Y es en esta vertiente que la experimentación con los procedimientos analíticos de la antropología social podían realizarse con más rigor. Además, la opción más precisa de un" milieu" social específico localizaba fuertemente la investigación microhistórica, exponiéndola a la característica crítica proveniente del punto de vista de la historia-síntesis, respecto de la representatividad del caso estudiado. Rápidamente quedó claro que las propuestas microhistóricas eran por los menos dos, se distinguía (pero sobre el eje de una distinción huidiza e imprecisa) entre lo "social" y lo "cultural". No es casual que, en la introducción al número de "Quaderni storici", dedicado a *Famiglia e comunitá*, se lea esta observación reveladora: "la sociabilidad de la que participa Menocchio (el molinero de *Il formaggio e i vermi*), los otros diez amigos y cómplices que él cita en sus declaraciones, remiten a una red social que se necesita conocer para juzgar una experiencia individual", y, más en general, se hacen objeciones a la elección de casos excepcionales que reduce, dejando de lado al "individuo cotidiano", el " ámbito de comprensión" del historiador"[8].

Vale la pena observar que la contraposición formulada más arriba en forma elemental entre lo "social" y lo "cultural" ha tenido futuro si se toma en cuenta la significativa influencia que la antropología cultural, como antropología simbólica e interpretativa, ha terminado por ejercer en buena parte de la historiografía. También resulta oportuno reconocer que el proyecto, madurado más bien sobre la experiencia de la antropología social, ha tenido desarrollos bastante diversificados. En efecto, ¿qué sucedió, en términos analíticos, con la vieja intuición del sustantivismo económico de Karl Polanyi, que representaba una referencia importante del proyecto microanalítico? Se puede citar el trabajo de Levi sobre el mercado de la tierra, que se proponía explícitamente un objetivo: intentar una comprobación de la imbricación social en el intercambio económico, pero que, verdaderamente, alcanzó otro[9]. De modo que los temas del lugar del mercado, de los diferentes circuitos de intercambio, de la "moneda de uso especial", etc., no tuvieron desarrollos histórico-analíticos. En realidad se produjo cierta retirada de la historia económica, aunque es cierto que esas temáticas le eran externas, si se excluye la orientación más institucionalista de aquella historiografía[10].

Es probable que el giro –de la producción/cambio al lenguaje/representación– pueda señalarse como un elemento clave en la experiencia historiográfica de la última década. Y en este sentido es significativo que haya fructificado la inspiración microanalí-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tica en la vertiente histórico-política. Aquí el estímulo venía de la confrontación continua con la historiografía italiana y del persistente debate sobre la formación del estado. Por otra parte los referentes de la lección antropológica (clientelas, mediadores, etc.) eran de cualquier modo más libres, menos demandantes de un riguroso procedimiento demostrativo, en tanto la inspiración microhistórica se traducía naturalmente en la asunción de la perspectiva colocada "desde la comunidad". Los "microhistoriadores" más jóvenes podían recuperar a pleno el sentido cargado (y precisamente *trendy*) de los fenómenos de comunicación a través de la reconstrucción de los "idiomas políticos", vistos como interacción entre culturas locales e instancias de legitimación[11]. La particular densificación de las fuentes, provocada por la microconflictividad local, y por la consecuente intervención central (que, por cierto, estimuló la producción de documentos), permite reconstruir los grupos locales y su movilidad, que confrontados, por otra parte, con otros testimonios, trascienden la pura crónica, y pronto asumen sus significados simbólicos precisos. La investigación maduraba, como se ha dicho, bajo el estímulo de un desafío inmediato al asunto etnocéntrico de la progresiva construcción estatal, propuesta por la historia-síntesis. Pero hay un término que recorre el fascículo de "Quaderni storici" –que tomamos como referencia– sobre el que vale la pena insistir: "prácticas sociales". Hay prácticas sociales y políticas puestas en acto por la comunidad que tienen carácter ritual y por eso participan ampliamente de la cultura local, representando por sí mismas una forma de comunicación, formas de un lenguaje general[12].

Lo que me interesa hacer notar aquí es la difusión creciente del término, su generalización y, en fin, la eventual coherencia que tiene con la propuesta microanalítica. Probablemente el término "prácticas" nace originariamente en conexión con la historia de la técnica, en su acepción contextualizada de historia del trabajo, que tiende a reconstruir los efectivos procedimientos de uso, es decir las "prácticas". No es un caso donde el término recorra en primer lugar los escritos de los estudiosos que han madurado las capacidades de observación y lenguajes congruentes con este tipo de investigación histórico-social. Está claro que la observación de un surco o de una zona vegetal es fundamentalmente una forma específica del trabajo en el campo, por tanto puntual y circunscripta: su historización es pasible de encuadramientos genéricos de tipo clasificatorio, pero también de encuadramientos puntuales y específicos, es decir microanalíticos. Esto vale para la experiencia campesina pero, también, para la artesanal. De todo modos ambas refieren a un grupo o a una comunidad: la aproximación tiene un claro significado polémico al confrontar, pongamos por caso, ciertos presupuestos de la historia agraria o de la geografía del paisaje, y en este sentido particularmente la reconstrucción topográfica vale para afinar la operación crítica[13]. Se podrá observar que una investigación tal, a menudo conectada con la arqueología (una experiencia de investigación puntual "de sitio") y las relativas prácticas de reconstrucción histórica, puede fácilmente permitir la recuperación, en la contextualización, de la prioridad de las relaciones sociales. La evocación a propósito de los "saberes campesinos" tiene un cierto matiz evasivo, si bien vale, ciertamente, para reivindicar una cultura no asimilable a la ortodoxia económica.

Pero resulta interesante, decía, que el término, tan característicamente "colectivo", de "prácticas sociales" tienda a generalizarse. Del magma de una crónica (policial o judicial), siempre extraordinariamente alusiva, pueden recabarse huellas y esquemas de prácticas colectivas que tienen una extraordinaria relevancia simbólica, de modo tal que pueden constituir el significado histórico cultural. A propósito el término "costumbre" evoca rápido las más canonizadas prácticas jurídicas (canonizadas en cuanto objeto de relevamiento y transcripción), pero sugiere también las temáticas de culto del ceremonial tan estrechamente conectadas con la expresividad política, y no sólo con ella. Es evidente que, de este modo, se nos coloca en una perspectiva –distinta al "individualismo metodológico"– que parte de relaciones interpersonales (redes, grupos, mediaciones, etc.). Pero de todos modos estamos en un terreno exquisitamente "antropológico": la reconstrucción de la cultura a través de la exploración de las prácticas sociales. Así es posible recuperar por ejemplo las formas que traducen la competencia territorial (confines); las variadas formas de la posesión; las formas que expresan tanto la "pertenencia" como la microconflictividad territorial y así siguiendo. Es interesante poner de relevancia como todas estas formas de acción expresivas, que postulan esquemas de valores compartidos socialmente (de donde se da la oportunidad de no reducir lo "cultural" a lo "mental"), están estrechamente ligadas al espacio, al lugar, al territorio esto es a referentes a menudo descuidados por la tradición historiográfica. No me parece dudoso que este tipo de análisis histórico esté estrechamente conectado con una percepción de la alteridad de la experiencia pasada, del pasado como "un país extranjero", lo que constituye una buena garantía de la corrección exegética.

Me parece útil destacar una diferencia de perspectivas: la reconstrucción de las prácticas de trabajo, a menudo conducidas a partir de un objeto, parece una operación analítica característicamente realista, sin que su lectura simbólica, que está sin embargo de moda, agregue mucho; la reconstrucción de las otras prácticas sociales, a menudo llevadas a cabo a partir de testimonios, implica en vez una lectura simbólico-concreta necesaria para la misma interpretación realista. Observo que éste puede ser un sentido del oximoron excepcional/normal; donde el testimonio/documento es excepcional en cuanto refleja una normalidad, tan normal que, muy a menudo, resulta invisible[14]. Pero se da el caso, y es frecuente, de prácticas hiperatestiguadas. El proceso no es diferente al de la recuperación histórico-analítica del folklore, liberado de su pátina de exótica curiosidad para ser restituido a su contexto relacional y social. Si esta operación implica una aproximación historiográfica "desde abajo" (pensemos en E. P. Thompson y el tema de la *wife sale*)[15], no se puede negar que el relevamiento de las prácticas sociales pueda presentarse como un resultado especial del análisis microanalítico, y de la opción de escala: también se puede fácilmente acordar que la concentración sobre un tema y sobre los testimonios literarios de un grupo social específico, puede proporcionar los mismos resultados. C. Walker-Bynum, por ejemplo, no extrae pepitas documentales de su investigación, sino que reinterroga, con singular agudeza, fuentes bien conocidas[16]. Todo lo que vengo diciendo quizás pueda aclarar mi opinión de fondo: el microanálisis ha representado una suerte de "vía italiana" hacia la historia social más avanzada (teóricamente guiada), en una situación relativamente bloqueada en términos de ortodoxia jerárqui-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



ca respecto de lo históricamente relevante y de clausura en las ciencias sociales.

La intervención de Carlo Ginzburg en estas páginas es totalmente congruente con la interpretación que yo doy de su "vocación microhistórica": simplemente una indicación de trabajo, un término-etiqueta, de todas maneras sin gran relevancia, que ha encontrado por ahí y que le gustó, que le pareció intuitivamente pertinente a su orientación de investigación. La intervención, mucho más idiosincrática, de Giovanni Levi que habla expresamente de su propia "biografía científica"[17], me parece otro tanto significativa de su vocación de historiador-experimentador, no vinculado a la "larga duración" de un tema de investigación. Lo mismo Carlo Poni, cuyos intereses históricos eran y son por cierto congruentes con cuanto he expuesto (en términos de "prácticas sociales" por ejemplo), ha pretendido extender analógicamente la etiqueta a temas característicos de la historia económica, obviamente por completo independientes, como la historia de las haciendas señoriales rurales y la protoindustria[18]. Una confirmación ulterior, me parece, de la heterogeneidad y de la informalidad absoluta de los "microhistoriadores". ¿Podemos destacar una influencia más general en la microhistoria, por ejemplo en las páginas de "Quaderni storici", sobre todo en el "período áureo", comprendido, digamos, entre 1976 y 1983? ¿Podemos decir que valió para reinterpretar los "sistemas de caridad" del antiguo régimen en sentido político, es decir como relación benefactores-beneficiados en una doble dirección: "casos que valen como ejemplificación de una praxis interpersonal de caridad que constituye el soporte indispensable y diría la realidad misma de la caridad institucional ?[19]. ¿Es válida para romper la noción ambigua de religión popular en una serie de casos y situaciones ilustrativas ("religiones populares") que hacen emerger " la fisonomía por lo menos variada de las relaciones que en las sociedades de la Europa preindustrial involucraban, en el terreno religioso, clases hegemónicas y clases subalternas", demostrando " la gama riquísima de posibilidades" conectadas con las traducciones efectivas de aquella relación?[20]. ¿Ha inspirado la propuesta, a cargo de un grupo de mujeres historiadoras, que colocaron por su propia voluntad *a latere* de la revista, en términos de " momentos históricos de la biografía femenina": una serie de historias de casos tematizadas sobre la seducción-iniciación, la gravidez y el parto, el puerperio y la lactancia, y por lo tanto acerca de los momentos de más relevantes tensión, política y simbólica, del control sexual y de la "peligrosidad femenina"?[21]. Y así siguiendo. Sería en realidad una inútil y pedante operación de verificación y de control: realmente porque creo que no tiene sentido postular una inspiración unívoca, tanto más cuando, como se ha dicho, faltaban paradigmas precisos e incluso investigaciones-modelo.

Vale la pena insistir en vez sobre el dualismo de la propuesta microanalítica: por una parte una indicación fuerte, en el sentido del condicionamiento histórico-teórico de los itinerarios de investigación, sugeridos por analogía con los esquemas analítico-operativos de la antropología social y por consiguiente, en cierto modo, de la instancia de procedimientos demostrativos; por otra parte una consonancia más plana y menos ligada a lo "específico microanalítico", con aproximaciones y técnicas de trabajo maduradas independientemente, atendiendo a los "episodios ilustrativos", las "historias de casos", cuya indudable relevancia analítica permanecía ligada a otras matrices, a otros paradigmas historiográficos. Esto, naturalmente, no excluyó, por cierto, una dialéctica de intercambios, de préstamos recíprocos[22]. Además se vio cómo la dialéctica originaria contextualización social/ contextualización cultural, relativamente abstracta, siguió una parcial, creciente superación. Y aquel dualismo se reprodujo, y posteriormente se amplió (diremos que por suerte) en la segunda iniciativa ligada a la propuesta microhistórica: las "Microstorie" einaudianas. Esa bella colección que cuenta hasta hoy con 22 títulos[23] representa un caso raro, quizás único, en las editoriales italianas: una operación dirigida integralmente por tres estudiosos en un plano científico, proponiendo casi siempre itinerarios originales de investigación. Se trata de investigaciones generalmente medio-breves, centradas en un tema circunscripto: la biografía de una monja o de un joven pintor; la transformación industrial o las dinámicas socio-políticas de *un valle;* un caso criminal; la carrera de un exorcista; una fiesta política carnavalesca y así siguiendo. Lo que contaba era la invitación implícita a una percepción más libre, episódico-ilustrativa de la historia, susceptible de un reclamo hacia un público más amplio, fuera del círculo de los especialistas, y fuera sobre todo de las viejas temáticas y de las tradicionales jerarquías de relevancia. Realmente una idea de la historia verdaderamente nueva para Italia y que fue corroborada por el reconocimiento general por parte de los historiadores italianos: la opción microanalítica era una operación comprometida y no representaba por cierto un atajo extemporáneo de espaldas a la reconstrucción de la "experiencia".



Esta orientación participaba, como he dicho, de una coyuntura historiográfica europea. Demasiado a menudo era habitual diagnosticar retardos en la historiografía italiana en éste o aquel sector de los estudios históricos que había registrado en otras partes un fuerte precipitado de innovación. La *lamentatio* podía terminar; las opciones e itinerarios de investigación se definían libremente por aquí según elecciones analíticas pertinentes. Y, en este franqueamiento de la disciplina con las ritualidades académicas e ideológicas es que puede individualizarse lo específico del significado italiano de la microhistoria. Y, obviamente, no habría tenido sentido el vínculo basado en la homogeneidad de recorridos de investigación: la eti-

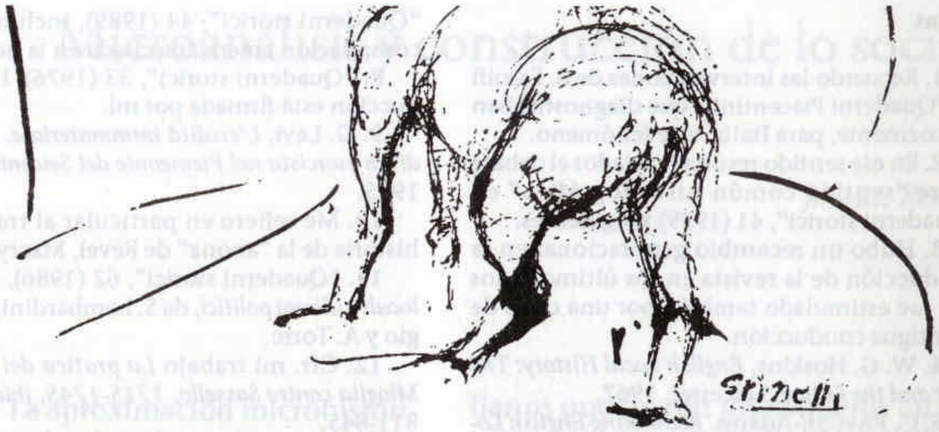


Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

queta asumía su rol catalizador, en virtud de la invitación a las temáticas circunscriptas y episódicas contenidas en la propuesta de una particular escala de observación. Puede parecer un diagnóstico un poco reduccionista, pero corresponde exactamente al sentido "minimalista" que he atribuido desde el inicio a una escuela que no ha sido una escuela, que no ha producido ningún manifiesto, que no ha diseñado un proyecto de investigación. Pero, por cierto, no todo puede reducirse al macizo déplacément de los objetos históricos: por lo menos igualmente importantes son los procedimientos analíticos. Edward Muir ofrece en su ensayo una suerte de celebración de Carlo Ginzburg como historiador y teórico del trabajo histórico, individualizando también, me parece, una específica "cultural microhistory"[24]. Las elaboraciones teórico-metodológicas de Carlo Ginzburg –tan tensas en su clave de sugestivo alternativismo– siempre me parecieron estrechamente conectadas con su trabajo historiográfico específico, que se mueve por entero en el ámbito del problema histórico de las "formas culturales". Y éste es, sin duda, el signo de una fuerte honestidad exegética: la coherencia consigo mismo y la "autorevelación". No me parece que Ginzburg esté activa y analíticamente interesado en encontrar las mediaciones con lo "social" las "relaciones interpersonales": el discurso permanece en el interior de las formas expresivas, en la compleja relación entre alta y baja cultura, en el análisis y en la reconstrucción de las relaciones y nexos entre aquellas "formas" y sus filiaciones. Es conocido que uno de los más vistosos *trend* de la historiografía actual es el interés por la expresividad-representación: en el caso extremo la "fuente" deviene "texto" y la realidad histórica es una ilusión[25]. En todo caso no se nos defiende de este relativismo descuidando las formas expresivas y los asuntos de interpretación histórica que éstas plantean. A mí me parece de todos modos que esa defensa analítica de la realidad histórica se puede organizar mejor integrando el estudio de las formas con el análisis histórico social volviendo a reconstruir los procesos de cuya acción y expresión son componentes fundamentales: una imagen no es sólo hija de otra imagen, está también conectada con una situación que expresa y organiza. El historiador puede provechosamente imaginar y experimentar esquemas interpretativos que le permitan tornar inteligibles esos procesos. Tanto más que, para tal fin, lo socorre la tradición de las ciencias sociales: se trata de modificar, adaptar y también inventar procedimientos de análisis, pero no necesariamente de construir un itinerario estrecho y cerrado. Este problema no se instaló en el ámbito de la microhistoria para definir una ortodoxia sino más bien para crear una dialéctica alta. Es muy extraño que el doble espíritu de la microhistoria, claro desde el inicio, no haya dado lugar a un proceso de clarificación o por lo menos de discusión. Como sucede con frecuencia, la renuncia a un "compromiso alto" explica el fin de una experiencia colectiva.

Por suerte, sin embargo, no se trata de "repensar" y de lanzar otra cosa. Hoy "repensar la microhistoria" significa tratar de hacer historia, y es insuficiente para tal fin colocarla únicamente en la situación de la historiografía general, prescindiendo del contexto italiano, de la "historia de los microhistoriadores". Por otra parte me parece indudable que la "práctica microhistórica" ha entrado de pleno derecho en las prácticas historiográficas más vivas y analíticamente más ricas, como práctica fundamentalmente ligada a la opción de escala, en






el asunto fundamental de que esa opción representa la ocasión para un enriquecimiento de los significados de los procesos históricos a través de una renovación fundamental de las categorías interpretativas y de su verificación experimental. En ese sentido es bastante probable que los microhistoriadores italianos tengan muchos hermanos en el mundo que aún no conocen. El pasaje esencial para la experiencia italiana era el pasaje de la historiografía a la "práctica historiográfica con fuerte conciencia teórica" y, en ese terreno, la confrontación puede continuar: la historia se vuelve una ciencia social que se construye en las dimensiones del tiempo y del espacio ■

*Traducción: Leticia Prislei*





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

**Notas**

1. Recuerdo las intervenciones de B. Farolfi en "Quaderni Piacentini", que diagnosticaban precozmente, para Italia, este fenómeno.

2. En ese sentido resulta revelador el debate sobre "sentido común historiográfico" en "Quaderni storici", 41 (1979) y siguientes.

3. Hubo un recambio generacional en la conducción de la revista en los últimos años que fue estimulado también por una crisis de la antigua conducción.

4. W. G. Hoskins, *English Local History: The Past and the Future,* Leicester, 1967.

5. C. Phytian-Adams, *Rethinking English Local History,* Leicester, 1987

6. Cfr. C. Ginzburg, C. Poni, *Il nome e il come: scambio ineguale e mercato storiografico,* en "Quaderni storici", 40 (1979), nuevamente publicado en E. Miur, G. Ruggiero (Comp.), *Microhistory and the Lost People of Europe,* Baltimore, 1991.

7. Cfr. G. Pomata, *Madri illegittime fra Ottocento e Novecento: storie cliniche e storie di vita* in



"Quaderni storici", 44 (1989), incluido en la compilación americana citada en la nota 6.

8. "Quaderni storici", 33 (1976). La introducción está firmada por mí.

9. G. Levi, *L'ereditá immmateriale. Carriera di un esorcista nel Piemeonte del Seicento,* Turín 1985.

10. Me refiero en particular al trabajo de historia de la "anona" de Revel, Macry, etc.

11. "Quaderni storici", 62 (1986), *Conflitti locali e idiomi politici,* de S. Lombardini, O. Raggio y A. Torre.

12. Cfr. mi trabajo *La pratica dei confini: Mioglia contro Sassello, 1715-1745, ibídem,* pp. 811-845.

13. D. Moreno, *Premessa* en "Quaderni sorici", 63 (1982), *Boschi: storia e archeologia.* Véase también C. Poni, *Fossi e cavedagne benedicon le campagne,* Bolonia 1982, en particular el cap. 1.

14. Aquel oximoron propuesto por mí en *Micro-analisi e storia sociale,* en "Quaderni storici", 35 (1977),fue realmente sobrevalorado.

15. E. P. Thompson, *Customs in Common,* Londres, 1991.

16. C. Walker- Bynum, *Holy Feast and Holy Fast: The Religious Significance of Food to Medieval Women,* Berkeley 1987.

17. G. Levi, *On Microhistory,* en P. Burke (Comp.), *New Perspectives on Historical Writing,* Oxford 1991.

18. C. Poni, *Premessa* en "Quaderni storici", 39 (1990), *Aziende agrarie e microstoria.*

19. "Quaderni storici", 53 (1983).

20. "Quaderni storici", 41 (1979).

21. "Quaderni sotorici", 44 (1980). Diversos artículos se incluyeron en el volumen a cargo de E. Muir, G. Ruggiero, *Sex and Gender* in Historical Perspective, Baltimore, 1990.

22. Por ejemplo Giovanni Levi, con su concepto de "biografía modal", ha mostrado la lógica de un uso de un tema ligado a la ilustración y a la historia de caso en el discurso demostrativo (cfr. *L'eredita immateriale* cit.).

23. La colección perdió plena autonomía, absorbida por la colección "Paperbacks" Einaudi y luego se suprimió.

24. La selección antológica de Muir y Ruggiero citada en la nota 6 remite sobre todo a los textos de Ginzburg. Es francamente cómico que, sobre una base altamente indiciaria, como es que los autores italianos más conocidos en América (Ginzburg y Eco) provienen de la universidad de Bologna, se argumente que la microhistoria nació en Bolonia!

25. Véase el debate sobre *post- modernism* en los últimos números de "Past and Present".



# Microanálisis y construcción de lo social

*Jacques Revel**

La aproximación microhistórica ha llegado a ser en estos últimos años uno de los lugares más importantes del debate epistemológico entre los historiadores. Hecha esta afirmación conviene rápidamente limitar el alcance de la misma: tal debate, en efecto, ha permanecido concentrado en el interior de un número relativamente restringido de grupos, de instituciones, de investigaciones experimentales (que sería interesante, por otra parte, cruzar constituyendo una suerte de mapa). Además, es necesario reconocer que la interpretación y las implicaciones de la opción microhistórica no han sido para nada concebidas por sus practicantes en los mismos términos. A modo de ilustración recurriremos a un ejemplo, la confrontación y la contraposición de las versiones americana y francesa del debate. La primera se inscribe en el "paradigma indiciario" propuesto hace tiempo por Carlo Ginzburg y puede ser definida, en buena parte, como un comentario al trabajo de este autor[1]. La segunda más bien concibe la microhistoria como una interrogación sobre la historia social y sobre la construcción de sus objetos[2]. Estas particulares modulaciones del tema de la microhistoria en realidad ya están presentes en los trabajos de aquellos historiadores italianos que fueron los primeros en intentar una experimentación desde dicha perspectiva, aunque las formulaciones subsiguientes se encargaron de subrayarlas. No son ni gratuitas ni indiferentes, más bien remiten a configuraciones historiográficas específicas en el interior de las cuales el tema funcionó como un disparador. Este no es el lugar para emprender la individualización y el análisis de las mismas; también es oportuno advertir que las siguientes páginas proporcionan solamente una de las posibles versiones del debate actual en curso.

La diversidad de las lecturas propuestas remite sin duda a la del con-



* E. H. H. S. S., París.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

texto de recepción. Pero, por otra parte, hay que relacionarla con las características propias del proyecto microhistórico. Este nació recientemente, en el curso de los años Setenta, a partir de un conjunto de cuestiones y de propuestas formuladas por un pequeño grupo de historiadores italianos comprometidos con una empresa común (una revista: "Quaderni storici"; a partir de 1980, una colección dirigida por Carlo Ginzburg y Giovanni Levi en editorial Einaudi: "Microstorie"), pero cuyas investigaciones particulares podían ser muy diferentes entre sí. Y a partir de la confrontación de esas experiencias heterogéneas de investigación, de una reflexión crítica acerca de la producción historiográfica contemporánea, de una gama muy abierta de lecturas (en particular antropológicas, pero interesados también en campos más inesperadas, como por ejemplo la historia del arte) fueron emergiendo poco a poco algunas formulaciones (interrogantes, una temática, sugestiones) comunes. El carácter muy empírico de la aproximación inicial explica por qué no existe un texto fundador, una carta teórica de la microhistoria[3]. El hecho es que la microhistoria no constituye ni un cuerpo de proposiciones unificadas ni una escuela, menos aún una disciplina autónoma, como muy a menudo nos han conminado a creer. Más bien es inseparable de una práctica de historiadores, de los obstáculos y de las incertidumbres experimentados en el curso de tentativas muy diversas, en una palabra, es el resultado de una experiencia de investigación. Este primado de la práctica remite, probablemente, a las preferencias instintivas de una disciplina que desconfía a menudo de las formulaciones generales y de las abstracciones. Pero más allá de las tradiciones de la profesión, se puede reconocer aquí la marca de una elección voluntaria: la microhistoria nació de hecho como una reacción, como toma de posición respecto a un cierto estado de la historia social, razones por las cuales sugiere la reformulación de algunas concepciones, exigencias y procedimientos. Bajo este aspecto, la microhistoria puede tener valor de síntoma historiográfico.

## 2

Una de las versiones dominantes –aunque no única– de la historia social es la que se ha definido, primero en Francia, luego bastante extensamente fuera de Francia, en torno a los "Annales". En los últimos sesenta años sus enunciados no han permanecido inalterables. Sin embargo, presenta un cierto número de rasgos relativamente estables, entroncados en buena medida con el programa crítico que el durkheimiano François Simiand, un cuarto de siglo antes del nacimiento de los "Annales", había elaborado ***ad uso*** de los historiadores[4]. Simiand recordaba a los historiadores las reglas del método sociológico, destinado según él a dirigir una ciencia social unificada, de modo que las diferentes disciplinas no deberían constituir más que modalidades particulares. Lo que más importaba era abandonar lo único, lo accidental (el individuo, el acontecimiento, el caso excepcional) para dedicarse al único objeto de estudio científico: el evento repetido y sus variaciones, las regularidades observables a partir de las cuales sería posible inferir leyes. Esta elección inicial, extensamente retomada por los fundadores de "Annales" y sus sucesores, nos hace comprender el carácter original de la historia social a la francesa: el privilegio conferido al estudio de los agregados lo más masivos posible; la prioridad dada a la cuantificación en el análisis de los fenómenos sociales; la elección de una duración suficientemente larga que permitiera observar las transformaciones globales (y, como corolario, el análisis de las temporalidades diferenciales). De estas exigencias planteadas como punto de partida surgieron un cierto número de consecuencias que signaron, de manera duradera, los procedimientos empleados. La elección de la serie y del número exigía no sólo el descubrimiento de fuentes adecuadas (o bien el tratamiento ***ad hoc*** de fuentes tradicionales), sino también la definición de indicadores simples o simplificados que sirvieran para extraer del archivo un número limitado de propiedades, de rasgos particulares, de los cuales se nos proponía seguir las variaciones en el tiempo; al inicio, precios o rentas, luego, niveles de riqueza, distribuciones profesionales, nacimientos, matrimonios, muertes, firmas, títulos de libros o tipos de ediciones, gestos de devoción, etc. Se hacía posible estudiar las evoluciones de estos índices; pero y sobre todo, así como ya lo había hecho Simiand y luego, en 1933 Ernest Labrousse en el ***Esquisse***, a propósito del salario, utilizarlos en la construcción de modelos más o menos complejos.

De Simiand y los durkheimnianos, Bloch, Febvre y, en la generación siguiente, de Labrousse y Braudel, habían heredado además una suerte de voluntarismo científico según el cual un objeto no puede ser construido sino en base a procedimientos explícitos, en función de una hipótesis que debía ser sometida a verificación empírica. Sin embargo, rápidamente se tuvo la impresión de que estas elementales reglas del método se perdieron a menudo de vista. En tanto, los procedimientos de trabajo se hicieron siempre más sofisticados. Pero, probablemente a causa de la misma dinámica de la investigación, se olvidó con frecuencia su estatuto experimental. Los objetos que el historiador se asignaba constituían otras tantas hipótesis sobre la realidad, pero siempre fue más fuerte la tendencia a cambiarlas por cosas. En algunos casos esta deriva comenzó muy pronto[5]. La misma algunas veces fue denunciada, a propósito de la historia de los precios, en relación al uso de las unidades espaciales de observación, de las categorías socio-profesionales, pero sin que las advertencias fueran suficientes para detener la tendencia general. Sin embargo, notamos que esos procedimientos se insertaron globalmente en una perspectiva macrohistórica que no explicitaban ni sometían a verificación. Más precisamente, sostenían que la escala de observación no constituía una variable del experimento, ya que suponían, al menos tácitamente, una continuidad de hecho en lo social que autorizaba alcanzar resultados cuya concatenación no parecía constituir un problema: la parroquia, la región o el departamento, la ciudad o la profesión parecían servir de todos modos para confeccionar cuadros neutros, aceptados así como se los recibía, por la mera acumulación de los datos[6].

Este modelo de historia social entró en crisis a fin de los años setenta y principios de los ochenta, por una extraña ironía, en el mismo momento en que aparecía más triunfante, cuando sus resultados se imponían bastante más allá de las fronteras de la profesión y parecía que "el territorio del historiador" se podía expandir indefinidamente. Esto significa que la conciencia de esa crisis se insinuó muy lentamente, y, por otra parte, no es seguro que alcance a la mayoría de los historiadores. En ese sentido, limitémonos a decir más modestamente que fue en aquel momento donde la crítica del modelo dominante se hizo más insistente (si bien a menudo, dicha crítica, se llevó a cabo desordenadamente). Razones de



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

orden diverso han contribuido para repensar estos problemas. Al mismo tiempo que la informática hacía posible el registro, el almacenamiento y el tratamiento de datos notoriamente más masivos que los reunidos en el pasado, se impuso a muchos la sensación de que no se habían renovado los cuestionarios al mismo ritmo y que los rendimientos decrecientes amenazaban ya a las numerosas investigaciones cuantitativas existentes. Contemporáneamente, la afirmación de especializaciones más acentuadas tendía a erigir barreras en el interior de un campo de investigación que se pensaba definitivamente abierto y unificado. Esta evolución hacía sentir con más fuerza sus efectos cuando al mismo tiempo los grandes paradigmas unificadores de las ciencias sociales (o, por lo menos, de las que servían al horizonte de referencia de la historia) se ponían severamente en discusión, junto con algunas modalidades del intercambio interdisciplinar. La duda que por esos años impactó nuestras sociedades, colocadas frente a formas de crisis que no sabían comprender y a veces ni siquiera describir, contribuyó realmente a difundir la convicción de que el proyecto de una inteligibilidad total de lo social debía ponerse –al menos provisoriamente– entre paréntesis. Aquí me he limitado a sugerir algunas líneas de reflexión para un análisis que aún hay que construir. Las mismas remiten a evoluciones cuyos puntos de partida podrán ser muy diferentes, pero cuyos efectos se encaminaron en el mismo sentido; evoluciones, además, que se han influido mutuamente. Todas ellas, sin duda junto a otras, han contribuido a poner en discusión las certezas de una aproximación macrosocial en torno de la cual hasta entonces casi no se había debatido. La propuesta microhistórica representó el síntoma de esa crisis de confianza, al mismo tiempo que contribuía de manera central a expresarla y a precisar los términos de la misma.

3 La mutación de la escala de análisis es parte esencial de la definición de la microhistoria. Es necesario comprender bien su significado y su alcance. Lo mismo que los antropólogos, los historiadores tienen el hábito de trabajar conjuntos circunscriptos, de dimensiones reducidas[7]. Sin embargo, esos conjuntos no constituyen, por sí mismos, los "campos" (aunque, desde hace una veintena de años, la experiencia etnográfica experimenta una fascinación insistente en la vertiente histórica). Más prosaicamente, la monografía, forma privilegiada de la investigación, se asocia a las condiciones y las reglas profesionales de un trabajo: la exigencia de una coherencia documental; la familiaridad que se supone garantiza el dominio del objeto de análisis; una representación de lo real que parece a menudo reclamar la inscripción de un problema en una unidad "concreta", tangible, visible. El cuadro monográfico se concibe habitualmente como un cuadro práctico, un cuadro donde se deben reunir los datos y proporcionar las pruebas (incluidas las de la misma capacidad profesional). Pero, como se ha dicho, se lo supone inerte. Centenares de monografías construidas a partir de un cuestionario general han constituido los cimientos de la historia social. El problema tratado en cada una de ellas no era el de la escala de observación, sino el de la representatividad de cada muestra respecto del conjunto donde se pensaba que estaba predestinada a integrarse, como una pieza de un *puzzle*. Fundamentalmente, no había ninguna duda sobre la posibilidad de situar los resultados de la investigación en una media o en una moda, o en inscribirlos en una tipología, etc.

La perspectiva microhistórica es profundamente distinta tanto en sus intenciones como en sus procedimientos. Se funda en el principio de que la elección de cierta escala de observación produce efectos de conocimiento y puede llegar a ser el instrumento de una particular estrategia de conocimiento. Variar la distancia focal del objetivo no significa solamente agrandar (o reducir) las dimensiones de un objeto en la mira: significa modificar la forma y la trama. O bien, recurriendo a otro sistema de referencia, cambiar la escala de representación en cartografía no equivale a representar una realidad, más grande o más pequeña, que permanece igual, sino a transformar el contenido de la representación (es decir, elegir lo que se puede representar). Enseguida notamos que la dimensión micro no goza, bajo esta perspectiva, de ningún privilegio particular. Lo que cuenta es el principio de la variación, no la elección de una escala particular.

Queda el hecho de que la óptica microhistórica ha conocido en los últimos años una especial fortuna. La coyuntura historiográfica que más arriba resumí brevemente nos permite conocer el porqué. El recurso a la microhistoria debe entenderse en primer lugar como la expresión de un alejamiento del modelo comúnmente aceptado de una historia social que desde los orígenes se inscribía, explícitamente o (la mayoría de la veces) implícitamente en un cuadro macro. En ese sentido, tal recurso permitió romper con hábitos adquiridos e hizo posible repensar críticamente los instrumentos y los procedimientos del análisis socio-histórico. Pero, en segundo lugar, constituyó una práctica historiográfica a partir de la cual se prestó una atención nueva al problema de la escala de análisis en la historia (en forma análoga a lo que había ocurrido, un poco antes, en la antropología)[8].

4 En este punto conviene reflexionar sobre los efectos de conocimiento asociados con (o que al menos se espera que lo estén) el pasaje a la escala micro. Partamos de alguno de los raros textos programáticos que han contribuido a trazar los contornos y las ambiciones del proyecto microhistórico. En un artículo publicado en 1977, Edoardo Grendi observa que la historia social dominante, que había elegido organizar sus datos según categorías que permitieran su máxima agregación (niveles de fortuna, profesiones, etc.), dejaba afuera todo lo pertinente al campo de los comportamientos y de la experiencia social o la construcción de identidades de grupo, haciendo imposible, por su mismo modo de preceder, la integración de datos lo más diversificados posible. A este acercamiento, opone el de la antropología (esencialmente anglosajona), cuya originalidad reside, según él, no tanto en la metodología, sino en el







Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"énfasis característico de la perspectiva holística para el estudio del comportamiento humano"[9]. Reservemos esta afirmación bastante general y conformémonos con tomar en consideración una preocupación: el desarrollo de una estrategia de investigación que no se funde más, de manera prioritaria, en la mensurabilidad de propiedades abstraídas de la realidad histórica, sino que por el contrario se proceda teniendo como norma integrar y articular el número más grande posible de tales propiedades. Esta opción fue confirmada dos años después en un texto un poco provocativo de Carlo Ginzburg y Carlo Poni[10] que proponían hacer del "nombre" –del nombre propio, es decir del signo de reconocimiento más individual, el menos pasible de repetición que se pueda imaginar– el indicador que posibilitara construir la nueva modalidad de una historia social atenta a los individuos sorprendidos en sus relaciones con otros individuos. La elección de lo individual no se pensó aquí en contradicción con lo social; más bien debía hacer posible un modo distinto de aproximarse a lo social, siguiendo el curso de un destino particular –el de un hombre o un grupo de hombres– a través de la multiplicación de los espacios y los tiempos, llegar a la madeja de relaciones donde éste se encontraba inscripto. Estos dos autores también estaban fascinados por "la complejidad de las relaciones sociales reconstruidas por el antropólogo a través del trabajo de campo (que) contrasta (...) con la unilateralidad de las fuentes de archivo con las que trabaja el historiador. (...) pero si el ámbito de la investigación se circunscribe suficientemente, cada serie documental puede superponerse en el tiempo y en el espacio de modo tal que nos permita encontrar al mismo individuo o grupo de individuos en contextos sociales diversos"[11]. En el fondo, Ginzburg y Poni renuevan el viejo sueño de una historia total, ahora construida a partir de la base. Una historia inseparable a sus ojos de una "reconstrucción de lo vivido" que ella haría posible; a esta prescripción un poco amplia y al fin de cuentas ambigua se puede preferir un programa de análisis de las condiciones de las experiencias sociales reconstruidas en toda su complejidad.

Por lo tanto, no más abstracción, sino tratar de enriquecer, en los primeros tiempos, la realidad, tomando en cuenta los aspectos más diversos de la experiencia social. Por ejemplo, ***L'eredità immateriale*** de Giovanni Levi ilustra este procedimiento. En un cuadro circunscripto, recurre a "una técnica intensiva de reconstrucción de las experiencias biográficas de cada habitante de la villa de Santena que había dejado algún indicio documental"[12] a lo largo de cincuenta años entre fin del siglo XVII e inicios del XVIII. El proyecto es hacer emerger, por detrás de la tendencia general más visible, las estrategias sociales desarrolladas por los diferentes actores en función de sus respectivas posiciones y recursos, individuales, familiares, de grupo, etc. Es cierto que "a la larga todas las estrategias personales y familiares tal vez tienden a aparecer atenuadas en un resultado común de relativo equilibrio. Pero la participación de cada uno en la historia general, en la formación y en la modificación de las estructuras portadoras de la realidad social no se pueden valorar sólo por los resultados perceptibles: en el curso de la vida de cada uno, cíclicamente, nacen problemas, incertidumbres, elecciones, una política de la vida cotidiana que tiene su centro en el uso estratégico de las reglas sociales"[13]. En un paisaje geográficamente cercano, pero histórica e historiográficamente muy lejano, se trata del mismo abordaje propuesto por Maurizio Gribaudi para el estudio de la formación de la clase obrera en Turín a inicios del siglo XX. Allí donde se insistía esencialmente sobre un conjunto de experiencias compartidas (migración a la ciudad, trabajo, lucha social, conciencia política, etc.) como fundamento de la unidad, de la identidad y de la conciencia de la clase obrera, Gribaudi se propuso seguir itinerarios individuales que hacen aparecer la multiplicidad de las experiencias y la pluralidad de los contextos de referencia donde éstas se inscriben, las contradicciones internas y externas de las que son portadoras. Se propuso la reconstrucción de los itinerarios geográficos y profesionales, los comportamientos demográficos, las estrategias de vinculaciones sociales que acompañan el pasaje del campo a la ciudad y a la fábrica. Gribaudi, como muchos otros que lo precedieron, partió de la idea de una cultura obrera homogénea o, en todo caso, tendiente a homogeneizar los comportamientos. A medida que avanzaba (particularmente, recogiendo testimonios orales de los protagonistas de la historia que estaba estudiando), descubrió la diversidad de las formas de acceso y de existencia en la condición obrera: "Se trataba de aclarar a través de qué elementos cada una de las familias de la muestra había negociado el propio itinerario y la propia identidad social; cuáles mecanismos habían determinado la fluidez de unas y el estancamiento de otras; a través de qué modalidades se habían modificado, a menudo drásticamente, las orientaciones y las estrategias de cada individuo. En otras palabras y planteando el problema desde el punto de vista de la condición obrera, significaba indagar sobre diversos materiales con los cuales se habían construido y determinado las diversas experiencias y fisonomías obreras para llegar a aclarar las dinámicas que habían favorecido tanto las agregaciones como las disgregaciones"[15].

Como se puede ver, la perspectiva microhistórica se propone enriquecer el análisis social utilizando las variables más numerosas, más complejas y también más móviles. Pero su individualismo metodológico tiene límites, ya que siempre remite a un conjunto social –o mejor a una experiencia colectiva– que necesita definir las reglas de su construcción y de su funcionamiento.

5 En su versión "clásica", la historia social fue generalmente concebida como historia de las entidades sociales; la comunidad de residencia (la villa, la parroquia, la ciudad, el barrio, etc.), el grupo profesional, el orden, la clase. Por cierto, era posible interrogarse sobre los perfiles y, en especial, sobre la coherencia y el significado socio-histórico de tales entidades, pero fundamentalmente no se las ponía en discusión [16]. De manera que una ojeada retrospectiva al enorme capital de conocimientos acumulados en el espacio de treinta o cuarenta años arroja una impresión de monotonía y de inercia clasificatoria. De un lugar a otro, obviamente, las distribuciones varían, pero los personajes de la representación no cambian jamás. Alguna vez, deberemos interrogarnos acerca de las razones, verosímilmente múltiples, que pueden explicar este deslizamiento hacia la sociografía descriptiva. De todos modos, éste fue lo bastante fuerte como para demorar por mucho tiempo la difusión en Francia de ***The Making of the English Working Class*** de Edward P. Thompson (publicado en 1963 y traducido al francés recién en 1988), que rechazaba partir de una definición preconstituida (o que se supone adquirida) de la clase obrera, para insistir en los mecanismos de su *formación*[17]. Sólo más tarde, a partir de tenta-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tivas al principio aisladas, se fue imponiendo poco a poco la convicción de que el análisis no se podía llevar a cabo atendiendo solamente a las distribuciones; y esto por dos razones principales que conviene distinguir aunque, en parte, se entrecruzan. La primera, de más antigua data, remite al problema de la naturaleza y de los criterios de clasificación fundantes de las taxonomías empleadas por los historiadores; la segunda, de interés más reciente para la historiografía, acentúa el rol de los fenómenos relacionales en la producción de la sociedad [19].

En ambos casos, la elección de una óptica microhistórica reviste una importancia decisiva. Cuando se trata de abordar la naturaleza de las categorías de análisis social, es seguramente a nivel local donde la distinción entre categorías generales (o exógenas) y categorías endógenas resulta más marcada. Si bien el problema fue considerado desde hace largo tiempo, se ha tornado más sensible en los últimos años debido a la influencia de algunas problemáticas antropológicas (derivadas, en particular, de la antropología cultural americana), que se abordan preferentemente en análisis locales. No es éste el lugar para tratar en detalle las soluciones bosquejadas. Pero tengamos presente al menos que el balance de esta revisión necesaria (y que aún no se ha completado) es ambiguo. Ha permitido repensar críticamente el uso de los criterios y de las particiones cuya pertinencia parecía, demasiado a menudo, obvia; pero, por otra parte, tiende a alentar un relativismo de tipo culturalista que constituye uno de los efectos potenciales del "geetzismo" en la historiografía social.

La segunda, es decir la que invita a reformular el análisis socio-histórico en términos de proceso, sugiere una posible solución al debate. Afirma que no basta que el historiador se apropie del lenguaje de los actores estudiados si, al mismo tiempo, no encuentra el indicio de una acción más extensa y más profunda: la construcción de identidades sociales variadas y plásticas conformadas a través de una densa red de relaciones (de competencia, de solidaridad, de alianza, etc.). La complejidad de las operaciones de análisis requeridas en este tipo de perspectiva impone de hecho restringir el campo de observación. Pero los microhistoriadores no se contentan con practicar esa constricción factual; la transforman en principio epistemológico, porque es a partir de los comportamientos de los individuos que intentan reconstruir las modalidades de agregación (o de disgregación) social. El reciente trabajo de Simona Cerutti sobre los oficios y las corporaciones turinesas en los siglos XVII y XVIII nos puede servir de ejemplo. Sin duda ninguna historiografía es tan espontáneamente organicista como la de los oficios y las asociaciones de oficios: nos enfrentaremos, en este caso, a comunidades evidentes, funcionales, que se suponen tan poderosamente integradoras como para llegar a ser casi naturales en la sociedad urbana del Antiguo Régimen. La apuesta metodológica de Simona Cerutti consiste en anular esas certezas, mostrando, a partir del despliegue de las estrategias individuales y familiares, y de su interacción, que la identidad profesional y sus traducciones institucionales, lejos de adquirirse de una vez para siempre, son objeto de un trabajo continuo de elaboración y de redefinición. Los conflictos, las negociaciones, las transacciones provisorias –en contraste con la imagen consensual y grosso modo estable de las descripciones tradicionales del mundo de los oficios– se tornan omnipresentes; pero, por otra parte, las estrategias personales o familiares no son puramente instrumentales:



son socializadas, en cuanto inseparables de las representaciones del espacio relacional urbano, de los recursos que ofrece y de las restricciones que impone, a partir de las cuales los actores sociales se orientan y hacen sus elecciones. Se trata, por lo tanto, de des-naturalizar –o al menos de des-banalizar– los mecanismos de agregación y de asociación, insistiendo sobre las modalidades relacionales que las hacen posible, individualizando las mediaciones existentes entre "la racionalidad individual y la identidad colectiva".

La mutación de perspectiva que conllevan estas elecciones afectan más a los historiadores que a los antropólogos porque las historia de las problemáticas y de las aproximaciones no se dan simétricamente en las dos disciplinas[20]. Me parece que esta situación requiere diversas redefiniciones de importancia que no deben descuidarse:

– una redefinición de los presupuestos del análisis socio-histórico, acerca de cuyos rasgos más relevantes apenas hemos llamado la atención. La microhistoria, antes que aplicar sistemas clasificatorios fundados en criterios explícitos (generales y locales), toma en consideración los comportamientos a través de los cuales las identidades colectivas se constituyen y mutan de forma. Eso no significa que se ignoren o que se descuiden las propiedades "objetivas" de la población estudiada, sino que se las trate como recursos diferenciales, cuya importancia y cuyo significado deben valorarse en el contexto de los usos sociales de los que son objeto –es decir en sus contextos de actualización.

– Una redefinición de la noción de estrategia social. El historiador, al contrario del antropólogo o del sociólogo, trabaja sobre el hecho consumado –sobre "lo que efectivamente sucedió"– y que por definición no se repite. Sólo excepcionalmente las fuentes presentan por sí mismas las alternativas –la mayoría de las veces las incertidumbres– que enfrentaron los actores sociales del pasado. Esto conlleva un uso frecuente y ambiguo de la noción de estrategia: generalmente toma el lugar de una hipótesis funcionalista general (que permanece normalmente implícita); más prosaicamente, sirve a menudo para definir los comportamientos de los actores individuales o colectivos que tuvieron éxito (y que generalmente son aquéllos que conocemos mejor). A propósito de esto, la opción resueltamente antifuncionalista que adoptaron los microhistoriadores está cargada de significado. Tomando en consideración una pluralidad de destinos particulares en sus análisis, intentan reconstruir aquellos que pudieron ser posibles –en relación a los recursos disponibles de cada individuo o de cada grupo en el interior de una configuración dada–. Giovanni Levi es sin duda el que llegó más lejos en esa dirección, reintroduciendo nociones como las de fracaso, incertidumbre y racionalidad limitada en el estudio de las estrategias familiares campesinas desarrolladas en torno al mercado de la tierra en el siglo XVII[21].

– Una redefinición de la noción de contexto. Esta noción ha sido a menudo objeto, en las ciencias sociales y en particular en la historiografía, de un uso cómodo e inerte. Un uso retórico: el contexto presentado al inicio de un estudio produce un efecto de realidad en torno al objeto de la investigación. Un uso argumentativo: el contexto presenta las condiciones generales en el seno de las cuales se inscribe una realidad particular, aunque no se trate generalmente más que de una simple yuxtaposición de los dos niveles de observación. Más raramente, un uso interpretativo: a veces se recavan del contexto las razones generales que de-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

berían permitir dar cuenta de situaciones particulares. Más allá de la microhistoria, gran parte de la historiografía de los últimos veinte años ha manifestado su insatisfacción frente a estos diversos usos y ha intentado reconstruir, según modalidades diferentes, las articulaciones entre el texto y el contexto. La originalidad de la perspectiva microhistórica parece consistir en el rechazo del presupuesto que subtiende todos los usos que recién evocamos: es decir que exista un contexto unificado, homogéneo, en el interior del cual y en función del cual los actores definirían sus elecciones. Este rechazo puede entenderse de dos maneras complementarias; como un reclamo de atender a la multiplicidad de las experiencias y de las representaciones sociales, en parte contradictorias, en todo caso ambiguas, a través de las cuales los hombres construyen el mundo y sus acciones (y esto se encuentra en el centro de la crítica que Levi le hace a Clifford Geertz)[22]; pero también, como una invitación a invertir el modo de proceder más habitual en el análisis histórico: que consiste en partir de un contexto global para situar e interpretar un texto. Por el contrario, lo que se propone es la reconstrucción de la pluralidad de los contextos necesarios al mismo tiempo que se realiza la identificación y la comprensión de los comportamientos observados. En esta instancia, evidentemente, nos reencontramos con el problema de las escalas de observación.

–Este último punto me parece debe ser objeto de una drástica revisión. Los historiadores ligan instintivamente la jerarquía de los niveles de observación a una jerarquía de horizontes históricos: para decirlo de una manera muy gruesa, a escala de la nación, se hace historia nacional; a escala local, historia local (cosa que, de por sí, no implica necesariamente una jerarquía según la importancia atribuida a cada caso, en particular desde el punto de vista de la historia social). Trabajada desde abajo, la historia de un conjunto social se dispersa, en apariencia, en una miríada de eventos minúsculos, difíciles de organizar. La concepción tradicional de la monografía trata de hacerlo asignándose el deber de verificar localmente hipótesis y resultados generales. El trabajo de contextualización múltiple practicado por los microhistoriadores parte de premisas muy diferente. Ante todo afirman que cada actor histórico participa, de cerca o de lejos, en procesos –y por lo tanto se inscribe en contextos– de dimensiones y de niveles diferentes, desde lo más local a lo más global. Por eso no existe hiato, mucho menos oposición, entre historia local e historia global. Lo que permite recoger la experiencia de un individuo, de un grupo, de un espacio es la modulación particular de la historia global. Particular y original, además; lo que el punto de vista microhistórico ofrece a la observación no es una versión atenuada o parcial o mutilada de la realidad macrosocial, sino una versión diferente.

## 6

Tomemos un ejemplo que capturó la atención de muchos microhistoriadores. Se puede analizar la dinámica de un proceso macro como la afirmación del estado moderno en Europa entre los siglos XV y XIX en términos muy diferentes. Desde hace mucho tiempo, los historiadores se interesaron sobre todo en los que, de un modo visible, habían hecho la historia. Luego, bajo la impronta de los grandes teóricos del siglo XIX, descubrieron la importancia de las evoluciones anónimas y de las masas. Se impuso desde entonces la convicción de que no existe verdadera historia si no se trata lo colectivo y lo numeroso. Este cambio puede explicar cómo se transformaron ante sus ojos las encarnaciones históricas del poder. En los años Ochenta del siglo pasado se discutía ampliamente la política de Richelieu y el reordenamiento político, administrativo, religioso, fiscal y cultural que impuso en la Francia de inicios del siglo XVII. Hoy se habla de la afirmación impersonal del estado absoluto como inscripta irresistiblemente en la larga duración, entre los siglos XIV y XVIII; se evoca, siguiendo a Max Weber, el lento proceso de racionalización que ha atravesado la sociedad occidental; se cita, después de Norbert Elías, el doble monopolio de la recaudación fiscal y de la violencia que la monarquía francesa consiguió entre el medioevo y la edad moderna; se sigue, con Ernest Kantorowicz, la emancipación de una instancia laicizada en el corazón mismo de la cristiandad medieval. Todas esta lecturas (y otras más) son preciosas y a menudo muy convincentes. Han enriquecido notablemente nuestra comprensión del pasado. Todas o casi –sería necesario diferenciar el caso de Elías– también tienen en común el hecho de aceptar la existencia de macrofenómenos cuya eficacia se da por descontada. Lo que en otro tiempo se atribuía a la majestuosidad, al prestigio, a la autoridad, al talento de un personaje excepcional, hoy se coloca aún más fácilmente en la lógica de las grandes realidades anónimas que por comodidad se denominan estado, modernización, formas del progreso; pero también, de un modo más sectorial, en los fenómenos clásicos como la guerra, la difusión de la cultura escrita, la industrialización, la urbanización y otros muchos más.

Tales fenómenos son, como se sabe, extraordinariamente complejos, a punto tal que a los historiadores les resulta imposible fijarle los límites.



¿Dónde termina la esfera del estado, dónde se detienen los efectos generados por el trabajo y la producción industrial, de cuáles se hace portador el libro? Cuando se los describe pueden, por lo tanto, haber vacilaciones sobre su morfología, sobre la ilustración de su articulación interna. Pero es sorprendente que su eficacia, al menos tendencial, no se pone casi nunca en duda. Las "máquinas" del poder se valen sólo de sí mismas y son eficaces por el solo hecho de ser máquinas. (Sería más correcto decir: parecen eficaces a los ojos de los historiadores sólo porque ellos las imaginan como máquinas). Así se tenderá a buscar la explicación de sus resultados en el mecanismo de la misma máquina, tomando como propia –ingenuamente– una ideología de la racionalización y de la modernización que pertenece al sistema y que previamente se les ha impuesto. En la mejor de las hipótesis, se busca identificar a los que parecen haberse opuesto a estas grandes transformaciones, a los que intentaron denunciarlas o bloquearlas en nombre de valores sociales alternativos. Sin duda no es casual que la misma generación intelectual que hace veinte años consagraba los aparatos del poder sea la misma que más se entusiamó con los marginales, con los recha-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

zados, con los movimientos alternativos de la historia, los bandidos por razones de honor y las brujas, heterodoxos y anarquistas, en fin con los excluidos de todo tipo. No obstante esto no fue más que un modo de señalar la realidad contundente del poder en vista de que solamente una minoría dispersa de héroes había sido capaz de erguirse, desde afuera y sin esperanza real, en contra de él.

Aceptar tal versión de las cosas, una distribución similar de los roles, equivale de hecho a pensar que, más allá de la lógica mayoritaria de los aparatos o de las formas residuales de resistencia a la afirmación de estos últimos, los actores sociales permanecían masivamente ausentes, o bien pasivos, al ser sometidos, históricamente, a la voluntad del gran Leviatán que los englobaba a todos. Esta representación de la fuerza o de la debilidad resulta difícilmente admisible. No por razones morales, sino porque está demasiado ligada a las representaciones que las mismas lógicas del poder, deseosas siempre de dictar hasta las formas de oponerse al mismo, no han cesado jamás de sugerir; y, porque, aún cuando se aceptara la hipótesis de una eficacia global de los aparatos y de la autoridad, faltaría por completo comprender cómo sería posible dicha eficacia – o sea cómo se llegaron a tramitar las órdenes emanadas del poder en contextos indefinidamente variables y heterogéneos.

Plantear el problema en estos términos significa negarse a simplificarlo mediante la reducción a opuestos: fuerza/ debilidad, autoridad/ resistencia, centro/ periferia; y situar el análisis de los fenómenos de circulación, de negociación, de apropiación, en todos los niveles. A esta altura, es importante ser claros: la mayor parte de los historiadores trabaja sobre sociedades fuertemente jerarquizadas y desiguales, en las cuales el principio mismo de la jerarquía y de la desigualdad estaba profundamente interiorizado. Por lo tanto, sería ridículo negar esas realidades y fingir que se puedan imaginar las operaciones citadas –circulación, negociación, apropiación– fuera de los efectos del poder. Por el contrario, quisiera sugerir aquí que, habiendo representado de hecho las formas de adaptación a los poderes, éstas son inseparables de tales efectos; ellas los han deformado continuamente, inscribiéndolos en contextos y plegándolos a lógicas sociales distintas de las que originalmente fueron las suyas. Retomemos el ejemplo del estado monárquico en la edad moderna. Visto desde París y desde Versailles o desde Berlín o desde Turín, el mismo se presenta como una especie de vasta arquitectura, cuyas formas no terminan de articularse, de ramificarse, hasta penetrar en lo más íntimo de la sociedad que encuadra y de la que se hace cargo. La realidad es, como bien sabemos, un poco más complicada y menos armónica. En los hechos, las instituciones se superponen, compiten entre sí, a veces se contraponen unas a otras, algunas de ellas ya están anquilosadas (pero, según la lógica del Antiguo Régimen son generalmente sustituidas sin ser suprimidas, lo que puede determinar inextricables enredos de autoridades, de competencias, de gestiones); otras están en pleno desarrollo, sea porque son las últimas, sea porque provisoriamente son las más adecuadas para una determinada configuración de la sociedad. Queda por señalar que el pensamiento acerca del estado, sea el que tuvieron sus promotores de los siglos pasados, así como el de los historiadores de hoy, es un pensamiento global que, a través de vacilaciones, contradicciones, mutaciones de ritmo, reconoce un único gran proceso de montaje del mismo a través de



los siglos. Cuando se habla del crecimiento del estado y se intenta dar una valoración aproximativa (es la famosa "medida global" de Pierre Chaunu), midiendo por ejemplo el peso de la fiscalización pública o el número de los funcionarios, o los progresos cuantitativos de la justicia real, se lo concibe según el modelo del crecimiento económico, suponiendo que un pequeño número de indicadores seleccionados permitirá darse cuenta de la evolución total de un sistema que sería al mismo tiempo continuo e integrado. Por cierto, es una tarea mucho más delicada intentar una medición en términos de eficiencia: pero cuando la relación entre el número de los oficiales públicos y la cifra de la población global tiende a elevarse, se acepta casi sin discutir que redundará en una mayor eficiencia. En todas estas operaciones se supone, en todo caso como obvia, la existencia de una lógica común que unificaría al conjunto de las manifestaciones del estado.

Ahora bien, no hay nada menos cierto que esto. Si se renuncia a este punto de vista situado en el centro, que es lo mismo que partir desde donde el mismo proyecto estatal formula las instancias propias (y produce los argumentos ideológicos que lo sostienen), si se cambia la escala de observación, las realidades que aparecen son muy distintas. Es lo que ha demostrado recientemente Giovanni Levi en su multicitada investigación sobre una comunidad del Piamonte, Santena, de fines del siglo XVII. ¿Qué sucede cuando se observa el proceso de construcción del estado desde abajo, en sus más remotas consecuencias? Se encuentran, es verdad, los grandes trastornos del siglo, la tardía afirmación del estado absoluto en Piamonte, la guerra europea, la competencia entre los grandes linajes aristocráticos, aún cuando sus huellas sean fáciles de hallar sólo a través de un polvillo de minúsculos eventos. Pero precisamente a través de tales eventos emerge una configuración distinta de las relaciones de fuerza.

Hubiera podido resultar atractivo reducir toda esta historia a la de las resistencias que opone una comunidad periférica ante las exigencias insistentes de un absolutismo en pleno desarrollo. Pero en el escenario comparecen demasiados personajes. Entre Santena y Turín se interponen varias pretensiones, las de Chieri, una ciudad de dimensiones medianas que cree poder conseguir la suya; las del arzobispo de Turín, de quien depende la parroquia; las de los principales señores feudales del lugar, rivales entre sí, que quieren afirmar su preeminencia. La misma sociedad de la villa se descompone, se quiebra, en función de los intereses divergentes de los grupos particulares que la componen. Estos actores colectivos se enfrentan, pero también se alían, según las posibilidades que son asimismo muy cambiantes. Los frentes sociales (y, si se quiere "políticos") no cesan de desmembrarse para recomponerse de un modo distinto. Precisamente es a la multiplicidad de los intereses en pugna, a la complejidad de las interacciones sociales, que el burgo de Santena debe, durante la segunda mitad del siglo XVII, la posibilidad de permanecer como una "aldea escondida", apartada de las grandes maniobras del estado central. La recíproca neutralización de las estrategias que tienen en la mira a la villa y también la inteligencia política de los frentes locales nos pueden hacer comprender este estado de cosas, pero tiene un peso similar el rol de un negociador excepcional, el notario-podestá Giulio Cesare Chiesa, que reina en Santena desde hace cuarenta años, haciendo valer su íntimo conocimiento de las redes sociales, su dominio de la infor-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mación, tan necesaria para las estrategias familiares, y de la memoria colectiva, para imponerse totalmente como un mediador obligado en las cuestiones internas y externas de la comunidad. Significativamente, él no es particularmente rico y su estatus profesional no tiene nada de excepcional. No pertenece al mundo de los poderosos reconocidos. Su poder es de otra naturaleza: está fundado en la disponibilidad de un capital "inmaterial", hecho de información, de inteligencia, de servicios que le permiten afirmarse para gestionar del mejor modo en favor de los intereses de la villa.

Sin duda el notario Chiesa es un personaje fuera de lo común y, de ahí que cuando desaparece, a fines del siglo XVII, no es sustituido. Santena sale entonces de su semiclandestinidad; la gestión local de los poderes se disgrega y, el estado nacional –favorecido por una crisis al mismo tiempo económica, social y política– recupera sus derechos (o al menos una parte de ellos). Cabe señalar que, si se presta atención, la fuentes de archivo dejan aparecer una multitud de tales personajes que, jugando el rol de mediadores, han adaptado, limitado, pero también afianzado la construcción del estado. No todos han podido, ni siquiera querido sustraer a su grupo de pertenencia de la lógica del poder central; sino más bien se las han ingeniado para compatibilizar los intereses locales (y sobre todo los propios) con sus exigencias, sus trámites, sus instituciones y su personal[23]. A decir verdad, no existen dos versiones alternativas de la realidad histórica del estado, una "macro" y la otra "micro". Ambas son "verdaderas" (junto a muchos otros niveles intermedios que sería necesario individualizar de manera experimental), y ninguna es totalmente satisfactoria, debido a que la construcción del estado moderno se constituye a partir del conjunto de todos esos niveles, cuyas articulaciones faltan identificar y pensar. La apuesta de la experiencia microsocial –y, si se quiere, su tesis experimental– es que la experiencia más elemental, la del grupo reducido, aún la del individuo, es la más iluminadora, porque es la más compleja y porque se inscribe en el mayor número de contextos diferentes.

7 Se presenta, entonces, un nuevo problema que, de hecho, es consustancial con el mismo proyecto de la microhistoria. Admitamos que, limitando el campo de observación, no solamente emergen datos más numerosos, más refinados, sino también organizados según configuraciones inéditas que hacen aparecer una cartografía diferente de lo social. ¿Cuál puede ser la representatividad de una muestra tan circunscripta? ¿Qué nos puede enseñar que pueda generalizarse?

Esta pregunta se formuló muy temprano y aún no recibió respuestas muy convincentes. Edoardo Grendi había prevenido la objeción, forjando un elegante oximoron; proponía la noción de "excepcional normal"[24]. Este diamante oscuro ha hecho correr mucha tinta. Ejerce la fascinación de los conceptos que se querrían utilizar si solamente se supiera cómo definirlos exactamente. ¿Será necesario ver en el "excepcional normal" un eco, por completo en armonía con la sensibilidad de los años posteriores a 1968, de la convicción respecto de que los márgenes de la sociedad dicen mucho acerca del mismo centro? ¿Que los locos, los marginales, los enfermos, las mujeres (y el conjunto de los grupos subalternos) son los detentadores privilegiados de una especie de verdad social? ¿Será necesario entenderlo en un sentido muy diferente, como el de



un desvío significativo (¿pero respecto de qué cosa?)? ¿O más bien, como una primera formulación del paradigma indiciario que más tarde propuso Ginzburg?

Resulta difícil elegir con seguridad entre estas diversas lecturas posibles que, probablemente, coexisten en el pensamiento de Grendi. Se puede, prudentemente, proponer una suplementaria que me parece coherente con las afirmaciones precedentes. Grendi reflexiona a partir de los modelos de análisis usados por los historiadores y que son, la mayor parte, modelos funcionalistas fundados en la integración del mayor número posible de rasgos. Estos no toman en cuenta que un cierto número de esos rasgos resiste al intento de integración; constituyen así otras tantas excepciones que se nos habitúa a tratarlas como "excepciones" o casos de "desviación" respecto a la norma que el historiador ha establecido. La propuesta de Grendi, que lleva en este punto a la reflexión inaugurada por el antropólogo Frederick Barth, sería construir modelos "generativos", o sea modelos que permitan integrar todos los efectos (y ya no como excepciones o casos desviados), los itinerarios y las elecciones individuales. En ese sentido, se podría decir que lo "excepcional" devendría "normal"[25].

En un debate que permanece abierto, me parece que el trabajo de Levi aporta un cierto número de respuestas que cambian útilmente el conjunto del razonamiento. Esto, ante todo, nos recuerda que es posible pensar la ejemplaridad de un hecho social en términos que no son los rigurosamente estadísticos. El segundo capítulo de su libro ***L'ereditá immateriale***, consagrado a las estrategias desarrolladas entre familias de medieros de Santena, realiza una elección entre un centenar de otros tantos casos posibles, que no son sometidos a algún tratamiento



comparativo, pero que de cualquier modo están todos presentes en el fichero prosopográfico. El procedimiento empleado no consistió en referir estos tres ejemplos a la totalidad de la información fichada, sino en abstraer los elementos de un modelo. Estas tres biografías familiares, exhaustivamente contrastadas, son suficiente para hacer emerger las regularidades en los comportamientos colectivos de un particular grupo social, sin perder lo que tiene de característico. Experimentar la validez del modelo no consistirá, por lo tanto, en una verificación de tipo estadístico, sino en su experimentación en condiciones extremas, cuando una o más de las variables que incluye son sometidas a deformaciones excepcionales. La construcción de un fichero sistemático es lo que hace posible una verificación de este tipo.

8 Finalmente llego al último punto. Muchas veces nos hemos sorprendido al constatar que algunos –no todos ni siquiera la mayoría– de los microhistoriadores italianos recurrían frecuentemente a



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

métodos de exposición, incluso a técnicas narrativas, que rompían con la manera habitual de escribir de la corporación historiográfica. Así sucedió en el caso de ***Il formaggio e i vermi*** de Carlo Ginzbyrg, compuesto como una pesquisa judicial (al cuadrado, ya que el libro se basa esencialmente en los documentos de dos procesos sufridos por el molinero Menocchio ante el tribunal del Santo Oficio); seguido de las ***Indagini su Piero*** del mismo autor, libro concebido esta vez como una pesquisa policial (por otra parte anunciada en el título), con sus tanteos, sus fracasos, sus golpes de efecto sagazmente distribuidos; de la ***L'ereditá immateriale*** de Levi, donde la investigación histórica se transforma en su propio espejo a través de una composición "en profundidad"; o, recientemente, del bello libro de Sabina Loriga sobre el ejército piamontés del siglo XVIII, cuyo modelo explícito es el del Rashomon japonés[26].

Por tanto nos encontramos ante elecciones explícitas de formas de escritura, en el sentido lato del término. ¿Cómo explicarlas? Ante todo puntualicemos que no es la primera vez que prestigiosos historiadores utilizan recursos literarios. Sin remontarnos a las grandes obras de la historiografía romántica del siglo XIX, pensemos, entre muchos ejemplos posibles de la producción del siglo XX, en ***Federico II*** de Ernest Kantorowicz, o ***Julio César*** de Jerome Carcopino (escrito en perfecta conformidad con las fuentes antiguas), o en la biografía de Arnaldo de Brescia de Arsenio Frugoni, en ***El retorno de Martin Guerre*** de Natalie Zemon Davis. Por otra parte, todos lo sabemos, utilizamos constantemente –con conciencia o sin ella– procedimientos retóricos destinados a producir efectos de realidad, a mostrar que, aunque los historiadores no hubiéramos estado allí, las cosas sucedieron como nosotros las contamos. Sin embargo, en lo que respecta a los microhistoriadores me parece que el problema es de otra naturaleza. La búsqueda de una forma no depende fundamentalmente de una elección estética (aunque ésta no esté ausente). Me parece, más bien que se trata de una elección de orden heurístico por dos cuestiones: porque invita al lector a participar en la construcción de un objeto de investigación y porque los asocia en la elaboración de una interpretación.

Entre los instrumentos que están a disposición de los historiadores, están los clásicos, o que por lo menos son reconocidos como tales en la profesión. Ese es el caso del material conceptual, de las diversas técnicas de investigación, de los métodos cuantitativos, etc. Hay otros no menos importantes, pero sobre los que nos interrogamos más raramente, o porque son objeto de una convención tácita, o porque simplemente ya son obvios. Ese es el caso de las formas de argumentación, de los modos de exposición, de las modalidades de citar, del uso de la metáfora y, en general, de la manera de escribir la historia. Se abren aquí un conjunto vastísimo de problemas que emergen hoy de manera salvaje, o en todo caso desordenada, en las preocupaciones de los historiadores[27]. Desde hacía mucho tiempo, parecía que no tenía objeto interrogarse sobre tales cuestiones. Espontáneamente se pensaba que la escritura histórica seguía el estricto protocolo de un trabajo científico. En consecuencia, a medida que se volvía científica, menos aparecía el problema. La masa de los documentos, en constante incremento –que se agregaban de acuerdo a un aparato cada vez más preciso formando series, tablas, gráficos, mapas– parecía garantizar la inexpugnable objetividad del enunciado y hacía suponer que ése era el único enunciado posible (o de cualquier modo el más cercano al enunciado perfecto). Se olvidaba que una serie de precios constituye un tipo de narración –organiza el tiempo, genera una forma de representación– y que una noción tan compleja como la de "coyuntura", tan ponderada en la historiografía francesa de los *Annales*, contiene en sí, ligados indisolublemente, un método de análisis, una hipótesis interpretativa y un modo de narrar.

De manera todavía más difusa, la escritura histórica se remitía, la mayoría de las veces de modo inconsciente, al modelo clásico de la novela, donde el autor-organizador conoce y domina soberanamente los personajes, sus intenciones, sus acciones y sus destinos; como se sabe, a veces se ha intentado cruzar ambos géneros. Pero desde hace mucho tiempo, la novela ha cambiado. Después de Proust, Musil o Joyce, su escritura no ha parado de experimentar formas nuevas. Con cierta demora, la escritura histórica ha comenzado a hacer lo mismo. Por otra parte eso no se inauguró hoy. Consideremos un ejemplo que merecería un análisis más extenso: en el célebre libro de Fernand Braudel, ***La Méditerranée et le monde méditerranéen á l'époque de Philippe II*** (1949), rápidamente se destacó la original utilización de una triple temporalidad que organizaba las tres grandes secciones de la obra. ¿Les parecerá muy iconoclasta leer ahora la tentativa de contar una misma historia primero despedazándola en más narraciones y luego recomponiéndola, desde tres puntos de vista y en tres registros diferentes, a través de tres sistemas de requerimientos diferentes? El problema, de todos modos, merece ser planteado. Probablemente lo que hoy ha cambiado es que la relación entre una forma de exposición y un contenido de conciencia ha llegado a ser objeto de una interrogación explícita.

En el interior de esta evolución, los microhistoriadores desempeñan un rol central porque consideran que una elección narrativa depende tanto de la experimentación histórica como de los mismos procedimientos de investigación. De hecho los dos aspectos difícilmente puedan disociarse. La invención de una forma expositiva no genera solamente efectos de conocimiento. Contribuye explícitamente a la producción de un cierto tipo de inteligibilidad en el interior de condiciones experimentales definidas. La forma de la pesquisa adquiere a esta altura todo su significado: asocia el lector al trabajo del historiador, a la producción de su objeto de estudio. Pero no está sola: el reciente libro de Roberto Zapperi sobre ***Annibale Carracci*** muestra, a través del itinerario de los tres Carracci, los dos hermanos y el primo, los tres involucrados en los oficios de la pintura de Bologna en la segunda mitad del siglo XVI, lo que puede ser la experimentación en el género que en apariencia, se presta menos: la biografía[28].

El problema hoy se plantea en el nivel micro. Nada impide, por cierto, proponerlo en otros niveles, en el interior de otras dimensiones de la investigación histórica, como nos lo ha recordado el ejemplo de Braudel[29]. Sin embargo, no es casual que ciertos trabajos de microhistoria hayan cumplido un papel determinante en el surgimiento de esta nueva (o, más exactamente, renovada) preocupación. El cambio de escala, como se ha dicho, jugó a modo de un *extrañamiento*, en el sentido que los semióticos le dan a ese término: una desorientación, no sólo en relación a las categorías de análisis y a los modelos interpretativos del discurso historiográfico dominante, sino también respecto de las formas de exposición existentes. Uno de los efectos del pasaje a lo micro consiste, por ejemplo, en transformar la naturaleza



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de las informaciones y la relación que el historiador entreteje con las mismas. Giovanni Levi ama comparar el trabajo del historiador con el de la heroína de una novela de Henry James, ***In the Cage***: telegrafista apresada detrás de su ventanilla, ella reconstruye el mundo externo a partir de los fragmentos de informaciones que debe transmitir. Como no los elige, sólo puede tratar de producir con ellos algo inteligible. No obstante, el parangón tiene límites que es importante poner en evidencia: lo que distingue al historiador de la telegrafista de James es el hecho de que él sabe que sus informaciones son el resultado de una selección impuesta por la realidad y a la cual le sobreimprime su propia selección. Por lo tanto, él puede intentar medir los efectos de esta serie de descartes sucesivos y extraerle las debidas consecuencias.

Queda el hecho de que no es fácil descifrar el diseño de una alfombra si se la mira a ras del suelo. En tanta profusión de detalles, ¿qué es importante y qué no lo es? El historiador se encuentra entonces, pasando de James a Stendhal, en la posición de Fabricio en la batalla de Waterloo en ***La Cartuja de Parma***: de la gran historia –de la historia *tout court*– no percibe más que el desorden. Levi se ha interrogado, en la introducción de su libro, " a propósito de lo que es relevante y de lo que es irrelevante cuando se escribe una biografía". En la organización de su texto; buscó la que mejor se adaptara para dar cuenta de una vida, la de Giovan Battista Chiesa, que sólo conocemos a través de fragmentos y que sólo adquiere sentido gracias a su inscripción en una serie de contextos discontinuos de referencia. La elección de un modelo narrativo –o, más exactamente, de exposición es también la de una forma de conocimiento. En ese sentido, no es indiferente que viejos géneros historiográficos, la biografía, la narración del acontecimiento, hayan llegado a ser objeto privilegiado de este tipo de experimentación. En su forma tradicional, están superados y, admitámoslo, ya no son muy creíbles. Si sólo fuera necesario conocer todo de un personaje, desde el nacimiento a la muerte, o de un acontecimiento, en todos sus aspectos, para comprenderlos, entonces los periodistas contemporáneos estarían mejor equipados que los historiadores; pero no es necesariamente así. Me parece, más bien, que la biografía o la narración del acontecimiento absuelven de hacer el registro de un experimento límite: ya que los modelos narrativo-analíticos han dejado de parecer convincentes, ¿qué se necesita hacer –qué se puede hacer– para contar una vida, una batalla, un hecho de una crónica? Si, por hipótesis, se renuncia a las convenciones establecidas del género – la continuidad de una historia inscripta entre un comienzo y un final, la descripción basada en el registro de la evidencia, la concatenación de causas y efectos, etc. ¿en qué se convierten los objetos que se atribuye el historiador?[30].

En objetos problemáticos. Una experiencia biográfica, la del cura Chiesa o la del pintor Carracci, se puede leer así como un conjunto de tentativas, de elecciones, de tomas de posición ante la incertidumbre. No se la puede pensar más en términos de necesidad –una existencia que se cumplió y que la muerte ha transformado en destino– sino como un campo de posibilidad entre las cuales el actor histórico ha debido elegir. Un evento colectivo, una sublevación por ejemplo, deja de ser un objeto opaco (un mero desorden) o, al contrario, sobreinterpretado (un accidente insignificante, pero sobrecargado de significados implícitos): se puede intentar mostrar cómo, en el desorden, los actores sociales inventan un sentido del que simultáneamente toman conciencia. La elección de una modalidad de exposición participa en este caso de la construcción del objeto y de su interpretación.

Pero, de nuevo, los privilegios del análisis microsocial no me parecen intangibles. Hoy se fundan en nuestra indiscutida tendencia al macroanálisis. Pero no existe ninguna razón de principio en base a la cual los problemas narrativo-cognitivos que apenas se han evocado no puedan plantearse a nivel macrohistórico: ¿acaso hace veinte años, la New Economic History no introdujo pioneramente, de modo razonado, controlable, la utilización de hipótesis contrafácticas en el análisis histórico? Más que una escala particular, nuevamente aquí lo fundamental es la variación de escala. Hoy los historiadores se han dado cuenta, pero no están solos. En 1966, en *Blow up*, Michelangelo Antonioni contó la historia, inspirada en una novela de Julio Cortázar, de un fotógrafo londinense que casualmente capturó en una película una escena de la que fue testigo. La escena le resulta incomprensible, sus detalles no son coherentes. Picado por la curiosidad, agranda sus imágenes (es el significado del título), hasta el punto de que un detalle invisible lo coloca en la pista de una lectura distinta de todo el conjunto[31]. La variación de escala le permitió pasar de una historia a otra (y, por qué no, a varias otras). Esta es también la lección que nos sugiere la microhistoria ■

*Traducción: Leticia Prislei*

---

**Notas**

1. C. Ginzburg, "Spie: radici di un paradigma indiziario", in A. Gargani (a cura di), *Crisi della ragione*, Torino 1979, pp. 57-106. Un buen ejemplo reciente de la utilización americana de sus supuestos puede verse en la introducción de Edward Muir, "Observing Trifles", a E. Miur y G. Ruggiero (Comp.), *Microhistory and the Lost Peoples of Europe*, Baltimore-London 1991, pp. VII-XXVIII.

2. Para este punto ver la presentación que, bajo el título: "L'histoire au ras du sol", escribí para la traducción francesa del libro de G. Levi, *Le pouvoir au village*, París, 1989, pp. I-XXXIII (edición original: *L'ereditá immateriale. Carriera di un esorcista nel Piemonte del Seicento*, Torino, 1985); véase también el editorial colectivo de la redacción de *Annales*, "Tentons l'espérience", en *Annales E. S. C.*, 6 (1989), pp. 1317-1323.

3. G. Levi, "On Micro-History", en P. Burke, (Comp.), *New Perspectives on Historical Writting*, Oxford 1991, pp 93-113. El texto de C. Ginzburg, "Spie..." op. cit., tuvo realmente la ambición de fundar un nuevo paradigma histórico. Aún cuando ha conocido un enorme eco y una vasta circulación internacional, no creo sin embargo que permita dar cuenta de la producción microhistórica que se produjo después de su publicación.

4. F. Simiand, "Méthode historique et sicence sociale", en *Revue de synthése historique*, 1903; sobre la importancia de la matriz durheimiana en los orígenes de *Annales*, cfr. J. Revel, "Histoire et sciences sociales. Les paradigmes des "Annales", en *Annales E. S. C*, 6 (1979), pp. 1360-1376.

5. Cfr. J. -Y. Grenier y B. Lepetit, "L'expérience historique: á propos de C. E. Labrousse", en *Annales E. S C.*, 6 (1989), pp. 1337-1360.

6. Cfr. las reflexiones muy lúcidas de J. Rougerie, "Faut-il départimentaliser l'histoire de France?", en *Annales E. S. C.*", 4 (1975), pp. 787-794. En el mismo sentido, ver también el debate que se inició en la mitad de los años Setenta sobre la naturaleza del hecho urbano, en torno a la tesis de J. C. Perrot, *Genése d'une ville moderne: Caen au XVIII siécle*, París, 1975.

7. Sería interesante seguir en forma paralela la formulación de estos problemas en historia y antropología, individualizando las escanciones que practican las dos disciplinas: cfr C. Bromberger, "Du grand au petit. Variations des échelles et des objets d'analyse dans l'his-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

toire récente de l'ethnologie de la France", en I. Chiva y U. Jeggle (Comp.), *Ethnologies au miroir*, Paris, 1987, pp. 67-94.

8. En este sentido, es necesario subrayar la importancia que han tenido las propuestas de Fredrik Barth en numerosos microhistoiadores, más allá de la influencia más general ejercida por la antropología anglosajona: cfr. F. Barth (Comp.)*Scale and Social Organization*, Oslo-Bergen, 1978; *Process and Form in Social Life*, London, 1980.

9. E. Grendi, "Micro-analisi e storia sociale", en *Quaderni storici*, 35, 1977, pp. 506-520; del mismo autor, veáse también, su presentación al número especial sobre "Famiglia e comunitá", en *Quaderni storici*, 33, 1976, pp. 881-891.

10. C. Ginzburg y C. Poni, "Il nome e il come. Mercato storiografico e scambio disuguale", en *Quaderni storici*, 40 (1979), pp. 181-190.

11.*Ibidem*, pp. 184-185

12. Levi, *L'ereditá immateriale* op. cit., p. 5.

13. *Ibidem*.

14. M. Gribaudi, *Mondo operaio e mito operaio. Spazi e percorsi sociali a Torino nel primo Novecento*, Torino, 1987.

15. *Ibidem*, pp. XXII-XXIII; de nuevo, las referencias invocadas por el autor remiten a la antropología anglosajona: al ya citado F. Barth y más en general al análisis interaccionista.

16. Recordemos, a título informativo, el debate abierto por Ernest Labrousse en los años Cincuenta en torno al proyecto de una historia comparada de la burguesía europea, o también, en los años Sesenta, la discusión, hoy muy arcaica, del mismo Labrousse y Roland Mousnier sobre "órdenes y clases.

17. E. P. Thompson, *Rivoluzione industriale y classe operaia in Inghilterra*, trad. it., Milano 1968. (recordemos que el estudio de Thompson se inscribe más bien en una perspectiva macrosocial).

18. Citamos, como ejemplos, las tesis de M. Perrot, *Les ouvriers en gréve*, París, 1974; de J. C. Perrot, *Génese d'une ville moderne* op. cit.; o, desde la perspectiva de la sociología, el estudio de L. Boltanski, *Les Cadres*, Paris, 1982.

19. Se encontrará una presentación de estos debates en la introducción del libro de S. Cerutti, *Mestieri e privilegi. Nascita delle corporazioni a Torino, secoli XVI-XVIII*, Torino, 1992, pp. VII-XXIV.

20. Aunque un trabajo como el de Marc Abélés sobre las formas y los lugares de la política local en la Francia contemporánea *(Jours tranquilles en 89*, Paris, 1988), haga suyos –sin que exista un acuerdo preliminar– la mayor parte de los temas y algunas de las formulaciones propuestas, al mismo tiempo, por los microhistoriadores. Quedaría por evidenciar la posición de Abélés en el debate antropológico y por analizar la recepción que tuvo su libro en su ambiente profesional.

21. C. Levi, *L'ereditá immateriale* op. cit., cap. 2.

22. G. Levi, "On Micro-History" cit., 202; cfr. también "I pericoli del geertzismo", en *Quaderni storici*, 58 (1985), pp. 269-277.

23. Todo esto según G. Levi, *L'ereditá immateriale*, op. cit. Un ejemplo diferente, pero que va en la misma dirección, a propósito de los sistemas de reglamentación de la violencia ligada a la construcción del estado genovés en O. Raggio, *Faide e parentele. Lo stato genovese visto dalla Fontanabuona*, Torino, 1990.

24. E. Grendi, "Microanalisi e storia sociales" op. cit.

25. Un buen ejemplo de este tipo de lectura me parece que lo proporciona el estudio de M. Gribauldi y A. Blum, "Des catégories aux liens individuels: l'analyse statistique de l'espace social", en *Annales E. S. C.*, 6 (1990), pp. 1351-1402; de los mismos autores, "Les déclarartiosn professionnelles. Pratiques, inscriptions, sources. "en *Annales E. S. C*, 4, 1993, pp. 987-995.

26. S. Loriga, *Soldati. L'istituzione militare nel Piemonte del Settecento*, Venezia, 1992.

27. Pero también de los antropólogos, de James Clifford a Clifford Geertz –aunque el problema está ya presente de manera explícita en Malinowski, Lévi-Strauss y en muchos otros–. Cfr. C. Geertz, *Works and Lives. The Antropologist as Author*, Stanford, 1988.

28. R. Zapperi, *Annibale Carraci. Ritrato di artista da giovane*, Torino, 1989.

29. Lo es en Francia, hoy, a nivel de la historia nacional –es decir, a una escala resueltamente macrohistórica–. Algunos primeros pasos en A. Burguiére y J. Revel. "Présentation", en *Histoire de la France* (bajo la dirección de A. Burguiére y J. Revel) vol. 1, *L'Espace français*, Paris, 1989, pp. 9-22; y recientemente en P. Nora, "Comment écrire l'historie de France", en *Les lieux de la mémoire* (bajo la direccide P. Nora). vol. 3. *Les Frances*, t. 1. Paris, 1993, pp. 11-32

30. Sobre biografía, véase las pertinentes reflexiones de G. Levi, "Les usages de la biographie", en *Annales E. S. C.*, 6, (1989), pp. 1325-1336; de J. C. Passeron, "Biographies, flux, itinéraires, trajectoires", en *Revue francaise de sociologie*, XXXI (1990), pp. 3-22 (reproducido en *Le Raisonnement sociologique*, Paris, 1991). Sobre el acontecimiento, me permito remitir a A. Farge y J. Revel, *La logica della folla. Il caso dei rapimenti di bambini nella Parigi del 1750*, trad. it., Roma-Bari, 1989.

31.Para el guión, ver M. Antonioni, *Blow up*, Torino, 1967.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

# Fuentes de archivo



# El Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam. Modelo para armar

*Patricio Geli**

Consagrado como una suerte de Meca donde desarrollar investigaciones sobre temas de historia social y los movimientos de izquierda contemporáneos, el Internaational Instituut voor Sociale Geschiedenis (IISG) ofrece a los historiadores, no sólo la vastedad de sus colecciones y archivos, sino también una experiencia exitosa sobre cómo resguardar un variado universo de fuentes a partir de iniciativas promovidas por sectores de la sociedad civil. La riqueza de dicha experiencia, no exenta incluso de actitudes rayanas con la heroicidad, merecería una breve reseña(1).

En 1914 el jurista socialdemócrata Nicolás Posthumus, profesor de historia económica en la Universidad de Rotterdam y más tarde de Amsterdam, fundó con otros el Archivo de Historia Económica de Holanda (conocido por las iniciales de su denominación neerlandesa como NEHA). En pocos años esta institución fue adquiriendo una doble orientación. Por un lado, sus intereses temáticos fueron transcendiendo crecientemente las fronteras nacionales y, por otro, debido a las preocupaciones por abordar en forma más abarcativa los problemas económicos, fue ganando espacio el interés por la historia social. Uno de los inmediatos correlatos de esta última perspectiva adoptada fue la entonces inusual incorporación por parte de una institución académica de archivos sindicales.

El advenimiento del fascismo y el nacionalsocialismo en Europa meridional y central como del stalinismo en la Rusia soviética, no sólo atentaba contra la libertad y seguridad de sus adversarios, sino también amenazaba destruir su patrimonio documental. Posthumus y su reducido grupo de colaboradores asumieron el desmedido desafío de poner a buen recaudo esa porción considerable del legado europeo de los siglos XIX y XX. No obstante, antes debía resolverse el problema de cómo subvencionar una empresa semejante. Ese soporte económico provino de una compañía de seguros laborales originada dentro de la órbita de influencia del Partido Socialdemócrata Holandés, "De Centrale", que financiaba habitualmente actividades culturales relacionadas con el movimiento obrero. Paralelamente, se iniciaron tratativas con la municipalidad de Amsterdam para obtener un edificio que permitiese poner el material a salvaguardar al servicio de los investigadores. De este modo, resultado de un reto pero también de la creciente autonomía de la historia social dentro del NEHA, en noviembre de 1935 se fundó el IISG que en breve abriría una filial en París.

El rescate de los materiales amenazados que se encontraban en la órbita nazi adoptaría ribetes novelescos. A través de valijas diplomáticas, pero so-

* Universidad de Buenos Aires



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bretodo mediante un asiduo y riesgoso contrabando hormiga, grandes cantidades de documentos provenientes de Alemania y Austria atravesaron la frontera holandesa. Así, por ejemplo, entre las ropas del equipaje de la bibliotecaria del IISG, Annie Kleefstra, salió gran parte del archivo de Bakunin. Las dimensiones y la calidad del material arrivado a Amsterdam en la segunda mitad de los '30 resultan aún hoy sorprendentes. Por esos años entraron en el IISG el archivo del Partido Socialdemócrata Alemán que, aparte de contener los documentos vinculados con la vida de la organización partidaria, incluían nada menos que las colecciones de manuscritos de las máximas figuras del socialismo alemán como Marx, Engels, Kautsky, Bebel, Bernstein, Liebknecht y Hess entre otros.

Sin embargo, en otras regiones europeas la persecución de los opositores también se hacía extensiva a sus fondos documentales, ya fuera con la finalidad de obtener información para mejorar la estrategia represiva o por la empecinada creencia de que toda empresa aniquiladora debía hacerse extensiva a los testimonios materiales de un pasado siempre amenazante del nuevo poder instaurado. Tras la derrota del bando republicano en España, el franquismo buscó apoderarse de los archivos de los vencidos. Una parte importante del patrimonio del anarquismo español, el perteneciente a la FAI y a la CNT, logró traspasar las fronteras y llegar al IISG. Por esos años, a su vez, arribaban a la órbita del Instituto los materiales de la oposición interna al bolchevismo y el stalinismo como los pertenecientes a los mencheviques, el Partido Socialista Revolucionario y parte del archivo personal de Trotsky. No obstante, la salvaguarda de los documentos mediante su prudente alejamiento de las zonas de riesgo no era siempre eficaz. En noviembre de 1936 agentes del servicio secreto soviético lograron robar algunos papeles de Trotsky de la sucursal en París.

La avalancha de materiales continuó hasta el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial cuando, por el contrario, hubo que procurar sacar el valioso patrimonio acumulado de Holanda. Si bien una parte pudo ser enviada a Oxford gracias a la colaboración de G. D. H. Cole, apenas las SS entraron en Amsterdam clausuraron el IISG y confiscaron sus archivos que fueron remitidos a Alemania donde encumbradas figuras del Partido Nazi como Ley, Rosenberg y Heydrich se disputaron su custodia. Igual suerte corrieron los documentos de la rama parisina, pese al dispositivo montado para ocultarlos.

Cuando las tropas canadienses liberaron los Países Bajos el IISG se encontraba vacío. Durante más de diez años su personal se abocó a la recuperación de los archivos no destruidos que yacían dispersos en Europa Central y Oriental. Las duras condiciones económicas de la posguerra, a las que se agregaba el clima no favorable de la guerra fría, tornaba aún más difícil ese "empezar de nuevo", en la medida que la ayuda financiera proveniente de instituciones de la sociedad civil o del estado holandés se veía muy mermada.

En la segunda mitad de los '50 el IISG inicia una nueva etapa de expansión en la que a la progresiva adquisición de nuevos materiales se agrega un renovado interés por desarrollar la cooperación con universidades y centros de investigación de todo el mundo, editar documentos y crear una publicación propia, *The International Review of Social History*, cuya continuidad y prestigio han perdurado hasta hoy. El auge de la historia social en los '60 aumentó notablemente el número de investigadores concurrentes, al tiempo que acentuó una nueva orientación



en el crecimiento de las colecciones, pues, a la prioridad de la preguerra por salvar "la herencia" de los movimientos de izquierda, se sumaría la preocupación por incrementar el material documental con vistas a ir posibilitando una perspectiva cada vez más global de la historia de los trabajadores en consonancia con los nuevos aportes y giros metodológicos. Obviamente, el impulso de la nueva expansión motivo también la solución del problema del siempre insuficiente espacio físico que obligó a sucesivas mudanzas hasta conseguir un edificio adecuado.

Una de las claves del desarrollo experimentado por el IISG en las últimas décadas radicó en el hallazgo de un estatus bifronte que, a pesar de estar enmarcado en parte dentro de la órbita del Estado (en este caso bajo la jurisdicción de la Real Academia de Artes y Ciencias de Holanda), no dependiese exclusivamente del control y la ayuda financiera estatal, a fin de mantener protegido su originario espíritu de asociación civil y, por ende, inalterable su exitosa dinámica autogestionaria. De hecho, el extendido universo continuamente creciente de archivos y colecciones no es propiedad del estado holandés sino de una fundación independiente que las administra celosamente sin las trabas y los tiempos inherentes a la burocracia pública. Autonomía que se manifiesta especialmente eficaz a la hora de aprovechar las oportunidades, por lo general fugaces, de adquirir materiales valiosos.

Precisamente, en las vías de obtención de fuentes también deberían buscarse las razones de las dimensiones alcanzadas por el IISG. Pues, más que su capacidad de compra, sería su persistente política de adquisiciones la que le confiere una ventaja comparativa con otras instituciones similares del Primer Mundo. La entrada periódica de nuevas colecciones y archivos es,



en gran medida, resultado de la extendida red de vínculos y convenios que las sucesivas direcciones del Instituto han ido diseñando con una larga serie de organismos públicos y privados, muchos de ellos afines como los pertenecientes a la International Association of Labour History Institutions, con los cuales viene sosteniéndose un fluido intercambio de microfilms de sus acervos y publicaciones repetidas. Pero esa red comprende, sobretodo, un gran número de activos particulares dispersos por el mundo (v. g. historiadores, libreros, coleccionistas y, especialmente, militantes) que detectan los materiales de valor en sus países y promueven su donación al Instituto.

Si bien resulta imposible hacer una lista siquiera somera del contenido de los fondos documentales del IISG, podrían brindarse ciertos indicios contribuyentes a facilitar una primera aproximación de eventuales búsquedas de materiales(2). En función de dos macrocoordenadas orientadoras –origen nacional de los autores como de las publicaciones periódicas y momento de producción de las mismas– se desprende que la mayoría de las colecciones y archivos se vinculan a la historia europea de los siglos XIX y XX. Sin embargo, las "áreas menores" (v. g.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

América Latina, Sudeste Asiático, China, Estados Unidos y Medio Oriente) no serían menos importantes puesto que albergan materiales únicos o de difícil hallazgo. Otra línea orientadora gruesa podría trazarse tomando como criterio el sesgo político del contenido del sector archivos. Casi la mitad de ellos se relacionan con la historia del movimiento socialista, un cuarto con el anarquismo y el resto abarca un amplio espectro vinculado a los movimientos francmasones, liberales, utopistas, comunistas, radicales y trotskistas. Intentaremos brindar algunos datos más específicos sobre materiales, quizás, más cercanos al interés de los historiadores argentinos como los relativos a América Latina, Europa y las organizaciones internacionales.

Con respecto a América Latina es bien sabido que el IISG posee el mejor reservorio documental sobre el movimiento anarquista de la región. En ese sentido, resulta familiar a nuestros historiadores el índice de las publicaciones relacionadas con el anarquismo argentino, especialmente para el lapso comprendido entre 1890 y 1930. Convendría agregar que también existe un volumen considerable de publicaciones libertarias del mismo período procedentes de otras áreas de Latinoamérica que no han sido demasiado investigadas por país o en una perspectiva comparada. A su vez, algunos materiales relativos al anarquismo rioplatense pueden encontrarse en los archivos de Diego Abad de Santillán y Ugo Fedeli, como así también tangencialmente en los de Max Nettlau y Luigi Fabbri. Las publicaciones sobre el socialismo latinoamericano ocupan un lugar marcadamente menos preponderante, siendo reducidas las publicaciones periódicas –por lo general incompletas–, como el número de libros y folletos. Una dimensión similar tiene el conjunto de materiales relativos a los partidos comunistas aunque los referidos ciertos pequeños grupos trotskistas como el posadismo se encuentran algo mejor representados. Un sector aceleradamente creciente, si bien todavía modesto comparado con otros centros internacionales, es el vinculado con los movimientos de izquierda centroamericanos. Por otra parte, es posible encontrar algunos significativos documentos sobre América Latina, especialmente correspondencia, tanto en archivos de organismos internacionales como en los de ciertas figuras de europeas.

La gran riqueza del IISG descansa sin duda en las colecciones y archivos vinculados con la historia de los movimientos de la izquierda europea contemporánea. La alta concentración de fuentes en esta área ahorra en alguna medida a los estudiosos extranjeros, particularmente a los latinoamericanos que se desenvuelven con presupuestos exiguos, periplos por otros centros análogos de Europa donde por lo general el material se circunscribe a las fuerzas y personalidades nacionales. En ese sentido, el IISG ofrece la ventaja de brindar en un tiempo de trabajo razonable una perspectiva de conjunto y comparativa sobre un tema acotado. Los países mejores representados desde el punto de vista de los archivos y publicaciones son Alemania, Rusia, Francia, Gran Bretaña y los del este europeo. En menor medida, aunque con una presencia importante, le siguen Italia, Austria, España, Suiza y Bélgica. La lista de archivos de figuras reconocidas resulta apabullante. Sin mencionar a los ya nombrados más arriba –y para dar tan sólo una idea que a veces excede la órbita europea– cabría destacar los pertenecientes al círculo de interlocutores de Marx (v. g. Wolff, Weydemeyer y Sorge), a personalidades de la II Internacional (v. g. Adler, Guesde, Plechanov y Turati), del anarquismo (v. g. Vo-



lin, Rocker, Goldman, Berkman, Reclus y Bertoni) y otras de matizada trayectoria que adhirieron en algún momento al comunismo (v. g. Hamon, Souvarine y Rappoport). No faltan incluso los relacionados con historiadores e intelectuales que sostuvieron simultáneamente una intensa actividad política y académica (v. g. Abendroth, Cole, Guérin, Korsch y Laski).

Las colecciones y archivos pertenecientes a organizaciones, principalmente internacionales, constituyen otros de los pilares del IISG. Las sucesivas internacionales socialistas se encuentran muy bien representadas, especialmente la II, como así también las diversas organizaciones que buscaron coordinar la acción sindical a nivel mundial a partir de la primera posguerra y que han sido poco investigadas desde una perspectiva latinoamericana (v. g. la ICFTU –1949 a 1984–, la IFTU –1919 a 1953– y la WFTU –1945 a 1987–). También existen un volumen considerable de documentos sobre uniones sindicales internacionales por oficio. El espectro de archivos vinculados a asociaciones mundiales es sumamente amplio, comprendiendo entre otras las relativas a organizaciones femeninas, juventudes socialistas, movimientos por la paz y estudiantiles. En los últimos años se han incorporado importantes volúmenes de microfilms y fotocopias relacionados con el sindicato polaco Solidaridad y con los archivos del comunismo soviético cuya apertura ha movilizado fuertemente la atención de historiadores europeos y norteamericanos.

A su vez, el IISG cuenta con un importante departamento iconográfico y de sonido donde es posible consultar fotografías, imágenes gráficas, grabaciones, películas y videos. Es posible adquirir por correo microfilms, fotocopias y catálogos del Instituto aunque al ser la demanda de estos muy alta su llegada a destino conlleva una inevitable demora (3).

Por otra parte, a la posibilidad de consultar los archivos y colecciones, se añaden otras actividades de interés relacionadas con la investigación y la vida académica: encuentros internacionales de investigadores, ciclos de conferencias, seminarios que se combinan con programas y pasantías para becarios doctorales y postdoctorales.

Sin lugar a dudas, la historia de la formación del IISG encierra una experiencia única sobre cómo la persistentes iniciativas de grupos de la sociedad civil fueron desplegándose a lo largo de tres generaciones para salvaguardar una porción valiosa del pasado de la humanidad y supieron hacer confluir sus objetivos con la esfera estatal para seguir creciendo, sin por ello socavar la esencia de su original espíritu autónomo. Aunque imposible de repetir escrupulosamente, la experiencia no deja de resultar altamente estimulante para los historiadores de aquellos países como el nuestro donde a la falta de una fuerte voluntad política proveniente del poder estatal por mantener a buen recaudo el patrimonio histórico se suman las insuficiencias presupuestarias. En ese sentido, la creación de la *Red de Recuperación y Protección de Archivos de los Trabajadores y de los Movimientos Sociales Argentinos* constituyó un antecedente pionero y un espacio en el que cabría reinvertir esfuerzos para imaginar con mirada amplia nuevas iniciativas. Quizás, una de esas primeras tareas podría consistir en incentivar convenios de cooperación entre el IISG y nuestras universidades o centros de investigación, como así también promover, entre otras acciones, la obtención de microfilms y fotocopias de los materiales vinculados con la Argentina a través de una equitativa y mutuamente ventajosa política de intercambios ■



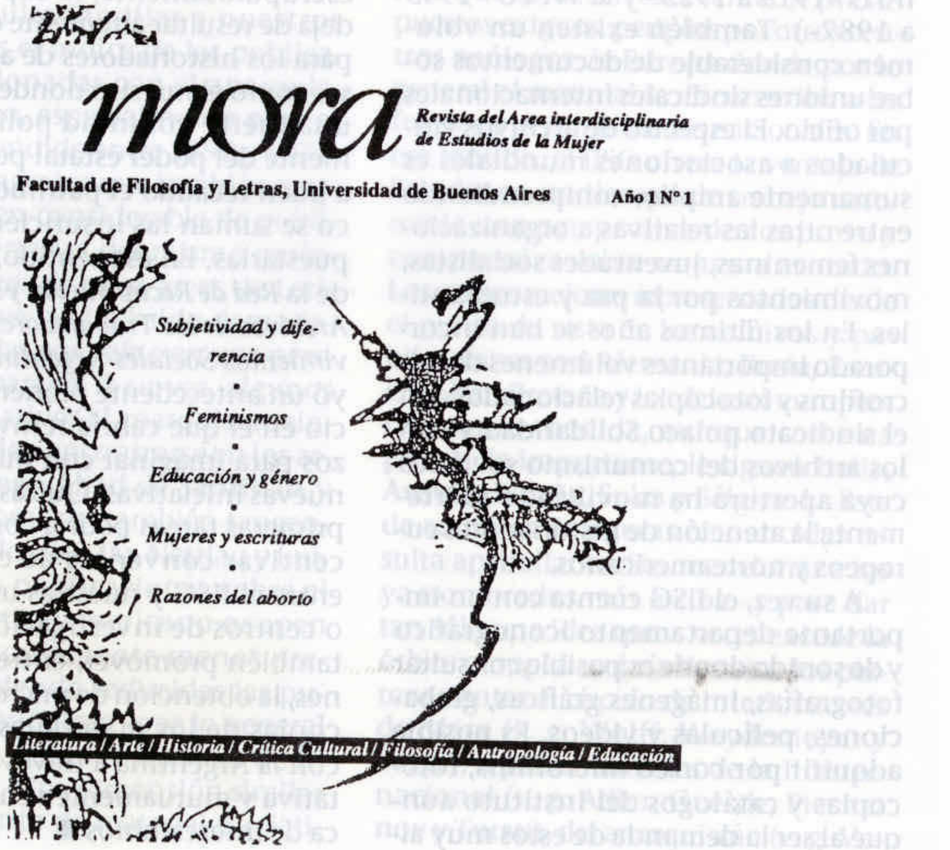
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

**Notas**

1. Para una mayor información sobre la historia del IISG y la formación de sus fondos documentales se puede ver: J. Lucassen, *Tracing the past.* Amsterdam, Stiching beheer IISG, 1989; J. Kloosterman, "Informatisation et histoire sociale: Le cas de l'Institut International d'Histoire Sociale d'Amsterdam", en *Materiaux pour l'histoire de notre temps, de. par BDIC,* avril-décembre 1987, pp. 9-14 y E. Fischer, "The International Institute of Social History-Reorganization after fifty years", en *International Review of Social History* XXXIII, 1988, pp. 246-255.

2. Una información más detallada de los archivos y su contenido puede encontrarse en A. Van der Horst and E. Koen, *Guide to the international archives and collections at the IISH, Amsterdam.* Amsterdam, Stiching behheer IISG, 1989 (la actualización de esta guía se hace mediante la publicación de suplementos en la International Review of Social History) y H. Sanders, *Books and pamphlets on British social and economic subjects (ca. 1650-1880) at the IISH Amsterdam.* Amsterdam, 1988.

3. Las solicitudes de material, información de actividades y posibilidades de alojamiento para investigadores remitirlas a Mieke Ijzermans, Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis, Cruquiusweg 31, 1019 AT Amsterdam.




# Reseñas y Comentarios de Libros





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

# Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista

## Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1995, 310 págs.

**Jorge Myers**

*Orden y virtud*, la propuesta historiográfica-editorial de Jorge Myers destinada a tratar de llenar un vacío indudable en la historiografía local, es una obra sumamente valiosa en más de un sentido. No sólo porque rescata textos (escritos periodísticos, decretos y discursos oficiales y debates parlamentarios) oficiales u oficialistas correspondientes al período rosista que, oscurecidos por la indudablemente mucho más deslumbrante producción intelectual de los exiliados, han permanecido por largo tiempo ignorados (o únicamente muy mal tratados por una historiografía revisionista que sólo podía, o quería ver en ellos las víctimas excluidas, residuos de una nacionalidad esencial oprimida, por una perversa conspiración historiográfica oficial liberal). Sino también, y fundamentalmente, porque el extenso estudio que los precede, en el que Myers apela a un sólido bagaje teórico formado del cruce de horizontes de pensamiento de variado origen (dentro del cual la tradición de la historiografía de ideas políticas anglosajona –y, en particular, la Escuela de Cambridge, representada por Skinner y Pocock– ocupa un lugar sobresaliente, pero de ningún modo excluyente) aporta una serie de claves interpretativas de dichos textos sumamente sugerentes que los recoloca en un contexto de problemáticas actuales particularmente interesante, como es el relativo a la constitución, en el plano discursivo, de una legitimidad postrevolucionaria en el marco de la profunda dislocación política y social producida por las guerras que siguieron a la independencia.

La recopilación de textos incluidos en *Orden y virtud* se divide en tres secciones. La primera ofrece un panorama general del contexto jurídico-institucional en que se despliega el debate político, en general, y la actividad periodística, en particular, bajo el régimen rosista. La segunda parte, la más sustanciosa de las tres, se titula "Publicistas del rosismo" e incluye extractos de aquellos textos claves por los cuales las figuras intelectuales más prominentes adherentes al régimen definen la que va a constituir su ideología oficial. La tercera y última sección de la antología prolonga a la anterior, aunque, organizada ahora en torno a una serie de tópicos, intenta ofrecer una imagen sintética y más sistemática de los motivos fundamentales que recorrerían el universo discursivo oficial rosista según los define Myers en su introducción (a la que sirve de ilustración).

Como dijimos, la sola reunión y publicación de dichos textos representa un aporte fundamental puesto que ofrece un material de no fácil acceso para el investigador (menos aun para el lector corriente), pero que, sin embargo, resulta esencial para la comprensión del tipo de formaciones discursivas (su gestación y trayectoria) que acompañaron al primer intento exitoso de afirmación de un centro de autoridad política en el Río de la Plata. Como Myers señala en su introducción, esto necesariamente supuso la puesta en juego de mecanismos ideológicos de legitimación (cuya naturaleza es necesario desentrañar a fin de comprender el proceso de consolidación de dicho orden) y (algo usualmente ignorado por las perspectivas tradicionales tanto de revisionistas como de liberales) su confrontación en una incipiente "esfera pública" que emerge inmediatamente tras la ruptura del orden colonial y que sólo luego de un conti-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nuo esfuerzo por parte de Rosas por controlarla (que le insumió gran parte de la larga primera década de su gobierno) pudo éste finalmente segar. Así definida, la problemática planteada por Myers impone un límite bastante preciso en cuanto al contenido de los textos presentados así como del espectro temporal abarcado en los mismos.

En cuanto al contenido, es claro que la atención focalizada en el nivel de las formaciones discursivas determina un cierto recorte que, si bien ayudan a explicar la naturaleza del proceso más vasto de afirmación de un nuevo centro de autoridad por entre la turbulencia política desatada tras la independencia y cómo éste logró legitimarse públicamente, de ningún modo la agota. Esto se debe a que si bien, como afirma Myers, los discursos analizados enclaustran dicho proceso "en una cárcel de significados", está claro que la legitimidad y el destino del régimen rosista se decidió, en última instancia, en un terreno mucho menos etéreo que el de los discursos. Es necesario, pues, a fin de evaluar los logros de este trabajo, tener en cuenta cuál es más precisamente su objeto, es decir, que no es dicho proceso de afirmación del orden rosista en su conjunto el que Myers se propone escrutar sino un aspecto determinado del mismo, sin que ello de motivo para presuponer que el primero sea reductible al segundo.

Por otro lado, como dijimos, tal definición de su problemática específica ciñe también a dicho estudio dentro de un horizonte temporal específicamente delimitado. Los textos compilados se situarán todos (salvo algunas excepciones) dentro del período que va de 1829 a 1838. Éste es, en la perspectiva (correcta, a mi entender) del autor, el período clave en la conformación de un discurso característicamente "rosista". Luego de esta última fecha, una vez silenciada toda oposición, la constelación de ideas formada en torno al mismo, resultado de lo que hasta entonces fue un debate ideológico sustantivo, se degrada y convierte en una serie de fórmulas protocolares vacías impuestas desde el poder como parte del ritual oficial; carece, por lo tanto, de todo interés historiográfico, al menos, dentro del contexto de problemas aquí planteado. Antes de la primera de dichas fechas (1829), y ésta es una observación fundamental que recorre el texto de Myers, la retórica de Rosas y sus seguidores difícilmente puede considerarse como "rosista" *sticto sensu* ya que entronca y, de hecho, todavía forma parte, de un registro de categorías político-teóricas originalmente definidas y sólo inteligibles dentro del universo discursivo rivadaviano. Cómo éste se va contorsionando hasta servir de sustento ideológico al nuevo régimen, cuyos rasgos marcadamente autoritarios se van delineando de forma cada vez más nítida a lo largo de la década que nos ocupa, es, pues, más precisamente, lo que Myers se propone analizar. Y esto conlleva, a su vez, la necesidad de superar aquella visión definitivamente simplista que concibe al régimen rosista como un bloque monolítico, cuyos rasgos fundamentales estarían ya definidos desde sus orígenes y resultarían, desde un comienzo, punto por punto opuestos de plano a los que caracterizarían a un otro discurso opositor igualmente monolítico, para atender a los modos complejos por los que ambos se imbrican mutuamente y se van sólo progresivamente distanciando y diferenciando recíprocamente hasta tornarse irreconciliables.

Más radical (y provocativa) aún resulta la afirmación de Myers de que, en el curso de sus trayectorias divergentes, nunca se perderían completamente en ambos las huellas de sus orígenes comunes, articulándose los dos en torno a motivos relativamente análogos. Más precisamente, Myers llama la atención sobre el hecho de que, en su escalada autoritaria, el discurso oficialista no abandonó nunca, sin embargo, su retórica decididamente republicana; por el contrario, fue ésta, según nos muestra Myers, la que proveyó los motivos fundamentales que sirvieron de sustento ideológico al régimen. Esta situación, aunque paradójica, generará, sin embargo, un menor desgarramiento interno entre la ideología y la práctica rosista que lo que parecería a primera vista esperable. Aunque muchas veces tensa, dicha relación nunca se tornaría decididamente contradictoria, siendo que las más de las veces aparecería, al menos vista desde la perspectiva de sus contemporáneos, como en una completa armonía (sobre todo, a partir de que una serie de circunstancias contribuyeron a darle credibilidad a dicho discurso).

El carácter republicano del discurso oficial rosista Myers lo descubre en la presencia de cuatro *topoi* o motivos centrales que el rosismo hereda menos de las ideologías del antiguo régimen (al que, según interpretaciones canónicas, Rosas continúa y reencarna), que de una tradición que encuentra su punto de partida en la independencia y que sólo a partir de ésta resultan inteligibles (tradición a cuya pertenencia, por otra parte, Rosas y sus seguidores nunca renunciaron, ni aún cuando la tranquilidad colonial pasada servía a éstos también de imagen futura en el que proyectar al régimen que se proponía reconquistarla y de contraste a los horrores presentes causados por su quiebra: esa imagen del orden a reconquistar necesariamente partía ya de la base de dicha ruptura como un dato insoslayable de la realidad de la que no se podía ni quería retrotraer, sino, por el contrario, era necesario profundizar). De hecho, son estos motivos, para Myers, los que ofrecen al discurso rosista el bagaje conceptual que le permitiría tornar inteligible su propia práctica.

Los cuatro *topoi* que Myers destaca como los núcleos articuladores del discurso rosista son:

1. "un agrarismo republicano adaptado a los usos de una sociedad de fronteras expansión, que se vería reforzado por una obsesiva identificación de Rosas con la figura de Cincinato" [el campesino erigido en Emperador y salvador del pueblo];
2. "el desarrollo consciente de una imaginería 'catilinaria' para designar a los opositores y disidentes del régimen" [es decir, como subversivos natos, aunque, en este caso, de origen aristocrático y antipopular];
3. "la elaboración de un 'discurso americanista' sobre la base de elementos clásico-republicanos y nativistas"; y,
4) "una articulación sistemática entre las nociones de *virtus, salus populi* y el concepto romano de dictadura para justificar los poderes excepcionales otorgados a Rosas" (p. 45). De los cuatro, el tercero (la retórica americanista) es el más tardío en hacer su aparición; sólo adquiere consistencia retórica hacia fines del período bajo consideración (la década de 1830) como resultado de la intervención francesa. Según muestra Myers, pues, el mentado "nacionalismo" rosista fue, contra lo que la historiografía revisionista quiere creer, el resultado de un acontecimiento externo al régimen mismo, el que forzó, e hizo posible, un desarrollo que no estaba en absoluto inscripto como un curso necesario en sus orígenes. De todos modos, es cierto que, una vez producido, este giro "nacionalista", aunque en un comienzo imprevisible, pronto se convertiría en una de los ejes legitimantes del régimen (permitiéndole al mismo identificarse sin más con la causa de la independencia americana y nacional y, correlativamente, relegar a sus opositores al status de enemigos de ésta). El cuarto de los *topoi* definidos por Myers constituye, en cambio, el rasgo más permanente y característico de la retórica oficial del rosismo. Ya desde los años '20s todo ésta giraría en torno a la idea nuclear dentro de la misma de la existencia de un orden armónico natural, representado por la campaña americana (en la que las jerarquías inherentes a todo colectivo social organizado no impondrían, sin embargo, como en el viejo continente, injusticias humillantes para los menos agra-


Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ciados en él) y al que había imperiosamente que restaurar tras su desarticulación producida por los excesos revolucionarios y las subsecuentes guerras civiles. En este último motivo, en la idea de la necesaria restauración del orden natural perdido mediante la recuperación de una *virtud* republicana por entonces sofocada por el fuego de las pasiones desatadas, Myers señala cómo es posible ver menos huellas de su tradicionalismo político que los profundos lazos que comunican al discurso rosista con la retórica republicana clásica greco-latina (que, siguiendo a Pocock, Myers distingue del republicanismo iusnaturalista moderno). Por otro lado, era bien claro que, como argumento para fundar su legitimidad, tal motivo no podría resultar desatendible ni aun para sus más fervientes opositores, como Sarmiento (y, desde ya, menos aun por aquellos otros no tan fervientes, como Alberdi) desde el momento que éste no resultaba en absoluto extraño (cuando todavía estaban presentes las secuelas dejadas por el turbulento contexto precedente) al universo de problemas que también preocupaba a éstos. Así, como los ideólogos del régimen abocados a combatirlos sabían, éstos también, necesariamente, harían de acusar el impacto de la contundencia de los logros rosistas al respecto (de hecho, todos, incluido Sarmiento, terminarían reconociendo éste como tal).

Sobre la base de este esquema, Myers se dedica luego a analizar aspectos más específicos de la retórica política rosista: sus diversas teorías de la constitución, de las relaciones entre el estado y la iglesia, del sistema político y de partidos, y del federalismo como forma de orden político y medio para el disciplinamiento de las pasiones. En todos ellos, Myers trata de penetrar la lógica interna del discurso rosista, señalando la especificidad del mismo. Esto le permite agudos señalamientos, como, por ejemplo, cuando destaca el carácter marcadamente secular de su alegada defensa de la religión. Como lo muestra el caso de la expulsión de los jesuitas de la provincia (1843), ésta será la forma específicamente rosista de subordinar el poder clerical al político, una forma particularmente exitosa, además, que (apoyada en un aparato represivo bien montado) impondría muy estrechos límites para cualquier intento de disenso por parte del primero (logro que, aunque señala, una vez más, el carácter autoritario del régimen, de todos modos, comparándolo con la situación de países como México, por ejemplo, donde los liberales no escatimaron medios, y siempre infructuosamente, para controlar el poder del clero, aparecería como verdaderamente envidiable).

En síntesis, el libro aquí presentado resulta de interés historiográfico fundamental no sólo por lo nuevo que nos permite conocer (materiales y textos que muchos desconocíamos) sino porque, además, con su agudeza crítica Myers nos obliga a reflexionar sobre mucho de lo que sí conocíamos, o creíamos conocer. Las posibles críticas al mismo resultan absolutamente secundarias comparadas al aporte que el mismo representa y al que en nada desvalorizan. De todos modos, quisiera señalar aquí dos problemas que advierto en tal obra; en realidad, muy laterales, pero que creo necesario puntualizar.

La primera es para advertir al lector sobre algunos problemas que presenta el ordenamiento general de los textos recopilados. La preferencia por una organización temática (o por autores) hace por momentos difícil rastrear las transformaciones producidas en el discurso rosista con el transcurso de los años, como es una de los objetivos postulados por el autor, y, eventualmente, descubrir ciertos patrones en la modificaciones observadas. Tal organización temática no impide realmente esto último, pero exige sí un esfuerzo extra por parte del lector.

La segunda crítica es más de contenido y tiene que ver con las observaciones finales con que Myers cierra su introducción. En su conclusión a la misma, Myers intenta una caracterización del discurso rosista que sintetice lo hasta allí expuesto. Según afirma allí, éste cabría entenderlo como una formación ideológica "bifronte", situada "entre dos siglos", en el que se combinan "modernidad y arcaísmo". Visto desde el exterior (los exiliados), dice, lo que se destaca en él es este último aspecto (su arcaísmo), pero visto desde su interior, se descubre la peculiar mezcla entre "restauración de lo viejo y creación de lo nuevo" que lo identifica. Dicha conclusión, entiendo, no hace completa justicia a la riqueza de sus propios hallazgos. Sobre todo, el "entre" resulta problemático, porque parece alinear a Myers en su caracterización del fenómeno rosista en una tradición acendrada en la historiografía de las ideas políticas articulada en torno a un esquema interpretativo que concibe toda la historia política moderna según un "tipo ideal" de desarrollo lineal hacia un cierto *telos* definible *a priori*, esto es, un supuesto "modelo puro" liberal-republicano (la "república verdadera"). Dentro de este esquema, los diversos sistemas políticos o esquemas conceptuales que no se ajustaran a ese "tipo ideal" representarían formas transicionales, más o menos bastardas, hacia aquél. Un caso, quizás extremo, de este modo de operar conceptualmente es el de François-Xavier Guerra. En *Modernidad e Independencias en América Latina*, Guerra establece una escala que va de un polo de extremo tradicionalismo a otro de completa modernidad (gradiente que la mayor sutileza teórica que permite es la de identificar diferencias únicamente cuantitativas en los grados respectivos de modernidad y tradicionalismo) y cree posible con ella definir la naturaleza exacta de todo sistema político o esquema conceptual que emerge en nuestro continente desde la independencia hasta el presente. Por supuesto, para ello debe antes dejar de lado todo aquello que no es definible en términos de dichas coordenadas (que no es poco).

A lo largo de su estudio, Myers logra escrupulosamente escapar al tipo de deslizamientos desde lo descriptivo a lo prescriptivo implícito en el concepto "ideal típico" (con la inevitable cuota de anacronismo que esto normalmente conlleva). La imagen del discurso rosista que surge de él, y éste es su mérito indudable, es la de un fenómeno demasiado complejo para dejarse ceñir por la oposición entre "modernidad" y "arcaísmo", es decir, demasiado particular como para poder ser caracterizable como un mero estadio intermedio hacia alguna otra forma de discursividad distinta de sí. Como se desprende del propio análisis de Myers, ni el sesgo totalitario de Rosas es un mero arcaísmo, un resultado, como afirmaba la oposición, del "legado colonial" renacido en él (como vimos, ni aun su declarada voluntad de restaurar el antiguo régimen podía eludir el dato obvio de que la revolución de la independencia había marcado una cesura que había tornado inconcebible todo regreso al mismo), como tampoco los elementos de republicanismo en su discurso son una prefiguración del concepto liberal-republicano que emergería posteriormente a su caída. Por el contrario, toda la argumentación de Myers apunta a la necesidad de dejar de lado la problemática relativa a las supuestas filiaciones coloniales del pensamiento rosista como también de las postuladas anticipaciones discernibles en él (lo que Skinner, uno de sus autores favoritos, llama la "mitología de la prolepsis") y tratar de penetrar en la lógica específica que ordena dicho discurso.

Sólo en secciones muy menores su aproximación resbala hacia esa dirección, como en su tratamiento de la problemática relativa al concepto rosista de los "partidos". Myers debería, creo, en su tratamiento del mismo, haber tomado en cuenta el hecho de que la noción de sistemas de partidos no existía por entonces, y ello no por un "déficit" en el



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

desarrollo del concepto republicano (como puede parecer visto, retrospectivamente, desde nuestra perspectiva contemporánea en la que la asociación entre las ideas de "república" y de "sistema de partidos", una asociación sólo contingente y resultado de un complejo proceso histórico, se nos presenta como "lógica" y "natural"). Los "partidos" (o "facciones", en la terminología de la época, es decir, organizaciones que suponen adhesiones más o menos estables) eran entonces vistos como necesariamente perversos y atentatarios contra el sistema republicano puesto que tendían necesariamente a contaminar los debates públicos (o parlamentarios) con consideraciones personales o ajenas a la cuestión en disputa (como, por ejemplo, si el proponente de una ley es miembro o no de mi partido). El concepto republicano (propiamente iusnaturalista) del funcionamiento de las instituciones públicas se fundaba en idea de un debate racional, lo que suponía la atención exclusiva a los argumentos en cada caso esgrimidos, es decir, que sólo dejaba lugar a la formación de "partidos" en el sentido de divisiones de opinión circunstanciales y específicas (por ejemplo, entre el "partido" de los que estaban a favor de determinada ley y el de los que en contra). De todos modos, si éste es un ejemplo de algunos de los problemas a los que puede conducir una aproximación histórica del proceso de afirmación de los estados nacionales en el siglo pasado en términos de "modernidad" vs. "arcaísmo", es, sin embargo, absolutamente marginal al rico cuadro expuesto por Myers. Es necesario, pues, insistir, contra lo que las propias conclusiones de Myers parecen sugerir, que, si hay algo meritorio en su trabajo (que, definitivamente lo hay, y mucho) es precisamente el mostrar cuánto hay en el discurso rosista que escapa a dichas coordenadas. *Orden y virtud* es, por ello mismo, una obra de méritos poco usuales y que merece una lectura atenta por parte de historiadores y todos aquellos interesados en comprender mejor un período clave en la historia nacional a la luz de una problemática absolutamente actual y prácticamente ignorada hasta el momento.

*Elías José Palti*
*Universidad de California en Berkeley - CONICET*



## Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)

### Ariel, Buenos Aires, 1995, 392 páginas

### Lila M. Caimari

Los miembros de la Iglesia católica argentina viven en la actualidad un momento singular: meditan un *arrepentimiento* de sus intervenciones en el pasado político nacional que sólo abarca las dos últimas décadas. En esta perspectiva la reconstrucción histórica que realiza Lila Caimari cubre un vacío temporal que no contempla el *mea culpa* episcopal: la relación entre los distintos niveles eclesiásticos y el poder político del primer peronismo (1944-1955). La Iglesia fue uno de los apoyos ideológicos de Perón, heredero político del golpe de Estado de junio de 1943. Asimismo, la institución tuvo crédito suficiente como para amalgamar al conjunto heterogéneo de oposiciones al peronismo y dividir las lealtades justicialistas. Lila Caimari sostiene que es necesario superar los análisis que enfatizan la "esencia profunda" que unió Iglesia y peronismo, focalizar los límites y las contradicciones de los dos términos en oposición, observar los intereses en juego para cada uno de los implicados y la evolución de esta relación a lo largo de una década. Para ello distingue varios niveles: la relación Iglesia-Estado, como instituciones y desde sus máximos dirigentes; los inquietos cuadros medios de la Iglesia; las cuestiones ideológicas y políticas que enfrentó o unió el peronismo y el catolicismo y las figuras claves en este proceso, tales como Eva Perón o el padre Benítez.

El libro se divide en cuatro partes y un apéndice. En su primera parte (*La Iglesia argentina y la génesis del peronismo*), la autora se remonta hasta fines del siglo XVIII para desarrollar los antecedentes de la relación Iglesia-Estado. La institución religiosa se convirtió en Iglesia nacional con una evidente debilidad aun en el último cuarto del siglo pasado, ante la falta de un clero nacional; otra característica de esta relación fue el menor antagonismo hacia ella de las élites liberales, hecho que la diferencia de otros casos latinoamericanos. Sin embargo, los católicos se movilizaron ante las medidas secularizadoras del Estado en la década del ochenta, situación que tuvo su máxima tensión con la sanción de la ley 1420. La muerte de líderes católicos como Pedro Goyena o José María Estrada impulsó un recambio generacional ante el fin de siglo. Para entonces, los católicos enfrentaron el dilema de la cuestión social: la encíclica *Rerum Novarum* (1891) los alentó a construir un tercer espacio ideológico, antisocialista y antiliberal. Allí aparecieron figuras de la talla de De Andrea, Franceschi y Fassolino, e instituciones como los Cursos de Cultura Católica y la Liga Social Argentina. Éstas tuvieron como objetivo realizar un trabajo de base en las clases populares, sin olvidar las relaciones con diferentes sectores de poder. Para la investigadora, esta tarea pastoral tuvo sus frutos ante los hechos de la Semana Trágica. Asimismo, el momento culminante de la legitimación de su poder popular fue la buena disposición del Estado ante los organizadores del Congreso Eucarístico (1934). En esta última década, la creación de nuevas diócesis marcó la mayor amplitud geográfica del poder institucional de la curia y ésta no sufrió cambios significativos con el peronismo en el poder. La autora observa que las convicciones ideológicas de los católicos –formadas al calor de los cambios económicos, políticos y sociales acaecidos– no debe inducirnos a creer en una monolítica voluntad piadosa que eligió pasivamente a Perón. El análisis de las vertientes que convergieron en los



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cuadros católicos le permite a Caimari distinguir –entre otras muchas variantes– a los "católicos liberales"; éstos se identificaron con la prédica antitotalitaria de Jacques Maritain, con el mensaje de Pío XII en la Navidad de 1944 y con el progresivo giro a posiciones prodemocráticas de Monseñor De Andrea. También sostiene que la hipótesis de la alianza entre el peronismo y la Iglesia requiere *sine die* una revisión indispensable; la autora realiza un análisis del discurso episcopal registrado en los documentos oficiales de la curia, y en los medios "semioficiales" como el diario *El Pueblo* y la revista *Criterio*.

En la segunda parte (*El peronismo católico*) se analiza la naturaleza de las primeras relaciones Iglesia-Estado, en el momento del "período católico" del peronismo y del "período peronista" de la Iglesia. En ese sentido, ¿cuál es el significado de la reiterada reivindicación de Perón de las encíclicas papales? Para Caimari, el conjunto de referencias a la doctrina social de la Iglesia deja abierta la hipótesis de la concepción instrumental de su enunciación por parte del líder justicialista. El error de la mención de la autoridad espiritual de León XIII en la concepción del "cristianismo liberal" en el muchas veces citado discurso de la Bolsa de la Comercio, prueba la preocupación de Perón por seducir a toda costa a sus receptores más que por cultivar la precisión de sus expresiones. Sin embargo, el peronismo ya en el poder ratificó por ley un legado del golpe de junio de 1943: la enseñanza religiosa en la escuela pública. Esta ruptura pedagógica en la historia de la educación secularizada en la Argentina, no debe ser vista sólo como una concesión al apoyo eclesial en la campaña electoral, fue también el comienzo del control legal por parte del Estado de la tarea pastoral. Más aun, el proceso de retorno al catolicismo en la educación pública no es original del peronismo: un líder agnóstico como Getulio Vargas instauró la enseñanza religiosa en los horarios escolares del *Estado Novo*.

En la tercera parte (*El catolicismo en la nueva Argentina*), la investigadora realiza un recuento de afirmaciones donde la doctrina justicialista muda de orígenes. En la clausura del Primer Congreso Nacional de Filosofía en Mendoza (1949), la "tercera vía" se convirtió en una creación inédita del peronismo y sus principios básicos fueron la antesala inevitable de la nacionalidad argentina. Esta preocupación por desarrollar una doctrina nacional en el discurso peronista impulsó a sus ideólogos a crear, entre otras muchas instituciones, la Escuela Superior Peronista; en ella, la materia Ética Peronista puede ser visualizada como el intento de materializar un cristianismo de clase obrera. En el Segundo Plan Quinquenal se formalizó la empresa de homogeneización y de inculcación de valores espirituales, en la cual el conocimiento de Dios era central; allí, la nueva doctrina nacional le reservó un lugar subordinado al dogma católico. El discurso político peronista, liberado de la censura ejercida por el universo social gracias al control de la prensa, expresó las ilusiones más entrañables del imaginario justicialista. Ya lejos del sobreentendido, el Vaticano podía ser comparado al Kremlin como factor de poder mundial, o el líder justicialista se equiparaba a Jesucristo por su tarea benefactora. Hacer valer el crédito del dogma verdadero tuvo como interlocutores también a la comunidad hebrea; sin embargo, el ejercicio de violencia simbólica logró su mayor éxito en las sectas protestantes. Entre ellas, los pentecostales presentaron elementos seductores adicionales: un culto directo de Cristo, un rechazo de la mediación de las autoridades eclesiásticas, una religión sencilla frente a las formalidades de los cultos constituidos. En el diseño de la teogonía justicialista, ¿quién sino Eva Duarte podía representar la institución milagrosa de redención social? Caimari matiza la eficacia de la utilización del registro sacro en torno a la imagen de Eva en los libros escolares; la irrupción de la imagen beata de la "abanderada de los humildes" en la educación pública puso a prueba las reacciones adversas de los padres y los educadores. Sin embargo, la muerte prematura de la "jefa espiritual del movimiento" impide visualizar los alcances concretos de sus apreciaciones sobre el peronismo como superación de las doctrinas de la Iglesia.

En la cuarta parte (*La crisis*), Lila Caimari pasa revista a las versiones del conflicto que coadyuvó a la caída del peronismo: obras escritas en su mayoría entre 1955-56 e influidas por la ola antiperonista; todos estos juicios introdujeron las primeras reflexiones que los historiadores retomarán más tarde. Para la investigadora, estos antecedentes y los innumerables factores que se encuentran en el origen de la crisis, no alcanzan a explicarla; es decir, la acumulación de tensiones entre la Iglesia y el Estado no produce conflictos de la envergadura de los ocurridos en los años 1954 y 1955. También descarta la reiterada hipótesis de la lucha de competencias en áreas sensibles (juventud, sindicatos) para ambos contendientes: la desproporción de fuerzas fue demasiado grande para que el Estado peronista pudiera sentirse amenazado. La emergencia de una religión cristiana "peronista" explica la oposición del catolicismo; la simplificación del esquema amigo/enemigo largamente cultivado por el oficialismo justicialista contribuyó a radicalizar los términos en pugna. En la formación del adversario de la doctrina nacional, el viejo antiperonismo –derrotado en 1946– sumó a las clases medias y los militantes católicos decepcionados. Al mismo tiempo, el recambio generacional formó parte de los desencuentros que sufrieron todos los niveles del mundo católico y a las jerarquías consagradas. La movilización de los cuadros medios desacreditó a los obispos properonistas, en coincidencia con el Vaticano; éste, gracias a la experiencia de Mussolini tuvo elementos para desconfiar de un líder carismático tan fuerte y de un Estado que reclamaba tantos derechos sobre las conciencias de sus ciudadanos.

Esta investigación contiene tres estudios de lecturas particulares del fenómeno peronista en el ámbito de la militancia católica: el jesuita Hernán Benítez, el padre Julio Meinvielle y Monseñor Gustavo Franceschi. El poder temporal de esta "empresa permanente" nacional dio lugar a un conjunto de sugestivos trabajos; a pesar de ello, Caimari incorpora fuentes novedosas y no olvida contemplar el contexto histórico en que se produjeron. En la reconstrucción del campo de conflicto, la utilización de un conjunto de conceptos propios de la sociología de la religión paradójicamente le permite a la autora abrir una dimensión alternativa en la historia política de estos dos grandes actores contemporáneos ■

*Hernán González Bollo*



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

# Tras los pasos de una época: un estudio de la inmigración en la Argentina (I y II)

## Blackman, Video No Convencional, 150 minutos.

## Producido por Claudia Atamiya y Guillermo Terze

La multiplicación de las redes de información, desde las posibilidades informáticas hasta los canales de TV, hacen de nuestro tiempo una vida signada por los medios de comunicación. El audiovisual es, tal vez, el mas poderoso de ellos y quizás por esto nuestros alumnos entran a las aulas con una importante capacidad de adquirir información mediante la lectura de imágenes. De manera que este es un poderoso instrumento para el trabajo en el aula. Por ello, utilizar videos documentales o "educativos" se ha transformado en un recurso lógico para todo docente que pretenda acudir a un lenguaje ya conocido por sus alumnos, con el objeto de trabajar sobre temáticas en el aula. Pero la simple reproducción de imágenes acompañadas de argumentos de fondo –muchas veces descuidados– puede desperdiciar estos esfuerzos innovadores.

De manera que, si bien recurrir al video como medio para acceder al tratamiento de algunos temas históricos puede resultar un buen disparador, creemos que los modos de utilizar este potente recurso así como el abordaje de los contenidos que en ellos se desarrollan, aún son temas sobre los que es necesario discutir y reflexionar.

Estas breves lineas pretenden, entonces, contribuir al debate sobre las precauciones que los docentes de enseñanza media debemos tener a la hora de decidirnos a utilizar estos recursos en el aula.

La primera parte de este video abarca el período 1860-1930 y la segunda desde este último año a 1955. Estimamos que, como una herramienta importante para trabajar estos períodos en la escuela y en la medida que estos trabajos comienzan a tener difusión en el medio docente, merecen un análisis previo que nos permita, entre otras cuestiones, definir cuales serían los aspectos a reforzar en la clase, que bibliografía utilizar y como organizar el tiempo.

Nuestro análisis se centrará en *el contenido del guión tanto en sus aspectos discursivos explícitos como también en el que construyen las imágenes*. Dejaremos de lado otros aspectos que requieren mayor espacio como por ejemplo las estrategias didácticas posibles o la bibliografía a utilizar.

Al pensar el siglo XIX, parece un lugar común arrancar durante el último cuarto del siglo. No es, obviamente, una arbitrariedad de los historiadores. El período de formación de la *Argentina Moderna* es uno de esos pocos procesos denominados fundacionales. Desde lo político, lo social, lo económico o lo cultural la generación del 80 puso en marcha un modelo destinado a perdurar en sus lineas fundamentales y en muy pocas oportunidades sería cuestionado.

Por otro lado también es muy difícil encontrar un texto que trate de analizar la Argentina del siglo XX sin hacer referencia al peronismo. La irrupción casi herética de la clase trabajadora desde el 17 de octubre y su instalación definitiva en la política nacional dieron lugar a una Argentina que, al decir de Halperín Donghi, entraría desde 1955 en una lenta agonía aunque permanentemente se resistiría morir.

La construcción de la Argentina Moderna y el fenómeno peronista tienen, como parte de su génesis, importantes componentes migratorios que, paulatinamente, fueron transformando en todos los aspectos a la sociedad en que esos migrantes se incorporaron.

Respecto a la primera parte del video, el eje del análisis es la inmigración como el sujeto que construye una nueva Argentina aunque distinta a aquellas que soñaron sus ideólogos. El relato da fe de ello acabadamente. La mirada parece ser de quienes viven la historia; la del sueño de "hacer la América" o del irremediable avance de la "civilización" en el caso indígena. Música, rostros, grandes extensiones de tierra, alambrados, mar y cielo contextúan en la imagen el sentimiento de desarraigo y esperanza en un caso y de genocidio en otro. En este sentido es importante destacar esta cuestión. Si el proceso se mira, por decirlo de alguna manera, desde quienes anónimamente hacen la historia, la imagen y el relato están bien armados y transmiten no sólo conocimientos sino también emociones.. Así, aparece la ruta del migrante desde la compra del pasaje, pasando por la estadía en el hotel de inmigrantes, a la frustración de la esperanza.

Pero en otros aspectos el video comienza a denotar las primeras deficiencias. Ha sido usual al hacer historia de un sector social (trabajadores, mujeres, etc.) enfrentarse con la dificultad de articular esos espacios de análisis con el resto de la sociedad en todos los planos. Si bien el texto –el guión puede leerse como tal– incorpora valiosos elementos que describen la transformación de la ciudad de Buenos Aires desde lo cotidiano hasta la morfología urbana y hace un importante esfuerzo por articular todo ello con el contexto ideológico, estimamos que hay cuestiones no del todo valoradas a la vez que peligrosas ausencias tratándose de un material para trabajar en el nivel medio.

En primer lugar, si bien el genocidio indígena, por la composición de imagen y sonido de la edición, inspira un rechazo hacia aquella política, la argumentación del relato no deja lugar a la posibilidad de otras opciones. El exterminio indígena es planteado entonces como la única acción posible para salvar la dificultad de incorporar tierras e integrar el país al mercado mundial.

En segundo lugar, las organizaciones gremiales y sociedades de resistencia ya están de alguna manera presentes en el territorio antes de 1880, aunque se trata de una presencia todavía fragmentaria y primitiva. Si bien en el trabajo se explicitan algunas cuestiones que derivan de esta génesis del movimiento obrero, el anarquismo, el socialismo o el sindicalismo revolucionario como corrientes organizativas del movimiento obrero en esta etapa están ausentes. También lo está su articulación con el proceso político que dio lugar a la progresiva crisis de ese Estado oligárquico. La omisión de ello, en un período de fuerte conflicto social, no carece de importancia. Fruto de esta falta fue quizás la ubicación cronológica de las huelgas de la Patagonia (1921) o de la semana trágica (1919) en el contexto del Centenario eludiendo toda referencia a la primera presidencia de Yrigoyen.

La descripción del conjunto social está peligrosamente simplificada con dos extremos en un contrapunto "pendular" entre una "aristocracia" criolla y el inmigrante despreciado por ella y confinado en los centros urbanos. Se nos propone a continuación observar como la descripción oscila entre el lujo y la miseria, entre los vestuarios lujosos y los harapos del conventillo. Parece que no existiese mas pobre que el inmigrante. Se nos propone observar una sociedad de adinerados aristócratas y engañados inmigrantes sin que se haga tampoco referencia a los sectores medios.

Lo anterior nos lleva a un tercer punto en cuestión. Justamente, la ausencia de toda referencia a la progresiva constitución de los sectores medios, como así también de la reubicación social de una porción importante de esos inmigrantes, está de la misma manera ausente. Si en el relato el radicalismo aparece recién con la ley Saenz Peña (1912) como por generación espontanea, lo mismo ocurre con la clase media. Esta es tenida en cuenta sólo al final como síntesis de un proceso al cual antes no se hizo referencia.

Finalmente se afirma que con la crisis del 30 culmina la hegemonía de la generación del 80 *"que logró gobernar al país casi sin interrupción durante cincuenta años"*. Afirmación final que, al no dar cuenta del radicalismo, homogeneiza el proceso dificultando la comprensión. Creemos, por ejemplo, que la política de Yrigoyen respecto a los trabajadores tiene matices que no deben pasarse por alto. El *"casi"* de la afirmación aludida no resuelve las dife-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rencias del período radical con el Estado oligárquico pero, además, le atribuye a Uriburu un distanciamiento con la oligarquía sin ningún tipo de fundamentos.

En cuanto a la segunda parte del video relativa al período 1930-1955, la construcción de la imagen también es relevante, pero en este caso el relato parece no tener un eje. Si la cuestión es la migración interna, hay cortas referencias y explicaciones acerca del proceso y la narración documental se pierde en una serie de temáticas como el ocio, la cultura barrial, los medios masivos de comunicación que la historia social argentina ha desarrollado con creces. El video hace mas una pintura de época que un análisis de la inmigración. Además, en esta descripción pictórica se insertan cuestiones sin mayor grado de distinción ni de prioridad analítica y escasamente articulados con los temas anteriores como la constitución del Estado benefactor (que en el relato se lo denomina extrañamente fordismo), la crisis del modelo agroexportador, la segunda guerra, la sustitución de importaciones etc. Así, la mención al pacto Roca-Runciman aparece mas como un cumplido ineludible que un argumento funcional o una explicación.

Lo anterior le da al relato las características de ciertos antiguos noticieros argentinos, pasó esto, se hacía lo otro, la gente comenzaba a ..., pero no se explica ni se interpreta el proceso. Ello convierte al trabajo en una mirada demasiado superficial sobre el período, lo que se hace más evidente aún con el peronismo. En este caso, el relato acierta en cuanto a la profunda transformación social a partir de 1945: redistribución, participación social y política de la mujer, industrialización, etc. tienen un lugar importante pero no responden a ningún eje argumental.

Como en el video de la etapa anterior, la superficialidad termina en conclusiones difíciles de comprender porque no se ha hecho referencia a proceso alguno. La omisión de los límites del modelo de posguerra hace que la "oposición", sin mencionar su composición y su construcción progresiva entre repentinamente en primer plano. Se produce así una simplificación de la caída de aquel primer peronismo que, más que aportar poco, dificulta la comprensión del drama.

No cabe duda que sintetizar en 73 minutos, combinando imagen, sonido y argumento, procesos tan múltiples en sus facetas es una tarea ardua y compleja. Pero si somos conscientes de la dificultad, sabemos también que no es imposible cuando se tiene una agenda de cuestiones, claramente definidas, a ser trabajadas. Estimamos en este sentido y a modo de conclusión, que los videos que aquí comentamos tienen un armazón argumental y explicativo deficiente en cuanto no se visualiza un eje o una serie de problemas al cual se pretende dar respuestas. Ello hace que la información que se aporta no esté articulada en una explicación o interpretación del proceso. En este sentido creemos que la tarea previa con bibliografía es fundamental. Trabajar este material en clase, sin haber construido previamente un eje articulador del proceso que permita interpretarlo, puede colaborar a crear una gran confusión.

Finalmente, más allá de que el video es siempre un complemento valioso del trabajo con textos, estimamos en este caso particular que, pese a las dificultades que ofrece, es un importante aporte en cuanto da cuerpo a quienes hicieron la historia, permite visualizarlos y aproximarse a sus formas de vida. Es decir, incorpora en la escuela una mirada del proceso histórico bastante alejada de la tradicional y más cercana a la historia social que privilegia una perspectiva "desde abajo", lo cual es inmensamente valioso porque, dejando de lado importantes producciones cinematográficas que pueden servir para pintar el período (en este sentido *La República Perdida I* es muy valiosa aunque demasiado sintética al punto de decir bastante poco. Otra producción interesante y que realiza una lectura del menemismo es *Volviendo a Washington,*) es casi imposible dar con una producción de las características de ésta ■

*Diego Suárez – Juan Quintar*
*U N Comahue - GEHISO*



# )ENTREPASADOS(

## Indices N° 1 a 9

### N° 1 - Fines de 1991

**Editorial**
¿Por qué Entrepasados?

**Artículos**
Participación electoral y prácticas políticas en los sectores populares en Buenos Aires 1912-1922
*Aníbal VIGUERA*

Espacio, economía y sociedad regional. Neuquén: el auge del ciclo ganadero y la organización social del espacio 1879-1930
*Susana O. BANDIERI*

**Galería de textos**
El trabajo en la gran ciudad
*Eric HOBSBAWN*

**Historia y Educación**
Una reflexión para los historiadores. ¿Qué llega de nuestra producción a la escuela media?
*Silvia FINOCCHIO*

**Entrevista**
A Adolfo Prieto
por *Ema CIBOTTI y Mirta Zaida LOBATO*

**En Debate**
El catolicismo integral en la Argentina (1930-1946)
*Susana BIANCHI y María Esther RAPALLO* comentan a Fortunato Mallimacci.

**Fuentes de Archivo**
Industria y Trabajadores: el valor de los archivos de fábrica como fuente documental
*Mirta Zaida LOBATO y Fernando ROCCHI*

---

### N° 2 - Principios de 1992

**Artículos**
Los anarquistas en el gabinete antropométrico. Anarquismo y criminología en la sociedad argentina del 900
*Patricio GELI*

Crítica en los años '30: entre la conspiración y el exilio
*Silvia SAITTA*



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Itinerario intelectual y político de los Maestros-ciudadanos
(Del fin de siglo a la década de los '20)
*Leticia PRISLEI*

**Galería de textos**
Folklore, antropología e historia social
*E. P. THOMPSON*

**Historia y Educación**
Esquizohistoria e historiofrenia. Del secundario a la carrera de Historia y vuelta al secundario.
*Ana María BARLETTA y Gonzalo DE AMEZOLA*

**Entrevista**
Historia y cultura: una conversación con Carlo Guinzburg

**En Debate**
Buenos Aires I; el video como ensayo de historia
*Adrián GORELIK, Beatriz SARLO y Graciela SILVESTRI*

Centralidades y periferia. Para pensar la antigüedad tardía
*Horacio BOTALLA y Hugo ZURUTUZA*

**Fuentes de Archivo**
Los archivos de la inmigración
*Ema CIBOTTI*

Una red para proteger la memoria obrera y popular
*Susana FIORITO*

---

## N° 3 - Fines de 1992

**Artículos**
Historia contadas en los márgenes. La vida de Doña María: historia oral y problemática de géneros
*Daniel JAMES*

Memorias militantes: Un lugar y un pasado para los trabajadores argentinos
*L. GUTIÉRREZ y M. Zaida LOBATO*

Ciudad o Aldea. La construcción de la historia urbana del Buenos Aires anterior a Caseros
*Fernando ALIATA*

**Historia y Educación**
La localidad en la escuela. Entre el consenso y el desconcierto
*Patricia PICCOLINI y Juan RUIBAL*

**Entrevista**
Acerca de la historia de las mujeres: Una entrevista a Reyna Pastor
*por Mirta Zaida LOBATO*

**En Debate**
Memoria y ciudadanía
*Edgard DE CECCA*



V Centenario y después
*Enrique TANDETER*

Problemas en las teorías actuales del discurso colonial
*Benita PARRY*

**Fuentes de Archivo**
El acerbo histórico de la Facultad y Museo de La Plata: huesos y flechas para la nación
*Irina PODGORNY*

---

## N° 4/5 - 1993

**Artículos**
El aporte en la historiografía argentina de una generación ausente: 1983-1993.
*Ema CIBOTTI*

Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo.
*Patricio GELI - Leticia PRISLEI*

Trabajadores y movimiento obrero: entre la crisis de los paradigmas y la profesionalización del historiador.
*Mirta Zaida LOBATO - Juan SURIANO*

Una genealogía para el parricidio: Juan María Gutiérrez y la construcción de una tradición literaria.
*Jorge MYERS*

El concepto de la nación en la región del Plata (1810-1831)
*Michael RIEKENBERG*

**Historia y Educación**
Algunas consideraciones respecto de los contenidos en la enseñanza de la historia
*Jorge SAAB*

**Entrevista**
Reflexiones sobre la historia política y el oficio de historiador: Una entrevista con Antonio Annino
*Ema CIBOTTI*

**Fuentes de Archivo**
La situación de los archivos frente a la privatización de las empresas públicas
*Graciela SWIDERSKI - Elisabet CIPOLLETA*

La OEA y un proyecto para la identificación de fuentes privadas

---

## N° 6 - Principios de 1994

**Artículos**
Domiciliarios y transeúntes en el proceso de formación estatal bonaerense (1820-1832)
*Carlos CANSANELO*



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Hacia una Antropología de la Producción de la Historia
*Rosana GUBER*

La construcción del consenso en los inicios del sistema político moderno argentino: formación y disciplinamiento de la oposición pública (1862-1868)
*Alberto LETTIERI*

¿Quién habla por la ciudad? La política porteña y el affaire CHADE, 1932-1936
*Luciano PRIVITELLIO*

Ciudadanía, participación política y la formación de la esfera pública en Buenos Aires, 1850-1880
*Hilda SABATO*

**En Debate**
Las virtudes del parricidio en la historiografía. Comentario sobre la mirada de Ema Cibotti a la "generación ausente"
*Roy HORA y Javier TRIMBOLI*

Redefinición de las luchas por los límites: un debate posible para las nuevas generaciones en la Sociología
*Lucas RUBINICH*

**Galería de textos**
Edward Thompson. Historia social y Cultura política: La formación de la "esfera pública" de la clase obrera, 1780-1850
*Geoff ELEY*

**Entrevista**
Halperín en Berkeley. Latinoamérica, historiografía y mundillos académicos
Entrevista a Tulio Halperín Donghi
*por Diego ARMUS y Mauricio TENORIO GRILLO*

**Historia y Educación**
Las fuentes orales en la enseñanza de la historia
*Silvia FINOCCHIO, Daniel PLOTINSKY y Dora SCHWARSZTEIN*

---

## N° 7 - Fines de 1994

**Artículos**
Periodismo político y política periodística, la construcción pública de una opinión italiana en el Buenos Aires finisecular
*Ema CIBOTTI*

Periodismo y política en los años '60: Primera Plana y el golpe militar de 1966
*Daniel H. MAZZEI*

La armonía de los opuestos: Industria, importaciones y la construcción urbana de Buenos Aires en el período 1880-1920
*Fernando ROCCHI*

El período colonial en la historiografía argentina reciente
*Enrique TANDETER*



**En Debate**
Reconsiderando la esfera pública: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente
*Nancy FRASER*

**Galeria de textos**
Barbarie, una Guía para el usuario
*Eric HOBSBAWM*

**Entrevista**
Historia y prácticas culturales
Entrevista a Roger Chartier
*por Noemí GOLDMAN y Leonor ARFUCH*

**Historia y Educación**
La selección de contenidos curriculares: los criterios de significatividad en el conocimiento escolar. Apuntes para la selección de contenidos de historia
*Lea F. VEZUB*

**Fuentes de Archivo**
Entre historiadores y anticuarios. Acerca del proyecto de recuperación, protección y clasificación del archivo de la Justicia Letrada del Territorio Nacional del Neuquén
*Enrique MASES*

Archivos de Protocolo: la conservación de la propiedad, la conservación de los documentos
*Verónica SECRETO*

---

## N° 8 - Principios de 1995

**Editorial**
Entrepasados ante las reformas de los Contenidos Básicos Comunes

**Artículos**
Notas para un estudio de las relaciones entre Juan B. Justo y Alfredo L. Palacios
*Ricardo NUDELMAN*

Ideas y prácticas "políticas" del anarquismo argentino
*Juan SURIANO*

**Galeria de textos**
Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella
*Carlo GINZBURG*

**Entrevista**
De la política a la historia
Entrevista a Eugene Genovese
*por Gustavo PAZ*

**Historia y Educación**
Contenidos Básicos Comunes en Ciencias Sociales



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Los Contenidos Básicos Comunes de Ciencias Sociales
para la Educación General Básica
*María Dolores BEJAR*

¿Ciencias sociales sin proceso histórico? Análisis de los nuevos
contenidos básicos de Ciencias Sociales para la educación general
*María Ernestina ALONSO*

**Fuentes de Archivo**
Los archivos fílmicos. Un ejemplo local: la Cinemateca Argentina
*Susana STRUGO*

---

**N° 9 - Fines de 1995**

**Artículos**
El lento y contradictorio proceso de inclusión de los habitantes de los territorios nacionales a la ciudadanía política: un clivaje en los años "30
*Orietta FAVARO y Mario Arias BUCARELLI*

El gaucho que supimos construir. Determinismo y conflictos en la historia argentina
*Jorge GELMAN*

**Dossier**
***Problemas y dilemas de la historia oral***

Presentación
*Mirta Zaida LOBATO*

Entrevista a Paul Thompson
*Daniel JAMES*

Tendencias y temáticas de la historia oral en Argentina
*Dora SCHWARZSTEIN*

Virginidad ortodoxa/recuerdos heterodoxos: hacia una historia oral de la disciplina industrial y de la sexualidad en Medellín, Colombia
*Ann FARNZWORTH-ALVEAR*

Memorias de mestizaje en el movimiento campesino nicaragüense
*Jeffrey L. GOULD*

Poesía, trabajo fabril y sexualidad femenina en la Argentina peronista
*Daniel JAMES*

**En Debate**
El pasado que no pasa: La *Hisoriekerstrit* y algunos problemas actuales de la historiografía
*Jorge Omar ACHA*

**Galeria de textos**
La teoría crítica, el materialismo histórico y el supuesto fin del marxismo: retorno a la miseria de la teoría
*Bryan D. PALMER*

**Fuentes de Archivo**
Los historiadores y la recuperación de fuentes no tradicionales: el archivo fílmico del Canal 10 de Córdoba (Noticias de las décadas del '60 y del '70)
*Silvia ROMANO y María Cristina BOIXADOS*




# Prometeo Libros

Libreros especializados
Av. Corrientes 1916 - Capital Federal
Tel.: 01-953-1165 – Fax: 01-952-4486

Ofrecemos una mayor y mejor
Actualización Bibliográfica

## Importación directa desde Estados Unidos, Francia, España y México

- Revistas culturales españolas
- Suscripción a Publicaciones periódicas españolas

*Servicio de venta a distancia*
Efectivo y Tarjetas Visa/Argencard/Mastercard

*Desde junio disponemos, para todo tipo de consultas, de una dirección de Correo Electrónico:*

**prometeo@amtp1.aminter.com.ar**


Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

**BOLETIN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA Y AMERICANA "DR. EMILIO RAVIGNANI"**

Comité Editorial: José Carlos Chiaramonte (Director), Fernando Devoto, Jorge Gelman, Juan Carlos Korol, José Luis Moreno, Luis Alberto Romero, Enrique Tandeter, Oscar Terán, Noemí Goldman (Secretaria de Redacción), Roberto Schmit (Asistente de Redacción).

**ISSN 0524-9767**

Número 12, Tercera Serie 2do. Semestre de 1995

FABIAN HERRERO: Buenos Aires 1816. Una tendencia confederacionista.

JUDITH FARBERMAN: Familia, ciclo de vida y economía doméstica. El caso de Salavina, Santiago del Estero, en 1819.

MARCELA NARI: Feminismo y diferencia sexual. Análisis de la "Encuesta Feminista Argentina" de 1919.

FLORENCIA MALLON: Promesa y dilema de los estudios subalternos: perspectivas a partir de la historia latinoamericana.

– Notas y Debates
– Reuniones y Congresos
– Reseñas Bibliográficas

*Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* es una publicación de la Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A. y del Fondo de Cultura Económica. Suscripción Anual: particulares: Argentina U$A 25, América Latina y E.E.U.U. U$A 35, resto del mundo U$A 36. Instituciones: Argentina U$A 31, América Latina y E.E.U.U. U$A 39, resto del mundo U$A 41.

**Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani".** 25 de mayo 217, 2° piso, 1002 Capital Federal, Argentina. Teléfonos: 3347512-3425922-3431196 (int 105) Fax: (54-1) 3432733.

**ESTUDIOS SOCIALES**
**Revista Universitaria Semestral**

Consejo de Redacción: Darío Macor (Director), Ricardo Falcón, Eduardo Hourcade, Enrique Mases, Ofelia Pianetto, Hugo Quiroga

**N° 9 - 2° semestre 1995**

## ARTICULOS

WALDO ANSALDI: Gobernabilidad democrática y desigualdad social.

ALEJANDRO EUJANIAN: Paul Groussac y la crítica historiográfica en el proceso de profesionalización de la disciplina histórica argentina.

MARIA BEATRIZ GENTILE: Ciudades y circuitos comerciales en la frontera argentino-chilena, 1870-1900.

LUCIANO ALONSO: La mutilación corporal como institución de control social.

GIOVANNI LEVI: Economía campesina y mercado de la tierra en el Piamonte del antiguo régimen.

**ENTREVISTA:** a GIOVANNI LEVI

## NOTAS Y COMUNICACIONES

MIRTA GEARY: Las cooperadoras escolares como nuevos actores sociales.

ALBERTO GIRONDO: *Sitio:* ensayo y polémica.

MANUEL CRUZ: El marco no es un adorno

Notas bibliográficas

**ESTUDIOS SOCIALES,** Universidad Nacional del Litoral; 9 de julio 3563, Santa Fe, Argentina; telefax directo: (042) 554292.
**Correspondencia a :** Casilla de Correos 547, (3000) Santa Fe, Argentina.
**Distribución internacional:** Fernando García Cambeiro, Latin American Books & Serials, Box 014, Skyway USA, 2886 N.W. 79th. Ave, Miami, Florida, 33122, USA.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

BOLETIN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA
Y AMERICANA "DR. EMILIO RAVIGNANI"

Comité Editorial: José Carlos Chiaramonte (Director), Fernando Devoto, Jorge Gelman, Juan Carlos Korol, José Luis Moreno, Luis Alberto Romero, Enrique Tandeter, Oscar Ivan Yoemi Goldman (Secretaria de Redacción), Roberto Schmit (Asistente de Redacción)

ESTUDIOS SOCIALES
Revista Universitaria Semestral

Consejo de Redacción: Dario Macor (Director), Ricardo Falcón, Eduardo Hourcade, Enrique Masés, Otelia Planetto, Hugo Quiroga

Número 12, Tercera Serie — 2do. Semestre de 1995

Nº 9 - 2º semestre - 1995

FABIAN HERRERO: Buenos Aires 1816. Una tendencia confederacionista.

JUDITH FARBERMAN: Familia, ciclo de vida y economía doméstica. El caso de Salavina, Santiago del Estero, en 1819.

MARCELA NARI: Feminismo y diferencia sexual. Análisis de la

Notas y Debates

Reuniones y Congresos

Reseñas Bibliográficas

Esta edición se terminó de imprimir en
Julio de 1996
en Loyola 1654 - (1414) Capital Federal

Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" es una publicación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Cultura Económica. Suscripción Anual, particulares: Argentina U$A 25, América Latina y E.E.U.U. U$A 31, América Latina y E.E.U.U. U$A 35.

Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani". 25 de mayo 217, 3º piso, 1002 Capital Federal, Argentina. Teléfonos: 3347512-3420522-3431196 (int 105) Fax: (54-1) 3432733

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar